

Andalucía como matria

FRANCISCO GAMBOA VERA



Francisco Gamboa Vera

ANDALUCÍA COMO MATRIA



Foto del autor

Francisco Gamboa Vera nace en Arahál (Sevilla) en 1948. Su adolescencia y juventud se reparte entre el trabajo en el campo y el compromiso social y político antifranquista. Participó activamente en los movimientos sociales y culturales que facilitaron el cambio de mentalidad en la juventud rural, así como en la lucha campesina. Posteriormente estuvo comprometido en el movimiento obrero y ciudadano en Cataluña, como emigrante. Autodidacta y preocupado por la situación de Andalucía, aprovecha el retorno a su tierra para participar en el naciente movimiento nacionalista andaluz en la transición democrática alternado, además, su compromiso social con el estudio de la historia y cultura de su gente. Participó en el movimiento social y político que impulsó la lucha por la conquista del Estatuto de Autonomía para Andalucía.

"Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de criminales a gran escala? Y esas bandas ¿qué son sino reinos en pequeños? Son un grupo de hombres, se rigen por un jefe, se comprometen en pacto mutuo, reparten el botín según la ley por ellos aceptada. Supongamos que a esta cuadrilla se le van sumando nuevos grupos de bandidos y llega a crecer hasta ocupar posiciones, establecer cuarteles, tomar ciudades y someter pueblos. Abiertamente se autodenominan entonces reino, título que a todas luces les confiere no la ambición depuesta, sino la impunidad lograda. Con toda profundidad le respondió al célebre Alejandro un pirata caído prisionero, cuando el rey en persona le preguntó: ¿qué te parece tener el mar sometido a pillaje? Lo mismo que a ti, le respondió, el tener al mundo entero. Solamente que a mí, que trabajo en una ruin galera, me llaman bandido, y a ti, por hacerlo con toda una flota, te llaman emperador".

Agustín de Hipona

Índice

Prólogo

Introducción

Puliendo el lenguaje

Antecedentes

Aportes civilizatorio

Imperios

El crisol de la civilización

La encrucijada

Crisis y síntesis

Oriente y occidente

La gran matría

Semillas del nacionalismo

Andalucía, una nación

Civilización y barbarie

Prólogo de la presente edición

El presente libro fue publicado por la editorial Almuzara en noviembre del año 2006. Desde su publicación han transcurrido más de doce años, lo cual significa que está liberado de los compromisos con la editorial. Y, lo más importante, no sólo no se ha quedado desfasado su contenido, sino más bien, se hace necesario reeditarlo.

La aparición en Andalucía de un fuerte movimiento nacionalista andaluz, o al menos la irrupción de un necesario sentimiento de identidad andaluza, una vez muerto el dictador Franco y la llegada de las libertades democráticas, emergieron numerosas expresiones al calor de esta nueva etapa, tanto en la literatura, la música, los movimientos sociales, etc. Y fue este movimiento social el que forzó la conquista de la Autonomía andaluza, en igualdad de condiciones con las restantes llamadas “nacionalidades históricas”, a pesar de la resistencia y las presiones de los poderes políticos y fácticos.

Hoy, cuando las derechas y extrema derecha han logrado hacerse con el gobierno de Andalucía, es más necesario que nunca recuperar aquel espíritu de lucha e identidad. No ha sido un triunfo de las derechas lo que ha permitido este brusco cambio, sino el fracaso de los diferentes partidos políticos de andaluces de izquierda, especialmente del PSOE que ha gobernado todo este tiempo, pues siempre estuvieron más propenso a obedecer los intereses de las cúpulas políticas madrileñas, que de los verdaderos intereses del pueblo andaluz. Lo que ha ocurrido es que el pueblo andaluz les ha vuelto la espalda, pues se sienten estafados y engañados.

Ante este vacío se hace imprescindible impulsar, desde todos los ámbitos de la sociedad andaluza, un debate y una lucha que logre recuperar aquel movimiento social que de soluciones y alternativas a la presente situación y, en este sentido, mi apuesta por reeditar el presente libro. Es un modesto esfuerzo, pero espero que me acompañen muchos andaluces que pueden y quieren. Va por el pueblo andaluz.

El autor

Introducción

La primera vez que me engañes la culpa será tuya; la segunda vez, la culpa será mía.

Proverbio árabe

Absorbidos por nuestra cotidianidad, cercados por el silencio cómplice de quienes deberían hablar, o sea, sabios renegados de su historia y de sus antepasados prefieren el mendrugo antes que la aventura vital del saber y la verdad. Son hábiles pícaros que sabiéndolo todo, usan el engaño como arma para saciar sus banalidades y su egocentrismo. Así es como se silencia la historia de los andaluces.

Y para combatir este silencio solo existen dos remedios: El primero, dejar atrás las fronteras que la naturaleza ha erigido, a la que llamamos *Sierra Morena*, o atravesar las aguas que limitan nuestras costas: el Mediterráneo y el Atlántico. Cuando se hace por primera vez, nos damos cuenta del valor contenido en nuestra cultura e identidad y, también, la mejor manera de comprender nuestros tremendos complejos por la manera de hablar y de ser, que por mucho que lo queramos disimular, supone una amarga experiencia que ya saborearon nuestros paisanos, emigrados a tierras extrañas, para buscar un futuro más prometedor. El segundo consiste en buscar y descubrir la memoria histórica legada por nuestros antepasados, un legado esparcido por los diferentes pueblos y ciudades andaluzas en forma de monumentos, restos arqueológicos, museos, bibliotecas, el lenguaje de los oficios, de las artes, y especialmente, en el flamenco. Eso sin contar con el inconmensurable patrimonio en diversos países del mundo árabe-musulmán¹.

Por esa razón, mientras permanezcamos en nuestro predio, sin más visión y horizonte que los límites de nuestra mirada, seguiremos careciendo de elementos de juicio y de valores con el que apreciar nuestro entorno y nuestra identidad. Como dice el refrán: *en todos sitios cuecen habas*, pero también hay otro que dice: *a casa aunque sea a la pata coja*.

A veces, cuando hablamos con nuestros vecinos en la calle, la plaza del barrio o del pueblo, en el bar o la empresa, solemos comentar la realidad de Andalucía, su subordinación, el paro, la incultura, etc., y si lo comparamos con los datos que nos aportan algún medio de

¹ Se suele confundir lo árabe con musulmán, sabiendo que el árabe son un rasgo étnico y una lengua, mientras musulmán hace referencia a una religión. Y en muchos países árabes hay árabes que son cristianos y, también, musulmanes.

comunicación, poca gente duda en calificar nuestra posición como marginal y dependiente. Un problema que no es casual, sino que ha sido forzada por los intereses seculares de quienes gestionan y controlan el poder. En las fechas en que escribo estas páginas (mediado julio de 2005) la prensa escrita ha recogido algunas conclusiones de un estudio económico realizado por la Caixa, en las que se constata que siete provincias andaluzas siguen entre las diez más pobres de España; Andalucía sigue a la cola en nivel de renta, posición que ocupa un año más junto a Extremadura, y siete de sus provincias continúan entre las diez más pobres de España. Lo mínimo que cabe sería preguntarse por su causa ¿falta de recursos naturales? ¿Falta de mano de obra? ¿Falta de preparación de nuestros jóvenes? ¿O es por la holgazanería de los andaluces? ¿Y qué responsabilidad tiene en esto el poder y las clases dominantes en Andalucía? Respóndanse ustedes mismos.

Y con todo el cinismo del mundo, antes de explicarnos las causas de esta situación social y económica, o nuestra posición en el contexto estatal e internacional, pretenden hacernos creer que España es nuestra sagrada *Patria*, la que nos proporciona *todo* lo que somos en bienestar, religión, lengua, cultura, etc., siempre desde una actitud caritativa y piadosa con Andalucía.

Eso sí, cuando se trata de hacer publicidad de los atractivos de *España* para llamar la atención del turismo, presentan como sus mejores emblemas los monumentos existentes en Andalucía: la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, el Alcázar de Sevilla, y otros atractivos culturales, presentados como genuina esencia de lo *español*, como el cante y baile flamenco. Cosa curiosa y paradójica, pues se jactan de afirmar con rotundidad que Andalucía carece de historia y cultura propia, y entonces no nos cabe más que preguntar ¿no es cultura el cante y el baile flamenco? ¿Todo el mundo en España canta y baila flamenco? ¿Los catalanes, vascos, gallegos, castellanos, etc., tienen al cante y al baile flamenco como elemento de su propia identidad?

Han convertido a los andaluces en los mejores defensores de las esencias *españolas*, pero a la vez España nos devuelve ese cariño con desprecio y menoscabo. Nos consideran incultos y mal hablados, y en cualquier estadística, como hemos visto, somos los peor parados, los más atrasados y analfabetos, con el nivel de vida más bajo, con el mayor desempleo, la menor industrialización, etc., y sin embargo seguimos siendo los más patriotas y los defensores del estado que administra nuestras miserias y dependencias, y además, de paso, nos ridiculiza. ¿Alguien puede explicarlo? ¿Cuál es la razón de todo ello? ¿Somos víctimas del complejo del colonizado? Difícil la respuesta cuando nos negamos a reconocer el origen y causa del

problema. Es más, si alguien se atreve a señalar sus causas solemos descalificarlo con los peores adjetivos.

Es triste que el pueblo andaluz no comprenda las razones de su situación, al menos en sus causas profundas, pero es consciente que no gozamos del lugar que nos corresponde. Pero es aún más triste observar la reacción y la actitud de personas que se autodenominan *conscientes*, como son la gente de izquierda (marxistas o anarquistas), que cuando se les plantea tales argumentos, inmediatamente se nos califica de *nacionalistas*, *separatistas*, *pequeños burgueses*, un hábil y fácil recurso de descalificación. Parece como si los que defendemos a Andalucía (los llamados nacionalistas) hubiésemos ejecutado al mismo Julián Grimau o a Seisdedos (como mínimo), en una reacción más propia de la visceralidad sectaria, que fruto de la razón. Hay que recordarles con qué sentimientos fue Blas Infante a visitar el lugar de la matanza de *Casas Viejas*, de donde cogió un rosal para plantarlo en su casa de Coria del Río, un acto con el que quiso prolongar, simbólicamente, la vida del líder campesino y de sus compañeros asesinados (enero de 1933) por la represión del gobierno de la II República. Sin embargo, algunos de estos “*antinacionalistas*”, en un acto de *coherencia*, han llegado a apoyar y votar al nacionalismo vasco. Muy ilustrativo todo.

Para explicar estas paradojas, no hay más remedio que atenernos al sentido común y a la lógica de la razón para descubrir, en primer lugar, las relaciones filiales que unen a los andaluces con *España* y, en segundo lugar, saber a qué nos referimos cuando calificamos a una persona de *nacionalista*.

La lógica de la naturaleza nos dice que una madre cuidará de su hija (o de su hijo), deseando lo mejor para su prole, velará para que su futuro sea prometedor y para que no se vea privado de un mínimo bienestar. Sobre todo cuando no le faltan recursos naturales. ¿Es ese el caso de Andalucía con España? Nos quieren hacer ver que Andalucía es hija natural de la “*Reconquista*” castellana y su posterior repoblación, dándonos a conocer la *civilización* cristiana (¿?), la lengua castellana (la bella lengua de Cervantes) y los dones de la Nación, a la que debemos estar siempre agradecidos. Es decir, que lo que tenemos y somos se lo debemos a España, quizás pretendiendo que le prestemos pleitesía y obediencia eterna.

Yo hago una pregunta ¿y si esa relación filial fuese a la inversa? ¿Y si Andalucía antes de ser hija fuese la madre? Mejor dicho, podría ser hasta la abuela. En arqueología existe una lógica, en la cual los estratos inferiores se suponen anteriores en el tiempo. Y en una familia la edad marca la jerarquía. Es imposible que la nieta pueda parir a la abuela ¿o no? Más bien sería al

contrario, que la abuela pariera a la hija, y esta a su nieta. ¿A que sí? Sobre todo si tenemos en cuenta el nivel alcanzado por las ciencias y la tecnología, pero aún así, jamás una nieta podría parir a la abuela.

Si así fuese, no cabe duda que todos los descendientes de Andalucía, hijos, nietos, etc., deberían reconocer su ascendencia, como muestra de respeto a su legado y herencia, hacer público reconocimiento de gratitud, y un largo etcétera. Y Andalucía, resultado de lo que fue Tartessos, la Bética y al-Andalus, trajo a la vida a sus hijos y nietos que se dispersaron por todos los confines de la tierra, y que a pesar de los años y siglos transcurridos, desde su huida o éxodo, suelen recordar sus orígenes. Es el caso de los andalusíes, musulmanes y judíos (sefardíes) que huían del inexorable avance de las tropas castellanas en la conquista de al-Andalus. Otros andalusíes decidieron quedarse y fueron obligados a bautizarse para ser convertidos en cristianos (los moriscos), siendo finalmente expulsados de las tierras que les dio el ser. Algunos de estos *moriscos* decidieron embarcarse hacia el *nuevo mundo* (la colonización de América) llevando sus saberes, sus artes y oficios... como lo muestran los *gauchos* de Argentina y sus hablas andaluzas, expuesto en el I Congreso Mundial de Musulmanes de Habla Hispana, en una ponencia del profesor R.H. Shamsuddim Elía, titulada: *Los moriscos a caballo por la Pampa*.

Pero existieron otros hijos que, negando su propio origen, asaltaron la casa de sus progenitores desvalijando todo cuanto encontraban a su alcance, repartiéndose el botín de guerra en el mejor espíritu del guerrero y del depredador, y destruyendo todo aquello que, de algún modo, les recordara su propio origen, una reacción muy propia de los *renegados*.

Porque no hay que olvidar que de los pechos de Andalucía se amamantaron muchos hijos naturales que se distinguían entre sí por sus creencias (cristianos, judíos y musulmanes) y, algunos de ellos, decidieron vivir juntos durante mucho tiempo en el mismo hogar dándole el nombre de al-Andalus. Otros, en cambio, rechazaron vivir bajo el mismo techo con los llamados cristianos *heréticos*, o sea con musulmanes y judíos, por lo que tomaron el camino del exilio en las tierras del norte peninsular donde confluyeron las hordas visigodas y los mozárabes (andaluces) junto a la población indígena, y sellaron una alianza con los francos y otras fuerzas procedentes de Europa para combatir a los andalusíes, que finalmente forzaron su huida o la expulsión de sus legítimas tierras y de sus hogares.

No cabe duda que muchos se escandalizarán por este relato, negándole cualquier validez y certeza ¡¡cómo no!! Lo expuesto aquí, lo hago con el rigor que me permite la propia historia,

los datos existentes, los escritos, los testimonios realizados por estudiosos y expertos, que son divergentes con la visión oficial. Y también, cómo no, con la subjetividad que nos dan los sentimientos, porque como ser humano no estoy privado de esos sentimientos, y estos son siempre subjetivos, un principio que a menudo se olvida.

Para acabar esta introducción, expongo lo que motiva el título de este libro, que no ha sido una decisión casual, sino muy meditada. La intención ha sido la de crear una oposición entre el rancio concepto de la *patria* con el de *matria*, término que tiene para mí un concepto más cercano a nuestra identidad, a nuestra cultura y nuestra historia, una palabra que escuché por primera vez en una crónica televisiva acerca de una comunidad de origen andalusí llamada los Arma, localizada en la Curva del Níger, y citada en el libro de Tomás Gutiérrez, titulado: *Con permiso... ¡¡¡viva Andalucía libre!!!* :

“Recientemente, veía en televisión un reportaje sobre los manuscritos de Tombuctú. El periodista nos mostraba la maravilla de adobe que forma la legendaria ciudad donde acabó la fabulosa biblioteca que la familia Kati -descendientes de visigodos- sacó en 1468 de un Toledo que ya no era al-Ándalus y, por lo tanto, había dejado de ser la ciudad de las tres culturas, del pensamiento y de la tolerancia.

Entrevistaba a una mujer negra del África profunda que le decía con vehemencia y convicción: “Yo soy andaluza como tú, Andalucía es mi matria”. Mi matria, dijo mi matria, no mi patria. A ese lugar, esa tierra, esa nación a la que se sentía ligada por vínculos históricos y afectivos, la llamaba madre. Algo más profundo y entrañable que patria, esa palabra sobre usada que ya no nos dice nada”.

Después de mucho tiempo de oír la palabra patria, el concepto (matria) abría un universo inesperado, pues no sólo recupera un sentido femenino y maternal como elemento de identidad humana, sino que nos lleva a considerar otros ámbitos del pensamiento que siempre han quedado ocultos a nuestra mirada: lo discreto, íntimo, afectivo y vital. Hasta la creación de la escuela primero, y de la radio y la televisión después, la mujer ha poseído siempre el privilegio de la transmisión del lenguaje, de la cultura y la tradición desde los decisivos primeros pasos que los seres humanos damos en la vida.

El padre es quien a lo largo de la historia ha simbolizado el patrimonio (padre: *pater*; patrimonio: *patrimonium*, derivado del latín), la propiedad y el poder, la caza y la guerra. Cuando en los momentos en que se hacía forzosa la huida y el exilio, o la emigración, a causa

de epidemias, guerras o invasiones, la mujer transportaba consigo la cultura y la lengua de su comunidad y de sus antepasados. Ha sido la mujer la transmisora y la conservadora de la identidad de la comunidad, y era ella la que transmitía mediante la lengua maternal, (aprendida a su vez de sus madres y abuelas) la cultura, costumbres, hábitos y el recuerdo del hogar perdido. Ese espacio privado de la mujer es el que determina el concepto de la *matria*. Es cierto que el hombre también contribuía a la transmisión de saberes (como no), pero esta enseñanza se realizaba una vez el niño había adquirido una presteza en el lenguaje y la cultura, y junto a su padre completaba su formación técnica y económica, mientras las niñas seguían cercanas a la madre, completando su proceso de madurez.

He recabado información sobre ella encontrando poca cosa, aunque algunas merecen la pena de ser citadas:

Decía Miguel de Unamuno que no es la patria lo que se extraña, sino la *matria*, quizás porque conoció en sus propias carnes el exilio, o porque contrapuso sus propios valores y pensamientos a las ideas patrióticas de Sabino Arana, cuando publicó su libro *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*.

La madre, durante muchos siglos de existencia humana, ha permanecido al margen de los derechos que el hombre se ha dado a sí mismo, pero ha sido ella la que ha logrado mantener uno de los poderes clave de la humanidad, como es la transmisión de los saberes, especialmente el aprendizaje de la lengua. Nos estamos refiriendo a la transmisión de los saberes identitarios, como el aprendizaje de la lengua materna, las costumbres, los hábitos sociales, la cultura, la educación culinaria, el afecto, los valores, etc. Por tanto, la *matria* no es un concepto físico y material que puede poseerse, vender o comprar, como la tierra o la casa, sino que forma parte de los bienes inmateriales propios de las culturas, los pueblos y las civilizaciones. Las migraciones o las expulsiones logran desalojar a sus poseedores de sus casas y sus tierras, perdiendo con ello su *patrimonio*, pero nunca se les puede despojar de la *matria*: cultura, tradiciones, creencias....

Es llamativo que patria y patrimonio tengan un mismo origen, el latín: pater 1.- Varón que ha engendrado. 2.- Patria, de patri, es un elemento prefijal que entra en la formación de palabras con el significado de padre. El Patrimonio, pues, es el conjunto de bienes que una persona hereda de sus ascendientes, o sea del padre como ha sido tradicionalmente. Pero es la madre

quien lleva consigo el capital inmaterial necesario para mantener la cohesión de la tribu o la comunidad, la familia o el colectivo humano a través de sus valores, cultura, tradiciones, etc.

En el Foro *Nuestra Bolivia*, se cita un artículo de Ernesto Sábato, que dice:

“La Matria es el lugar de la niñez, los principios de la existencia, del alimento materno que marcaría todo nuestro porvenir, la niñez como muchos tan añoradamente miran a sus espaldas, los olores de entonces, una canción repetidamente entonada, la clase de música –los himnos-, nuestros maestros en las horas cívicas (la historia que veíamos adolecer en sus rostros) y las representaciones de nuestros héroes; todo era aprendizaje y todo parecía tener un sentido absoluto, las rondas con los niños en los parques, la marraqueta con el plátano, el té de las cuatro, el pan remojado, esas ciertas pequeñas valentías que nos costarían el dolor de una rodilla abierta, una visita al doctor por unos puntos en la cabeza, los gritos “te mereces tres chicotes para que aprendas!!!” Sí, esas pequeñas osadías que tristemente se quedan en esos años,...como hacer un paraguas de juguete y correr en la lluvia (después de haberse dado de martillazos en los dedos), y en la greda, y caerse y levantarse y solo correr no imaginando siquiera tal locura, como bajar una pendiente con las manos extendidas a toda carrera, como entregándose al sueño y a la vida misma sin siquiera presentirlo, y los silencios y el bullicio distante en la soledad. Esos tenues recuerdos a los que despertara el alma en cualquier momento de la existencia, en esos momentos en que nos precipitamos a las razones mismas de la vida y entonces –más allá de lo insustancial, de lo intangible- nos salva la identidad, nos salva el regreso a la madre, a la historia, a la dignidad, a la honradez, al acercamiento de la familia, a la integración, en fin el regreso a las raíces.

En este mismo sentido, y en el marco de la III Congreso Internacional de la Lengua Española celebrado en la ciudad Argentina de Rosario, el ministro de Cultura de Brasil, Gilberto Gil expuso:

"Sólo tenemos dos cosas en la vida: la naturaleza y la cultura, con sus lenguajes. La lengua es una metáfora para la madre y, más que una patria, como dicen algunos artistas, es una patria".

Quisiera traer aquí un ejemplo mucho más cercano para nosotros, representado por la figura de la madre de Lucio Anneo, *Séneca*, quien le impulsó en la educación y formación filosófica. Todos hemos oído hablar alguna vez del cordobés conocido como Séneca y de su importancia en la literatura y la filosofía estoica, pero muy pocos los que saben que la maestra

que promovió y motivó el aprendizaje fue su propia madre, **Helvia**. Si esta mujer hubiese nacido en el norte seguramente sería la referencia histórica e iconográfica del movimiento feminista. Pero vino a nacer en Andalucía. ¿Qué podemos hacer?

Helvia fue conocida gracias a la obra escrita por Séneca titulada *Consolatio a Helvia*, dirigida a su madre cuando fue desterrado de Roma. El lugar de su nacimiento parece que fue la ciudad de Urgavo (Arjona, Jaén), de donde al parecer procedía su familia paterna. Helvia fue hija única de uno de las familias más importantes de la oligarquía de la Bética. Su marido, el retórico romano Lucio Anneo Marco, más conocido como Séneca el Viejo, mucho mayor que ella como era costumbre, trasladó su residencia a la ciudad de Córdoba, de cuyo matrimonio nacieron tres hijos: Novato, Séneca y Mela.

El marido de Helvia, y padre de Séneca, era partidario de una educación tradicional para su mujer, antes que una formación intelectual, por entender que era perjudicial para la moral femenina. Pero Helvia siguió sus propios deseos, y adquirió una formación que ayudó a su hijo en el estudio de la filosofía.

Consolatio a Helvia es la única fuente de información sobre esta mujer. En el escrito se alude a sus relaciones, de estrecha amistad, y en el que se recuerda su etapa en que ambos compartían estudios. La obra es un elogio a su madre y, para calmar sus dolos, le recomienda que se dedique a los estudios liberales y a sus otros dos hijos. Helvia simboliza el sentido que adquiere la patria, de fuerza vital y trasmisora de saberes.

[Ir al Índice](#)

Capítulo I. Puliendo el lenguaje

«El uso de un excesivo rigor en la enseñanza es muy nocivo para los educandos, sobre todo si están todavía en la infancia, porque eso produce en su espíritu una mala disposición, pues los niños que se han educado con severidad... se hallan tan abatidos que su alma se contrae y pierde su elasticidad. Tal circunstancia los dispone a la pereza, los induce a mentir y a valerse de la hipocresía, con el fin de evitar un castigo. De este modo aprenden la simulación y el engaño, vicios que se vuelven en ellos habituales y como una segunda naturaleza... He aquí el por qué los pueblos sometidos a un régimen opresivo caen en la degradación»

Ibn Jaldún (1332-1406), Al-Muqaddimah, pág. 1003

Los eminentes intelectuales han acotado sus espacios de trabajo bajo sutiles velos de sacralidad, reservando exclusivamente a expertos y especialistas cada una de sus materias, y amparados por el temor que impone el poder, se impide que sus “*verdades*” puedan ser cuestionadas. Algunas de sus *certezas* no resistirían el resultado de la razón científica o historiográfica, y solo pueden mantenerse vigentes por intereses políticos de poderes fácticos. Esa es la razón de que muchos intelectuales, estudiosos y especialistas hayan sido, durante tanto tiempo, silenciados y ocultados a la mirada del gran público, porque el resultado de sus investigaciones lleva a conclusiones muy diferentes, cuando no contrarias, a la versión oficial. Nuestra memoria está llena de quijotescas rebeliones y pensamientos heterodoxos, reprimidos o silenciados por el poder político y religioso.

Y el papel ejercido por muchos de esos intelectuales ha resultado la idea que se ha divulgado del andaluz, especialmente de su incultura y su *mal* hablar. Recordemos, para empezar, sobre todo para los olvidadizos, que en los tiempos de la Edad Media —y no tan media— ser analfabeto no significaba ser inculto, puesto que sólo dominaban la escritura y la lectura las minorías privilegiadas. Y aquellos que ignoraban la escritura dirigieron y construyeron los monumentos hoy considerados representantes del Patrimonio Histórico y Cultural de Andalucía; o sea, los artesanos y artistas que con sus manos y sus saberes lograron elaborar los más finos objetos del arte, representados en las esculturas, la pintura o la música. Porque la transmisión de todos estos saberes a sus descendientes nunca necesitó de la escritura, y ello no supone menosprecio hacia la misma, pero tampoco es necesario sacralizarla. Algunas personas consideradas insignes, y encumbradas a la más alta valoración y estima social, muestran a veces una redomada incultura y una insoportable mala educación y, como decía el mismo Ibn al Árabí en el entierro de su amigo Averroes, a veces *estos sabios son burros cargados de libros*.

La curiosidad y el afán de saber han sido siempre la mejor herramienta para combatir la ignorancia, especialmente cuando la búsqueda del saber y de verdad es un goce y un disfrute de nuestro existir cotidiano, sobre todo cuando descubrimos los hilos que entrelazan nuestra historia y cultura, sintiendo lo que nos une a otros andaluces del presente y del pasado.

Así pues, la única manera de descubrir cuál es la historia de Andalucía que se nos oculta o silencia, consiste en buscar y descubrir cuanto pudiera aportar alguna luz en la comprensión y el entendimiento de las cosas que aquí sucedieron, sobre sus saberes, sus guerras, sus goces o sus fracasos. También comprender los intereses que a veces les unían o los enfrentaban, y de este modo podemos deshacer de nuestra mente y de la educación las malformaciones en la que hemos sido educados en la escuela (la moralidad religiosa y la disciplina marcial), de las fantasías presentadas como historia, o las falsedades sobre las que se han edificado nuestras identidades patrióticas. Antes que educación, habría que llamarla secciones de adoctrinamiento.

En tales secciones se nos transmitió que España realizó *gloriosas cruzadas* para defender la nación y su religión verdadera del peligro que la amenazaba, dirigida por gloriosos héroes como los Reyes Católicos y el Generalísimo Franco, ya contra peligrosos *enemigos* exteriores (moros y judíos), ya de enemigos interiores, traidores a la patria (los rojos de todos los pelajes), a pesar de que todos ellos tenían en común haber nacido y crecido en nuestras mismas ciudades y pueblos. ¿Cómo llegaron a ser enemigos de la misma nación que los había parido? ¿Qué diabólicas ideas habían defendido?

Todas estas extrañas historias —especialmente la de los *moros*— emergían como por encanto, con insólitos personajes que osaban invadir las sagrada tierras de España, vistiendo de forma extraña, transportados a lomos de caballos y camellos, portando una nueva religión, una nueva lengua y unas nuevas costumbres que impusieron a los españoles. A estos *infielos* les dieron el nombre de moros, a sus apoyos les llamaron marranos², y traidores de la *patria* a personajes como el obispo Don Opas o el conde don Julián, que (según la historia) hicieron posible la conquista de *España*. Muchos interrogantes quedaron en lo más recóndito de nuestro inconsciente, que a veces trataban de emerger, sobre todo cuando una gente tan malvada y peligrosa, lograron redactar y producir un legado tan importante en todos los

² Marrano (del árabe, cosa prohibida) M. cerdo. Converso que judaizaba ocultamente. Para combatirlos la Inquisición se ocupó de los llamados marranos: los judíos que por coerción o por presión social se habían convertido al cristianismo

ámbitos del saber, del arte o las ciencias. Sobre todo ¿cómo lograron los *moros* y *marranos* derrotar a los valerosos guerreros visigodos? ¿Qué papel tuvieron los habitantes de la Bética, o Andalucía, a los que se les dio el nombre de hispanos o hispano-romanos? No se entiende si se tiene en cuenta la historia, pues los infieles fueron pocos en número y mal pertrechados.

Precisamente, aquella historia ignorada u ocultada, que trata de explicarnos con lógica y sentido común ese pasado, circula siempre por vericuetos inéditos, ante el que nos volvemos a preguntar ¿porqué se nos oculta cuestiones tan elementales? Con frecuencia empleamos conceptos aprendidos en aquellas deformadoras lecciones de la escuela, que nos inducen continuamente al error, y, en muchas ocasiones, a la deformación. Son muchas las cuestiones planteadas, innumerables los interrogantes y, sobre todo, las cosas que ignoramos a estas alturas.

Llama nuestra atención uno de ellos, que es de lo más determinante para la distorsión y manipulación de nuestra historia, como es el considerar que ciertos sucesos o periodos históricos que ocurren en un lugar, no forman parte de su historia. Como por arte de magia en la Historia y la Geografía estos sucesos se unen y separan según el gusto, o los intereses en juego, cuando estas dos ciencias siempre han estado estrechamente entrelazadas, ya que los hechos humanos ocurren en lugares y tiempos muy concretos, a los que se da fecha y lugar, y por ello podemos ubicarlos en el tiempo y en el espacio. Es más, según sus propias definiciones, los intereses de la geografía humana buscan el cómo y el porqué del desarrollo de determinadas estructuras y actividades humanas en un lugar particular, mientras que los principales objetivos de la geografía política se pueden resumir en las relaciones entre población, formas de gobierno y el territorio. Esta rama de la geografía es muy importante ya que nos ayuda a comprender cómo se han formado las naciones, las ciudades, las rutas y caminos, las áreas rurales y regiones en particular. La geografía histórica estudia los patrones de asentamiento de una comunidad, los rasgos de apropiación del espacio que prevalecen desde tiempos remotos y sus modificaciones, las diferentes estructuras de ocupación de la tierra y las diferentes rutas comerciales y de comunicación.

El espacio que hoy conocemos como Comunidad Autónoma de Andalucía posee sucesos y acontecimientos que siempre se han situado fuera de su propia historia. Andalucía sólo tiene historia y cultura —según la versión oficial— a partir de la “*Reconquista*” con su posterior repoblación. De acuerdo a esta visión, la limpieza étnica ejecutada fue tan eficaz que lograron extirpar del tiempo y del espacio, hasta la misma médula, cualquier influencia infiel o herética

dejada por moros y judíos, erradicando definitivamente su cultura y religión. Cualquier relación histórica y cultural de Andalucía con tiempos anteriores a la “*Reconquista*” sólo puede ser fruto de la mala intención y la manipulación. Así, el rico y refinado patrimonio histórico, cultural, científico, filosófico, religioso, folclórico andalusí no se sabe dónde situarlo en la historia, pues al no ser andaluz, y por extensión, tampoco español, no puede ser adscrito a ningún otro lugar del planeta Tierra. Un caso insólito en la Historia y la Geografía Universal. Y todo porque fue obra de malvados infieles, en el que nada tuvo que ver los indolentes andaluces, porque estos sólo se han dedicado a la holgazanería, como sentenció cierto honorable intelectual, del que ya hablaremos.

Don Manuel González Jiménez, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Sevilla, en su libro titulado: “*Andalucía a debate*” (página 90) afirma:

“efectivamente, la conquista y, sobre todo, la repoblación determinaron la sustitución de una tradición islámico-oriental, por otra de raíz occidental y cristiana. No se trata de una nueva cultura que se superpone o que convive con la antigua, sino que sustituye a la antigua. La sublevación de los mudéjares en 1264, a la que siguió la casi total expulsión o exilio de la mayor parte de la población indígena de origen musulmán, hizo posible la radical ruptura a que me refería antes. Y como no podía ser menos, fracasado el intento de coexistencia entre vencedores y vencidos, las nuevas circunstancias permitirían crear unas nuevas estructuras de base que nada o muy poco debían al pasado inmediato de la región»

Sin entrar en polémica con este Señor Catedrático solo haré varias preguntas ¿qué significado tiene, pues, las palabras islámico-oriental, y cristiano occidental? ¿Es que no pertenecen esas dos religiones al ámbito occidental, si han convivido en ese espacio? ¿Es occidente (o el oriente) un concepto geográfico o es ideológico? ¿Cómo puede decirnos que la “*Reconquista*” nos trajo la tradición cristiana, cuando en Andalucía nunca dejó de haber cristianismo, y mucho más temprano y desarrollado (intelectual y culturalmente) que el de los repobladores castellanos? ¿Qué valor histórico tiene Isidoro de Sevilla y la escuela en la que se formó, entre el siglo VI-VII?

Eran —y todavía son— los prejuicios religiosos e ideológicos los determinantes en los planes con los que se investiga la historia, derivándose que al-Ándalus es un fruto natural de la raza árabe (conquistadores y dominadores), pero sin explicar cómo ni por qué, todos aquellos que en su día eran cristianos, o paganos hispano-romanos, se hicieron musulmanes y dejaron de hablar latín para hablar la lengua árabe. ¡¡Que arte y sabiduría debieron poseer aquellos árabes

para, en sólo tres años, cambiar a millones de personas de forma de pensar y de hablar!!
!!!Que milagro!!!

Por lo que se sabe —gracias a esa misma historia— los guerreros árabes eran un puñado de hombres, y sus aliados *Beréberes* del norte de África seguidores de los mismos ritos religiosos que existían en la Península, o sea, el cristianismo. Y los pobres godos, más numerosos y guerreros, expertos conocedores del territorio peninsular, ni pudieron convencer a los hispanos para que se convirtieran a su credo religioso, el arrianismo, ni pudieron vencer a los árabes, siendo derrotados toda regla, militar y políticamente. Pero parece que la verdad, poco a poco, se abre camino, aunque sea tarde y mal.

Muchos autores que escribieron en árabe —fuesen musulmanes, judíos o cristianos— se les ha denominado como árabe, sencillamente porque arabizaron su escritura y hasta sus nombres y apellidos, pero no porque pertenecieran a esa raza, ni siguieran la religión de Mahoma. En la *Historia de la Lengua Española* (página 208) se puede leer:

Independientemente, en muchas ocasiones se seguían hablando romances y de sus creencias religiosas, así en tiempo de Abd al-Rahman III (siglo X) los obispos mozárabes de Al-Ándalus se llamaban: Abbas b. Al-múndir (obispo de Sevilla), Yaqub b. Mahran (obispo de Pechina), Abdalmalik b. Asan (obispo de Elvira)

Pero la confusión no existe sólo para el periodo de al-Ándalus. Por ejemplo, Isidoro de Sevilla, obispo metropolitano de esta ciudad, considerado uno de los *Padres de la Iglesia Católica*, es un verdadero desconocido para la mayoría de los sevillanos, mucho más por los andaluces. Pero lo más grave no es la ignorancia que de él se tiene, sino cómo ha sido manipulada su persona, pues no olvidemos que Isidoro de Sevilla fue presentado, a imagen de Santiago, empuñando una espada y persiguiendo a los moros, a pesar de que murió en el 636, o sea, 75 años antes de la pretendida invasión árabe ¿cómo se puede ser tan burdo? Isidoro de Sevilla es uno de los intelectuales más ilustres de la Andalucía bética medieval, personaje clave (junto a su hermano Leandro) en la construcción de las instituciones del reino de Toledo, además de obispo metropolitano de la ciudad hispalense. Antes que santo, fue considerado un hombre sabio no solo por los cristianos, sino también por los musulmanes y judíos de al-Ándalus.

Cuando se llega a conocer la obra y la vida de Isidoro de Sevilla, sobre todo su ideal, se podrá llegar a la conclusión de identificarse o discrepar con ellas, pero por muy contrarios que seamos a sus concepciones ideológicas, religiosas y políticas no se nos ocurrirá decir que este

personaje deba ser excluido de la historia de Sevilla o de Andalucía, puesto que la historia no puede ser selectiva admitiendo o excluyendo a personajes o ideologías, contrarios a nuestro pensar o religión, puesto que la historia debe ser la descripción de hechos, realidades y personas de ese lugar a lo largo del tiempo.

El modelo político y religioso formulado por Isidoro de Sevilla en sus diferentes obras, debatido en los sucesivos Concilios de Toledo, refleja con claridad los antecedentes de la ideología etnocentrista con la que se forjó el nacionalismo en la Península Ibérica. El reino visigodo recogió en sus textos lo legislado en los sucesivos concilios con los que se formó el cuerpo teórico y jurídico del Estado, y sus leyes recogieron las medidas legislativas para la unidad religiosa que forzarán la conversión de las comunidades que no eran católicas, como los paganos, la iglesia arriana, los judíos u otras comunidades cristianas como la monofisita, de origen sirio. Este modelo no era exclusivo del reino visigodo, sino que fue una corriente religiosa y política que se practicaba desde Bizancio a los reinos medievales europeos, una vez que el catolicismo se erigió como la religión del estado romano en el Concilio de Nicea el año 325.

Y a pesar de todo ello, no se puede menospreciar el gran valor histórico de sus obras y la aportación intelectual, literaria, histórica y política de Isidoro de Sevilla, mucho menos dejarlo fuera del más prestigioso legado histórico y cultural de andaluces ilustres. ¿Por qué se difunde tan poco sus obras y su importancia en la historia? Ocurre lo mismo, o peor aún, con muchos de los personajes de la historia andalusí, como Averroes, Maimónides, Abd al Rahman III, etc.

Pero el franquismo remató una labor pastoral secular. Demasiado tiempo bajo un régimen y una cultura que redactó la historia desde una visión parcial y sectaria. Es hora ya de que nuestra historia pueda ser investigada, y redactada, bajo los criterios de las ciencias y de la historiografía actual.

Antes de entrar en detalles, se hace necesario afinar el lenguaje, echando mano de la etimología y la terminología de ciertos términos y conceptos, con la finalidad de no ser conducido por derroteros equivocados, especialmente de algunos de los términos usado en los textos de historia como: bárbaros, civilización, árabes o sarracenos, que tanto error y confusión han originado.

La palabra “bárbaro”, en su sentido histórico, fue usada por los griegos para definir a los “pueblos extranjeros que hablan una lengua incomprensible”. Pero para los romanos esta

palabra adquirió una significación muy distinta, sinónimo de paleta y salvaje, siendo así como fueron conocidos los pueblos germanos que invadieron el Imperio de Roma. También les fue aplicada a otros pueblos no germánicos, y que hablaban una lengua diferente al latín, como los habitantes del norte de África, conocido como beréberes, derivada de la palabra bárbaros. Actualmente este término ha adquirido un sentido filosófico, para distinguirlo del de civilizado.

En este sentido Luís Racionero escribió un libro titulado: *El Mediterráneo y los bárbaros del norte* (Pág. 35 a la 37), definiendo estos conceptos de la siguiente manera:

“Paralelamente a la definición entre civilizados y bárbaros conviene establecer la diferencia entre cultura y civilización, términos que, en la aceptación que aquí aceptamos, corresponden a dos fases evolutivas de la historia humana: cultura viene de cultivo y nace con la agricultura; civilización viene de ciudad y nace con la urbanidad. Los bárbaros tienen cultura, pero no civilización.

La diversidad y la mezcla es la esencia de la vida urbana, la ciudad es un instrumento generador de innovaciones; más que las universidades, las bibliotecas, laboratorios y ateneos, es la ciudad el artificio civilizador por excelencia: en el intercambio de paseo y ágora, plaza y mercado, calle y pórtico, la gente se encuentra, charla comercia, aprende, copia, observa, se informa y todo ello de modo impremeditado, no planeado, espontáneo, por el mero hecho de salir a la calle; en esto reside la esencia de la urbanidad”.

Es muy importante tener en cuenta esta clarificadora definición, y la distinción entre el concepto bárbaro y el de civilización, pues como ya veremos a lo largo de este libro, no son sólo definiciones conceptuales, sino el resultado de procesos sociales y políticos que marcaron profundamente el devenir de la humanidad.

Otra palabra mal usada que nos induce a confusión es: **árabe**. Según el Diccionario de la Lengua Española: 1. adj. Natural de Arabia. U. t. c. s. 2. adj. Perteneciente o relativo a esta región de Asia. 3. adj. Perteneciente o relativo a los pueblos de lengua árabe.

Como vemos, los árabes son nativos de Arabia, y en ningún caso se vincula o relaciona con una opción religiosa determinada, como es el Islam, que surge 622 años después del cristianismo. En los últimos tiempos del Imperio Romano se sucedieron grandes emigraciones e invasiones, como la de los hunos, los godos, los árabes nómadas (sarracenos), etc. Algunas tribus, o comunidades, formaron parte del Imperio, bien integrados en el ejército romano, bien

como federados. Desde esta época llegan a la Bética gentes procedentes de oriente como soldados al servicio del Imperio, o como funcionarios, comerciantes, etc., a los que los romanos les dieron el nombre de sirios. Así que los primeros elementos pertenecientes a la raza árabe debieron llegar a la península Ibérica mucho antes del 711, años en que se fija la (mal) llamada *invasión árabe*, puesto que la presencia romana en la Península Ibérica data del siglo II antes de Cristo. Estos orientales, denominado sirios, procederían de las tribus sedentarizadas al servicio de Roma, los gasánidas, cuya capital fue Palmira, o los nabateos con capital en Petra. Todos ellos fueron integrados bajo el poder de Roma pasando a formar parte de la provincia romana denominada *Arabia Pétrea*.

Los romanos dividieron, lo que hoy conocemos como península arábiga, en tres partes: la Arabia Pétrea, la Arabia Feliz y la Arabia Desértica: la Arabia Pétrea, llamada así por ser una tierra escarpada y llena de colinas rocosas, era accesible solo a través de un estrecho desfiladero donde se localiza Petra, la capital del reino de los nabateos; La Arabia Feliz es una tierra rica y generosa, situada en la esquina sur-occidental de la península y que pasa por ser uno de los países más ricos de la tierra, único lugar del mundo donde se produce la *mirra* y el incienso; La Arabia Desértica, habitada por tribus nómadas que se llaman, a sí mismos, beduinos, se agrupan alrededor de los pozos y oasis, donde abrevan el ganado que forman sus caravanas, las mismas que unen la Arabia feliz con la Arabia Pétrea, y que atraviesan por las dos únicas ciudades de este extenso desierto Yatrib (posteriormente llamada Medina) y La Meca, esta última es también un lugar sagrado, donde todas las tribus guardan los objetos sagrados de sus dioses.

Algunas de estas tribus o poblaciones árabes formaron parte de Roma, integrados en sus ejércitos, como funcionarios, comerciantes, etc., y de este modo pudieron llegar hasta la Bética. Se supone que estos *sirios*, habitantes de la Bética, debieron ser considerados ciudadanos de pleno derecho tras el Edicto de Caracalla dictado en el 212, reconociéndose el derecho de ciudadanía a todos los habitantes del Imperio, y que se extendió a los judíos, también habitantes de la Bética. En aquellos tiempos la lengua árabe era desconocida, al menos en su escritura, aunque no en su forma oral. Martín Lozano, en un trabajo titulado *El nuevo orden mundial. Génesis y desarrollo del capitalismo moderno*, nos dice:

“Con motivo de la entrada del rey Gontran en Orleáns acaecida el año 585, el monarca fue aclamado por la muchedumbre "en latín y en la lengua de los sirios". Poco después, en el 591, el rey Clotario concedía la sede episcopal de París a un acaudalado mercader sirio, tras el

oportuno desembolso por parte de éste de una importante suma pecuniaria, mostrándonos la presencia de esta gente en Europa en aquellos tiempos”.

Otra confusión ocurre cuando identificamos a los árabes con el Islam. Hay cristianos que son de raza blanca, negra, mulata, china, etc., y no se nos ocurre, al decir cristianos, pensar que todos son europeos, o blancos. Pues el mismo criterio debemos adoptar al hablar de musulmanes. Hay árabes cristianos, y hay árabes musulmanes y hasta judíos, por la sencilla razón de que tanto los árabes como los judíos poseen un mismo origen: ambas razas son de origen semita. Por esa razón cuando se denomina a los habitantes de al-Ándalus como árabes, cometemos un error grave, puesto que se les debería denominar *andalusíes*.

La arabización de al-Ándalus es un término que describe la alfabetización de la lengua, y especialmente de la escritura en la grafía árabe (o alifato), lo cual no significa el abandono o desaparición de la lengua de comunicación social preexistente, aunque esa arabización fue más intensa en las clases pudientes, o cultas, indistintamente si estos eran de religión cristiana, musulmana o judía, mientras en pueblo en general siguió hablando su lengua, profundamente latinizada a la que se le denominó *aljamía*, o mozárabe. No todo el mundo aprendió a hablar en árabe, mucho menos escribirlo. Ibn Hazm, el autor del libro *El collar de la paloma*, era indígena (andaluz) cuyos antepasados se convirtieron al Islam, al que todavía lo definen como autor árabe ¿por qué razón se le sigue definiendo así, si en el mundo entero se le conoció, y se le conoce, como autor andalusí?

Además, cualquier acontecimiento general, como las numerosas batallas que hubo entre los reinos cristianos y al-Ándalus, para referir al bando andalusí, siempre se les denomina como árabes o musulmanes, y sabemos que los guerreros y los comandantes participantes eran, en muchos casos, cristianos. El Cid Campeador, como buen guerrero mercenario que era, luchó muchas veces al lado de los reyes andalusíes, y en contra de los reinos cristianos, y a nadie se le ocurrirá decir que el Cid fuese árabe..... ¡¡¡Válgame Dios!!!

Para rematar la faena se usa también el término *sarraceno* para referirnos a los *musulmanes*, e inmediatamente lo asociamos a la invasión *árabe* de la Península, tres conceptos tan distintos entre sí, pero que todos juntos forman un batiburrillo de difícil entendimiento.

Sarraceno (del griego sarakenoi), originariamente tribu del norte de Arabia evocada por algunos autores de la antigüedad. El nombre se lo aplicaron los cristianos de la edad media y los historiadores occidentales más modernos a los árabes en general, así como a otros pueblos musulmanes del Oriente Próximo. (Enciclopedia Encarta)

O sea, la palabra *sarraceno* procede del griego y eso significa que ellos ya lo conocían, por lo que la existencia de estas tribus nómadas data de muchos siglos antes de aparecer el Islam. Por esta razón no pueden ser equiparables las definiciones de musulmán y sarraceno, y nada tienen que ver los unos con los otros. Es lamentable la obstinación y la terquedad en seguir términos inadecuados, o que inducen al error. Bastaría, para enmendarlo, con mirar los diccionarios, o algunos de los textos escritos por autores cristianos, que mantuvieron tuvieron contacto con los llamados sarracenos, como lo han dejado escrito en sus obras. Una de ellas es la *Lectura de la Vida de san Antonio Abad*, escrita por San Atanasio de Alejandría, poco después de su muerte en el 356, quien nos lo relata en el pasaje titulado *Huida a la montaña interior*, lo siguiente:

Cuando se vio acosado por muchos e impedido de retirarse como eran su propósito y su deseo, e inquieto por lo que el Señor estaba obrando a través de él, pues podía transformarse en presunción, o alguien podía estimarlos más de lo que convenía, reflexionó y se fue hacia la Alta Tebaida, a un pueblo en el que era desconocido. Recibió pan de los hermanos y se sentó a la orilla del río, esperando ver un barco que pasara en el que pudiera embarcarse y partir. Mientras estaba así aguardando, se oyó una voz desde arriba: "Antonio, ¿a dónde vas y por qué?"

No se desorientó sino que, habiendo escuchado a menudo tales llamadas, contestó: "Ya que las multitudes no me permiten estar solo, quiero irme a la Alta Tebaida, porque son muchas las molestias a las que estoy sujeto aquí, y sobre todo porque me piden cosas más allá de mi poder". "Si subes a la Tebaida", dijo la voz, "o si, como también pensaste, bajas a la Bucolia, tendrás más, sí, el doble más de molestias que soportar. Pero si realmente quieres estar contigo mismo, entonces vete al desierto interior".

Pero, dijo Antonio, ¿quién me mostrará el camino? Yo no lo conozco. De repente le llamaron la atención unos **sarracenos** que estaban por tomar aquella ruta. Acercándose, Antonio les pidió ir con ellos al desierto. Ellos le dieron la bienvenida como por orden de la Providencia. Y viajó con ellos tres días y tres noches y llegó a una montaña muy alta. Al pie de la montaña había agua, clara como el cristal, dulce y muy fresca. Extendiéndose desde allí había una llanura y unos cuantos datileros.

Se ve con claridad cómo estos *sarracenos* no sólo estuvieron en contacto con los primeros cristianos, sino que, como veremos más adelante, muchos se convirtieron a la fe de Jesús de Nazaret, lo cual no significa dejar de ser lo que eran, nómadas del desierto. [Ir al Índice](#)

Capítulo II. Antecedentes

“A la luz de lo dado a conocer en los últimos veinte años, es insostenible la creencia de ciertos arabistas españoles de haber sido los musulmanes “depredadores” e “invasores” de una España previamente existente y que retornó a su ser prístino luego de ser expulsados tan indeseables ocupantes (...). Quienes consideran a los musulmanes de al-Ándalus como “depredadores” e “invasores” de la auténtica España, proceden como quien pretendiera hacer visible el interior de una cebolla despojándola de sus capas por pensar que bajo ellas se encuentra el auténtico bulbo”

Américo de Castro

No fue fácil despojarse de tan concienzudo adoctrinamiento que comenzaba en la más tierna infancia y se prolongaba en las diferentes esferas sociales, predicado desde el púlpito hasta en las letras impresas, pasando por la radio, la televisión, etc. Y si esto no bastaba, se mandaban en campañas misioneras a grupos de frailes para que persiguieran a los infieles, perjuros y anticlericales.

Sólo la voluntad y la perseverancia permitieron descubrir una historia ignorada, oculta a la mirada de la gente, con ediciones limitadísimas y, en muchos casos, dejada de la mano de Dios en los almacenes de las editoras. Citaré dos casos: en primer lugar el libro de Ignacio Olagüe titulado, en francés: *Pour voir et pour comprendre l' Espagne*³, publicado en Francia el año 1.952, y posteriormente en España por la editorial Guadarrama el año 1974, pero bajo el título *La revolución islámica en Occidente*, ausente durante muchos años de las librerías; El segundo se trata del libro *El origen de la ópera*, de Rodrigo de Zayas, editado por Opera Prima, un libro que dormita en los almacenes de la editora, también ausente de las librerías.

Pero no adquirí conciencia de este problema hasta que emigré a Cataluña. Fue allí cuando eché de menos mi propia gente, con su cultura, las tradiciones, la amistad... entrando en conflicto con la cultura catalana, ajena a la que había adquirido en las calles de mi pueblo, aunque sí que era común la enseñada en las escuelas, puesto que los programas educativos eran iguales en Cataluña que en Andalucía. Pero los catalanes habían adquirido otras percepciones de su historia en el seno del hogar, con la transmisión de su lengua, su cultura y tradiciones, de la que se sentían muy orgullosos y rechazando una españolidad forzada. Sobre todo, me chocó el rechazo hacia los andaluces, sintiendo en sus miradas una cierta arrogancia, con gestos y expresiones de menosprecio, llamándonos despectivamente *charnegos*. Es

³ - Editorial Mayfe, S.A.

verdad que esta actitud no era generalizada, pero definitivamente forzaron en mí el deseo y la voluntad de recuperar el sentido de mi identidad como andaluz, buscando el origen de todos aquellos problemas que castigaban y condenaban a los andaluces a sufrir una condición subordinada y acomplexada.

Reconocía que los catalanes poseyeran legítimas razones para defender su identidad y sus derechos como pueblo, pero este reconocimiento exigía, en cambio, considerar por mi parte el papel que habían jugado los andaluces —tan españoles nosotros— en la historia. Una de las cuestiones más difíciles de asumir fue valorar las ideas nacionalistas y el nacionalismo como hecho político de los pueblos, que en aquellos tiempos era juzgado por la izquierda como ideología pequeño burguesa. Era un defecto propio de los que militábamos en la izquierda, defensores del internacionalismo proletario, frente al nacionalismo, que era juzgado como un defecto *pequeño-burgués*. Era una posición contradictoria, cuando no esquizofrénica, porque no llegamos a comprender que la *unidad de España* era fruto de otro nacionalismo aún más intransigente, el español.

Hasta ese momento jamás se me hubiese ocurrido cuestionar el concepto *nacional* (de España) con el que nos habían educado en la escuela. Debía, pues, combatir mis propios defectos educativos e indagar en la naturaleza, la ideología y la historia del nacionalismo, los resultados políticos materializado en el *estado-nación*, que se denominaba España. Pero no era tan sencilla la cosa, pues había que saber si el término España se refiere a un espacio, a un estado o una ideología. Y se supone que el término español se refiere a la persona que nace y vive en su territorio. Pero no, estaba equivocado.

¿Qué territorios forman lo que se ha denominado España? ¿Cuáles son sus fronteras históricas? Si nos atenemos a la historia, el término España no está sujeto a un territorio delimitado, siendo sus fronteras cambiantes según cada periodo histórico. No se sabe si España, como nación, acaba en las fronteras portuguesas, o se refiere a toda la península Ibérica, otras veces en España *no se pone el sol*, como se decía en la época imperial; y otras, este territorio y sus fronteras se limitan a las posesiones peninsulares y sus territorios *coloniales* (Sahara, Guinea, etc.), y en los últimos años se limita a parte del territorio peninsular y a sus islas. Pero si tenemos en cuenta la opinión de Abilio Barbero y Marcelo Vigil, recogida en su libro, “*La formación del feudalismo en la Península Ibérica*” (pág. 277), citando la Crónica de Alfonso III, dicen que “*las ciudades desiertas desde antiguo: León, Astorga, Tuy y Amaya, fueron repobladas en tiempos de Ordoño I por gentes, en parte de su*

propio pueblo y en parte venidas de Spania". ¿Es que en aquellos tiempos León, Astorga, Tuy y Amaya no formaban parte de España? ¿En qué queda entonces el mito españolista de Asturias? ¿Era considerada Asturias ajena a Spania? o ¿quiénes son esta gente *venida de Spania*?

Otro célebre investigador e historiador hispanista Américo Castro, en su obra *Sobre el nombre y el quién de los españoles*, (Edit. Sarpe, Madrid, 1985, págs. 25 a la 40), explica:

La palabra España era pronunciada en esa forma por el vulgo que hablaba latín en la península hacia el año 300 d. de C.; español, por el contrario, es vocablo venido del sur de Francia, del Languedoc, en el siglo XIII, comenzándose a usar en Provenza desde el siglo XII en la lengua escrita.

Según queda dicho, en 1948 el profesor suizo Paul Aebischer (Estudios de toponimia y lexicofría románicas, CSIC, Barcelona, 1948) que español es voz originaria de Provenza (...) La palabra "español" ofrece la particularidad de ser el único gentilicio de nuestra lengua terminado en ol. Ya en el siglo pasado, Friedrich Christian Díez (1794-1876), el fundador de la lingüística romance, señaló la existencia de españón en el poema de Fernán González⁴, y apuntó la hipótesis de que esta forma, paralela de borgonón, frisón, bretón, etc., hubiera pasado a español por disimulación de la n final respecto de la otra nasal, la ñ, que la precedía. La explicación de Díez fue aceptada por otros lingüistas, entre ellos mi venerado maestro don Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), que en su *Manual de Gramática Histórica Española* (1904) propuso como étimo un hipotético hispanione latino vulgar. Otros romanistas se preguntaron por qué había disimulado la n final de españón para dar español, mientras permanecía inalterada en sabañón, cañón, piñón, riñón, etc. Pero hispanoilus hubiera tenido que dar en castellano españuelo, igual que de aviulus salió abuelo y de filiulus proviene hijuelo (...) Todo ello enlaza con el desconcierto creado por confundir la España de 1500 con la España de milenios atrás; los españoles de la misma época, con quienes nada tenían de españoles quince siglos antes. Incluso aumenta ese caos semántico llamar 'andaluces' a los 'andalusíes' de la España musulmana —al-Ándalus— y quienes hoy viven en Andalucía. Y hasta hay franceses que no distinguen entre el 'Andalou' musulmán y el 'Andalou' de hoy: Usan el mismo nombre" andaluces' a los 'andalusíes' de la España musulmana —al-Ándalus— y quienes hoy viven en Andalucía. Usan el mismo nombre"

⁴ Fernán González ostentó el primer título de conde de Castilla (930-970).

Yo me pregunto por las diferencias entre los conceptos de España y español. ¿Es España un concepto geográfico, o es ideológico? Si la respuesta es de carácter geográfico no implica que, para ser español, sea necesario ser católico, de derechas, ni adscrito a una determinada ideología. Se podría entonces ser tan español defendiendo la república como la monarquía, siendo musulmán, judío o cristiano; o también siendo anarquista, comunista, socialista o lo que cada uno quiera. Ahora bien, si lo que se entiende como español es ser sólo y exclusivamente *católico, apostólico y romano*, como lo imponía el franquismo bajo la ideología del nacional-catolicismo, entonces el conflicto es inevitable. Bajo estos conceptos y esta ideología se nos ha castigado durante varios siglos, especialmente tras la II República y la posterior Guerra Civil de 1936, seguida de la dictadura franquista.

Y si lo estudiamos en el tiempo, este conflicto se hace crónico, ya que se remonta su origen histórico al Medioevo, entre el final del dominio romano y el inicio del estado andalusí, o al-Ándalus. Concretamente a partir de la Batalla del Guadalete, en el año 711, cuando se nos dice que irrumpieron los *invasores* árabes y la derrota del reino visigodo. Ese es el origen ontológico, y mitológico, de la España sagrada, católica, apostólica y romana. Mientras que al-Ándalus era un estado que reconocía un estatuto de ciudadanía (andalusí) a todo ciudadano que habitara en su reino, o estado, con independencia de su credo religioso, los herederos del reino visigodo sólo aceptaban considerar como ciudadano de pleno derecho al que hubiese sido bautizado por la Iglesia Católica.

El Diccionario de la Lengua Española dice de la palabra *andalusí*: 1. adj. Perteneciente o relativo a Al-Ándalus o España musulmana. Sin embargo si se busca en el mismo la palabra *romance andalusí* se lee: 1. m. mozárabe (|| lengua romance). 2. ~ corto. El que se compone de versos de menos de ocho sílabas. 3. ~ de ciego. Romance poético sobre un suceso o historia, que cantan o venden los ciegos por la calle. ~ de gesta. 4. Según antigua denominación, romance popular en que se referían hechos de personajes históricos, legendarios o tradicionales. Podemos decir, según estos términos, que ser andalusí no se vincula necesariamente con una doctrina o creencia religiosa, y sí a una cultura, la andalusí.

Busqué también la palabra *cristiano*, y sobre ella dice: *adj.-s.* Que profesa la fe de Cristo. *Cristiano nuevo*, el que se convierte al cristianismo siendo adulto. *Cristiano viejo*, el que descende de cristianos, sin mezcla conocida de moro, judío o gentil (o sea, idólatra o pagano). Como vemos, aquí encontramos simbolizado uno de los prejuicios más profundos

del ser *español*, y que tanta historia ha protagonizado, o sea, que debe poseer una limpieza de sangre sin mácula, tanto de moro como de judío o gentil.

Ya en la I República se cuestionó el modelo centralista y, sobre todo, afloró no sólo el modelo de estado, sino también sus fundamentos religiosos. Pero Franco los volvió a retomar con más fuerza, y bajo su régimen todo aquel que no aceptase su modelo nacional-católico, o hubiese manifestado ideas anticlericales o nacionalistas, fue considerado *enemigo* de España o *anti-español*. Esta actitud generó un profundo rechazo en amplios sectores nacionalistas y de la izquierda, y la represión franquista no hizo más que agudizarlo y ampliarlo, originándose un profundo rechazo a la terminología *español*.

Esta política represiva contra cualquier expresión ideológica, política, lingüística o cultural fue acompañada de la imposición del castellano como única lengua oficial, y que en la actualidad se le identifica con el *español*, existiendo otras lenguas habladas en España, y que son tan españolas como la lengua oficial, a no ser que el mismo Estado potencie el anti-españolismo, negándose a reconocerlas como parte de su diversidad lingüística. ¿O no son españolas las lenguas, o hablas, referidas? ¿Y sus respectivas literaturas? ¿Estamos atrapados otra vez en el mismo prejuicio?

También citaré a una persona a la que nadie puede tildar de tendenciosa, como es el Sr. Daniel Eisenberg, medievalista que ha trabajado para el Instituto Cervantes y realizado numerosos estudios sobre el Quijote y su autor. Según este estudioso, en un artículo titulado “*No hubo Edad Media española*”, nos dice:

Todos sabéis que en Valencia se publicó en 1490 una novela importante, *Tirant lo blanc* ¿En qué antología, en qué historia de la literatura española se encuentra? Sí en alguna, pero son raras excepciones que hay que buscar. ¿Y el *Collar de la paloma*?

Creo que en ninguna. La literatura medieval española suele identificarse con la literatura medieval castellana, y unas pocas veces con las literaturas cristianas hispánicas. Las clases, las antologías, las historias de la literatura española, en cuanto al periodo medieval, incluyen lo castellano y casi exclusivamente lo castellano. Lo no castellano, y desde luego lo no cristiano, no puede ser español.

Después de fijarme en ello, he notado cuan general es esta actitud. Se puede reunir fácilmente ejemplos. Coged no cualquier historia, pero cualquier historia de la literatura medieval. Por citar una entre muchas: *Breve Historia de la literatura española* de Carlos Alvar, José-Carlos Molinero y Rosa Navarro (Madrid, Alianza, 1.996). Toda esta literatura “española” está escrita en lengua castellana; la catalana,

entonces, no es española. Charles Faulhaber estudia las bibliotecas perdidas de la España medieval, y no se le ocurre mencionar las más ricas: la cordobesa del Califato.

Un coloquio sobre “Las lenguas de la España medieval” se limita a las literaturas románicas. Para mayor sorpresa, se celebró hace poco en la Universidad de México un coloquio sobre “Mil años de la literatura *ibérica*”, nada menos, que se limita a las literaturas románicas.

Es natural que nos preguntemos ¿qué es España entonces? ¿qué es ser español? Con estas preguntas nos acercamos al borde del *precipicio*, pues todo aquel que cuestiona esos conceptos puede ser considerado, sin duda alguna, hereje y enemigo de España. En esta tesitura ¿qué hacemos los andaluces? ¿Apoyamos a los defensores de la España sagrada y eterna? o ¿apoyamos los secesionistas catalanes y vascos?

Al parecer, la única opción para defender las identidades sociales y los derechos de soberanía es mediante la ideología nacionalista y su modelo de estado-nación. Pero este modelo no deja de ser una respuesta a unas situaciones determinadas y en unos tiempos específicos. El nacionalismo, como ideología, y su modelo político del estado-nación corresponde, en su origen, a una parte de la historia de la humanidad, y un espacio concreto, Europa. La Enciclopedia Encarta explica:

Los inicios del nacionalismo moderno se remontan a la desintegración, al final de la edad media, del orden social feudal y de la unidad cultural (en especial la religiosa) de varios estados europeos. La vida cultural europea estaba basada en la herencia común de ideas y actitudes transmitidas a través del latín, el idioma de las clases con formación. Todos los europeos occidentales profesaban entonces la misma religión: el catolicismo. El derrumbe del sistema social y económico dominante, el feudalismo, vino acompañado del desarrollo de comunidades más grandes, interrelaciones sociales más amplias y dinastías que favorecieron los valores nacionales para conseguir apoyos a su dominación. El sentimiento nacional se vio reforzado en algunos países durante la Reforma, cuando la adopción del catolicismo o del protestantismo como religión nacional actuó como fuerza de cohesión colectiva adicional.

Pero, hasta llegar al modelo político *nacionalista* la humanidad se ha dotado de diversas formas de gobierno, unas más civilizadas y otras más bárbaras. Porque no lo olvidemos, el nacionalismo ha poseído una de las historias más conflictivas y celosas de intereses particulares, de enfrentamientos con las naciones vecinas y origen de numerosas guerras europeas y mundiales. También de colonizaciones, limpiezas étnicas, expulsiones y

deportaciones y otras lindezas poco civilizadas. Ello no quiere decir que otras corrientes religiosas o ideológicas hayan sido menos bárbaras.

Pero en este caso tratamos de analizar los conceptos relacionados con el nacionalismo, especialmente saber si el *nacionalismo* es la única forma de defender las identidades sociales comunes, o realidades *nacionales* de los pueblos, muy especialmente sobre qué leyes sociales se asienta esta corriente ideológica.

A lo largo de la historia, especialmente en su dinámica social y política, las formas de organización han caracterizado a dos principales grupos humanos: los llamados civilizados y los bárbaros. En palabras de Luis Racionero (obra citada, pág. 21):

Civilizado viene de «civitas», ciudad, civilizado es el habitante urbano, que, por roce y convivencia con otros ciudadanos «ha domado –decía Sófocles- el salvajismo y hecho gentil la vida en el mundo» Inmerso en el contacto diario, en ágora y mercado, participando del drama y diálogo que suceden espontáneamente en el conglomerado urbano, el hombre encuentra en la ciudad encrucijada y depósito, cruce de ideas y almacén de medios; en ella se aprende el trato humano, la cortesía y el diálogo: su lema es variedad e intercambio, de ella nacen la libertad y el invento.

Mientras, los pueblos que no habían alcanzado la civilización seguían rigiéndose por las formas de organización naturales, como son la familia, la tribu, etc., sobre todo aquellos pueblos nómadas que viven de la caza y la pesca, el pastoreo o la práctica de la guerra. Los sedentarios, en cambio, lograban alcanzar unas formas de organización social vinculada a la ciudad y la vida urbana, a la que se ha denominado civilización. Para que nacieran estas *sociedades civilizadas* se necesitan ciertas condiciones naturales que sólo se dan en contados espacios, como son: la existencia de una cuenca hidrográfica lo suficientemente extensa que dé como resultado un gran río y en sus orillas existan suficientes tierras para la práctica de la agricultura con la que poder alimentar una gran población; y también una climatología regular de lluvias, con unas mínimas horas de sol capaz de desarrollar la vida vegetal y animal.

La agricultura es, a la vez, arte, ciencia e industria ocupada en la explotación de plantas y animales para el consumo y uso humano. En sentido amplio, la agricultura incluye el cultivo del suelo, el desarrollo y recogida de las cosechas, la cría y desarrollo de ganado, la leche, y también se deriva una cierta industria encargada de la transformación de ciertos productos para el consumo, o la producción de herramientas, utensilios, etc. Las primeras poblaciones que practicaron la agricultura tienen su origen en el neolítico y están localizadas en los

grandes valles de los ríos: Tigris y Eúfrates que permitió la civilización de Mesopotamia; el Nilo y la civilización egipcia; el Danubio y la civilización griega; el Huang He (río Amarillo) y la civilización China; el Indo y la civilización de la India; el Guadalquivir (o *Bateéis* romano) con la civilización de Tartessos...

La agricultura del Neolítico permitiría a las poblaciones practicar una producción de la *autosuficiencia* pero, con el descubrimiento de los metales, especialmente del hierro, y su aplicación en las herramientas de trabajo, las armas y otros productos, va a impulsar el desarrollo de las ciudades, de la política, el comercio, la escritura, etc., y todo ello es lo que se va a denominar *civilización*.

Precisamente, en aquellos tiempos ya hubo gente que habitaron las tierras que hoy son conocidas como Andalucía, conquistando las más altas cotas de la civilización: Tartessos. Y no es una opinión particular, sino una constatación de la historia. Según lo confirma la Enciclopedia Encarta:

Andalucía es una de las regiones peninsulares con mayor riqueza prehistórica. Podemos destacar las construcciones megalíticas, las célebres pinturas rupestres (cuevas de la Pileta, en Cala y Nerja, Málaga), las culturas de la edad del bronce, como la de El Argar, y del cobre, como la de Los Millares. En el I milenio floreció la cultura o civilización llamada de **Tartessos**, que abarcaba un amplio territorio que se extendía desde la actual Cartagena hasta el océano Atlántico. Esta sociedad explotaba las minas metálicas, practicaba la agricultura y desarrollaba una importante actividad pesquera. Fue incorporada a la órbita cartaginesa en el siglo VI a.C., desapareciendo como unidad política.

El reino de Tartessos fue citado por diferentes autores griegos y romanos: Estesícoro, Éforo, Esteban de Bizancio, Heródoto, Plinio y Rufo Avieno. Según la leyenda transmitida por estos autores, el reino de Tartessos y su cultura se extendía por todo el bajo Guadalquivir y el bajo Guadiana. Entre la historia y la mitología se cuenta que tuvieron numerosos reyes, como Gerión, que fue un ser con tres cabezas que luchó contra Hércules; o como Norax, nieto de Gerión quien llegó hasta Cerdeña; Gárgoris, descubridor del uso de la apicultura y fundador de una dinastía; o Habis, legislador y descubridor de la agricultura. Y también uno de los personajes tartesios plenamente histórico, Argantonio, que permitió, y hasta ayudó, a los griegos focenses a fundar la colonia de Mainake, cerca de la actual Málaga, el reinado de mayor esplendor de Tartessos.

En una muestra titulada “*Argantonio, rey de Tartessos*” expuesta en el Centro Cultural EL MONTE de Sevilla en el año 2.000 se decía: *Argantonio, "el hombre de plata" y rey de los tartesios, que según la leyenda griega prolongó su mandato durante décadas y regaló a los focenses 1500 kilos de plata para ayudarles a proteger su territorio de los persas* (Diario de Andalucía 5/2/2000)

Y Doña Ana María Vázquez Hoyos, profesora de la Facultad de Historia Antigua de la UNED, nos dice en sus textos académicos:

“La sociedad de la que Argantonio formaba parte era según las fuentes una sociedad estratificada, una comunidad urbana con clases sociales y especialización del trabajo, es decir, una sociedad civilizada. Con una clase dominante que utiliza signos externos que la diferencian del resto, utilizando objetos que vendrán de las continuas relaciones comerciales y de intercambio, con centroeuropeos, cananeos, fenicios y griegos.

Hay muchas fuentes que confirman la longevidad de sus reyes. El reinado de Argantonio sería según Heródoto de 80 años y una vida de 120. Para Plinio llegó a los 150. Incluso algunos aventuran a darle la edad de 3 siglos.

Caro Baroja se refiere a una Edad de Oro “... la felicidad y la longevidad se atribuían a los tartesios... según Estrabón”, relacionado con el trabajo de la plata y sus minas.

Y eso que, según don José Ortega y Gasset, los andaluces llevamos 4.000 años holgazaneando.

Estas actividades e intercambios son las que, interrelacionadas entre sí, lograron sedimentar una nueva forma de vida, de saberes y de creencias civilizadas. Porque la civilización no es el fruto de la casualidad, sino del *trabajo*, de los saberes acumulados durante largos siglos o milenios practicando la agricultura, y observando a la naturaleza y sus fenómenos. La sabia armonía entre las manos como herramientas, y la mente, lograron independizar la existencia humana del azar. La vida sedentaria, o civilizada, se hizo posible gracias al uso de la mano como fuerza muscular, y al intelecto que supo armonizar la destreza, el aprendizaje de sus antecesores y el uso de nuevos instrumento que facilitarían su trabajo. El pensamiento primitivo, o de la prehistoria, está intrínsecamente ligado al trabajo manual como fuente de conocimiento (empírico), al lenguaje oral como forma de transmisión de esos conocimientos, la cultura, las artes, etc., lo mismo que el pensamiento intelectual o abstracto, está ligado a la

escritura y al trabajo intelectual propio de gentes que están exento del trabajo manual como forma de ganarse el sustento.

Como ejemplo tenemos a los mandarines chinos quienes estaban eximidos del trabajo manual, y como muestra de su posición se dejaban crecer las uñas de forma exagerada. Estos mandarines y la clase erudita asociada con ellos, formaron la elite dirigente de China, teniendo una enorme influencia en la cultura y en la sociedad. Los mandarines hablaban un dialecto especial que hoy en día es la lengua china más hablada.

Pero hasta alcanzar esta forma de vida civilizada, la humanidad debió transitar, largo tiempo, haciendo el mismo modo de vida de los animales. Rafael Sanmartín, en su libro *Historia de Andalucía para jóvenes* (pág. 12-13), describe que:

“La raza humana, al principio era trashumante, nómada. Vivía de la caza y eso le obligaba a moverse continuamente. Desplazarse era, también, una forma de defenderse; y, en muchas ocasiones, una forma de atacar a otros grupos más débiles. Dado que aún no sabían edificar viviendas, vivían en cuevas. Como hemos dicho, al cabo de un tiempo de errar de un lado a otro, algunos fueron descubriendo cosas interesantes: primero el fuego. Mucho después la agricultura. Es decir, alguna forma de cultivar (...)

(...) Las tribus, o grupos de familias, cuando se dedicaban a la agricultura, normalmente abandonaban sus incómodas y frías viviendas entre rocas, y se instalaban en el llano. Tenían que ingeniárselas para construir casas con materiales que hubiera en cada sitio: piedras, madera, paja... De esta forma, dejaron el nomadismo y se hicieron sedentarios.

Pero, en muchas ocasiones, había otros más atrasados que ellos, que, en vez de buscar la forma de hacer lo mismo, o de aprenderlo de los primeros, bajaban de la montaña y, de forma violenta, arrebatában a los del valle lo que tanto trabajo les había costado construir.

Lo mismo había ocurrido antes del fuego. Muchos que no lo tenían, y no sabían cómo encenderlo, luchaban contra quienes lo habían conseguido, para quitárselo.

Y siguió ocurriendo durante mucho tiempo. El hombre de la montaña, más rudo, más atrasado, atacaba el valle para quitarle el fruto de su trabajo, su alimento, sus “riquezas”, que, aunque serían mínimas, si las comparamos con las de cualquier civilización, para ellos deberían ser inmensas”.

Estos pueblos salvajes rechazaron el trabajo como forma de vida, y así surgieron pueblos que hicieron de la guerra y del botín su forma de vida, cuando la caza no era suficiente para alimentar a sus familias. Son las primeras formas masivas de explotación del trabajo manual.

De aquí las sucesivas invasiones de los bárbaros, o salvajes, sobre los pueblos sedentarios, o trabajadores. Y los bárbaros invasores, no fueron sólo germanos, sino que fue una actividad generalizada que implicó a otras tribus como los Hunos, los Sarracenos, etc. Cuando los griegos llamaron a estos pueblos *bárbaros*, o extranjeros, desconocían la escritura y la vida civilizada, y el trabajo como actividad disciplinada y continua, practicando la rapiña o haciéndose profesionales de la guerra, llegando, a veces, a establecer alianzas con los *civilizados* permitiendo la estabilidad política, social y económica, y una convivencia más o menos pacífica.

Andalucía no es una excepción en las leyes que han determinado la historia y las sucesivas formas de poder establecidas, cada una de ellas con sus propias estructuras ideológicas y religiosas, con la lengua con las que gestionan el poder, sus leyes y sus normas. Pero por muy poderosas que sean estas hordas guerreras, siempre necesitan de los pueblos civilizados conquistados, porque son ellos los que dominan el conocimiento de la agricultura, las artes y la fuerza muscular necesaria que ponga en funcionamiento la mega máquina que hace posible los estados y los imperios. Sin el trabajo, las artes y los saberes de los pueblos civilizados, los imperios no son nada.

Vamos a referirnos a uno de los intelectuales andalusíes más prestigiosos que ha dado la historia: **Ibn Jaldún**. Con su pensamiento y análisis, como lo reconoce la Enciclopedia Encarta, este intelectual *perfila una filosofía histórica y una teoría social sin precedentes en la que se refleja estrechamente la sociología moderna*. Y su obra principal *al-Muqaddimah*, considerada una de las pioneras en el campo de la filosofía de la historia, crea un conjunto teórico que explica la esencia y la necesidad del conocimiento histórico, cuyo estudio consistiría en la aplicación de leyes científicas previamente dilucidadas.

La familia de los Jaldún, procedentes de al-Ándalus, se vio forzada a buscar refugio en Túnez ante el avance de la conquista castellana. Educado en las ciencias, la historia, la filosofía, el derecho, la religión por maestros y sabios andalusíes refugiados en Túnez que, como su padre, se vieron forzados a huir. Abu Zayd 'Abd al-Rahman ibn Jaldún nació un 27 de mayo de 1332, y murió el año 1.406. Ocupó diversos cargos políticos o diplomáticos en las cortes de Túnez, Argelia y Marruecos, así como en el reino Nazarí de Granada, del cual fue embajador

ante Pedro I, rey de Castilla, con el sobrenombre de, el *Cruel*, así denominado por los castellanos y la nobleza, y el *Justiciero* por los andaluces... Para Ibn Jaldún:

El curso de la civilización sigue un ritmo siempre idéntico. Los pueblos nómadas, robustos y valientes, se apoderan de las ciudades, centro de la civilización. Pero, a su turno, una vez convertidos en sedentarios, se debilitan y se aburguesan, quedando a la merced de nuevos invasores. Se agotan, pues, «como el gusano después de hilar la seda del capullo que le envuelve y ha de estrangularse»

Quizás esta sea la explicación más lógica y razonada de la historia de Andalucía, que ha sido tierra de sucesivas conquistas, poseedora de riquezas naturales, pero también riquezas creadas por las manos de sus habitantes y la sutileza de su sabiduría milenaria. Sucesivamente fuimos víctimas de conquistas bárbaras, unas procedentes del sur desde los más remotos rincones del desierto del Sáhara, y otras procedentes del norte mesetario peninsular, o también de los confines de tierras germanas. Todos buscaron lo mismo: satisfacer sus ambiciones depredadoras a costa de los pueblos civilizados, por los celos que en ellos despertaba su refinada cultura y su sofisticada sabiduría.

[Ir al Índice](#)

Capítulo III. Aportes civilizatorios

El hombre es enemigo de lo que ignora: enseña una lengua y evitarás una guerra. Divulga una cultura y acercarás un pueblo a otro.

Naim Boutanos

Es muy curioso que sean pocos los que ignoran que Andalucía ha sido siempre *tierra de conquista*. Pero muchos los que desconocemos que dichas conquistas sólo obedecen a leyes que rigen el devenir de los seres humanos, o sea, leyes sociales e históricas. Hay quien sentencia que todo es consecuencia de un problema congénito propio de los andaluces. Y quien lo dice no es un palurdo, sino una de las figuras más ilustres de las letras hispanas: don José Ortega y Gasset, un pensamiento publicado en diversos artículos del diario El Sol en abril de 1927, y en sus *Teoría de Andalucía*. En ellos se puede leer:

La cultura de Castilla fue bélica. El guerrero vive en el campo, pero no vive del campo —ni material ni espiritualmente. El campo es, para él, campo de batalla: incendia la cosecha del agricultor, o bien la requisita para beneficio de sus soldados y bestias beligerantes. El castillo agarrado al otero no es, como la alquería o cortijo, lugar para permanecer, sino, como el nido de águila, punto de partida para la cacería y punto de abrigo para la fatiga. La vida del guerrero no es permanente, sino móvil, andariega, inquieta por excelencia. Desprecia al labriego, lo considera como un ser inferior, precisamente porque no se mueve, porque es «manante» —de donde manant—, porque vive adscrito al cortijo o villa— de donde villano. El sentido peyorativo de estos vocablos es un precipitado desdén que mide el antagonismo entre dos culturas, ambas ocurrentes en el área campesina, pero de signo inverso: la bélica y la agraria.

(...) Al revés que en Castilla, en Andalucía se ha despreciado siempre al guerrero y se ha estimado sobre todo al «villano» al «manant», al señor del cortijo. Exactamente como China, donde, a lo largo de miles de años, el militar, por mero hecho de serlo, era considerado como un hombre de segunda clase. Mientras en Occidente fue la espada del Emperador símbolo supremo del Estado, en China la nación se sintió resumida en el pacífico abanico de su emperador.

Consecuencia de este desdén de la guerra es que Andalucía haya intervenido tan poco en la historia cruenta del mundo. El hecho es tan radical, tan continuado, que de puro evidente no se ha subrayado nunca. ¿Qué papel ha sido el de Andalucía en este orden de la historia? El mismo de China. Cada trescientos o cuatrocientos años invaden la China las hordas guerreras de las crudas estepas asiáticas. Caen feroces sobre el

pueblo de los Cien Nombres, que apenas o nada se resiste. Los chinos se han dejado conquistar por todo el que ha querido. Al ataque brutal oponen su blandura; su táctica es la táctica del colchón, ceder. Tanto, que el feroz invasor no se encuentra con fuerza donde apoyar su ímpetu y cae por sí mismo en el colchón —en la deliciosa blandura de la vida china—. El resultado es que, a las dos o tres generaciones, el violento manchú o mongol queda absorbido por la vieja y refinada y suavísima manera del chino, tira la espada y empuña el abanico.

Parejamente, Andalucía ha caído en poder de todos los violentos mediterráneos, siempre en veinticuatro horas, por decirlo así, sin ensayar siquiera la resistencia. Su táctica fue ceder y ser blanda. De este modo acabó siempre por embriagar con su delicia el áspero ímpetu del invasor. El olivo bético es símbolo de la paz como norma y principio de cultura. La otra gran cultura que ha existido, la del antiguo Egipto, repite el fenómeno de China y Andalucía. Las conquistas de los Tutmosis y Ramses fueron hechas con soldados extranjeros.

¿Nos debemos alegrar con este análisis sobre los andaluces, o lamentarnos? Si su ilustre eminencia hubiese investigado las razones de este comportamiento, no hubiese escrito lo que viene a continuación. Quizás así nos podríamos alegrar, pero hace todo lo contrario al espíritu científico e histórico, y se deja llevar por los prejuicios. Estas son sus palabras:

Interpretamos, desde luego, la pereza como una simple negación, como un puro no hacer. Pero no exageremos la indolencia de los andaluces. A la postre, viene a hacer todo lo que es necesario, puesto que Andalucía existe, y su pereza no excluye por completo la labor, sino que es más bien el sentido y el aire que adopta su trabajo. Es un trabajo inspirado por la pereza y dirigido hacia ella, que tiende, por tanto, a ser en todo orden mínimo, como si se avergonzase de sí mismo. Este cariz aparece sobremanera claro si recordamos la forma petulante, la ostensiva, desmesurada, que suele tomar el trabajo de los pueblos que hacen de él su ideal”.

Estas palabras ya no despiertan en mí una animadversión, como al principio de leerlas, al comprender que es fruto de la ignorancia, más que de los prejuicios. Para contrarrestar esta opinión contamos con el análisis de nuestro ilustre andalusí, Ibn Jaldún. Nació cinco siglos antes que Ortega y Gasset, pero ya tenía clara las causas de la decadencia de Andalucía y del Magreb, expuesto con gran claridad y brillantez en su *Almuqaddimah*, o *Introducción a la Historia Universal*. Para A. J. Toynbee (*A Study of History*, Londres 1935, 1.11, 322) la *Mugaddima* es «*sin duda alguna, la mayor obra de este género que nadie haya creado jamás, en cualquier tiempo y lugar*». En sus páginas puede leer:

Capítulo III. La vida del campo ha debido preceder a la de la ciudad. Ella ha sido la cuna de la civilización. La ciudad debe su origen a su población. La vida en el campo fue primero que la de la ciudad, igual que antes va lo indispensable (vida en el campo) que lo superfluo (lujo, ciudad). Los hombres del campo aspiran al bienestar de la vida en la ciudad; los ciudadanos no aspiran a regresar al campo.

Capítulo XVI. Los pueblos semisalvajes son más capaces para realizar las conquistas que los demás. Los pueblos semisalvajes del desierto, al estar acostumbrados a condiciones duras, están más capacitados para la lucha.

Para tener plena conciencia de este fenómeno, o ley histórica y social, es preciso conocer cómo se ha establecido esta dinámica al verla reflejada en nuestra propia historia, desde la más remota antigüedad.

El Guadalquivir y su cuenca albergó, como ya hemos comentado, una de las más antiguas civilizaciones: Tartessos. Y los hombres y mujeres que la habitaron, diseminados por todos sus rincones, aprendieron a convivir en sociedad creando una extensa red de ciudades, pueblos y aldeas en los que han vivido durante largos milenios, sucediéndose generación tras generación hasta nuestros días. Los principales núcleos urbanos pueden ser reconocidos por la toponimia que aún perdura en sus denominaciones, según se recoge en el libro *Historia de la Lengua Española*⁵ (Pág. 47), como son: *Arucci* (Aroche), *Arunda* (Ronda), *Asido* (Medina Sidonia), *Astigi* (Écija) *Ategua* (Teba, Córdoba), *Baelo* (Bolonia, Tarifa), *Carissa* (Carija, Trebujena), *Carmo* (Carmona), *Caura* (Coria del Río), *Cisimbrium* (Zambra), *Corduba* (Córdoba), *Ebora* (Evora, Sanlúcar de Barrameda), *Hasta* (Mesas de Asta, Jerez de la Frontera), *Hispalis* (Sevilla), *Iliberri* (Elvira sierra), *Ilipla* (Niebla), *Ilupula* (Repla, Los Corrales), *Ipsa* (Iscar, Baena), *Igabrum* (Cabra), *Munigua* (Mulva, Villanueva del Río y Minas), *Nabrissa* (Lebrija), *Nescania* (Lescaña, Valle de Abdalajis), *Obulco* (Porcuna), *Obulcula* (La Monclova, Fuentes de Andalucía), *Olaura* (Lora de Estepa), *Onoba* (Huelva), *Tucci* (Martos), *Vrgao* (Arjona), *Vrso* (Osuna).

Se sabe que los Tartesios fueron un pueblo emprendedor en el cultivo de la tierra, la ganadería, la minería y la metalurgia, la artesanía, el comercio, etc., culto en los saberes y refinado en los gustos, como nos lo muestra el mismo Estrabón, al decir de ellos que los habitantes de Tartessos, o turdetanos, fueron los más cultos de los íberos, “poseyendo de tiempos antiquísimos escritos en prosa, poemas y leyes en verso que según ellos tenían 6.000

⁵ Cano Aguilar, Rafael, coord. Editorial Ariel, S.A., 09/2004

años de antigüedad", y todavía en tiempos de Poseidonio, 100 años antes de Jesucristo, se conservaba aún literatura tartesia. Como cualquier otra antigua civilización, el Guadalquivir permitió a las poblaciones que la habitaban desarrollar una compleja y avanzada sociedad, y la primera actividad realizada de forma metódica, fue la agricultura.

En los tiempos más primitivos de la humanidad el hombre estaba habituado a buscar el sustento de la familia por medio de la caza, debiendo abandonar cada cierto tiempo el campamento y trasladarse hasta el lugar donde existiera abundancia de animales para la caza, con el uso de diversos tipos de armas, empleadas también para la guerra y la defensa de la tribu. Mientras tanto, la mujer quedaba cercana al hogar cuidando de sus hijos, recolectando en las proximidades plantas y semillas para condimentar las comidas, o bien como cosmética para ponerse atractiva, y con esta práctica adquiría ciertos conocimientos de la naturaleza, descubriendo sus propiedades alimenticias, curativas y cosméticas y practicando, en un momento determinado, el cultivo de algunas plantas en las tierras cercanas al hogar. También descubrió que ciertos animales se prestaban bien a la domesticación, como la gallina, la cabra o la oveja, la vaca. etc., que les proporcionaba alimentos y otros materiales como la piel para vestimenta y otros usos, o los huesos para herramientas, armas y adornos. A medida que la práctica de la agricultura y la ganadería se desarrollaban permitió la alimentación de las familias de modo permanente, con lo que el hombre dejó de necesitar la caza como medio de vida. Es así como el hombre se va haciendo sedentario y *ciudadano*.

A medida en que ampliaba sus conocimientos sobre la naturaleza y sus leyes, descubrió nuevas técnicas para los cultivos y la ganadería, obteniendo mucho más de lo que consumían, haciéndose menos dependiente de la caza, y cambiando sus hábitos de cazador por el de agricultor o ganadero.

Pero el peligro acechaba, ya por los animales salvajes que destrozaban sus sembrados y mataban su ganado, o por la acción de tribus vecinas, obligándolo a construir las casas unas junto a otras y rodearlas con murallas, para que sus familias, el ganado y las cosechas pudieran ser protegidas, o al menos dificultar, en la medida de lo posible, el ataque de las fieras y de los salvajes.

De este modo nacen las ciudades y la vida ciudadana, o civilización. El uso de nuevos materiales y técnicas obligó a que ciertas personas sustituyeran su trabajo en el campo para especializarse en nuevos oficios: albañiles, herreros, carpinteros, alfareros, etc. Los productos elaborados con las habilidades artísticas y destrezas manuales de los artesanos eran cambiados

por alimentos que cosechaban los agricultores y ganaderos: así nació el trueque como antesala del comercio. Pero a medida que los excedentes producidos eran mayores, sus productores necesitaron acudir a otras ciudades cercanas para ponerlos a la venta, haciéndose necesario el invento de la rueda para el transporte masivo de mercancías, organizando su protección y defensa. Quizás recurriera para ello a alguna tribu guerrera a cambio de retribuciones, o bien surgiera entre ellos un cuerpo militarizado, dando lugar a la organización de los poderes políticos locales, o ciudades estado, como fueron las *Polis* Griegas.

El trasvase de mercancías de una ciudad a otra, así como las dificultades de seguir practicando el trueque, forzaron la búsqueda de alguna solución, y se impuso por la necesidad que exigen los hechos. El proceso podemos verlo con un ejemplo práctico: escojamos a un agricultor que debe guardar su cosecha de grano en un depósito, y que no necesita consumir, pero teme perderla por la acción de los insectos, por hongos, u otra causa natural, o también por la acción de las tribus salvajes. Decide, pues, llevarla al mercado de otra ciudad, más o menos lejana, donde puede negociarla, pero su intercambio le plantea un nuevo problema: no necesita cambiar su grano por ninguna otra mercancía ¿Cómo hacerlo? Este problema lo solucionaron los mesopotámicos haciendo unas tablas de barro en las que escribieron la venta del grano, detallando el peso, su precio y la forma de pago aplazada, pagadero en otro momento en que lo necesitase el agricultor.

Una vez escrito, con unos signos inventados por ellos (escritura *cuneiforme*), la dejaban secar al sol y, una vez endurecida, la pusieron en el mismo fuego en el que asaron un conejo para endurecerla aún más, y de este modo esta escritura se pudo conocer tras varios milenios. Nace así la *escritura* con sus letras y sus números y, además, una determinada forma de pago: el *dinero* y letra de cambio. Una compleja síntesis social adquirida mediante la negociación, el acuerdo y la confianza en el pago de la deuda, todo ello fruto, a su vez, de un complejo proceso intelectual.

¿Qué escribieron en esas tablillas de barro de los mesopotámicos, o en las planchas de plomo de los tartesios? No cabe duda que en ellas reflejaron la lengua con la que hablaron y negociaron, inventando para ello unos signos determinados para cada vocal, cada consonante y cada número. La abstracción social alcanzada mediante el desarrollo económico, técnico y comercial, junto a la capacidad intelectual de los sujetos que la realizaban, fueron dos factores interrelacionados que impulsó la necesidad de anotar en un soporte físico todos los actos de los intercambios, y que este soporte pudiera trascender el espacio y el tiempo. Para este fin se

idearon diversos soportes físicos (barro, madera, cuero, etc.) consensuado el invento de ciertos dibujos, o gráficos, que simbolizaran un lenguaje común entre todas aquellas comunidades y pueblos implicados en el comercio, surgiendo de esta forma las lenguas oficiales o de poder, comúnmente aceptadas por las partes.

Con demasiada frecuencia olvidamos o confundimos lengua y escritura. Para aprender una lengua no hace falta la escritura, como lo muestran los niños que aprenden a hablar perfectamente, sin saber escribir. Más bien es todo lo contrario. Primero se ha de adquirir un fluido conocimiento de la lengua oral, aprendido en el interior de la familia y en su entorno social, para luego aprender a escribir en un complicado proceso de aprendizaje. Y, a veces, no coincide la lengua oral en la que nos expresamos y con la que nos hacemos entender, con la lengua en que (obligados) debemos aprender a escribir: la *diglosia*. Según el Diccionario de la Lengua Española, diglosia es un **bilingüismo**, en especial cuando una de las lenguas goza de privilegios sociales o políticos superiores. El Diccionario de las Ciencias de la Educación de la Editorial Santillana, nos dice:

Se trata de una situación en la que conviven dos lenguas con diferente nivel de prestigio social, de tal manera, que una de ellas es empleada por las instituciones, la iglesia, la escuela, es la que se considera culta; la otra es sólo de uso en el ámbito familiar y laboral siendo menospreciada por inculta.

Un informe presentado en 1.998 a la Consejería de Educación del Gobierno de Aragón, estudia la posibilidad de incluir la lengua aragonesa en la escuela, detallándose el impacto y consecuencias que tiene la diglosia sobre la sociedad: *A consecuencia de este fenómeno se crean trastornos de integración del alumno en la escuela al entender éste la clara diferenciación de ámbitos de empleo de las dos lenguas, con todo el trasfondo sociocultural de un currículo oculto que lleva consigo: desprecio por el que habla, normalmente sus padres y abuelos. Baja autoestima de los hablantes; un sentimiento hondo de inferioridad y de frustración, etc.*

¿Cuándo va a hacer la Junta de Andalucía un estudio del impacto que tiene sobre la sociedad el uso de la susodicha diglosia? Sobre todo si una es presentada como la culta y correcta, la otra fruto de la incultura y del mal hablar. Y no es desprecio por el castellano —más bien al contrario— sino que sea valorada nuestra forma de hablar, e incluso que se estudie la influencia de nuestra lengua sobre el castellano, y no al revés, puesto que en Andalucía se habló antes y mejor el latín, madre del andaluz y el castellano.

No nos paremos aquí, pues hay muchas más cosas por delante.

Siguiendo con nuestra explicación, comprobamos que con el nacimiento de las primeras civilizaciones la humanidad ha alcanzado un complejo sistema de relaciones sociales, de intercambios, de técnicas de trabajo, de conocimientos de la naturaleza y sus leyes, la escritura, las matemáticas, etc., Todo ello se va a representar mediante una profunda transformación de la cultura y de la espiritualidad, pudiendo ser conocido gracias a las huellas de la iconografía, la pintura y, también, mediante las llamadas *Sagradas Escrituras*.

A veces las poblaciones *civilizadas* fueron castigadas por tribus salvajes y guerreras que invadían sus tierras, arrasando sus cosechas, apoderándose de sus ciudades, robándoles sus recursos, joyas y dinero, y también raptando a mujeres y jóvenes. Estos guerreros, portadores de un espíritu indomable, una solidaridad agnaticia (*assabiya*) y el arrojo del que no tiene nada que perder, fueron capaces de conquistar extensos territorios a los sedentarios (inexpertos en el uso de la guerra) por estar dedicados al trabajo de la agricultura, la ganadería, artesanía o el comercio, y por esta razón fueron víctimas inevitables de invasiones, guerras y conquistas.

Como estamos viendo, el hecho de que los andaluces y su territorio hayan sido objeto de conquistas e invasiones, no responde a un problema congénito, como sentencia el ilustre y gran pensador español Ortega Y Gasset, sino que son causa de leyes sociales e históricas. Siempre han sido los pueblos *civilizados* los atacados y, casi siempre, sometidos por otros pueblos bárbaros y depredadores. Pero en el largo y lento devenir histórico, los *pueblos sometidos* (civilizados) logran de nuevo, con sus saberes y su fino sentido de la tolerancia, conquistar al bárbaro puliendo su salvajismo hasta integrarlo al refinamiento de la convivencia y tolerancia de la civilización. Como siempre ocurrió, el conquistador acaba conquistado.

En el largo proceso de adaptación a la vida sedentaria, los pueblos que accedieron con su trabajo a la civilización, poco a poco se distanciaron de su primitiva forma de vida, su cultura ancestral, sus tradiciones, habilidades, etc. En la medida en que la vida sedentaria desplazaba el pasado belicoso, dejaron de practicar la guerra y la agresión y, por lógica, se debilitó su espíritu guerrero y militar frente a otras tribus y poblaciones que seguían manteniendo formas de vida salvaje y bárbara, sin conocimiento de la escritura y la civilización, manteniéndose en el manejo de las armas como estrategia para su supervivencia.

Los ciudadanos, pues, cambiaron la solidaridad agnaticia por la comunidad de intereses debilitando los lazos de consanguinidad y la cohesión gregaria, o tribal, tan necesaria para mantener la disciplina y la fidelidad al jefe de la tribu. Los pueblos o tribus salvajes, unidos por razones de sangre (raciales) tienen como honor el tributo de sangre y la muerte en el combate, fortaleciendo así su espíritu guerrero y su arrojo, y sintiéndose libres y con derecho a invadir territorios ajenos. Los ciudadanos, en cambio, con un limitado sentido de la libertad, están adscritos a sus posesiones, manteniendo un débil vínculo de solidaridad con su comunidad de intereses, poniendo la defensa de sus propiedades como máximo ideal, en detrimento de la solidaridad común, o agnaticia. Es el tributo que debe pagar la civilización.

Las tribus salvajes, a medida que la caza fue disminuyendo o las tribus fueron aumentando su demografía, sintieron la necesidad de buscar recursos donde los había: en las tierras de labor de los sedentarios y en sus ciudades. Unas veces fueron hordas guerreras, sin orden ni concierto, quienes invadían el territorio de los sedentarios en busca de botín, dejando tras de sí un rastro de destrucción y muerte. Otras veces estos guerreros consiguieron formar bandas muy organizadas, con lo que la invasión ya no era ocasional sino que adquirió formas permanentes, imponiendo su propio orden y sus leyes. Otras veces se establecieron acuerdos y alianzas entre algunas de estas tribus guerreras y los sedentarios: los sedentarios le garantizaba el bienestar de sus familias, mientras los nómadas, o salvajes, ofrecían seguridad y protección, y así se integraban en la estructura política y social de los sedentarios.

La mítica Grecia estableció alianzas con los guerreros espartanos estableciendo federaciones como la *Liga Aquea* y la *Liga Marítima*. Roma creó alianzas entre diferentes tribus de pastores y las ciudades (*Ius Latii*) instituyendo una república campesina, y más tarde con una liga de ciudades llamada *Alba Longa*; los Hunos y los Godos invadieron las tierras del Imperio Romano, los mismos que posteriormente sirvieron a Roma como federados (*foederatis*). El poder árabe, con el Islam como soporte ideológico, impulsó a las tribus nómadas y guerreras, que controlaban las rutas del desierto, a una revolución que les permitió la conquista de amplios territorios de los Persas y Bizancio; Los almorávide y almohades, tribus guerreras procedentes del desierto del Sáhara y norte de África, invaden al-Ándalus; Los reinos cristianos del norte, con la herencia guerrera visigoda, impulsan una estructura militar que les permite, bajo la hegemonía de Castilla y Aragón conquistar los dominios y riquezas de al-Ándalus; Gegis Khan, con sus guerreros mogoles invaden y destruye los

estados musulmanes, sometiendo la población a su dominio. Luego fueron los invasores occidentales (cristianos) los conquistadores y colonizadores. Suma y sigue.....

..... Hasta los famosos Vikingos intentaron conquistar al-Ándalus. Entre 844 y 861 se produjeron varios ataques vikingos (llamados mayús "magos" por los musulmanes) contra las costas del sur de al-Ándalus. Según el testimonio de historiadores como Ibn Qutíyya, Ibn Hayyán y al-Maqqarí, la marina andalusí causó estragos entre los vikingos, marinos por demás experimentados, utilizando proyectiles incendiarios (niyam al-naft) y numerosísimos arqueros (ar-rumat). Los vikingos lograron remontar el Guadalquivir hasta las cercanías de la antigua Hispalis romana (la Sevilla actual), llamada Isbilía por los musulmanes (cfr. Jorge Lirola Delgado: El poder naval de Al-Ándalus en la época del Califato Omeya, Universidad de Granada, Granada, 1993)

A todos los conquistadores, procedan de los lugares que procedan, sean la raza que sea, hablen una lengua u otra, les une algunas características comunes: Un profundo sentimiento etnocentrista reforzada con una fuerte solidaridad tribal, o agnaticia (assabiya), y sus vínculos de sangre, organizados en torno a una definida jerarquía tribal, la lengua de poder de la etnia dominante que impulsa las conquistas, y su propia religión. En todos los casos estos pueblos salvajes, o semisalvajes, poseen una cultura rudimentaria y desconocen el poder de la cultura civilizada, a la que ambicionan conquistar y someter.

Si las tribus salvajes ostentan la fuerza de su solidaridad y de las armas, los civilizados poseen la deslumbrante cultura de la posesión, o sentido de la propiedad, la atractiva magia de la lujuria —uso ilícito o apetito desordenado de los deleites carnales, en exceso o demasía en algunas cosas— y su refinada sabiduría. Poco antes de la conversión de San Agustín de Hipona al cristianismo, escuchó la voz de un niño que le decía al respecto: "... *nada de comilonas y borracheras, nada de lujurias y desenfrenos, nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias* (Rom. 13, 13-14)"

El salvaje se rinde ante el atractivo que la civilización produce, y con el tiempo y el roce diario va perdiendo sus valores, cultura y espiritualidad guerrera, hasta desaparecer disuelto en la vida ciudadana. Ibn Jaldún, que formó parte en diferentes gobiernos del Magreb, estableció alianzas con muchas de las tribus del desierto y por esta razón conocía bien su dinámica, sobre la que escribió:

Capítulo XVIII. Si una tribu alcanza un bienestar en proporción a una asabiya poderosa, irán siendo presa del lujo y su espíritu de solidaridad irá debilitándose, volviéndose débiles e incapaces de llevar a término una conquista.

Capítulo XIX. Una tribu que ha vivido en el envilecimiento y la servidumbre es incapaz de fundar un reino.... Porque ello indica que han perdido la asabiya dada su vida indigna. Pagar impuestos o tributos es un envilecimiento y una pérdida de la asabiya; se debe luchar antes que consentir el pago del tributo.

Estas tribus salvajes elevan a la máxima simbología religiosa su virilidad, mientras la civilización refleja en sus símbolos espirituales la representación de la femineidad. Todas las civilizaciones antiguas convierten a la Tierra en la matriz de la vida, materializando ésta en diversas deidades femeninas.

En las Actas del Congreso "*El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente*" (Universidad Nacional Española a Distancia y Museo de Elda), nos explica:

Desde al menos el Neolítico era conocida en todo el Mediterráneo una divinidad femenina predominante, que vagamente se ha denominado Diosa Madre, señora de la fecundidad, de la vida y de la muerte, del día y de la noche, de la Naturaleza, de la vegetación y de los animales, que la cultura feniciopúnica asociaba a su divinidad Astarté-Tanit, y la griega a Ártemis y Kore-Démeter, principalmente.

(...)En la Alta Andalucía, el Sureste y el Levante peninsulares, se ha constatado la existencia del culto a una diosa con esas características, es decir, una divinidad indígena local, profundamente enraizada en la Naturaleza, sobre todo con la vegetación y los animales, que es la misma que desde Mesopotamia, Próximo Oriente, el Egeo y todo el Mediterráneo, ha sido bien documentada y relacionada con esa genérica Diosa Madre.

También Mircea Eliade, en su obra *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, (Pág. 69 y 84) explica:

Ciertamente, la sacralidad femenina y maternal no era desconocida durante el Paleolítico, pero el descubrimiento de la agricultura reforzó sensiblemente su poder. La sacralidad de la vida sexual, y en primer lugar de la sexualidad femenina, se confunde con el enigma milagroso de la creación. La partenogénesis, el "hierogamos" y la orgía ritual expresan, en planos distintos, el carácter religioso de la sexualidad. Un simbolismo complejo, de estructura antropocósmica, asocia la mujer y la sexualidad a los ritmos lunares, a la tierra (asimilada a la matriz) y a la que hemos

de llamar el «misterio» de la vegetación. La actividad agrícola y ganadera fue complementada con dos nuevas actividades que transformaron de forma definitiva a las sociedades civilizadas, y estas fueron la minería y la metalurgia. Fue preciso que se descubriera la fusión de los minerales para inaugurar una nueva etapa en la historia de la humanidad. A diferencia del cobre y del bronce, la metalurgia del hierro se industrializó rápidamente. Este hecho tuvo importantes consecuencias para la vida religiosa. Además de la sacralidad celeste, inmanente en los meteoritos, se impone a partir de ahora la sacralidad telúrica, de la que participan las minas y los minerales. Los metales «se crían» en el seno de la tierra. Las cavernas y las minas son asimiladas a la matriz de la Tierra Madre.

Si en Tartessos la agricultura fue una actividad común a sus poblaciones, no fue menos importante la minería y metalurgia. Se sabe que el establecimiento de las primeras colonias orientales refleja la riqueza metalífera de la zona, y la atracción que ejercía sobre los navegantes procedentes de diversos ámbitos geográficos y culturales en busca de los metales de Tartessos. Como muestra del refinamiento de la civilización tartesia podemos destacar los famosos Tesoros de Villena y de Carambolo, en Sevilla, formado por 21 piezas de oro que muestran influencias orientales combinadas con elementos mediterráneos. Es uno de los conjuntos más representativo de la joyería del reino de Tartessos.

Antes de la llegada de Roma, como el primer gran Imperio del Mediterráneo —en el amplio sentido del término— los tartesios debieron sufrir ataques de tribus de cazadores y guerreros, pero ninguno con la dimensión y la trascendencia de Roma.

Roma comprobó, cuando llegó hasta la Península Ibérica, que la Andalucía Turdetana, una vez desaparecida Tartessos, disfrutaba de un grado de desarrollo muy elevado, y una posición económica reconocida en todo el espacio del Mare Nostrum. O quizás los romanos ya conocieran este reino y sus riquezas, puesto que los Etruscos, que era uno de los reinos más poderosos de la Península Itálica, poseían una importante flota marítima dedicada al comercio, pero también a la piratería y la guerra, y que una vez puestas al servicio de Roma, pudieron imponerse a los pueblos que en aquellos tiempos dominaba el estratégico circuito comercial del Mediterráneo, Cartago.

Los enfrentamientos que sostuvieron Roma y Cartago fueron conocidos como las *Guerras Púnicas*, una serie de conflictos bélicos que sostuvieron entre los siglos III y II a. de C. El adjetivo púnico (del latín, *punicus*), procede de la palabra *poeni*, con cuyo nombre los

romanos denominaban a los cartagineses por su origen fenicio. Y la causa de las guerras no fue otra que el dominio del mar Mediterráneo.

Las tropas romanas pisaron por primera vez tierras andaluzas en la batalla de Baécula el año 208 a. de C., comandadas por Escipión el Africano (héroe de la II Guerra Púnica), en contra los cartagineses a cuyo mando estaba el general Aníbal, muy próxima al lugar donde existían importantes minas de plata. Pero ya hacía siglos que los Tartessos mantenían intercambios comerciales con los pueblos mediterráneos, entre otros con los Etruscos. Hay quienes defienden que los Tartesios y los Etruscos tienen un mismo origen, y emparentados en su cultura, quizás una razón para explicar que Roma y su cultura tuvieran una penetración tan fluida en la Bética. Andalucía estaba preparada para los nuevos tiempos.

[Ir al Índice](#)

Capítulo III. Aportes civilizatorios

El hombre es enemigo de lo que ignora: enseña una lengua y evitarás una guerra. Divulga una cultura y acercarás un pueblo a otro.

Naim Boutanos

Es muy curioso que sean pocos los que ignoran que Andalucía ha sido siempre *tierra de conquista*. Pero muchos los que desconocemos que dichas conquistas sólo obedecen a leyes que rigen el devenir de los seres humanos, o sea, leyes sociales e históricas. Hay quien sentencia que todo es consecuencia de un problema congénito propio de los andaluces. Y quien lo dice no es un palurdo, sino una de las figuras más ilustres de las letras hispanas: don José Ortega y Gasset, un pensamiento publicado en diversos artículos del diario El Sol en abril de 1927, y en sus *Teoría de Andalucía*. En ellos se puede leer:

La cultura de Castilla fue bélica. El guerrero vive en el campo, pero no vive del campo —ni material ni espiritualmente. El campo es, para él, campo de batalla: incendia la cosecha del agricultor, o bien la requisita para beneficio de sus soldados y bestias beligerantes. El castillo agarrado al otero no es, como la alquería o cortijo, lugar para permanecer, sino, como el nido de águila, punto de partida para la cacería y punto de abrigo para la fatiga. La vida del guerrero no es permanente, sino móvil, andariega, inquieta por excelencia. Desprecia al labriego, lo considera como un ser inferior, precisamente porque no se mueve, porque es «manante» —de donde manant—, porque vive adscrito al cortijo o villa— de donde villano. El sentido peyorativo de estos vocablos es un precipitado desdén que mide el antagonismo entre dos culturas, ambas ocurrentes en el área campesina, pero de signo inverso: la bélica y la agraria.

(...) Al revés que en Castilla, en Andalucía se ha despreciado siempre al guerrero y se ha estimado sobre todo al «villano» al «manant», al señor del cortijo. Exactamente como China, donde, a lo largo de miles de años, el militar, por mero hecho de serlo, era considerado como un hombre de segunda clase. Mientras en Occidente fue la espada del Emperador símbolo supremo del Estado, en China la nación se sintió resumida en el pacífico abanico de su emperador.

Consecuencia de este desdén de la guerra es que Andalucía haya intervenido tan poco en la historia cruenta del mundo. El hecho es tan radical, tan continuado, que de puro evidente no se ha subrayado nunca. ¿Qué papel ha sido el de Andalucía en este orden de la historia? El mismo de China. Cada trescientos o cuatrocientos años invaden la China las hordas guerreras de las crudas estepas asiáticas. Caen feroces sobre el

pueblo de los Cien Nombres, que apenas o nada se resiste. Los chinos se han dejado conquistar por todo el que ha querido. Al ataque brutal oponen su blandura; su táctica es la táctica del colchón, ceder. Tanto, que el feroz invasor no se encuentra con fuerza donde apoyar su ímpetu y cae por sí mismo en el colchón —en la deliciosa blandura de la vida china—. El resultado es que, a las dos o tres generaciones, el violento manchú o mongol queda absorbido por la vieja y refinada y suavísima manera del chino, tira la espada y empuña el abanico.

Parejamente, Andalucía ha caído en poder de todos los violentos mediterráneos, siempre en veinticuatro horas, por decirlo así, sin ensayar siquiera la resistencia. Su táctica fue ceder y ser blanda. De este modo acabó siempre por embriagar con su delicia el áspero ímpetu del invasor. El olivo bético es símbolo de la paz como norma y principio de cultura. La otra gran cultura que ha existido, la del antiguo Egipto, repite el fenómeno de China y Andalucía. Las conquistas de los Tutmosis y Ramses fueron hechas con soldados extranjeros.

¿Nos debemos alegrar con este análisis sobre los andaluces, o lamentarnos? Si su ilustre eminencia hubiese investigado las razones de este comportamiento, no hubiese escrito lo que viene a continuación. Quizás así nos podríamos alegrar, pero hace todo lo contrario al espíritu científico e histórico, y se deja llevar por los prejuicios. Estas son sus palabras:

Interpretamos, desde luego, la pereza como una simple negación, como un puro no hacer. Pero no exageremos la indolencia de los andaluces. A la postre, viene a hacer todo lo que es necesario, puesto que Andalucía existe, y su pereza no excluye por completo la labor, sino que es más bien el sentido y el aire que adopta su trabajo. Es un trabajo inspirado por la pereza y dirigido hacia ella, que tiende, por tanto, a ser en todo orden mínimo, como si se avergonzase de sí mismo. Este cariz aparece sobremanera claro si recordamos la forma petulante, la ostensiva, desmesurada, que suele tomar el trabajo de los pueblos que hacen de él su ideal”.

Estas palabras ya no despiertan en mí una animadversión, como al principio de leerlas, al comprender que es fruto de la ignorancia, más que de los prejuicios. Para contrarrestar esta opinión contamos con el análisis de nuestro ilustre andalusí, Ibn Jaldún. Nació cinco siglos antes que Ortega y Gasset, pero ya tenía clara las causas de la decadencia de Andalucía y del Magreb, expuesto con gran claridad y brillantez en su *Almuqaddimah*, o *Introducción a la Historia Universal*. Para A. J. Toynbee (*A Study of History*, Londres 1935, 1.11, 322) la *Mugaddima* es «*sin duda alguna, la mayor obra de este género que nadie haya creado jamás, en cualquier tiempo y lugar*». En sus páginas puede leer:

Capítulo III. La vida del campo ha debido preceder a la de la ciudad. Ella ha sido la cuna de la civilización. La ciudad debe su origen a su población. La vida en el campo fue primero que la de la ciudad, igual que antes va lo indispensable (vida en el campo) que lo superfluo (lujo, ciudad). Los hombres del campo aspiran al bienestar de la vida en la ciudad; los ciudadanos no aspiran a regresar al campo.

Capítulo XVI. Los pueblos semisalvajes son más capaces para realizar las conquistas que los demás. Los pueblos semisalvajes del desierto, al estar acostumbrados a condiciones duras, están más capacitados para la lucha.

Para tener plena conciencia de este fenómeno, o ley histórica y social, es preciso conocer cómo se ha establecido esta dinámica al verla reflejada en nuestra propia historia, desde la más remota antigüedad.

El Guadalquivir y su cuenca albergó, como ya hemos comentado, una de las más antiguas civilizaciones: Tartessos. Y los hombres y mujeres que la habitaron, diseminados por todos sus rincones, aprendieron a convivir en sociedad creando una extensa red de ciudades, pueblos y aldeas en los que han vivido durante largos milenios, sucediéndose generación tras generación hasta nuestros días. Los principales núcleos urbanos pueden ser reconocidos por la toponimia que aún perdura en sus denominaciones, según se recoge en el libro *Historia de la Lengua Española*⁶ (Pág. 47), como son: *Arucci* (Aroche), *Arunda* (Ronda), *Asido* (Medina Sidonia), *Astigi* (Écija) *Ategua* (Teba, Córdoba), *Baelo* (Bolonia, Tarifa), *Carissa* (Carija, Trebujena), *Carmo* (Carmona), *Caura* (Coria del Río), *Cisimbrium* (Zambra), *Corduba* (Córdoba), *Ebora* (Evora, Sanlúcar de Barrameda), *Hasta* (Mesas de Asta, Jerez de la Frontera), *Hispalis* (Sevilla), *Iliberri* (Elvira sierra), *Ilipla* (Niebla), *Ilupula* (Repla, Los Corrales), *Ipsa* (Iscar, Baena), *Igabrum* (Cabra), *Munigua* (Mulva, Villanueva del Río y Minas), *Nabrissa* (Lebrija), *Nescania* (Lescaña, Valle de Abdalajis), *Obulco* (Porcuna), *Obulcula* (La Monclova, Fuentes de Andalucía), *Olaura* (Lora de Estepa), *Onoba* (Huelva), *Tucci* (Martos), *Vrgao* (Arjona), *Vrso* (Osuna).

Se sabe que los Tartesios fueron un pueblo emprendedor en el cultivo de la tierra, la ganadería, la minería y la metalurgia, la artesanía, el comercio, etc., culto en los saberes y refinado en los gustos, como nos lo muestra el mismo Estrabón, al decir de ellos que los habitantes de Tartessos, o turdetanos, fueron los más cultos de los íberos, “poseyendo de tiempos antiquísimos escritos en prosa, poemas y leyes en verso que según ellos tenían 6.000

⁶ Cano Aguilar, Rafael, coord. Editorial Ariel, S.A., 09/2004

años de antigüedad", y todavía en tiempos de Poseidonio, 100 años antes de Jesucristo, se conservaba aún literatura tartesia. Como cualquier otra antigua civilización, el Guadalquivir permitió a las poblaciones que la habitaban desarrollar una compleja y avanzada sociedad, y la primera actividad realizada de forma metódica, fue la agricultura.

En los tiempos más primitivos de la humanidad el hombre estaba habituado a buscar el sustento de la familia por medio de la caza, debiendo abandonar cada cierto tiempo el campamento y trasladarse hasta el lugar donde existiera abundancia de animales para la caza, con el uso de diversos tipos de armas, empleadas también para la guerra y la defensa de la tribu. Mientras tanto, la mujer quedaba cercana al hogar cuidando de sus hijos, recolectando en las proximidades plantas y semillas para condimentar las comidas, o bien como cosmética para ponerse atractiva, y con esta práctica adquiría ciertos conocimientos de la naturaleza, descubriendo sus propiedades alimenticias, curativas y cosméticas y practicando, en un momento determinado, el cultivo de algunas plantas en las tierras cercanas al hogar. También descubrió que ciertos animales se prestaban bien a la domesticación, como la gallina, la cabra o la oveja, la vaca. etc., que les proporcionaba alimentos y otros materiales como la piel para vestimenta y otros usos, o los huesos para herramientas, armas y adornos. A medida que la práctica de la agricultura y la ganadería se desarrollaban permitió la alimentación de las familias de modo permanente, con lo que el hombre dejó de necesitar la caza como medio de vida. Es así como el hombre se va haciendo sedentario y *ciudadano*.

A medida en que ampliaba sus conocimientos sobre la naturaleza y sus leyes, descubrió nuevas técnicas para los cultivos y la ganadería, obteniendo mucho más de lo que consumían, haciéndose menos dependiente de la caza, y cambiando sus hábitos de cazador por el de agricultor o ganadero.

Pero el peligro acechaba, ya por los animales salvajes que destrozaban sus sembrados y mataban su ganado, o por la acción de tribus vecinas, obligándolo a construir las casas unas junto a otras y rodearlas con murallas, para que sus familias, el ganado y las cosechas pudieran ser protegidas, o al menos dificultar, en la medida de lo posible, el ataque de las fieras y de los salvajes.

De este modo nacen las ciudades y la vida ciudadana, o civilización. El uso de nuevos materiales y técnicas obligó a que ciertas personas sustituyeran su trabajo en el campo para especializarse en nuevos oficios: albañiles, herreros, carpinteros, alfareros, etc. Los productos elaborados con las habilidades artísticas y destrezas manuales de los artesanos eran cambiados

por alimentos que cosechaban los agricultores y ganaderos: así nació el trueque como antesala del comercio. Pero a medida que los excedentes producidos eran mayores, sus productores necesitaron acudir a otras ciudades cercanas para ponerlos a la venta, haciéndose necesario el invento de la rueda para el transporte masivo de mercancías, organizando su protección y defensa. Quizás recurriera para ello a alguna tribu guerrera a cambio de retribuciones, o bien surgiera entre ellos un cuerpo militarizado, dando lugar a la organización de los poderes políticos locales, o ciudades estado, como fueron las *Polis* Griegas.

El trasvase de mercancías de una ciudad a otra, así como las dificultades de seguir practicando el trueque, forzaron la búsqueda de alguna solución, y se impuso por la necesidad que exigen los hechos. El proceso podemos verlo con un ejemplo práctico: escojamos a un agricultor que debe guardar su cosecha de grano en un depósito, y que no necesita consumir, pero teme perderla por la acción de los insectos, por hongos, u otra causa natural, o también por la acción de las tribus salvajes. Decide, pues, llevarla al mercado de otra ciudad, más o menos lejana, donde puede negociarla, pero su intercambio le plantea un nuevo problema: no necesita cambiar su grano por ninguna otra mercancía ¿Cómo hacerlo? Este problema lo solucionaron los mesopotámicos haciendo unas tablas de barro en las que escribieron la venta del grano, detallando el peso, su precio y la forma de pago aplazada, pagadero en otro momento en que lo necesitase el agricultor.

Una vez escrito, con unos signos inventados por ellos (escritura *cuneiforme*), la dejaron secar al sol y, una vez endurecida, la pusieron en el mismo fuego en el que asaron un conejo para endurecerla aún más, y de este modo esta escritura se pudo conocer tras varios milenios. Nace así la *escritura* con sus letras y sus números y, además, una determinada forma de pago: el *dinero* y letra de cambio. Una compleja síntesis social adquirida mediante la negociación, el acuerdo y la confianza en el pago de la deuda, todo ello fruto, a su vez, de un complejo proceso intelectual.

¿Qué escribieron en esas tablillas de barro de los mesopotámicos, o en las planchas de plomo de los tartesios? No cabe duda que en ellas reflejaron la lengua con la que hablaron y negociaron, inventando para ello unos signos determinados para cada vocal, cada consonante y cada número. La abstracción social alcanzada mediante el desarrollo económico, técnico y comercial, junto a la capacidad intelectual de los sujetos que la realizaban, fueron dos factores interrelacionados que impulsó la necesidad de anotar en un soporte físico todos los actos de los intercambios, y que este soporte pudiera trascender el espacio y el tiempo. Para este fin se

idearon diversos soportes físicos (barro, madera, cuero, etc.) consensuado el invento de ciertos dibujos, o gráficos, que simbolizaran un lenguaje común entre todas aquellas comunidades y pueblos implicados en el comercio, surgiendo de esta forma las lenguas oficiales o de poder, comúnmente aceptadas por las partes.

Con demasiada frecuencia olvidamos o confundimos lengua y escritura. Para aprender una lengua no hace falta la escritura, como lo muestran los niños que aprenden a hablar perfectamente, sin saber escribir. Más bien es todo lo contrario. Primero se ha de adquirir un fluido conocimiento de la lengua oral, aprendido en el interior de la familia y en su entorno social, para luego aprender a escribir en un complicado proceso de aprendizaje. Y, a veces, no coincide la lengua oral en la que nos expresamos y con la que nos hacemos entender, con la lengua en que (obligados) debemos aprender a escribir: la *diglosia*. Según el Diccionario de la Lengua Española, diglosia es un **bilingüismo**, en especial cuando una de las lenguas goza de privilegios sociales o políticos superiores. El Diccionario de las Ciencias de la Educación de la Editorial Santillana, nos dice:

Se trata de una situación en la que conviven dos lenguas con diferente nivel de prestigio social, de tal manera, que una de ellas es empleada por las instituciones, la iglesia, la escuela, es la que se considera culta; la otra es sólo de uso en el ámbito familiar y laboral siendo menospreciada por inculta.

Un informe presentado en 1.998 a la Consejería de Educación del Gobierno de Aragón, estudia la posibilidad de incluir la lengua aragonesa en la escuela, detallándose el impacto y consecuencias que tiene la diglosia sobre la sociedad: *A consecuencia de este fenómeno se crean trastornos de integración del alumno en la escuela al entender éste la clara diferenciación de ámbitos de empleo de las dos lenguas, con todo el trasfondo sociocultural de un currículo oculto que lleva consigo: desprecio por el que habla, normalmente sus padres y abuelos. Baja autoestima de los hablantes; un sentimiento hondo de inferioridad y de frustración, etc.*

¿Cuándo va a hacer la Junta de Andalucía un estudio del impacto que tiene sobre la sociedad el uso de la susodicha diglosia? Sobre todo si una es presentada como la culta y correcta, la otra fruto de la incultura y del mal hablar. Y no es desprecio por el castellano —más bien al contrario— sino que sea valorada nuestra forma de hablar, e incluso que se estudie la influencia de nuestra lengua sobre el castellano, y no al revés, puesto que en Andalucía se habló antes y mejor el latín, madre del andaluz y el castellano.

No nos paremos aquí, pues hay muchas más cosas por delante.

Siguiendo con nuestra explicación, comprobamos que con el nacimiento de las primeras civilizaciones la humanidad ha alcanzado un complejo sistema de relaciones sociales, de intercambios, de técnicas de trabajo, de conocimientos de la naturaleza y sus leyes, la escritura, las matemáticas, etc., Todo ello se va a representar mediante una profunda transformación de la cultura y de la espiritualidad, pudiendo ser conocido gracias a las huellas de la iconografía, la pintura y, también, mediante las llamadas *Sagradas Escrituras*.

A veces las poblaciones *civilizadas* fueron castigadas por tribus salvajes y guerreras que invadían sus tierras, arrasando sus cosechas, apoderándose de sus ciudades, robándoles sus recursos, joyas y dinero, y también raptando a mujeres y jóvenes. Estos guerreros, portadores de un espíritu indomable, una solidaridad agnaticia (*assabiya*) y el arrojo del que no tiene nada que perder, fueron capaces de conquistar extensos territorios a los sedentarios (inexpertos en el uso de la guerra) por estar dedicados al trabajo de la agricultura, la ganadería, artesanía o el comercio, y por esta razón fueron víctimas inevitables de invasiones, guerras y conquistas.

Como estamos viendo, el hecho de que los andaluces y su territorio hayan sido objeto de conquistas e invasiones, no responde a un problema congénito, como sentencia el ilustre y gran pensador español Ortega Y Gasset, sino que son causa de leyes sociales e históricas. Siempre han sido los pueblos *civilizados* los atacados y, casi siempre, sometidos por otros pueblos bárbaros y depredadores. Pero en el largo y lento devenir histórico, los *pueblos sometidos* (civilizados) logran de nuevo, con sus saberes y su fino sentido de la tolerancia, conquistar al bárbaro puliendo su salvajismo hasta integrarlo al refinamiento de la convivencia y tolerancia de la civilización. Como siempre ocurrió, el conquistador acaba conquistado.

En el largo proceso de adaptación a la vida sedentaria, los pueblos que accedieron con su trabajo a la civilización, poco a poco se distanciaron de su primitiva forma de vida, su cultura ancestral, sus tradiciones, habilidades, etc. En la medida en que la vida sedentaria desplazaba el pasado belicoso, dejaron de practicar la guerra y la agresión y, por lógica, se debilitó su espíritu guerrero y militar frente a otras tribus y poblaciones que seguían manteniendo formas de vida salvaje y bárbara, sin conocimiento de la escritura y la civilización, manteniéndose en el manejo de las armas como estrategia para su supervivencia.

Los ciudadanos, pues, cambiaron la solidaridad agnaticia por la comunidad de intereses debilitando los lazos de consanguinidad y la cohesión gregaria, o tribal, tan necesaria para mantener la disciplina y la fidelidad al jefe de la tribu. Los pueblos o tribus salvajes, unidos por razones de sangre (raciales) tienen como honor el tributo de sangre y la muerte en el combate, fortaleciendo así su espíritu guerrero y su arrojo, y sintiéndose libres y con derecho a invadir territorios ajenos. Los ciudadanos, en cambio, con un limitado sentido de la libertad, están adscritos a sus posesiones, manteniendo un débil vínculo de solidaridad con su comunidad de intereses, poniendo la defensa de sus propiedades como máximo ideal, en detrimento de la solidaridad común, o agnaticia. Es el tributo que debe pagar la civilización.

Las tribus salvajes, a medida que la caza fue disminuyendo o las tribus fueron aumentando su demografía, sintieron la necesidad de buscar recursos donde los había: en las tierras de labor de los sedentarios y en sus ciudades. Unas veces fueron hordas guerreras, sin orden ni concierto, quienes invadían el territorio de los sedentarios en busca de botín, dejando tras de sí un rastro de destrucción y muerte. Otras veces estos guerreros consiguieron formar bandas muy organizadas, con lo que la invasión ya no era ocasional sino que adquirió formas permanentes, imponiendo su propio orden y sus leyes. Otras veces se establecieron acuerdos y alianzas entre algunas de estas tribus guerreras y los sedentarios: los sedentarios le garantizaba el bienestar de sus familias, mientras los nómadas, o salvajes, ofrecían seguridad y protección, y así se integraban en la estructura política y social de los sedentarios.

La mítica Grecia estableció alianzas con los guerreros espartanos estableciendo federaciones como la *Liga Aquea* y la *Liga Marítima*. Roma creó alianzas entre diferentes tribus de pastores y las ciudades (*Ius Latii*) instituyendo una república campesina, y más tarde con una liga de ciudades llamada *Alba Longa*; los Hunos y los Godos invadieron las tierras del Imperio Romano, los mismos que posteriormente sirvieron a Roma como federados (*foederatis*). El poder árabe, con el Islam como soporte ideológico, impulsó a las tribus nómadas y guerreras, que controlaban las rutas del desierto, a una revolución que les permitió la conquista de amplios territorios de los Persas y Bizancio; Los almorávide y almohades, tribus guerreras procedentes del desierto del Sáhara y norte de África, invaden al-Ándalus; Los reinos cristianos del norte, con la herencia guerrera visigoda, impulsan una estructura militar que les permite, bajo la hegemonía de Castilla y Aragón conquistar los dominios y riquezas de al-Ándalus; Gegis Khan, con sus guerreros mogoles invaden y destruye los

estados musulmanes, sometiendo la población a su dominio. Luego fueron los invasores occidentales (cristianos) los conquistadores y colonizadores. Suma y sigue.....

..... Hasta los famosos Vikingos intentaron conquistar al-Ándalus. Entre 844 y 861 se produjeron varios ataques vikingos (llamados *maýús* "magos" por los musulmanes) contra las costas del sur de al-Ándalus. Según el testimonio de historiadores como Ibn Qutíyya, Ibn Hayyán y al-Maqqarí, la marina andalusí causó estragos entre los vikingos, marinos por demás experimentados, utilizando proyectiles incendiarios (*niyam al-naft*) y numerosísimos arqueros (*ar-rumat*). Los vikingos lograron remontar el Guadalquivir hasta las cercanías de la antigua Hispalis romana (la Sevilla actual), llamada *Isbilía* por los musulmanes (cfr. Jorge Lirola Delgado: *El poder naval de Al-Ándalus en la época del Califato Omeya*, Universidad de Granada, Granada, 1993)

A todos los conquistadores, procedan de los lugares que procedan, sean la raza que sea, hablen una lengua u otra, les une algunas características comunes: Un profundo sentimiento etnocentrista reforzada con una fuerte solidaridad tribal, o agnaticia (*assabiya*), y sus vínculos de sangre, organizados en torno a una definida jerarquía tribal, la lengua de poder de la etnia dominante que impulsa las conquistas, y su propia religión. En todos los casos estos pueblos salvajes, o semisalvajes, poseen una cultura rudimentaria y desconocen el poder de la cultura civilizada, a la que ambicionan conquistar y someter.

Si las tribus salvajes ostentan la fuerza de su solidaridad y de las armas, los civilizados poseen la deslumbrante cultura de la posesión, o sentido de la propiedad, la atractiva magia de la lujuria —uso ilícito o apetito desordenado de los deleites carnales, en exceso o demasía en algunas cosas— y su refinada sabiduría. Poco antes de la conversión de San Agustín de Hipona al cristianismo, escuchó la voz de un niño que le decía al respecto: "*... nada de comilonas y borracheras, nada de lujurias y desenfrenos, nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias* (Rom. 13, 13-14)"

El salvaje se rinde ante el atractivo que la civilización produce, y con el tiempo y el roce diario va perdiendo sus valores, cultura y espiritualidad guerrera, hasta desaparecer disuelto en la vida ciudadana. Ibn Jaldún, que formó parte en diferentes gobiernos del Magreb, estableció alianzas con muchas de las tribus del desierto y por esta razón conocía bien su dinámica, sobre la que escribió:

Capítulo XVIII. Si una tribu alcanza un bienestar en proporción a una asabiya poderosa, irán siendo presa del lujo y su espíritu de solidaridad irá debilitándose, volviéndose débiles e incapaces de llevar a término una conquista.

Capítulo XIX. Una tribu que ha vivido en el envilecimiento y la servidumbre es incapaz de fundar un reino.... Porque ello indica que han perdido la asabiya dada su vida indigna. Pagar impuestos o tributos es un envilecimiento y una pérdida de la asabiya; se debe luchar antes que consentir el pago del tributo.

Estas tribus salvajes elevan a la máxima simbología religiosa su virilidad, mientras la civilización refleja en sus símbolos espirituales la representación de la feminidad. Todas las civilizaciones antiguas convierten a la Tierra en la matriz de la vida, materializando ésta en diversas deidades femeninas.

En las Actas del Congreso "*El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente*" (Universidad Nacional Española a Distancia y Museo de Elda), nos explica:

Desde al menos el Neolítico era conocida en todo el Mediterráneo una divinidad femenina predominante, que vagamente se ha denominado Diosa Madre, señora de la fecundidad, de la vida y de la muerte, del día y de la noche, de la Naturaleza, de la vegetación y de los animales, que la cultura feniciopúnica asociaba a su divinidad Astarté-Tanit, y la griega a Ártemis y Kore-Démeter, principalmente.

(...)En la Alta Andalucía, el Sureste y el Levante peninsulares, se ha constatado la existencia del culto a una diosa con esas características, es decir, una divinidad indígena local, profundamente enraizada en la Naturaleza, sobre todo con la vegetación y los animales, que es la misma que desde Mesopotamia, Próximo Oriente, el Egeo y todo el Mediterráneo, ha sido bien documentada y relacionada con esa genérica Diosa Madre.

También Mircea Eliade, en su obra *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, (Pág. 69 y 84) explica:

Ciertamente, la sacralidad femenina y maternal no era desconocida durante el Paleolítico, pero el descubrimiento de la agricultura reforzó sensiblemente su poder. La sacralidad de la vida sexual, y en primer lugar de la sexualidad femenina, se confunde con el enigma milagroso de la creación. La partenogénesis, el "hierogamos" y la orgía ritual expresan, en planos distintos, el carácter religioso de la sexualidad. Un simbolismo complejo, de estructura antropocósmica, asocia la mujer y la sexualidad a los ritmos lunares, a la tierra (asimilada a la matriz) y a la que hemos

de llamar el «misterio» de la vegetación. La actividad agrícola y ganadera fue complementada con dos nuevas actividades que transformaron de forma definitiva a las sociedades civilizadas, y estas fueron la minería y la metalurgia. Fue preciso que se descubriera la fusión de los minerales para inaugurar una nueva etapa en la historia de la humanidad. A diferencia del cobre y del bronce, la metalurgia del hierro se industrializó rápidamente. Este hecho tuvo importantes consecuencias para la vida religiosa. Además de la sacralidad celeste, inmanente en los meteoritos, se impone a partir de ahora la sacralidad telúrica, de la que participan las minas y los minerales. Los metales «se crían» en el seno de la tierra. Las cavernas y las minas son asimiladas a la matriz de la Tierra Madre.

Si en Tartessos la agricultura fue una actividad común a sus poblaciones, no fue menos importante la minería y metalurgia. Se sabe que el establecimiento de las primeras colonias orientales refleja la riqueza metalífera de la zona, y la atracción que ejercía sobre los navegantes procedentes de diversos ámbitos geográficos y culturales en busca de los metales de Tartessos. Como muestra del refinamiento de la civilización tartesia podemos destacar los famosos Tesoros de Villena y de Carambolo, en Sevilla, formado por 21 piezas de oro que muestran influencias orientales combinadas con elementos mediterráneos. Es uno de los conjuntos más representativo de la joyería del reino de Tartessos.

Antes de la llegada de Roma, como el primer gran Imperio del Mediterráneo —en el amplio sentido del término— los tartesios debieron sufrir ataques de tribus de cazadores y guerreros, pero ninguno con la dimensión y la trascendencia de Roma.

Roma comprobó, cuando llegó hasta la Península Ibérica, que la Andalucía Turdetana, una vez desaparecida Tartessos, disfrutaba de un grado de desarrollo muy elevado, y una posición económica reconocida en todo el espacio del Mare Nostrum. O quizás los romanos ya conocieran este reino y sus riquezas, puesto que los Etruscos, que era uno de los reinos más poderosos de la Península Itálica, poseían una importante flota marítima dedicada al comercio, pero también a la piratería y la guerra, y que una vez puestas al servicio de Roma, pudieron imponerse a los pueblos que en aquellos tiempos dominaba el estratégico circuito comercial del Mediterráneo, Cartago.

Los enfrentamientos que sostuvieron Roma y Cartago fueron conocidos como las *Guerras Púnicas*, una serie de conflictos bélicos que sostuvieron entre los siglos III y II a. de C. El adjetivo púnico (del latín, *punicus*), procede de la palabra *poeni*, con cuyo nombre los

romanos denominaban a los cartagineses por su origen fenicio. Y la causa de las guerras no fue otra que el dominio del mar Mediterráneo.

Las tropas romanas pisaron por primera vez tierras andaluzas en la batalla de Baécula el año 208 a. de C., comandadas por Escipión el Africano (héroe de la II Guerra Púnica), en contra los cartagineses a cuyo mando estaba el general Aníbal, muy próxima al lugar donde existían importantes minas de plata. Pero ya hacía siglos que los Tartessos mantenían intercambios comerciales con los pueblos mediterráneos, entre otros con los Etruscos. Hay quienes defienden que los Tartesios y los Etruscos tienen un mismo origen, y emparentados en su cultura, quizás una razón para explicar que Roma y su cultura tuvieran una penetración tan fluida en la Bética. Andalucía estaba preparada para los nuevos tiempos.

[Ir al Índice](#)

Capítulo IV. Imperios

Ningún hombre es tan tonto como para desear la guerra y no la paz; pues en la paz los hijos llevan a sus padres a la tumba, en la guerra son los padres quienes llevan a los hijos a la tumba.

Herodoto

Con el Imperio Romano se abre uno de los procesos políticos más complejos desde la aparición de la humanidad. Séneca definió al Imperio diciendo que "*Roma es el mundo*". Sencillamente, lo que quería decir es que Roma lo era todo. Esta manera de establecer las fronteras de esta entidad político-territorial era muy etérea. Después, caído dicho imperio, las comunidades necesitaron establecer unos límites precisos, determinados mediante los linderos de las propiedades de cada rey. Hacia la Edad Media, dichos linderos eran los del señor feudal, hasta que en la Edad Moderna, con el surgimiento de las monarquías absolutas, los contornos los representaban los límites de los Estados.

Y Roma pasó de ser una simple federación de ciudades a constituir uno de los imperios más definidos de la antigüedad, marcando la pauta política, jurídica y administrativa de los sistemas políticos posteriores. Su modelo de estado nada tiene que ver con el estado-nación que conocemos en la actualidad, a pesar de que se sientan herederos de su legado. Roma albergó en su seno a numerosas *comunidades nacionales* de los pueblos sedentarios, y también a tribus nómadas o seminómadas, como los llamados *sarracenos* procedente de los desiertos, o los bárbaros procedentes de las zonas boscosas del norte europeo.

Roma estableció una serie de instituciones políticas, jurídicas y administrativas en las que se basaron los reinos feudales, una vez desaparecido el Imperio, y que con el tiempo derivó en lo que hoy llamamos naciones-estado. Pero hasta llegar a estas particulares formas de poder se sucedieron otras maneras de gestionar los bienes, así como los deberes y derechos de los ciudadanos.

Hemos hablado de la ley que enfrentaba a los pueblos salvajes, generalmente nómadas, con los pueblos civilizados o sedentarios. Y para comprender cómo se establecen y desarrollan las formas de un poder complejo, es necesario ver cómo ha evolucionado la organización social.

En palabras de Ibn Jaldún, los salvajes *al ser nómadas y no tener territorio fijo se lanzan a la conquista de cualquier tierra, incluso las más lejanas*, con un sentido casi ilimitado de la libertad, sólo condicionado por su propio arrojo, la solidaridad tribal y la obediencia al jefe.

En cambio los civilizados conciben, para sí mismos, un concepto de la libertad limitado a su terruño, a sus posesiones territoriales y al hogar.

Los antiguos pueblos civilizados, que ya no se limitaban a la autosuficiencia, produjeron mucho más de lo que podían consumir. Con estos excedentes algunos ciudadanos se pudieron dedicar en exclusividad a nuevos oficios: albañiles, carpinteros, herreros, alfareros, etc. Y entre ellos surge el intercambio, en un principio mediante el trueque, pero a medida que necesitaron de otros productos de los que carecían en su ciudad, lo buscaban en las ciudades vecinas, surgiendo una nueva forma de intercambio: el comercio, en su amplio sentido del término, una tarea desempeñada por los comerciantes, mercaderes y transportistas marítimos y fluviales.

En la medida que el comercio se extendió más allá de los ríos y los mares cercanos, necesitaron crear nuevos sistemas para el transporte como los barcos movidos por el viento (velamen), y también unos sistemas de pesos y medidas, de pagos y registro, de unidades cambiarias con las que nació la moneda. Sobre este punto la Enciclopedia Encarta nos dice que fueron los fenicios los mejores y más avanzados en las técnicas marítimas:

Construyendo barcos que dependían más del viento que de los remos, barcos mercantes capaces de transportar cargas considerables, y también buques de guerra mayores y más efectivos que cualquiera de los fabricados por sus contemporáneos, los egipcios y los egeos. La construcción más significativa de los fenicios fue el barco redondo: un buque de manga ancha que utilizaba velas en vez de remos y proporcionaba un espacio para el cargamento mucho mayor que las galeras estrechas.

Los barcos redondos fenicios navegaron por el mar Mediterráneo y otros océanos hasta las islas Británicas (para comerciar con estaño), y tal vez también se dirigieron hacia el sur, a lo largo de la costa de África.

Según algunos escritores, existen textos antiguos, como la Biblia, que asocia estos barcos a Tartessos. Dichos barcos son denominados en la Biblia como "*barcos de Tharsis*". Hay dos razones que lo justifican: primera porque, en aquellos tiempos, sólo los tartesios dominaban la técnica de aleación entre el cobre y el estaño del que surge el bronce; segunda, por esta razón, eran los únicos que necesitaban adquirir dicha materia prima, el estaño, y para este fin surcaban con sus barcos la ruta que los llevaba hasta las islas *Castérides* (Gran Bretaña), donde abundaba ese metal.

En su momento, tanto Grecia como Fenicia desarrollaron un poderoso sistema marítimo y de defensa constituidas como potencias comerciales y militares, siendo posteriormente sustituidas por Cartago y más tarde por Roma. Cada una de estas potencias desarrolló sus propios sistemas e instituciones políticas y administrativas, de pesos y medidas, unidades de cambio, acuñación de sus propias monedas, la protección de las mercancías, el registro de las operaciones a los que aplicaban unos sistemas impositivos, legislando leyes sobre los diferentes aspectos que la sociedad requería en cada circunstancia.

Pero aquí nos encontramos, de nuevo, con el problema del poder, del dominio territorial y del ejercicio de la violencia. Una cosa era invadir un territorio para hacerse con el botín de guerra, y otra muy diferente instaurar un sistema político y militar con la finalidad de dominar un extenso territorio, especialmente complejo si en este espacio existían numerosas ciudades, entre la que se hacía necesario recorrer largos caminos, navegar por los ríos, o surcar extensos mares como el *Mare Nostrum*.

De todas las antiguas potencias marítimas y comerciales, ninguna como Roma, quien inauguró un eficaz sistema de dominación política y militar. Nadie duda que las armas sean la clave para la toma del poder y las conquistas territoriales, pero solo la *lengua* es la que garantiza el control y su gestión. Con la guerra se logra la conquista de territorios, pero una vez alcanzado, el objetivo consiste en conseguir el control territorial y marítimo donde se producen los productos o por los que circulan las mercancías, canalizando sus beneficios hacia el estado, las familias o grupos dominantes, quienes se apropian de los excedentes.

Por eso vemos que, en la génesis de estos grandes poderes, siempre hay una etnia, tribu o raza guerrera que impulsa las conquistas con un espíritu combatiente, y para garantizarse el control aprendieron que la clave era la lengua con la que se redactan las leyes, los contratos y las normas que regulan el funcionamiento de un Imperio. Son las *lenguas de poder*. ¿Quiere esto decir que estos pueblos salvajes, o guerreros, disponen de más conocimientos que los pueblos civilizados? ¿Cómo, pues, logran este poder y su control?

La respuesta es compleja. En primer lugar, hay que distinguir la fuente del conocimiento, y en segundo lugar, cómo se trasmite. Hemos visto que los pueblos sedentarios obtienen el sustento por medio de la fuerza muscular, los saberes adquiridos sobre la naturaleza y las técnicas aprendidas aplicadas en sus diferentes métodos de trabajo. Es la sabia combinación entre fuerza muscular, potencia intelectual, habilidades manuales y, especialmente, la

voluntad de conseguir un objetivo. Alfred Shon Rethel, en su libro *Trabajo intelectual y trabajo manual* (pág. 85), afirma que:

No existe trabajo humano en el que no haya un cierto grado de intervención simultánea de mente y mano. El trabajo no es un comportamiento instintivo de tipo animal, sino una actividad intencional, y en la intención debe guiar el esfuerzo del cuerpo, sea el que sea, hacia los objetivos perseguidos, con un mínimo de coherencia.

Los pueblos civilizados en sus primeros tiempos y, sobre todo, aquellos que debían ganarse el sustento mediante el trabajo manual (*con el sudor de su frente*), desconocieron durante mucho tiempo la escritura, un recurso que estuvo siempre en manos de minorías privilegiadas. La fuente del conocimiento la adquirían, en primer lugar, la transmisión oral de padres y maestros de oficios, en segundo lugar de la comprobación empírica y de la inventiva personal, de las destrezas manuales, etc. Los nombres dados a cada herramienta, a los métodos y procedimientos técnicos, a cada pieza, cada lugar, etc., eran el producto de un lenguaje especializado que se ampliaba a medida que se desarrollaban los oficios. Y en las calles, plazas y mercado donde completaban el aprendizaje de un lenguaje cada día más complejo y diverso, y que se perfilaba charlando, informándose de cualquier novedad, acumulando en la memoria colectiva una cultura con sus tradiciones, su folclore, sus festividades, creencias, etc., conformando así un complejo y rico lenguaje. Y la escritura no nace hasta bien avanzada la civilización, sobre todo, en su forma más actual como es la escritura alfabética, que fue adoptada por los griegos hacia el 800 a. de C., separando las vocales de las consonantes y dando a cada uno de estos grupos formas gráficas que definieran la lengua oral por ellos usada.

Pero para aprender la lengua materna, o de comunicación social, jamás necesitaron de la escritura, porque la lengua es como un ser vivo que no se puede tabular, como se hace con el ganado de granja, ni encerrar en los fríos códigos de la gramática, pues el lenguaje cambia y modifica a medida que cambian los tiempos, las ciencias, la técnica, los métodos de trabajo, de comunicación, etc.

La escritura es una fuente de poder que se alcanza cuando se ordena codificar el lenguaje oral, a veces inventando una grafía particular, y una gramática, un rango formal que sólo se adquiere y se legitima mediante el ejercicio del poder y la fuerza. Generalmente las tribus salvajes, cuando accedían a las conquistas territoriales sometiendo a las comunidades civilizadas, ignoraban el arte de la escritura. Y serían los escribanos sedentarios los que les

enseñaban el dominio de la escritura, pasando (los escribanos) a formar parte de la aristocracia palaciega como funcionarios del estado, élites privilegiadas que defendían a hierro y fuego su *trabajo intelectual*, como los mandarines.

Alfred Sohn-Rethel (*Trabajo intelectual y trabajo manual*, pág. 90-91) nos dice que:

El trabajo intelectual separado no surgió, por lo menos en sus orígenes, como ayuda a la producción, sino que se desarrolló como medio usado por los que no trabajaban para apoderarse de los productos del trabajo ajeno. Servía para calcular las entregas, para llevar la contabilidad de las concesiones de créditos y de los reembolsos en los intercambios entre las autoridades del templo o los funcionarios del faraón y sus deudores, para acumular las cantidades de productos apropiados, para anotar el volumen, las entradas y salidas de las provisiones, y para operaciones similares.

De este modo la minoría en el poder, ayudados por los escribanos, se reservaba para sí mismo el control de las leyes, el registro y cuantificación de lo almacenado, de las transacciones comerciales efectuadas, de los precios, de la regulación de los sistemas de pesos y medidas, y de todo aquello que valorara como de interés. Los escribas egipcios con sus escrituras jeroglíficas, los mandarines chinos, o los clérigos de la Edad Media dominaban, a modo de monopolio, la escritura, un arte que era ignorado por la mayoría de la población. Y el latín, en su origen, fue una lengua hablada por un conjunto de ciudades de la región itálica del Lacio dedicada a la agricultura y el pastoreo, antes de convertirse en la lengua de poder de todo un Imperio.

Según la historia, la escritura romana puede dividirse en dos grandes grupos. La escritura romana epigráfica, que es aquella que se realizaba sobre materia dura —piedra— y la escritura romana Paleográfica que se utilizaba como librería y documental. Los romanos, que hablaban una lengua oral común a los habitantes del Lacio, tomaron el alfabeto de los etruscos (más desarrollados) para escribir latín, y de esta manera lo pasaron a todas las lenguas occidentales de Europa.

Theodor Mommsen escribe en su *Historia de Roma* (pag.46), que *la agricultura ha sido en verdad, tanto para los grecolatinos como para los demás pueblos, el germen y el foco de la vida pública y privada, y ha continuado siendo la inspiración del sentimiento nacional*. Pero el origen de Roma está simbolizado por la mitología de *Rómulo y Remo* que, originarios de Alba Longa, hijos gemelos del dios romano Marte y Rea Silvia, fueron criados por una loba en una cueva del Monte Palatino, y recogidos por unos pastores. Esta simbología

personificada por la loba, es la representación de los animales depredadores más inteligentes, y símbolo de los pastores o tribus habituadas a la guerra.

Los romanos, como lo explica Theodor Mommsen, estaban organizados en familias (*gens*) en torno a núcleos de población pequeñas en un principio, integraban un cuerpo político llamado *civitas populus*, compuesto por cierto número de pagos, con un origen común, hablando la misma lengua, obedeciendo a los mismos usos, y obligados a asistirse unos a otros ¿*assabiya*?, con justicia y ley iguales, y también están asociados para la defensa y para el ataque.

Esta *asistencia común*, forzó la organización un cuerpo militar que con el tiempo fue temido y respetado, y el núcleo avanzado de las conquistas territoriales. En los primeros tiempos de la monarquía agraria, el reclutamiento de los soldados se hacía teniendo en cuenta la división del pueblo romano en 30 curias y 3 tribus. Cada curia aportaba 100 soldados de infantería (centuria) y 10 soldados de caballería (decuria) El ejército estuvo compuesto, pues, de 3000 infantes (*pedites*) y 300 jinetes (*equites*) y el armamento era aportado por el soldado, no por la ciudad, de ahí que los infantes se diferenciaron según su fortuna: los mejor equipados serían los ricos. Cada año se procedía al licenciamiento y a la movilización ya que el ejército no fue permanente, pues las guerras comenzaban en primavera y acababan normalmente en otoño; terminada la campaña volvían a sus actividades cotidianas. Posteriormente se reformó varias veces este ejército, respondiendo a las nuevas exigencias políticas, la primera dirigida por Servio teniendo como base el patrimonio económico de cada ciudadano, y posteriormente al convertirse Roma en una república. Este ejército era exclusivamente terrestre, careciendo de una flota marítima y de la experiencia necesaria en este sentido.

La Península Italiana estaba habitada por otros pueblos. Uno de estos eran los Etruscos, quienes ocupaban la orilla derecha del Tíber, dueños de una flota marítima dedicada a las actividades mercantiles, y a veces también a la piratería y el pillaje. El mundo etrusco alcanzó en el siglo VII a. de C. un nivel de esplendor sorprendente en el contexto del Mediterráneo, si bien no fue idéntico para todas las ciudades etruscas. Nunca lograron constituir un estado único y centralizado, sino que al igual que lo que hemos visto en el Lacio, sus ciudades gozaban de autonomía, gobernadas por reyes (*lucumones*), al menos hasta el siglo V a. de C. en el que se abrió un proceso en la mayoría de las ciudades etruscas en virtud del cual los reyes fueron sustituidos por magistrados. Algunas localidades costeras de Etruria, con un genio y carácter muy particular, eran expertos marineros que practicaron la piratería, dando

rienda suelta a su espíritu guerrero con el que llegaron a expulsar a los mismos griegos de Etruria y Populonia. Los helenos dijeron que el garfio de abordaje fue una invención *etrusca*.

Su oficio de piratas y expertos marineros les permitió controlar algunas rutas comerciales fundando establecimientos como los de Antium (*Porto d'Ánzio*) y de Surrentum (*Sorrento*), sometiendo además los islotes de *Capri* y otros dominios costeros de difícil acceso en el Golfo de Nápoles y Salerno, desde donde vigilaban todo el mar Tirreno. Cuando Roma consigue vencer y someter a los etruscos vía terrestre, pudieron disponer de una poderosa arma con la que rivalizar con el mismo Cartago ante su poderosa marina de guerra.

No obstante, el núcleo central de la génesis romana son las ciudades aliadas. Estas ciudades, según Theodor Mommsen en su *Historia de Roma* (pág. 65) *fueron autónomas en un principio, regidas cada una por un príncipe con la asistencia de los ancianos y de la asamblea de los ciudadanos armados. La comunidad de lengua y de raza produjo además otros efectos: una justificación política y religiosa de la mayor importancia: el pacto de eterna alianza entre todas las ciudades latinas*. El centro de esta alianza fue la ciudad de Alba, la más importante de las treinta ciudades que la formaban.

¿Y cómo fue la fundación de Roma? Theodor Mommsen, en su página 73: *según la leyenda explica a su manera todos los orígenes, y refiere cómo Rómulo arrebató a los veientes las posesiones romanas de la orilla derecha de las siete aldeas (Septem pagi) y las importantes salinas situadas en la desembocadura del Tíber*.

De nuevo un río se va a convertir en el elemento estratégico para el nacimiento de una civilización y un imperio. En la página 70 del libro de Mommsen, este se pregunta:

¿De dónde procede, pues, su preeminencia política, tan precoz entre las demás ciudades latinas, siendo así que todo parecía impedirlo por la constitución física del suelo? En efecto, el suelo es en Roma menos sano y menos fértil que en las inmediaciones de las demás ciudades del Lacio. Allí no prospera ni la viña ni la higuera, y las fuentes vivas son raras y pobres. El Tíber era para el Lacio el camino natural del comercio; su desembocadura en una costa sin puertos ofrecía al navegante un abrigo único y necesario en sus expediciones, y fue siempre para los latinos una buena defensa contra los pueblos establecidos en el norte. Se necesitaba un punto de escala para el tráfico fluvial y marítimo y una ciudadela para asegurar a los latinos la posesión de su frontera por la parte del mar.

El tráfico fluvial es, para el Lacio, una necesidad vital por el que transitaban los productos agrícolas y ganaderos en busca de ferias y mercados donde los ponían en venta. También para adquirir otros productos de primera necesidad para ellos, como los metales, que eran traídos en barcos procedentes de Grecia, Fenicia, Cartago, Tartessos o Turdetania. Esta vía de transporte era atacada a veces por piratas y bandidos, a los que los romanos debieron hacer frente. Al ser Roma el punto equidistante de todas las poblaciones del Lacio, fue el lugar ideal en el que se construyó un puerto con su mercado, el gobierno y su sistema defensivo, y con el tiempo terminó convirtiéndose en el centro de la vida económica, social, política y militar.

Cuando las necesidades se ampliaron, se hicieron inaplazables nuevas conquistas territoriales, comenzando por las comunidades italianas más cercanas, puesto que los romanos tenían necesidad de metales, como lo reconoce Theodor Mommsen, (pág. 217), *ya para los instrumentos de cultivo, ya para las armas, y como estos metales lo producían pocos países, el cobre o el bronce constituyeron muy pronto otro artículo de importación y cambio*. No cabe duda que el transporte y el negocio de estos productos estaba en otras manos, como los etruscos, los griegos o cartagineses, y esta dependencia debilitaba su poder y ambiciones.

Así que la única solución era que ellos mismos controlasen los circuitos de dichas mercancías, y para ello pusieron sus armas y sus ejércitos en pie de guerra. El ejército romano era potente en la guerra terrestre, pero en la mar eran verdaderos neófitos, por su origen pastor y campesino. Según el contralmirante Víctor Larenas Quijada, en un trabajo titulado *La Marina Romana durante la República*, escribe:

Se puede estimar que si los romanos no tuvieron un pensamiento naval estructurado y específico, por lo menos tuvieron que por la fuerza de las cosas, dar importancia a la marina de guerra, teniendo geográficamente cercanos a pueblos como los etruscos o los griegos de Siracusa. ¿Acaso los primeros no tuvieron una holgada victoria sobre los focios entre 540-535 antes de nuestra era y los segundos la victoria de Himera sobre los púnicos en el 480?

Quizás Roma debió negociar con otras comunidades de la Itálica buscando alianzas estratégicas, y estos *socii*, les brindarían la oportunidad de adquirir un cierto dominio en la guerra marítima. También firmó tratados con Cartago, como lo cita el contralmirante que ya hemos citado, Víctor Larena Quijada:

Polibio hace remontar la amistad entre Roma y Rodas, al tercer tratado acordado con Cartago en el 306 que definía las zonas de exclusión respectivas: Roma fuera de

Sicilia y Cartago fuera de Italia, y el acuerdo acordado en el 302 entre Roma y Tarento, donde Roma se comprometía a no traspasar el cabo Lacinio por el norte. Roma aparecía como una pequeña potencia marítima naciente: la renovación de la alianza cartaginesa en el año 348, el enrolamiento de los piratas de Anzio, la fundación de una colonia en Ostia, en la desembocadura del Tíber (Ostium Tiberis), donde se construirá un puerto en el año 335, la ocupación militar de la isla de Ponza y de la costa de Campania, muestran que el destino de Roma se jugará en adelante más por mar que por tierra. A partir del 311, Roma nombra cada año dos magistrados encargados de la marina (duoviri navales) que estarán a la cabeza de diez naves de guerra cada uno para luchar contra la piratería tirrena.

Una vez que Roma tuvo bajo su mando las fuerzas marítimas etruscas, se sucedieron las guerras púnicas en las que Cartago y el poder incipiente de los pueblos itálicos miden sus fuerzas. En los primeros momentos los cartagineses se enfrentan a un pequeño poderío continental romano, ejerciendo una hegemonía indiscutible entre las Sirtes y Gibraltar, e instalándose en Sicilia y en Cerdeña por cuyas aguas circulan los productos procedentes de diversos pueblos como la Turdetania. Entre el siglo III y mediados del siglo II, se suceden tres *Guerras* llamadas *Púnicas*, y una vez derrotada Cartago, la Turdetania es un destino obligado de Roma, pues ésta dispone de las mejores explotaciones mineras y de industrias metalúrgicas, capaz de cubrir sus necesidades.

Pero los romanos comprendieron que las conquistas militares, por sí solas, no le garantizaban el predominio sobre poblaciones con una dilatada historia civilizada. Para hacer durables sus conquistas, debieron acceder a los conocimientos adquiridos en los oficios, en el comercio y en cualquier otra actividad económica, y para ello potenciaron (como más tarde lo hicieron los árabes) la traducción al latín de los manuscritos existentes, en griego y las demás lenguas, con los conocimientos aplicados en ellos.

A pesar de que en un principio los romanos fueron los responsables del incendio de la Biblioteca de Alejandría, su sentido práctico permitió recuperar una gran parte de las más famosas bibliotecas de la antigüedad, como la de Alejandría y Pérgamo.

Así, Roma tradujo al latín obras de los sabios cartagineses como el tratado de agricultura de Magón, o los periplos de Hannón e Himilcón quien relata los contactos mantenidos por Cartago con las comunidades de la cuenca occidental del Mediterráneo, hasta el Atlántico, pasando la islas Madeira, las Canarias, y la costa occidental de África. El escritor y viajero romano, Plinio el Viejo, en su obra *Historia Natural*, recogió lo poco que se conoce sobre

la biblioteca de Pérgamo, en la que se guardaron, como un gran tesoro y durante cien años, los manuscritos de Aristóteles, sin hacer ediciones y sin publicarse. Sólo cuando llegaron a Roma y bajo la insistencia y el empeño del político y escritor Cicerón se procedió a editarlos y darlos a conocer no sólo a los estudiosos de las bibliotecas sino a todo el que quisiera leerlos.

Como decía Theodor Mommsen en su *Historia de Roma: La geometría somete el mundo al hombre; la escritura perpetúa sus conocimientos adquiridos, que de otro modo son perecederos como él; ambas le dan lo que le niega la naturaleza: el poder y la duración.*

No cabe duda que para la conquista territorial de los romanos son decisivas las legiones romanas, lo mismo que la flota etrusca lo es para el dominio marítimo y sus vías comerciales, pero una vez impuesto el dominio militar, fueron necesarios otros poderes para responder a los problemas sociales, económicos y político del momento. La diversidad de razas, lenguas y culturas bajo el dominio romano necesitaban de una ideología lo suficientemente abierta como para integrar los sentimientos religiosos y culturales de sus diversos pueblos. Por otro lado, para facilitar la comunicación, los intercambios mercantiles, la transmisión de saberes, la administración, la justicia, etc., fue necesaria una lengua común, y esta lengua fue la que hablaban los impulsores del Imperio, los habitantes del Lacio, que tenían en el latín su mejor arma para el control del estado, junto a la religión.

El profesor D. Francisco Díez Velasco Dr. de la Facultad de Geografía en la Historia de la Universidad de La Laguna, nos lo explica de la siguiente manera:

Dos influencias resultaron destacadas desde mediados del siglo VIII a. de C., la etrusca y la griega, y marcan las características de la forma religiosa que los romanos exportan a los territorios provinciales. La tríada capitolina (formada por Júpiter, Juno y Minerva), que simbolizará al propio estado romano, modifica por influencia etrusca una fase teológica anterior; el carácter icónico de los dioses romanos principales (que provocará un profundo impacto en territorios provinciales célticos, por ejemplo) también parece surgir del contacto con Etruria, aunque termine utilizando vehículos de expresión artística de tipo heleno.

Por otra parte, en su avance bélico caracterizado por la inclusión de los territorios conquistados en los límites cada vez más extensos del estado, los romanos emplearon una táctica ritual que llevó a incluir divinidades extranjeras entre las propias. Uno de los métodos rituales empleados es la evocatio, consistente en ganarse a los dioses de los enemigos por medio de la promesa de darles culto en Roma (vid. Macr. Sat.

III,9,6). Este tipo de ceremonias previas a los enfrentamientos bélicos potenció la interpretación a la romana, por ejemplo, de dioses semitas: Melkart (patrono de Tiro en Fenicia o de Gades) fue nombrado como Hércules o Baal-Hamón (patrono de Cartago) como Saturno.

La religión romana presenta, por tanto, un carácter formalmente tolerante (que contrasta frontalmente con la intolerancia de la política militar y de dominio), que se materializa en una enorme diversidad en la práctica religiosa. Dependiendo, no sólo del origen geográfico (por ejemplo romanos de Roma y romanos de provincias, provinciales de la zona occidental o la oriental), sino también del sociológico (senadores o caballeros frente a gentes sin linaje ni riqueza) y por supuesto cronológico, podemos definir un mosaico de creencias muy abigarrado.

La rápida y profunda romanización de la Bética demuestra que entre ambos pueblos debería haber algo más que la fuerza bruta, y la integración de la aristocracia andaluza (turdetana) en la aristocracia romana garantiza que la Bética tenga un importante peso en las instituciones romanas, como el Senado. Varios emperadores fueron de origen andaluz, como también filósofos, de los que sin duda hemos oído hablar.

[Ir al Índice](#)

Capítulo V. El crisol de la romanización

La civilización es la victoria de la persuasión sobre la fuerza.

Platón

Dicen que todos los caminos conducen a Roma, y es verdad, porque los romanos mandaron construir los caminos, las carreteras y las rutas marítimas con la intención de llevar hasta la ciudad imperial todo cuanto le era necesario para alimentar a la gran urbe, capital de emperadores, elevada en lo más excelso del refinamiento cultural, pero también representación de lo más perverso de la opulencia y la lujuria. Las ambiciones, la posesión de bienes materiales, los ilimitados deseos del lujo, la vanidad con que se rodea todo poder, hizo que desde todos los rincones del Imperio se transportara cuanto pudiese ser consumido o usado para el mayor esplendor de su aristocracia, sus familias, sirvientes y esclavos.

Los territorios dominados, que en su día fueron cuna de civilizaciones, estuvieron comunicados mediante caminos, carreteras y puertos, mandado construir por los emperadores de Roma, y que pusieron en comunicación a la península Itálica con Grecia, la antigua Mesopotamia, el Antiguo Egipto, toda la franja norte de África hasta llegar a las montañas del Atlas y el océano que lleva su nombre, el Atlántico y, pasando el Estrecho, se adentraba en el desaparecido reino de Tartessos, o Andalucía, prolongándose hasta la Germania y volviendo por el centro de Europa a través de los Alpes para volver a Roma. Y todo este amplio espacio estaba bajo dominio de la *Ciudad Eterna*.

Roma fue, ante todo, un sistema depredador de los bienes materiales y de los productos elaborados por las más finas manos artesanas, y los frutos más sabrosos labrados por las curtidas manos campesinas, por el forzado trabajo de la minería y la industria metalúrgica. Pero también fue quien permitió que fluyeran en todas direcciones la cultura de las anteriores civilizaciones, recogido en los textos y manuales de agrimensura, arquitectura, lenguas, matemáticas, y cualquier cosa que pudiese ser aprendida y conocida. Y para que fuera posible su conocimiento y difusión, estas obras fueron escritas y traducidas a la lengua de uso común, erigiéndose en la lengua de poder del Imperio: el LATÍN. Nacida en el Lacio (de aquí su nombre), no fue impuesta por la fuerza de las armas, sino de los hechos. Porque Roma nunca usó las armas o las leyes para imponer a los pueblos su propia lengua, ni prohibió aquellas lenguas existentes en el territorio bajo su dominio. El latín se impuso por una necesidad práctica entre la gente que tenía negocios de un extremo a otro del Mediterráneo, y también de

aquellos que formaron parte del ejército, de su cuerpo diplomático, de los sacerdotes, o simplemente de aquellos que pretendían acceder a los saberes más avanzados.

La circulación de mercancías establecida por tierra, los mares y ríos, forzó el estudio y la elaboración de nuevas artes y técnicas arquitectónicas, el perfeccionamiento de los transportes terrestres y marítimos, transformando los sistemas de comunicación. La existencia de las diferentes lenguas habladas dificultaba el comercio, especialmente a la hora de registrar en un soporte físico (barro, cuero, papiro, etc.) las mercancías compradas o vendidas, su peso, el precio, fecha de pago y entrega, etc. A veces debió hacerse interminable la negociación y la concreción de estos contratos hasta dejar despejadas todas las dudas, sobre todo cuando debía ser traducida de una lengua a otra. Y la lengua no era el único obstáculo a la hora de hacer negocios. La materialización de un sistema de cambio, que fuese universal, necesitaba de una autoridad comúnmente reconocida, sobre todo para resolver las diferencias (de valor, peso o medida, unidades contables, etc.) entre mercancías, porque, como ya hemos dicho en otro momento, se compra lo que no se tiene y se necesita, y cuando un mercader lleva una mercancía a un punto cualquiera para venderla, aprovecha para comprar otra, y venderla nuevamente a su regreso, pues ese es su trabajo y su medio de vida. ¿Cómo hacer esas operaciones? ¿cambiaba, por ejemplo, trigo por telas, cuando lo que podía vender era cuero? Debían acordar alguna forma de cambio que fuese válida entre el lugar de origen y el de destino, y a veces las monedas acuñadas en un lugar no tenían un valor reconocido en otro. Así que la única forma posible es que una autoridad, aceptada por todas las partes, diese valor de cambio a una moneda determinada con la que, una vez vendida una mercancía, digamos en Almería, con ese dinero ir a Oran (Argelia) y comprar cuero que puede venderlo en Roma. Por la fuerza de los hechos, Roma facilitó la solución de estos problemas, por un lado haciendo que todos los negocios y los registros se *escribieran* en latín — y así todo el mundo se entendería—, y de otro lado acuñó una moneda que fuese válida en cualquier lugar de su Imperio. En las monedas se grababa la figura del emperador que en esos momentos gobernaba, como testimonio del valor y la identidad de la autoridad que, en cada momento, le daba curso legal.

No hay que olvidar tampoco el ordenamiento de un sistema de pesos y medidas, necesarios para cualquier lugar y momento de las transacciones comerciales. Pongamos de nuevo un ejemplo como es el caso de la venta de los cereales. Hay que pesar las cantidades totales a vender, y así saber el valor total de la mercancía, y con su precio unitario para valorar el

montante total de una operación. Para resolver cualquier conflicto suscitado por diferencias entre las partes, debía resolverse acudiendo a las instituciones establecida por el Imperio, cuyas reglas se plasmó en el conocido *Derecho Romano*, una de las obras más innovadoras y eficaces para facilitar el desarrollo de las actividades económicas, comerciales, sociales y políticas.

De este modo se impone el latín como lengua de poder y la numeración romana como instrumento contable, desarrollado a lo largo de la existencia de Roma en todas sus dimensiones: literaria, técnica, científica, filosófica, etc. Y a todo ello se le ha denominado *romanización*.

Claro que la gente de aquellos tiempos no sólo trataba o comerciaba, sino que tenía otros asuntos en los que pensar y sobre los que expresarse, como la religión, las artes, la música, la escultura, etc. Cada pueblo bajo la hegemonía romana disponía de su propia lengua de comunicación social, que poco o nada tenía que ver con el latín. También disponía de sus propias formas religiosas y deidades, a veces mezcladas por sucesivas influencias externas, puesto que las culturas y la espiritualidad no son espacios estancos y cerrados, más bien todo lo contrario. Lo que cierra las mentes y los espíritus son los egoísmos y las mentalidades avarientas. En este terreno, Roma tampoco impuso un pensamiento religioso, y menos una religión estructurada, un concepto que no toma cuerpo hasta el final del mismo Imperio, como veremos, puesto que siempre tuvo un sentido privado de la religiosidad, expresado mediante diversas divinidades e iconografías, algunas de ellas comunes a otras culturas como la egipcia, la mesopotámica, la griega, o la turdetana.

En principio, Roma sólo reconoció el derecho de ciudadanía a aquellos de su propio origen social o étnico, pero con el *Edicto de Caracalla*, o Constitución Antoniana, promulgada por el emperador Marco Aurelio Antonio en el año 212, reconoció el derecho de ciudadanía a todos los habitantes de su Imperio y, cualquier ciudadano, con independencia de su raza, religión o lengua, o lugar de nacimiento, fue considerado ciudadano romano.

En las numerosas ciudades, fundadas desde tiempos remotos por los tartesios y turdetanos, quedaron restos de fenicios, griegos, cartagineses, etc., llegados para hacer negocios, donde contrajeron matrimonios y tuvieron descendencia, estableciendo su residencia definitiva. Porque con Roma llegan nuevas gente, unas procedentes de la Península Italiana, otros de otras zonas del Imperio como los hebreos y los sirios, muchos de ellos dedicados al comercio, o bien formando parte de los ejércitos romanos o como funcionarios.

Este variado crisol, con sus costumbres, religiones, culturas y lenguas será una nueva fuente de saberes, porque el aprendizaje y el saber son más intensos y rico en la diferencia que en la uniformidad. Las necesidades de comunicación entre sí debieron forzar a la mutua comprensión, a tener en consideración ideas filosóficas y religiosas ajenas, a respetarlas y valorarlas, pues la convivencia exige una actitud abierta y tolerante, sin la cual es imposible la convivencia pacífica y los intercambios. Es la mejor muestra que define a los pueblos civilizados, porque saben convivir y saben cómo resolver las disputas y los intereses.

De todos estos pueblos llegados de diversas procedencias, dos van a ser decisivos en nuestra historia posterior, una vez desaparecido el Imperio Romano: los judíos y los sirios.

La llegada de los hebreos a la Bética se pierde en los límites del tiempo, y existen diversas versiones entre la mitología y la historia. Según las más antiguas tradiciones, los primeros judíos debieron llegar a la Península en las naves de Salomón que, junto con las fenicias de Hiram, comerciaban; o en las mismas naves de Tarsis en las que se embarcó el profeta Jonás y que le trajeron hasta el reino de Tartessos. Otra tradición afirma que su llegada tuvo lugar tras la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor el año 587 a. de C., en calidad de refugiados, encontrando aquí a otros compatriotas venidos durante el comercio fenicio. Pero fue la guerra contra Roma y la desaparición del Templo de Jerusalén lo que motivó la gran Diáspora hebrea por el Mediterráneo, alcanzando la Península Ibérica en el siglo I. En el 135 a. de C. los romanos sofocan la última sublevación judía aplastando el levantamiento de Bar-Kochba, pero fue en el año 66, siendo procónsul el general Tito, cuando realizó una campaña contra los judíos en Judea, que les forzó a emigrar de sus lugares de origen. Por último, la carta que San Pablo escribe a los romanos sobre su visita a Hispania, indica la existencia de comunidades judías en la Península.

A los judíos se sumó otra población oriental, llamada sirios, emparentados con los judíos por su origen semita. Descendientes de Ismael —hijo de Abrahán— el primogénito de las tribus árabes, lo que nos indica que su presencia en la Bética es muy anterior al año 711. No cabe duda que, con la conquista romana de Siria, o Arabia Petrea, en el año 64 a. de C., ésta pasó a ser una provincia cuyos habitantes fueron denominados *sirios* por Roma.

Entre el siglo I a. de C. y el I d. de C., las tribus y poblaciones árabes, conocidas más bien como *nabateos*, habían evolucionado desde una mera agrupación tribal a un estado organizado que, en su apogeo, se extendía desde el sureste de Siria al noroeste de Arabia y el Sinaí, con capital en la famosa Petra, en la actual Jordania. En este período el papel militar

que los romanos asignaban a sus aliados sirios era el de servir como fuerza auxiliar de las legiones, de vigilancia de las rutas comerciales y de instrumento con el que extender la influencia y autoridad romana en el interior de Arabia, mediante la sumisión de sus tribus a sus aliados árabes. Otra de las tribus árabes romanizadas, los gasánidas, procedía del sur de Arabia, aunque habían emigrado al norte durante los siglos III y IV d. de C., asentándose en la región en torno a Damasco. Rápidamente cristianizadas, firmaron (año 502) un tratado (ratificado más tarde por Justino y por Justiniano) por el que se le encomendaba la defensa de la frontera imperial desde el Éufrates hasta el Golfo de Aqaba.

Estos árabes, o sirios, debieron llegar a la Península Ibérica en misiones militares, pero también como comerciantes, como funcionarios o como simples aventureros. La presencia de los sirios en la Bética se puede constatar en la colección de Historia 16, en concreto en el número 6, titulado *La Hispania visigoda, escrito por Gisela Ripoll e Isabel Velázquez*. Según este artículo, los sirios se asentaron principalmente en torno a ciudades portuarias (marítimas y fluviales), como las de *Corduba* (Córdoba), *Hispalis* (Sevilla), *Gades* (Cádiz), *Malaca* (o Vélez-Málaga) y las situadas cercana a los ríos o en los nudos de comunicación terrestres, como *Astigi* (Écija), por las que circulaba el comercio procedente del Oriente y África.

Con estos nuevos visitantes fue posible la temprana llegada del cristianismo a la Bética, transitando las rutas del Mediterráneo a lo largo de la costa del norte de África, desde el que atravesó el Estrecho de Gibraltar para penetrar por los puertos de la costa andaluza y del río Guadalquivir. Precisamente va a ser Sevilla donde se desarrolle uno de los centros cristiano más importante de Europa en aquellos tiempos, teniendo a Leandro e Isidoro de Sevilla como las figuras más representativas.

La desaparición del Imperio provoca la desestabilización del conjunto de las sociedades del Mediterráneo, o que estuvieron bajo dominio romano. De nuevo los pueblos salvajes serán una de las principales causas de su hundimiento, pero no la única. Por el norte los Hunos y los godos irrumpirán en las tierras del imperio, arrasando las cosechas y propiedades de la gente del campo y las ciudades. Por el sur y el este, nuevas tribus nómadas salvajes, desconocedora de la civilización, los que amenazan las fronteras del Imperio, de raza árabe, conocidos como *sarracenos*.

Roma es incapaz de frenar estas avalanchas bárbaras, y sólo puede retenerlas concertando la paz mediante alianzas bajo un estatuto de federados (*foederatis*), con derecho a establecerse en las tierras del Imperio, pero respetando las propiedades de los ciudadanos romanos. A

cambio, Roma le ofrece su pago en especie y en dinero para alimentar a sus familias. Pero las sucesivas crisis económicas, sociales y climáticas impedían, a veces, cumplir con el pago estipulado, y entonces las hordas germanas, a las que se sumaban otras gentes desesperadas, oportunistas y ambiciosas, irrumpían con violencia agudizando así los problemas económicos, sociales y políticos del Imperio.

A esto se sumaba un nuevo problema: una nueva religión que desde el interior del Imperio subvertía las ideas y el pensamiento de los mismos romanos: el *cristianismo*.

En un primer momento la prédica de la nueva religión era muy minoritaria, y a sus seguidores se le conocía como los *nazarenos*, en referencia a Jesús de Nazaret. La fuerza moral y espiritual de esta doctrina era imparable, y con el tiempo el mensaje predicado por Jesús de Nazaret tuvo eco en ciertas personas de la aristocracia romana que, con su doctrina, cuestionaron los mismos fundamentos ideológicos del Imperio: por un lado atacando el paganismo politeísta de Roma y la idolatría y, por otro, cuestionando la autoridad suprema del *Emperador*. Los dos pilares claves del Imperio. Y esta fue la razón de su persecución, en ocasiones sacrificadas en el circo y en el anfiteatro.

Organizados en pequeñas comunidades locales, con su obispo como representante elegido por la misma comunidad, los cristianos fueron organizando un sistema recaudatorio y de auxilio social, de solidaridad y apoyo mutuo. El insaciable sistema recaudatorio romano, que debilitaba los recursos de la población rural y artesanal, mermaba y agotaba la fuente de ingresos con la que financiar sus ejércitos. En cambio, para los seguidores nazarenos, su organización y estructura local autónoma subvertía el orden romano donde más lo debilitaba: Los bienes e impuestos recaudados en cada Diócesis, ahora en manos de la comunidad cristiana. Debemos recordar que la palabra *iglesia* procede del griego *ekklesía*, que significa asamblea, y en su origen es muy diferente al concepto actual, puesto que la Iglesia de ahora es una estructura de poder religioso que en nada se parece a la primitiva. Llama la atención que este modelo de organización, llamada Diócesis, es también una palabra de origen griego (*dioikesis*, 'administración'), y que para la iglesia cristiana primitiva fue el territorio sobre el cual un obispo ejercía la jurisdicción eclesiástica.

Así, Roma no podía tener garantías de reponer su tesorería, ni capaz de garantizar el reclutamiento para su ejército por la falta de recursos, Y si lo hacía por la fuerza, los cristianos se resistían a seguir sus órdenes, sometiéndolos a la esclavitud, con lo que dejaban de trabajar

en la tierra o en los oficios, agravando el problema aún más. De este modo las persecuciones y las matanzas se multiplicaron. No había solución posible, salvo una.

Desde el interior del mismo Imperio, algunas voces se elevaron para hacer del cristianismo la religión del estado, pero para ello necesitaban que los mismos cristianos reformaran los principios de su doctrina y el orden establecido, intentando que los obispos y sus diócesis se convirtieran en el brazo recaudatorio del emperador. Algunos obispos se plegaron a estas exigencias, pero otros se resistieron, abriéndose así una profunda crisis en la comunidad cristiana, y dando pie al primer gran cisma de la cristiandad. Las diferencias teológicas, filosóficas y políticas comenzaron a dividir a los obispados: el obispo Arrio, se hace fundador de la iglesia arriana; el obispo Donato fundador de la iglesia donatista; y otros obispos, convertidos en seguidores de la iglesia oficial, a los que se les denominó *trinitarios*, fueron conocidos siglos más tarde como católicos.

Para tratar de resolver, definitivamente, estos problemas, el emperador intervino en los asuntos eclesiásticos procurando establecer la unidad entre los cristianos. Con este fin convocó un Concilio en la ciudad de Nicea el año 325. Presidido por un obispo cordobés llamado Osio, triunfó la doctrina trinitaria, más conocida como doctrina nicena. Desde ese momento, las armas se ponen al servicio del dogma trinitario y la guerra entre cristianos está servida, atacando aquellas comunidades cristianas disidentes, cuyas iglesias serán consideradas *heréticas*.

La organización lograda por los obispados a través de las diócesis se puso al servicio del poder en unos casos, pero en otros quedaron al margen y, desde ese momento, los obispos que aceptaron la nueva *doctrina nicena* sirvieron de recaudadores de impuestos, donaciones y limosnas, proporcionándoles un poder político decisivo, sin llegar a ostentar cargo político alguno. Y los rebeldes, o herejes, decidieron poner su influencia al servicio de otros pueblos y tribus que les ofreciera protección ante la persecución de los emperadores.

Algunos emperadores, como Teodosio I el Grande, persiguieron de forma irremisible a las comunidades *heréticas*, y la situación de los seguidores de Jesús de Nazaret, profundamente divididos y enfrentados, fue aprovechada por el emperador, tratando de salvar el Imperio, a veces por la intransigencia y radicalidad de estas comunidades. Sea por una u otra razón, el emperador persiguió a los seguidores del obispo Arrio y desautorizó la práctica del paganismo, a veces de forma violenta. Dos ejemplos muestran la misma: en el año 390 ordenó la masacre de 7.000 ciudadanos insurrectos de Tesalónica (Grecia), y el obispo Ambrosio de

Milán (que influyó en la conversión de San Agustín) fue excomulgado por orden del emperador Teodosio I el Grande.

La expansión de las diferentes escuelas o doctrinas religiosas heréticas obliga a refugiarse bajo la protección de tribus enemigas de Roma, como los godos (arrianos), o ciertas tribus beréberes (donatistas), sumando con ello otro elemento más en la división en los diferentes territorios del antiguo Imperio. El cristianismo, en sus diversas escuelas o sectas, se extendió a lo largo del Mediterráneo y llegó a casi todas las tribus y ciudades tras la crisis desatada en el Concilio de Nicea, y las diferencias doctrinales o teológicas van a reforzar el sentimiento solidario de cada tribu, etnia o comunidad. Los bárbaros germanos van a recibir las doctrinas arrianas del obispo Ulfilas, quien tradujo la Biblia a la lengua de los godos; algunas tribus beréberes del norte de África van a seguir las doctrinas del obispo Donato; las poblaciones en torno al Nilo siguen la doctrina monofisita —o *copta* como aún es conocida— de la que deriva el nombre de Egipto; los árabes, o sirios, también seguirán la doctrina cristiana *monofisita*. Y a todo esto hay que sumarles la religión que seguían los judíos, para tener una idea de la complicada variedad social, étnica, política y religiosa.

La Bética, como parte integrante del Imperio Romano, fue receptora de esta diversidad social, afectada también por la misma crisis social y religiosa. Acostumbrada a la tolerancia pagana, la población de la Bética, en general, mantuvo sus propios hábitos religiosos y culturales adaptados a su forma de ser, pero esto no le salva de los conflictos, agravados, además, por las invasiones bárbaras, como la de los godos, portadores de otra doctrina religiosa (el arrianismo), expertos guerreros, en su día *federados* de Roma.

Una de las diversas tribus que componían las hordas germanas, los vándalos, penetran hasta la Bética, haciéndole pagar con creces la resistencia de la población, y su rebeldía duramente castigada destruyendo todo cuanto encuentran a su paso. Es el pago del guerrero a la falta de colaboración de los invadidos. Como quiera que la Bética se resiste a someterse, deciden embarcarse en las naves que los gaditanos disponían, tomando rumbo hacia las costas del norte de África, conquistando una gran parte de esos territorios sobre el que impone un férreo poder y el control sobre las rutas comerciales marítimas. La capital de los vándalos será la Antigua Cartago (Túnez), aliándose con las comunidades cristianas donatistas que, como ellos, son enemigos declarados de la Iglesia católica, a la que castigan y someten.

Tras ellos llegan los visigodos — otra horda bárbara— con la intención de hacerse con los restos del poder heredado de los romanos, intentando crear un reino propio en la Hispania. De

nuevo los salvajes nómadas, guerreros por excelencia, pretenden conquistar y someter a la población civilizada, dedicada al trabajo agrícola, ganadero, manufacturero y artesanal.

Decíamos que todos los caminos llevaban a Roma, pero ahora todos los caminos se hacían intransitables con el bandillaje, mientras la navegación estaba amenazada por la piratería, y la barbarie se adueñaba de la política. Rotas las rutas comerciales y abandonados los oficios, muchos trataban de buscar refugio en el campo, como el último recurso para la supervivencia, y de este modo nacieron diversos reinos, rivalizando entre ellos por la posesión de las tierras, disputándose los vasallos para hacerlos trabajar en la tierra.

La autarquía de los nuevos reinos, la ruptura de las rutas comerciales y el temor a la pérdida de territorios obligó a trazar fronteras que delimitara las posesiones de cada uno de los señores feudales, y reforzó la cultura guerrera, tanto para la defensa del territorio, como para la conquista de nuevos espacios, siendo utilizada también a la persecución de cualquier idea religiosa o filosófica diferente a la del señor feudal.

Pocas zonas en Europa escapaban a este mundo en decadencia. Sólo aquellas comunidades habitadas a una economía mercantil lograron mantener una mentalidad abierta y tolerante, como era la sociedad Bética y otros pueblos de la costa Mediterránea, amenazados por el avance del feudalismo y de las tribus mejor adaptadas a esta mentalidad e ideología constreñida al feudo y la guerra: era la hora de los bárbaros. Dos realidades que caminaban en sentido inverso, con sus propias reglas sobre la guerra y la paz; hacia la diversidad o la uniformidad, hacia el saber o el embrutecimiento; hacia la tolerancia o la imposición. Así se inaugura un nuevo tiempo: la Edad Media.

[Ir al Índice](#)

Capítulo VI. La Encrucijada

Las revoluciones no se hacen por menudencias, pero nacen por menudencias.

Aristóteles

Roma, la *ciudad Eterna*, dejó de ser el centro hacia el que confluían todos los caminos, el sol ya no giraba sobre su eje y dejó de ser el centro del universo conocido. Cada país, pueblo y tribu bajo la tutela del Imperio se vieron forzados a resolver sus asuntos de forma autónoma, y en muchas ocasiones entraron en conflicto con sus vecinos por disputas territoriales. Cerrados los caminos y el abandono de oficios sin beneficio, el poder dejó de obtener los ingresos necesarios con los que pagar a sus tropas, a sus funcionarios y la cohorte de parásitos, dejando de ser la luminaria del mundo, y sumiéndose en un mundo en tinieblas... o al menos bastante oscurecido.

El hundimiento de Roma y de sus ejércitos, que protegían el transporte de las mercancías y a las personas que lo realizaban, abrió la ocasión para los desesperados, los pobres, los profesionales del pillaje y la piratería imponiendo su propio orden. Y ese (des) orden afectó a los oficios que, o bien no encontraban salida a sus productos, o prefirieron labrar una pequeña parcela de tierra para subsistir con su familia, antes que morir de hambre o ser explotados de forma inmisericorde. Otros optaron por hacer su vida alejados de las riquezas y el lujo, abandonando las importantes urbes —que Roma había fundado o encumbrado—, movidos por razones espirituales, ante un mundo sin sentido y en decadencia. Así nacieron el cenobita o monacato y los eremitas, esperanzados encontrar en la soledad del campo o de desiertos algún sentido a la vida, como respuesta al vacío de sus almas practicando la vida solitaria y la austeridad. Sea por unas razones o por otras, la cuestión es que la vida de las personas sufrió un profundo cambio con respecto a los tiempos precedentes.

Y la Bética no fue una excepción en esta vorágine. Centro de una prestigiosa producción agrícola, con sus apreciados aceites y vinos, de afamados caballos, de una antigua industria metalúrgica practicada desde Tartessos, cuyas mercancías siguieron los caminos y rutas marítimas y fluviales de los imperios. Se puede comprobar, en la actualidad, cómo las vasijas en que fue envasado el aceite de la Bética, sirven de testigo mudo formando el *Monte Testacio*, un lugar existente en la Roma actual. Y lo mismo que exportó aceites y vinos, también aportó su pensamiento e lustres personajes, como Séneca y Columela; senadores y emperadores como Trajano y Adriano, compitiendo con la misma Roma en cultura y en el refinamiento filosófico y literario.

La desaparición del Imperio afectó negativamente a la economía y la sociedad de la Andalucía bética, generalizándose la pobreza, la miseria y el bandidaje, agravado además por una crisis religiosa que se abrió con el Concilio de Nicea dividiendo a los seguidores de Jesús de Nazaret, enfrentando a las diferentes comunidades cristianas, y fuente de incontables conflictos y violencia. Como se impuso el “*sálvese quien pueda*”, cada cual intentaba resolver los asuntos a su manera, y esta dinámica de dispersión social impulsó el nacimiento de pequeños reinos, gestionados con el sistema político y administrativo heredado del Imperio: El *Derecho Romano* (y bizantino), la lengua latina y su sistema de numeración. No todos estos reinos respondieron de la misma manera. Aquellas comunidades habituadas a tener en el comercio una salida a su economía, ya en los productos agrícolas y ganaderos, ya en la producción industrial (artesanal) como la metalurgia, necesitaron mantener, de alguna manera, la actividad mercantil, lo que suponía conservar contactos con diversos pueblos con su cultura y religión, y siendo receptores de saberes e ideas. Estas sociedades *mercantilizadas* mantuvieron una variada población, especialmente en las ciudades portuarias (marítimas y fluviales) o situadas en estratégicos cruces de caminos, dotándolas de una variedad demográfica y social con su diversidad religiosa y filosófica. La tolerancia no fue fruto de un voluntarismo forzado, sino una necesidad y una condición para la supervivencia y la estabilidad social.

Aquellas comunidades dedicadas a la agricultura de subsistencia, o con un comercio de *proximidad*, especialmente en tiempos de crisis como los comentados, se vieron obligadas a aplicar un sistema autárquico que los aislaba aún más de los espacios civilizados y de los circuitos por donde se practicaba el comercio a gran escala, por donde fluía también la cultura.

Del feudalismo se derivaron muchas consecuencias políticas e ideológicas que en su momento afectarán a la Andalucía Bética, pero también durante la existencia de al-Ándalus y, sobre todo, al final del estado andalusí, coincidiendo con la génesis del nacionalismo emergente en Europa por su particular visión ideológica, su agresiva expansión territorial y su modelo político basado en la uniformidad religiosa (católica en principio, y luego también protestante), lingüística y cultural.

La *variada población* existente en la Bética por su origen étnico, por su religión o su cultura, nunca supuso un problema, más bien al contrario, fue la mejor garantía de que estas comunidades (judías, sirias, beréberes, griegas, etc.) pudieran conservar unos contactos y unos

intercambios con sus países de origen, potenciando sus relaciones e intercambios comerciales, sociales y culturales. Y la variedad religiosa, a pesar del conflicto suscitado con el cisma cristiano, se mantuvo durante mucho tiempo en un intenso debate teológico, filosófico y hasta político canalizado a través de numerosos *Concilios*, como veremos. Lo que originó que este enfrentamiento teológico, filosófico y político tomara dimensiones de tragedia se debió a la existencia de ciertas hordas guerreras foráneas, como los visigodos, con las que se aliaron en muchas ocasiones la aristocracia nobiliaria, interesada en imponer un poder hegemónico y exclusivo, y unos bárbaros que jamás quisieron asimilarse a la población indígena, rechazando los matrimonios mixtos y cualquier otra forma que diluyera su *pureza racial*, o compartir el poder obtenido por medio de las armas.

Nos volvemos a encontrar de nuevo con las tribus o poblaciones *guerreras* invasoras, que en su momento estuvieron asociadas a Roma mediante el sistema de *foedus*, queriendo someter a las poblaciones dedicadas al trabajo de la tierra y otros oficios, forzándolos al pago de impuestos, gabelas y arbitrios. Y como también vimos, en esta dinámica histórica son fundamentales las pequeñas minorías *sacerdotales*, expertos en el arte de la escritura, la administración de bienes y sus registros documentales. Los godos, que no pudieron lograr que su propia lengua se convirtiera en una arma de poder, quizás por su ignorancia en el conocimiento y dominio de la escritura, a pesar del gran esfuerzo realizado por el obispo arriano Ulfilas traduciendo la Biblia a su lengua, se vieron obligados a adoptar el latín, pero en ese terreno no pudieron competir con el grado de conocimiento y dominio adquirido por los andaluces de la Bética, conocidos como hispano-romanos. En este arte —el de la escritura— destacaron dos sectores en la Bética: por un lado, funcionarios y cargos públicos que mantuvieron en ejercicio las instituciones romanizadas conservando la lengua latina, pero acercando su escritura a la lengua oral de los ciudadanos, naciendo así las llamadas lengua *romance*; y por el otro, los cristianos, que se hicieron verdaderos expertos en esta lengua, en su gramática y literatura. Los visigodos, pues, estaban en inferioridad de condiciones a la hora de fundar un estado y, sobre todo, para gestionarlo. Solo cuando admitieron esta realidad, decidieron aceptar la conversión al catolicismo —con la intervención de Leandro e Isidoro de Sevilla— logrando formalizar un estado unificado, abandonando la doctrina arriana.

Aunque la Bética se vio afectada por esas hordas salvajes, supo mantener a salvo sus instituciones, su poder y cultura. Como ya hemos dicho, las primeras tribus que pisaron suelo andaluz fueron los vándalos, forzados a abandonar la Península Ibérica tanto por la resistencia

mostrada por la población, como por la presión de otras tribus germanas que les pisaban los talones, como los visigodos.

Cuando los visigodos llegan a la Bética, también fueron forzados por la presión de otras tribus guerreras (los francos), intentaron imponer su propio control en el Estrecho de Gibraltar, desde las costas de la Bética para tomar la estratégica ciudad de *Septem* (Ceuta), con la finalidad de controlar una de las estratégicas rutas comerciales del Mediterráneo, fracasando en el intento, porque estaba bajo dominio de Bizancio. Quizás fuera este fracaso la causa del asesinato de su rey, Teudis (531-548), un método muy común de las conspiraciones sucedidas en el reino visigodo, sucediéndole en el trono, Teudiselo (548-549), quien mandó trasladar la capital del reino desde *Barcino* (Barcelona) hasta *Hispalis* (Sevilla), pero fue asesinado un año después de su entronación.

La presencia de los visigodos suscitó algunos conflictos en la Bética con la aristocracia andaluza. Ese mismo año, 549, Teudiselo es sorprendido por un puñado de conjurados, y es degollado en Sevilla en el transcurso de un banquete, traspasado por los golpes. Los godos de la guarnición, con el apoyo sin duda de algunos sevillanos hispanorromanos, elevaron al poder a su compatriota Agila. Como todos los godos, seguía la doctrina arriana, y por tanto enemigo de los católicos. Esta decisión disgustó, en cambio, a los cordobeses quienes siempre mantuvieron un fuerte espíritu de independencia. Según el estudioso Jacques Lafontaine, autor del libro *Isidoro de Sevilla* (pág. 75), “*Agila tomó la decisión de combatirlos, y en las acciones emprendidas cometió el error de despreciar los símbolos religiosos de los cristianos trinitarios (católicos) profanando la tumba de su mártir Acisclo, transformando su capilla funeraria en una cuadra*”, lo que muestra el crudo sectarismo que enfrentaba a los arrianos con los católicos.

Los cordobeses, dispuestos a vengar esta afrenta, apoyaron a Atanagildo contra Agila, solicitando el apoyo de los bizantinos, y el año 552 sus fuerzas navales desembarcan en las costas de Málaga y en Cartagena, cuyas tropas acuden a apoyar a Atanagildo, consiguiendo así rechazar los ataques de Agila que fue derrotado, huyendo en dirección a *Emerita Augusta* (Mérida), mientras era proclamado rey Atanagildo. Poco después Agila cae asesinado por sus propias tropas.

La intervención de Bizancio en favor de una de las partes enfrentadas va a crear dos zonas de influencia, dividiendo a la Bética durante más de medio siglo: una parte dominada por Bizancio a lo largo de la franja costera desde el límite del valle del Guadalquivir (*Baetis*)

hasta la *Cartaginensis*, entre los años 554 al 624; La otra parte, bajo poder autónomo, estaba formada por el resto del territorio de la Bética, desde Hispalis hasta Merida, en la que predominaba la iglesia trinitaria (católica), una doctrina que no era bien vista por los bizantinos pues, en su mayoría, seguían las doctrinas de la iglesia monofisita, también conocida como *Iglesia de Oriente*. No faltaron tampoco los intentos de los visigodos por controlar la Bética, pero no eran bien visto por ninguno de los dos sectores en que se dividió su territorio.

La llegada de los bizantinos en auxilio de uno de los bandos, provocó el desplazamiento de algunos católicos, entre los que se encontraba la familia de Leandro e Isidoro de Sevilla. El desembarco de las tropas bizantinas en la ciudad de Cartago Nova (Cartagena, Murcia) obligó a huir de la ciudad a su padre, Severino, buscando refugio y amparo en Hispalis (Sevilla), una ciudad que albergaba a la más importante comunidad católica y donde encontraron acomodo y protección.

El cristianismo había penetrado muy temprano en la Bética, pero lo mismo que en Bizancio y en el resto del Mediterráneo, la división en diferentes comunidades, o iglesias, radicalizaban las discrepancias doctrinales y teológicas, agravando la grave situación económica y social.

Y las normas para las relaciones sociales que poseían unos y otros también debió ser otra fuente de conflicto. Los germanos poseyeron un modelo de relaciones, caracterizado por la dependencia personal de vasallaje (*comitatus*), mientras que el modelo romano es de tipo clientelar. Las diferencias entre un sistema de origen germánico, y el viejo sistema romano basado en la *clientela*, muestra, en gran parte, las diferencias que separaba a las tribus visigodas y las sociedad. El vasallaje (término derivado de una palabra gaélica, que significa sirviente), logró imponerse sobre poblaciones agrarias muy poco romanizadas y dominadas por una aristocracia guerrera. Estas sociedades, cerradas sobre sí mismas, fueron gobernadas por las leyes que se denominan germánicas, un sistema autárquico al que se denominó *feudalismo*.

Sin embargo, las poblaciones muy romanizadas estaban administradas por el viejo Derecho Romano, de tipo clientelar, extendida a la Bética y todas las poblaciones de la zona costera mediterránea. Según nos lo explica en la página el Instituto Cervantes, en la sección dedicada a la historia antigua, se puede leer que el proceso de romanización permitió *una creciente inclusión en el sistema clientelar romano, especialmente durante las Guerras Civiles del siglo I a.C.* El *Tratado Elemental de Derecho Romano*, escrito por Eugene Petit, nos explica:

Los clientes; eran personas que estaban agrupadas bajo la protección del jefe, que era su patrón, creando derechos y deberes. El patrón debía a sus clientes socorro y asistencia, los defendía en justicia y les daba tierras para que la cultivaran; por su parte el cliente debía a su patrono abnegación, asistiéndole con su persona, siguiéndole a la guerra y aportando de su fortuna, para pagar por su rescate en caso de cautiverio, para dotar a sus hijas o para pagar las multas a que el patrón fuese condenado. Eran órdenes recíprocas enérgicamente sancionadas; de alguna de las partes no cumplirlas era declarado sacer y podía ser muerto impunemente.

El vasallaje requiere, como condición previa, el sometimiento de los individuos y sus familias una imposición amparada en la fuerza de las armas, bajo el predominio de unas minorías guerreras y aristocráticas. Según lo define el Diccionario de la Lengua Española, vasallaje es: 1.- *Vínculo de dependencia y fidelidad que una persona tenía respecto de otra, contraído mediante ceremonias especiales, como besar la mano el vasallo al que iba a ser su señor.* 2.- *Rendimiento o reconocimiento con dependencia a cualquier otro, o de una cosa a otra.* 3.- *Tributo pagado por el vasallo a su señor.* El vasallaje exige, además, una identificación religiosa con el señor como la mejor arma para mantener un dominio ideológico.

José María Imizcoz Beunza, profesor titular de historia Moderna de la Facultad de Filología, Geografía e Historia, Universidad del País Vasco, en una investigación titulada: *Elites, poder y red social. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen*, escribe:

Diversos autores han hablado, refiriéndose a la primera Edad moderna, de «feudalismo bastardo» para señalar en particular que la relación específica de patronazgo-clientela se añade y superpone a los antiguos vínculos feudo-vasalláticos propios de la articulación política medieval.

Como expuso en su momento Roland Mousnier, a diferencia del vasallaje, la relación de clientela, que él llama «fidelidad», no comporta «foi et hommage», ni concesión de un feudo, elementos esenciales de la formalización del vínculo feudo-vasallático, pero sí es un vínculo personal que comporta un compromiso de fidelidad y ayuda, así como, de hecho, un intercambio de servicios.

Como es de sobra conocido, la Bética mantuvo con la Roma Imperial, y más tarde con Bizancio, estrechos vínculos comerciales y políticos. *El comercio de ultramar estuvo en manos de los "transmarini negotiatores", por regla general eran judíos y, sobre todo, sirios. La organización de este comercio, basada en la institución de características orientales de los "transmarinii" estaba regida por el derecho marítimo de origen romano y no por una*

legislación propiamente visigoda, según lo escrito por Gisela Ripoll e Isabel Velázquez, en *Historia de España*, editada por Historia16.

No voy a insistir en la importancia económica y cultural de la Bética romana, bizantina o visigoda, especialmente en los intercambios comerciales, suministrando artículos tan preciados como el tejido de seda o el lino, marfiles, papiros, algodón, vidrios, púrpura, especias, etc. En un trabajo de estudio de la Universidad de Deusto, Facultad de Filosofía y Letras, titulado *Manuscritos miniados mozárabes*, trata de la importancia de estos *Transmarini negotiatores*:

La denominación de mozárabes que llevan miniaturas en la bibliografía corriente hunde sus raíces en la valoración que sus estudiosos han hecho de los elementos de tradición artística o arqueológica hispano-musulmana que aparecen representados en ellas de una manera más o menos esquematizada. Hoy, en crisis el propio concepto de mozarabismo, en el sentido de una demasiado exclusiva valoración de lo califal en este ámbito alto-medieval hispánico, frente a otros muchísimos elementos constituyentes del mismo, quizá valga la pena intentar ver algunos de los elementos tradicionales, anteriores o coetáneos a lo califal y a lo propiamente musulmán que constituyen este complejísimo mundo ornamental de las miniaturas de los Beatos. En el planteamiento sobre los influjos en la ornamentación de los Beatos hay que distinguir dos mundos diversos, aunque en cierta manera relacionada, con lo que ya aparece una de las primeras dificultades. En primer lugar habría que hacer un pequeño análisis de lo tradicional en el área de desarrollo de los mismos manuscritos, es decir, en el ambiente estricto hispano-visigodo cristiano, con su tremenda carga de romanismo y de bizantinismo orientalizante, y en segundo lugar, hay que comentar brevemente la importancia de las importaciones del mundo califal, que espléndidamente se manifestaron en la vieja Andalucía tal como lo demuestran dos series de manuscritos cordobeses e hispalenses, anteriores a Magius, y que tanto él como los demás ilustradores debieron conocer. El problema es amplio y difícil de abordar; carecemos de un sólido conocimiento (por escasez de documentación) de la ornamentación hispano-visigoda, al faltar entre otros elementos los manuscritos; y lo califal hispánico exige una generosa discusión en torno a si lo romano y bizantino (traspasado luego al mundo altomedieval y a la miniatura de los Beatos) procede del ámbito hispanorromano y visigodo de la Hispania cristiana, tan profundamente bizantinizada en sus modas desde el s. VI, o a si estos influjos hay que buscarlos en el arte omeya, deudor, como se sabe, de las corrientes bizantinas, en particular a través del arte cristiano de Siria y de Egipto (copto), con un gran peso estilístico del viejo

helenismo alejandrino. Las dudas nacen a partir del conocimiento que se tiene relativo a la llegada a la Hispania pre-musulmana de un tipo de comerciantes de origen sirio, los **negotiatores transmarini**, que aparecen en la legislación visigoda, y que trajeron a centros culturales tan importantes como Mérida telas de seda, marfiles, manuscritos o bronce procedentes de áreas tan variadas como Bizancio, el mundo sasánida o el Egipto copto, por lo general a petición de la corte monárquica o de las altas jerarquías eclesiales.

Estos *negotiatores transmarini*, debieron tener establecido una tupida red clientelar en la Bética y en el resto de los territorios peninsulares, incluso más allá de los Pirineos.

Los vínculos entre clientes no son de orden religioso o ideológico son, sobre todo, de interés económico y político. Otra cosa son los vínculos e intereses que se generan en una mutua influencia religiosa o ideológica, además de cultural. Porque recordemos que cada una de estas personas, lo mismo que transportaban mercancías, también trasladaban sus creencias, ideas políticas o filosóficas recogida en manuscritos que expresaban las ideas, o tratados científicos, matemáticos, técnicos, etc. La biblioteca de la escuela catedralicia y monacal sevillana, en tiempos de Leandro e Isidoro de Sevilla, es una buena muestra de este fluido intercambio cultural e intelectual, que logró disponer de un patrimonio y una herencia cultural desconocida por los salvajes y bárbaros visigodos.

La crisis religiosa impulsó un intenso debate entre los diferentes sectores sociales de la Bética, poniéndose de manifiesto la búsqueda de respuesta a las interrogantes de aquellos tiempos. Este debate se canalizó por medio de los sucesivos *Concilios*, muchos de ellos celebrados bajo la dirección de Leandro e Isidoro de Sevilla.

La palabra *crisis* es, según los diccionarios, una mutación considerable que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el enfermo. Mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya histórico o espirituales. Una sociedad puede estar afectada por una crisis, pero no deja de ser una sociedad viva, si es capaz de reconocerse a sí misma en su enfermedad, como primer paso para superarla. Y la sociedad de la Bética de aquellos tiempos demostró estar en condiciones para afrontar su propia *enfermedad*.

La influencia romana se hace patente en la continuidad del paganismo, y en otras religiones monoteístas, como la judía y la cristiana, pero no es la causa de estas disputas religiosas, especialmente intensa en el seno de la comunidad cristiana, llegando a afectar al orden

político y social. Por un lado están los cristianos seguidores de rito de Nicea, trinitarios o católicos, pretendiendo unificar bajo su autoridad al resto de las religiones; por otro están los visigodos, seguidores de la doctrina arriana, considerados herejes por la iglesia católica. También existían otras iglesias, como la siria, seguidora de la doctrina monofisita, o acéfalos, considerada también herética, pero protegida por el poder bizantino.

Los godos, con su fuerte sentido gregario, no admitían que nadie les impusiera una religión ajena, ni aceptaban los matrimonios mixtos, manteniendo una distancia de la sociedad que le rodeaba. Los judíos, se habían especializado, en su mayor parte, al comercio, aunque también trabajaban en otros oficios y al cultivo de la tierra, formaban una comunidad muy prestigiosa y con una importante posición social. Como no habían entrado en confrontación con la Iglesia católica, quedaron al margen del debate teológico, pero no en la disputa política y, sobre todo, económicas. Eso sí, la Iglesia católica siempre desconfió de su poder y de su capacidad de proselitismo que, como veremos, fue motivo de persecución. Y los andaluces (o béticos) de origen sirio, seguidores de la doctrina monofisita, habían logrado crear una extensa red comercial en todo el Mediterráneo, lo cual supone que debían mantener buenas relaciones con su gente de Siria y con otros muchos países.

El primero de los concilios celebrados en la Bética, el más antiguo de los celebrados en la Península Ibérica se celebró en la ciudad de *Iliberri* —antes que el de Nicea—, conocido actualmente como *Concilio de Elvira* (cercano a Granada) el año 303, al que asistió el obispo Osio de Córdoba⁷. Según el autor del libro *Isidoro de Sevilla*, Jacques Lafontaine (Pág. 37) a este concilio acudieron 88 obispos de toda Hispania, de los cuales 48 procedían de la Bética (Andalucía), especialmente de la parte oriental, y entre ellos cabe destacar a Sabino de Sevilla, y que fueron citados en la lista sucesoria conservada en el *codex Aemilianensis*. Una de las cosas más llamativa de este Concilio es el *preocupante apego que continuaban manifestando ciertos convertidos respecto a malos cultos públicos paganos*, que constatan la difícil cristianización de las costumbres de una sociedad en la que coexistían por entonces de manera liberal paganos, judíos y cristianos. Como ejemplo citemos varias prohibiciones acordadas en dicho Concilio:

⁷ Obispo de Córdoba y presidente del I Concilio de Nicea, el primero de los concilios ecuménicos celebrados por la Iglesia.

Se prohíbe celebrar vigili­as nocturnas en los cementerios (canon 35); encender en ellos durante el día cirios en las tumbas cristianas, para no perturbar "las almas de los santos" (Canon 34); Y, por último y sobre todo, decorar con frescos las iglesias, y "pintar sobre sus muros lo que es objeto de culto y adoración" (Cañón 36).

Como vemos, la iglesia de aquellos tiempos veía mal las figuras y las pinturas que representaran a los objetos de adoración.

De todos los concilios celebrados en la Bética, destaca, por su significación política el celebrado el 13 de Noviembre del año 619, en una sacristía de la catedral de Sevilla al que asistieron Isidoro de Sevilla y otros seis obispos de la provincia -Granada, Medina Sidonia, Écija (quizás en la figura del hermano de Isidoro, Fulgencio), Cabra, Martos y Málaga. También asistieron altos cargos, funcionarios del estado, etc. Debatieron diversos asuntos políticos, jurídicos y fiscales, destacando el debate teológico y filosófico entre diferentes representantes de las "iglesias" de la Bética.

De esta discusión destaca la mantenida entre un representante de la iglesia acéfala —o monofisita— e Isidoro de Sevilla. Jacques Lafontaine (pág. 69), nos cita las palabras del propio Isidoro con el obispo sirio:

Era sirio de nacimiento, obispo -según sus propias palabras-, negaba las dos naturalezas en Cristo y afirmaba que la divinidad es pasible. Como hizo claro nuestro espíritu la confesión de tamaño error, le proporcionamos testimonios (bíblicos) sobre la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, así como sentencias de los Santos Padres, después le invitamos con todo tipo de exhortaciones, aunque con la moderación que conviene a sacerdotes, la ortodoxia de la verdadera fe. Se resistió con obstinación a estas advertencias saludables, a lo largo de prolongados y numerosos debates, rechazando nuestra comunión. Pero al final, bien instruido por la gracia de Dios, abjuró de su herejía ante la totalidad de los asistentes.

¿Se limitaba Isidoro, y su hermano y maestro, Leandro, sólo a un debate teológico o tenían objetivos muchos más mundanales? Es evidente que no, si tenemos en cuenta lo debatido en ese concilio, entre otros temas abordaron asuntos de carácter político, jurídico y fiscales, además de teológicos y filosóficos. No eran cuestiones menores, y había una de especial importancia, como era la naturaleza del propio estado, o reino. En torno al orden ideal y del estado se suscitaban enconados debates para decidir bajo qué iglesia se unificarían los creyentes, si lo hacían a favor de la iglesia arriana, de hegemonía visigoda, de la monofisita, amparada por Bizancio, o de la trinitaria o católica. Si los arrianos contaban con la fuerza de

las armas, organizados en torno a los soberanos y guerreros visigodos y con el control del trono, los católicos eran apoyados por una gran parte de la aristocracia bética, que por su cultura, ostentaban los saberes más elevados de aquellos tiempos como las artes, la lengua y literatura, la filosofía, y todos los demás saberes, como lo mostró Isidoro de Sevilla en sus numerosas obras y textos. Los judíos y los monofisitas quedaron al margen, al menos en apariencia, de la disputa por el poder del reino visigodo de Toledo.

La balanza se movía, figuradamente, entre el poder político y militar de los visigodos con su iglesia arriana, y la aristocracia bética respaldada por la iglesia trinitaria. En un caso era decisivo el poder militar y en el otro el dominio de los saberes. En el largo proceso de la batalla ideológica entre los arrianos y los trinitarios (católicos) las cartas estaban marcadas de antemano, como lo demostró el papel ejercido por los dos hermanos, Leandro e Isidoro.

Para desarrollar sus proyectos, Leandro e Isidoro apoyados por la escuela sevillana, percibieron como la mejor estrategia desarrollar una labor pedagógica hacia la población más cercana para ampliar su influencia, y por otro, con los sectores dirigentes de las iglesias tanto arriana como católica, especialmente destinada hacia los clérigos y la aristocracia visigoda. Para llevarlo a cabo se apoyaron en el proyecto educativo conocido como el *currículo*, con su *trivium* y *cuadrivium*, cuerpo educativo, conocido también como *Siete artes liberales*, que contemplaban las siguientes materias: gramática, lógica, retórica, geometría, aritmética, astronomía y música. No hay duda que el papel y la influencia de Leandro e Isidoro de Sevilla, y la de su comunidad, fue decisivo en los acontecimientos que marcaron la historia posterior, especialmente en el diseño del estado que pasó a la posteridad como el *Reino Visigodo de Toledo*.

Pero la historia impone sus propias leyes. En la Bética confrontaron varios movimientos demográficos e ideológicos que también afectaron a Oriente y a Occidente. Diversos pueblos salvajes habían invadido tierras del Imperio Bizantino y Persa, como los Hunos, y sus efectos se hicieron sentir sobre otros pueblos salvajes, como los bárbaros, que se vieron obligados a buscar refugio en las tierras bajo poder de Roma. Otros pueblos árabes nómadas del desierto, semisalvajes, también invadieron tierras pertenecientes a Persia y Bizancio, como los sarracenos, emparentados con los pueblos árabes sedentarizados. Estos movimientos demográficos, a gran escala, se movían de manera organizada bajo las directrices de los jefes o líderes tribales, habituados a emplear las armas en caso de resistencia, lo que les permitió

forzar a los poderes políticos de los imperios a establecer pactos o componendas, con el fin de evitar la invasión, la guerra y el pillaje.

Paralelamente a estos acontecimientos se había abierto una brecha en el interior de las sociedades *civilizadas*, basada en diferencias doctrinales con el cisma cristiano tras el *Concilio de Nicea*, y la elección de una de sus facciones teológicas y políticas como la religión del estado romano. Los conflictos sociales y las divergencias teológicas alimentaban una guerra soterrada, que a veces era utilizada para justificar las ambiciones de las aristocracias militares, provocando el estallido de numerosas guerras.

Si bien la Bética no había sido objeto de un control político directo por parte de estos pueblos salvajes, como los visigodos, sí que sufrió las consecuencias de este conflicto generalizado. Bizancio tomó parte en estas guerras, apoyando a alguna facción de la aristocracia hispano romana contraria a la presencia visigoda. Pero en el Imperio Bizantino predominaba la iglesia cristiana monofisita, mientras en la Bética había logrado gran predicamento la Iglesia trinitaria, generándose un permanente recelo entre sí. Igualmente los visigodos, seguidores de la Iglesia arriana, eran, a la vez, enemigos de los trinitarios (católicos), como de los monofisitas, y en medio de todos ellos también estaban los judíos y los paganos.

En esta difícil encrucijada, la Escuela Sevillana diseñó una estrategia de largo alcance: por un lado conseguir la conversión de los visigodos al catolicismo, y hacer que la fuerza militar que estos poseían se pusiera al servicio de su proyecto y su modelo político, para derrotar a las fuerzas bizantinas y obligar a los monofisitas a aceptar su disciplina. Pero como ya he dicho, la historia impone sus propias leyes, y en esta estrategia se toparon con dos grandes dificultades: por un lado la existencia una religión estructurada y monoteísta, como la judía, a la que no podían unificar bajo la autoridad de la Iglesia Católica, por las deferencias en sus principios, ritos, e intereses; por otro, el nacimiento de una nueva religión en las alejadas arenas del desierto de Arabia, que lograría unificar bajo su autoridad a los antiguos pueblos árabes nómadas y sedentarios, así como a los judíos y cristianos monofisitas de Bizancio y Persia.

La creación del Califato de Damasco debió hacer ver a muchos habitantes de la Bética de origen sirio y judío, a pedir ayuda para contrarrestar esta política de conversiones forzadas, a sus parientes de Siria, ahora gobernados por los musulmanes. Los visigodos, una vez reforzado su reino de Toledo tras la conversión de Recaredo, impulsaron la elaboración de una legislación cada vez más severa contra los que se resistían a ser sometidos a la autoridad

de la Iglesia Católica y del Reino Visigodo de Toledo, y una de sus medidas fue el tratar de impedir los contactos y viajes al extranjero. Y esta política fue el principio del fin del Reino Visigodo.

[Ir al Índice](#)

Capítulo VII. Crisis y síntesis

El bosque sería muy triste si sólo cantaran los pájaros que mejor lo hacen.

Rabindranath Tagore

Quedando lejanos los días en que la aristocracia romanizada, fiel a sus ritos paganos y su apego al poder con sus reminiscencias imperiales, dejó de tener espejo en el que comparar su decadente refinamiento. La *Ciudad Eterna*, antes teatro de vanidades en la que todos rivalizaban por mostrar su poderío, sus riquezas y sus posesiones, ahora tenía una vida similar a la de cualquier otra ciudad medieval. Aquellos que querían codearse con alguna aristocracia de estilo romano imperial, debían mirar hacia Bizancio, heredera directa de la cultura helénica y también ahora la más cristianizada.

En los foros de las ciudades Béticas la *comitia curiata* conservaba los últimos vestigios del poder romanizado, celebrado bajo ritos paganos, pidiendo a las deidades Artemisa, Démeter, Dionisio (Dioniso) o Gaya la protección de sus cosechas; la celebración de la caza, de la guerra a Ares o Atenea, y de la fertilidad y el amor a Afrodita, Eros o Hera, sólo que estas deidades ya no despertaban ni la expectación social de antaño, ni eran motivo de culto para gran parte de los ciudadanos. Salvo las clases más pudientes, con sus comitivas de esclavos domésticos, la población cambiaba poco a poco sus hábitos religiosos.

Como expone Fe Bajo Álvarez, Profesora Titular de Historia Antigua de la U.N.E.D., en un trabajo titulado: *Los últimos hispanorromanos. El Bajo Imperio en la Península Ibérica*:

La nueva religión se desarrolla en un ambiente social aún escasamente cristianizado y muchas de las creencias ancestrales relacionadas con los dioses o la religión antigua no han sido superadas ni por muchos fieles ni, en ocasiones, por las propias autoridades eclesiásticas. Así, por ejemplo, en el canon 34 (Concilio de Elvira), se dice: Durante el día no se enciendan cirios en los cementerios, pues no se ha de molestar a los espíritus de los justos. La idea de que los muertos mantenían una vida relacionada con su sepultura y de que las tinieblas despertaban a los malos espíritus (de ahí la necesidad de encender cirios por la noche pero no por el día, porque éstos podían perturbar a sus espíritus) está más relacionada con la muerte en la religión romana que en el cristianismo. Pero la carga ideológica de siglos está profundamente enraizada tanto entre los cristianos como en los no cristianos. Las elaboraciones teológicas y doctrinales posteriores irán cobrando fuerza con el tiempo y

transformando o aboliendo, según los casos, muchas de las creencias que en esta época aún se mantenían vivas.

Las personas de los oficios, los campesinos y algunas familias nobles abrazaban una nueva religión en nombre de un nuevo profeta, Jesucristo, más cercana al espíritu de justicia y enemiga de la esclavitud. Cada fiesta pagana era sustituida para recordar la vida y milagros ejemplares de las santidades cristianas, ignorando o resistiéndose a reconocer el politeísmo que antes veneraban bajo la dominación romana. Las hermanas Santa Justa y Santa Rufina fueron castigadas ejemplarmente por apedrear a la procesión que recorría las calles de Sevilla en honor a la diosa Salambó, una de las deidades más veneradas en la Bética.

Llama la atención que desde nuestros antepasados tartesios, los andaluces hayan adorado deidades femeninas, de la misma forma que han adorado deidades como Salambó (diosa de la fertilidad) o la diosa Cibele hispalense, con una actitud similar a la veneración que hoy se tiene por la Virgen María, en sus diversas versiones. Esta tendencia de adoración hacia la figura femenina, quizás como símbolo y representación de la *matria*.

El mensaje cristiano llega a tierras andaluzas desde las costas orientales del Mediterráneo (Bizancio) atravesando toda la costa del norte de África. Tierras donde nacieron los grandes Padres de la Iglesia como San Agustín de Hipona, San Atanasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, o los obispos heréticos Arrio, Donato, etc., todos ellos grandes portadores de saberes teológicos y filosóficos, que con sus escritos reflejan los debates y discusiones mantenidos sobre la naturaleza de Jesucristo, el *Reino de Dios* en la tierra, los ritos, hábitos, etc.

La participación de andaluces en dichos debates fue decisiva para la posteridad con la celebración de sucesivos concilios que se celebraron a lo largo de la Edad Media. En el año 303 se celebró en *Iliberris* (Granada) (como ya hemos visto) el conocido *Concilio de Elvira* celebrado veintidós años antes que el famoso de Nicea.

No era fácil la tarea proselitista para los cristianos trinitarios, por varias razones. Por un lado la pervivencia de las creencias paganas, por otro, la existencia de otra vigorosa religión monoteísta, la judía, y finalmente, por la existencia de otras comunidades cristianas que rechazaban el dogma de la trinidad, enemigas de la iglesia nicena, como la arriana y la monofisita. Para que la misión pastoral tuviera éxito debía emprenderse una doble labor: por un lado, convencer a la aristocracia visigoda (arriana) que se sometieran a la fe trinitaria, y de esta forma crear el *reino de Dios* en la tierra, por medio de un estado confesional unitario

basado en la fe trinitaria, o católica; por otra, desarrollar una metodología educativa para cristianizar a la población, especialmente para la formación de los preladados y de la nobleza.

La aristocracia de la Bética, muy romanizada, seguía apegada al culto politeísta y pagano, y a su herencia filosófica. También los hebreos seguían defendiendo un monoteísmo muy elaborado en su doctrina, rituales y fundamentos filosóficos, mientras que el resto de las comunidades cristianas, procedentes de oriente, seguían sus propias escuelas teológicas monofisita, que cuestionaban la naturaleza divina de Cristo. La complejidad y variedad social y religiosa ponía demasiados obstáculos para fundar la *ciudad de Dios* basada en un solo credo religioso, y menos aún cuando se pretendía la conversión a una religión ajena, abandonando la suya propia. Nadie duda que las creencias religiosas, como las ideológicas, conforma una red de relaciones e intereses solidarios muy estable entre sus miembros, indispensable para crear una atmósfera de confianza y apoyo mutuo, estableciendo una atmósfera de hermandad y confianza.

El primero de los reyes godos que trató de unificar la mayoría de los territorios hispánicos bajo su poder político y militar, así como lograr la conversión de la población a su credo fue el rey visigodo Leovigildo. Éste monarca reinó entre el año 569 y el 586, fiel seguidor de la doctrina arriana, fue tolerante con las comunidades religiosas como la judía y pagana, quizás para compensar la debilidad política frente a la iglesia católica.

Atraído por el prestigio y el boato de Bizancio, ordenó cambios en los elementos simbólicos del poder con el fin de semejarse a las formas imperiales romanas. Este rey trató de impulsar la unificación religiosa bajo la doctrina arriana, intentado atraerse a la jerarquía católica, y para este fin convocó el año 580 un sínodo de obispos donde se acordó facilitar la conversión de los católicos al arrianismo sin obligarles a rebautizarse, pretendiendo el acercamiento de las posturas ideológicas y dogmática, pero no tuvo éxito.

Este fracaso no era sólo de tipo doctrinal, sino que se debía a causas socio-económicas y políticas. En este sentido citaremos de nuevo lo escrito por profesora de la U.N.E.D., Fe Bajo Álvarez, en el trabajo antes citado:

El poder económico y social de la Iglesia atraía todo tipo de conversiones clericales.

Es sugestiva la conversión de Theodoro, un judío de Lamona (Ciudadela) que era patrono de la ciudad y pater patrum (equivalente a jefe de la asociación religiosa) de la sinagoga de la ciudad. La presión de los cristianos para conseguir su conversión es elocuente: Si quieres ser rico, honorable y vivir seguro, cree en Cristo. Su aceptación a

tan tentadora propuesta fue seguida por la conversión de otros altos personajes de la ciudad, entre ellos Cecilianus, defensor civitatis, y su familia. Es un testimonio elocuente de que el orden clerical se había convertido en una categoría social en la que el enriquecimiento y la estabilidad del patrimonio estaban sólidamente garantizados.

Frente al trono del arriano Leovigildo, los católicos obtuvieron el apoyo de la aristocracia franca, contrarios a los proyectos de los visigodos. Los católicos de la Bética, que desarrollaron una labor de proselitismo muy bien planeada, bajo la dirección del obispo metropolitano de Sevilla, Leandro, y respaldada por su hermano Isidoro, crearon las condiciones necesarias para plantear la unificación de todos los credos y sus iglesias bajo la hegemonía de la iglesia.

Cuando Leovigildo asocia al trono a su hijo Hermenegildo, designándolo Duque de la Bética, se realiza el primer intento para aplicar este proyecto defendido por Leandro e Isidoro de Sevilla. Hermenegildo se traslada a Sevilla en compañía de su esposa, la católica Igunda (o Ingunda), en cuya ciudad recibe la influencia directa del obispo metropolitano Leandro y de su comunidad, y poco después accede a convertirse al catolicismo, lo que supone, de algún modo, adoptar una actitud rebelde contra la autoridad de su padre, el rey Leovigildo. En una clara decisión de insubordinación, Hermenegildo se declara soberano independiente de la Bética, unas pretensiones que fue apoyada, en principio, por la aristocracia andaluza, con el respaldo de la Lusitania y los bizantinos presentes en la Bética. Pero esta rebelión fracasa y, abandonado por sus aliados, es derrotado y desterrado a Valencia por decisión de su padre; más tarde trasladado a Tarragona bajo la autoridad de su hermano Recaredo, duque de la Tarraconensis, donde finalmente es asesinado a manos de un tal Sisberto, servidor de Recaredo. El obispo Leandro, por su papel en la rebelión de la Bética, encabezada por su rey rebelde, Hermenegildo, busca refugio en Bizancio donde estuvo exiliado varios años.

Poco a poco la aristocracia visigoda se convence que su única salida, si quiere salvar algo importante de su poder, es someterse a la fe católica. Por varias razones. En primer lugar como ya hemos visto, por el poder social y económico de la Iglesia católica, y derivado de ello, por su poder político, especialmente tras el hundimiento del Imperio Romano y sus instituciones, como nos los explica la profesora Fe Bajo Álvarez en el estudio ya citado:

Así, la Iglesia bajo-imperial, tanto en el occidente del Imperio como en Hispania, llenó en cierto modo el vacío institucional dejado por las oligarquías municipales y por las propias autoridades imperiales. Lo cierto es que el ejercicio de estas funciones de carácter asistencial, si bien debilitaron al fisco y por consiguiente al Imperio,

contribuyó al fortalecimiento político de algunos obispos y, en consecuencia, al de la Iglesia.

Pero la Iglesia había ido consolidando sus posiciones, cada vez más fuertes, ante un Estado cada vez más débil. El celo por preservar su creciente supremacía frente al Imperio es una idea recurrente en Agustín y sobre todo en su obra *La ciudad de Dios*. Resulta sorprendente, por ejemplo, el empeño demostrado por Agustín y Paulino de Nola para lograr que un conocido común, llamado Licentius, que aspiraba a la carrera senatorial, abandonase estas ambiciones mundanas.

Pero en este proceso, o lucha política, los saberes van a jugar una influencia decisiva. El poder y los saberes acumulados por la Iglesia católica —junto a la presión de la aristocracia bética—, decidirán el peso de la balanza a su favor. Muerto el rey Leovigildo, su hijo Recaredo hereda el trono el año 586. Este nuevo rey necesita establecer alianzas con los sectores más poderosos si pretende acceder a la corona con ciertas garantías. Quizás más inteligente que su padre, y también más oportunista que su hermano, esperará el mejor momento para su conversión, haciéndolo extensivo a todo el pueblo visigodo. Para oficializar su conversión es convencido para que convoque a todos los obispos (católicos y arrianos) al III Concilio General en Toledo celebrado el año 589. A la ceremonia en que el rey Recaredo y su mujer declaran oficialmente su conversión, están acompañado por un importante grupo de nobles y obispos visigodos.

Esta unidad religiosa fue más fruto del juego de intereses entre la aristocracia nobiliaria y eclesiástica, que la voluntad sincera de los visigodos. Sea como fuere, la consecuencia de esta negociación entre bastidores es que el nuevo poder resultante trató de unificar a todas las iglesias. Pero sucesivas revueltas mostraron que no todos estaban dispuestos a abjurar de sus creencias, y por tanto, esta unidad no fue tanto entre las diferentes iglesias, sino por los intereses y ambiciones de la aristocracia visigoda. Siempre solemos confundir a la doctrina arriana como una doctrina exclusiva de los godos, un error que nos lo aclara la profesora Fe Bajo Álvarez:

En Hispania conocemos la existencia de obispos arrianos, entre ellos Gregorio de Elvira⁸ y Potamio de Lisboa -quien primero fue trinitario, luego arriano y

⁸ San Gregorio, obispo de Elvira durante la segunda mitad del s. IV, conocido en la antigüedad como Gregorio Bético. De él dice san Jerónimo: *"Gregorio Bético, Obispo de Illiberis, compuso hasta edad muy avanzada*

posteriormente luciferiano-. No eran raros en los ambientes cristianos de esta época los casos de defección, conversión y reconversión. Estos cambios de actitud obedecían casi siempre a no poder resistir las presiones del ambiente, del pueblo, de las autoridades civiles y eclesiásticas y aun del propio emperador.

La conversión de la aristocracia goda al catolicismo, quizás obedezca a esta misma dinámica, pero no cabe duda que el resultado fue un verdadero acto de fuerza de la iglesia católica, logrando confundirse el propio estado visigodo, formalizado el IV Concilio celebrado el año 634, presidido por Isidoro de Sevilla, denominado desde ese momento como *Concilio General Visigótico*. En este Concilio se aprobó una serie de normas y leyes en las que se establecía que la realeza era sagrada y que los monarcas debían morir de manera pacífica. El rey sería elegido por el conjunto de la nobleza y la Iglesia, recibiendo la unción de esta última. Así se ponía de manifiesto quiénes eran los poderes fácticos en la monarquía visigoda, en detrimento del poder real. Otras leyes estaban dirigidas al establecimiento de escuelas en las catedrales de todas las diócesis y la normalización de la práctica litúrgica unitaria.

Así se va perfilando un modelo político que se hará común al conjunto de Europa siglos más tarde, antesala del *nacionalismo*. Bajo los principios elaborados en los sucesivos *Concilios de Toledo*, con las valiosas aportaciones intelectuales de Isidoro, ya arzobispo metropolitano de Sevilla, desarrollaron un cuerpo pedagógico para la formación del clero, la aristocracia y el pueblo. Para esta empresa Isidoro de Sevilla aportó materiales básicos con su *Etimologías* para el trivium y el quadrivium, y su posterior polémica curricular. En plena Edad Media el conocimiento de la ciencia empezó a ser considerado fundamental a través de las Siete artes liberales, en la cual se basó la educación europea medieval y que se hizo extensiva al mundo moderno. Dividido en dos grados, el elemental *trivium* para la enseñanza de la gramática, la retórica y la lógica o dialéctica, y el *quadrivium*, para la aritmética, la astronomía, la geometría y la música.

Los veinte libros que forman las *Etimologías* son un compendio de todo el conocimiento secular y religioso de la época, con informaciones obtenidas de las obras de otros escritores y sabios latinos. También dejó escrito tratados de teología, sobre la Biblia (*Cuestiones sobre el Antiguo Testamento*), lingüística, ciencia e historia (*Historia de los godos y Crónica*

varios tratados en estilo sencillo y un elegante libro sobre la fe. (De uir. ill. 105)". Para los interesados ver el libro: La Fe. Gregorio de Elvira. Editorial Ciudad Nueva.

universal), etc. Su obra *Tres libros de sentencias* constituye el primer manual de doctrina y ética cristianas de la Iglesia latina.

Pero la cuestión central para nuestra reflexión no era la necesidad de un estado, sino bajo que principios debía establecerse. La intención de la unidad religiosa, como paso previo, obedecía a un interés particular de la iglesia católica manifestada desde la celebración del Concilio de Nicea y la declaración del credo trinitario (católico) como religión del estado romano, considerando al resto de las doctrinas y comunidades cristianas como heréticas, lo que daba derecho a usar el poder del estado para perseguirlas y someterlas. La iglesia de la Bética se mostró partidaria de esta doctrina, pero con Leandro e Isidoro de Sevilla fue conducido desde el debate teológico y filosófico, además de pedagógico, antes que a la fuerza de las armas. La desaparición de la figura de Isidoro de Sevilla el 4 de abril de 636, cuya autoridad moderaba la situación, termina por radicalizarse abriendo una profunda división entre los mismos visigodos, suscitando la resistencia de gran parte de la población a seguir las conversiones forzadas (a veces también interesada) decretada por los sucesivos reyes visigodos, salvo algunos de obediencia arriana.

Si fuerte era la determinación del estado visigodo y de la iglesia en forzar las conversiones, más dura se hacía la resistencia. Y no fue sólo en la Península donde esta presión se ejercía contra los judíos y otras doctrinas *heréticas*, sino que era causa común en todo el territorio imperial de oriente y de occidente, unas veces esta violencia se ejercía contra los trinitarios o católicos, y en algunas ocasiones los católicos eran las víctimas. Y en esta vorágine se encontraban también los judíos, quienes jugarán un papel crucial en toda esta encrucijada. Yitzhak Baer, autor de *Historia de los judíos en la España cristiana*, escribe:

Unos años antes (576), a consecuencia de una lucha callejera que tuvo lugar entre judíos y cristianos en Arvernum (Clermont), en el vecino reino de los francos, el obispo de la localidad había obligado a los judíos a escoger entre el bautismo y la expulsión. Poco después (582) el rey merovingio Chilperico ordenaba que se bautizaran todos los judíos de su reino. Por su parte, el emperador bizantino Heraclio, bajo cuya jurisdicción se encontraban aún algunas zonas de la Península Ibérica, tras derrotar a persas y judíos en Palestina el año 628, decretó la conversión obligatoria de los judíos de todas las provincias de su Imperio. Y se dice que el rey merovingio Dagoberto siguió su ejemplo. También tenemos noticias relativas a los conflictos espirituales de los conversos forzados de la Galia y de la provincia bizantina de África.

Sisebuto, que fue amigo de Isidoro de Sevilla, inauguró estas persecuciones en la Península Ibérica promulgando leyes contra los judíos, una decisión criticada por el mismo Isidoro. Pero no es hasta el año 633 (tres años antes de la muerte de Isidoro de Sevilla) cuando se perfila la dureza de las mismas en el concilio de Toledo, aprobando una serie de disposiciones, como la que sigue:

No se puede convertir a los judíos a la fuerza, pero aquellos que ya se hayan convertido están obligados a permanecer en el cristianismo y se les debe impedir la práctica de la fe judía. Sus esclavos circuncidados quedarán libres. Se les han de tomar los hijos para educarlos en la fe cristiana. No será válido el testimonio de los conversos que vuelvan a practicar su antigua fe. El matrimonio entre un judío y una cristiana o viceversa será nulo, a menos que la parte judía acepte el cristianismo; los hijos habidos de tal unión serán criados y educados en la fe cristiana. Conversos y judíos quedan excluidos de los cargos públicos.

La postura de Isidoro al respecto fue, mientras estuvo vivo, la de procurar las conversiones por métodos pacíficos, llegando a reprender al mismo rey Sisebuto, como lo destaca Jacques Lafontaine (obra citada, pág. 102):

Haber inaugurado su reinado obligando a los judíos de España a una conversión forzosa; piensa que este rey dio así muestras de su celo, aunque de un modo irreflexivo, pues «se hubiese debido inducirlos a la fe razonando».

El año de la muerte de Isidoro (636) se celebra un nuevo Concilio, en el que se dará otro giro de tuerca, prohibiendo a los no católicos residir en el país y poniendo a los conversos bajo estricta vigilancia episcopal. No se les permitía viajar por el país sin un permiso firmado por las autoridades eclesiásticas locales. Todos los judíos quedaban obligados a prestar juramento, según una fórmula fija, de haber abandonado la Ley y las prácticas judías. La pena para los relapsos variaba según la gravedad de la ofensa, desde la penitencia religiosa hasta los azotes, amputación de un miembro, confiscación de bienes y la hoguera. Cierra este proceso el concilio celebrado en Toledo el año 694, reinando ya Egica, en el que se profirieron graves acusaciones políticas contra los judíos:

Se les inculpó de que, no contentos con socavar la Iglesia, estaban tramando apoderarse del reino, dar muerte a los cristianos y destruir el Estado juntamente con el pueblo. Para llevar a cabo su plan —aseguraban— habían conspirado con «los hebreos del otro lado del mar» Sin duda la agitación mesiánica que se dejaba sentir entre los judíos y sus conexiones con la nobleza rebelde sirvieron de base a estas acusaciones.

Como castigo, el concilio decretaba confiscar todos los bienes de los judíos, reducir éstos a esclavitud y entregar sus tierras a sus antiguos esclavos (Yitzhak Baer, obra citada).

Como se puede comprobar, este agitado panorama trata de ocultar algo que se hace evidente, y que no es otra cosa que la emergencia de una nueva perspectiva política, de lo contrario no se entendería tanta radicalidad por parte del estado visigótico y de la Iglesia. Una de las acusaciones era que *tramaban apoderarse del reino*, demostrando que no fue una resistencia espontánea, sino que era un movimiento de carácter político. La segunda acusación era la de que pretendían la *destrucción del Estado*, una clara señal de que el estado existente no representaba más que a una minoría, comportándose como un poder opresor y enemigo de la mayoría, temiendo por su pervivencia. Por último, la acusación que aporta más luz es aquella que dice estar conspirando *con «los hebreos del otro lado del mar»* ¿Eran sólo los judíos refugiados al otro lado del Estrecho? ¿o se refiere también a los andaluces de orígenes sirio y judío, en contacto con sus parientes de Siria?

Hoy conocemos, con meridiana claridad, la posición defendida por el reino visigodo y la iglesia católica, basado en la fundación de un estado en la unidad religiosa y política forzada, queriéndola hacer extensiva al resto de las iglesias y religiones residentes en Hispania. Sin embargo, la idea de los opositores al reino visigodo no es expresa aún, ni conocida, pero se puede intuir.

La realidad predominante, frente a la unidad forzada, era la diversidad religiosa y social. Las numerosas iglesias (trinitaria, arriana y monofisita) junto a la existencia de otras creencias religiosas como la de los judíos o los paganos, hacían muy difícil lograr la pretendida unidad. Y si a esto le sumamos los intereses de cada comunidad, y otros problemas de orden racial o étnico (godos, judíos, sirios, beréberes, etc.), entonces la empresa de la Iglesia católica y del reino visigodo era difícil y complicada. A esto hay que sumarle la crisis en el comercio, debido a la inestabilidad política y a la ausencia de un poder imperial que pusiera orden y concierto a lo largo y ancho del Mediterráneo, provocando el abandono de los oficios de mucha gente, refugiadas en el campo y en las aldeas en donde encontrar el mantenimiento de sus familias, aunque de forma austera. Para cerrar el círculo de las desgracias, en aquellos años se sucedieron un ciclo de sequías y epidemias que sumió a una gran parte de la población en la miseria y la desesperanza.

La única salida que les quedaba era intentar crear un modelo político en el que estuvieran representadas todas las realidades sociales y todas las sensibilidades espirituales o religiosas. Si se lograba esta meta, que no debió ser nada fácil, necesitaban establecer un modelo legislativo y político en el que se tuviera en cuenta los diferentes intereses en conflicto. Y este modelo político chocaba radicalmente con el establecido por el reino visigodo y, en consecuencia, la guerra entre unos y otros era más que probable, como así fue. La famosa *Batalla del Guadalete*, también llamada de la Janda, no fue el triunfo de los árabes sobre los cristianos, sino que fue la primera batalla de dos modelos de convivencia de la que se deriva un nuevo modelo político.

Y no era una idea ilusoria, sino una necesidad vital de la sociedad bética, que era posible alcanzar, por las referencias que ya tenían gracias a las informaciones que debían disponer sobre lo ocurrido en la vieja ciudad bizantina, ahora capital de un nuevo poder: Damasco. No es de extrañar, ni mucho menos, que la gente de la Bética vieran en ese nuevo estado, el Califato Omeya, la referencia positiva con que resolver sus conflictos, que se alargaba demasiado. La ideología que sustentaba el nuevo poder ofrecía un atractivo tan poderoso que muchas de las comunidades cristianas sintieron la necesidad de abrazar la nueva religión motivada, en ocasiones, por afinidad ideológica, en otras, por ambiciones o intereses. En los inicios del Islam, los musulmanes sólo debían pagar el diezmo establecido por el Corán, mientras al resto de la población se le permitía conservar su estatus pagando un impuesto especial, denominado *yizya* o capitación. Esta diferencia provocará el progresivo aumento de las conversiones creando un buen número de mawalis, o conversos, suponiendo un grave quebranto para las arcas del nuevo estado, ya que se dejaban de ingresar una buena cantidad, y ello motivó el establecimiento de un impuesto sobre la tierra, *jaray*, que no dependía de la religión de su propietario, sino sobre su posesión.

D. Gonzalo Martínez Diez en su libro *Los templarios en los reinos de España* (pag.21), trata este asunto:

“De entre los diversos grupos cristianos sometidos a la autoridad califal, el de los cristianos ortodoxos, designados como *melquías*, se sintió siempre vinculado, aunque fuera de un modo más bien sentimental que real, a los emperadores de Constantinopla, lo que los ayudó mucho a mantenerse en su fe cristiana, mientras los monofisitas de Siria y los coptos de Egipto, en menor escala, se convertían mayoritariamente al Islam.

Recuérdese, en este contexto, la existencia de las numerosas comunidades andaluzas monofisitas existentes en la Bética, que participaron en los diferentes concilios celebrados en todos estos años. Estos cristianos, quizás imitando a sus parientes de Siria, debieron adoptar la misma postura que sus hermanos de oriente, convirtiéndose al Islam mucho antes del 711. Recordemos que estos sirios llegaron a establecerse a lo largo de la costa Mediterránea hasta Francia, como ya hemos visto aquí, sin embargo, a partir de esas fechas desaparecen de los relatos históricos. ¿No serán estos andaluces, de origen sirio, a los que se les confundirá, erróneamente, con los *árabes*?

Sea como fuese, la crisis social en la Bética adoptó sus propias formas para resolverla, y la única síntesis social y política posible era la de buscar formas de convivencia bajo el principio de la tolerancia religiosa, pues de lo contrario, sólo la guerra y el exterminio podían obligar a todos a la unidad religiosa. Y ya sabemos cómo se resolvió.

[Ir al Índice](#)

Capítulo VIII. Oriente y Occidente

No necesito amigos que cambien cuando yo cambio y asientan cuando yo asiento. Mi sombra lo hace mucho mejor.

Plutarco

Aunque lejos en el espacio, la Bética une sus vínculos con diversos pueblos del Oriente y el Occidente desde tiempos remotos: fenicios, egipcios, griegos, cartagineses, romanos, árabes, beréberes, etc., dejando entre sí la mutua influencia en los saberes, el espíritu, los intereses y la amistad.

Los andaluces en cada momento, para mantener sus relaciones comerciales y sociales, se acogieron a una lengua determinada que siempre coincidía con la de los pueblos emergentes en la escena política. El uso del latín articuló a todos los territorios del Imperio Romano, haciéndose común a los habitantes de la Bética, Siria, Palestina, Egipto, etc., usada para entenderse y negociar, si bien cada uno de ellos mantuvo su propio lenguaje oral autóctono. En el caso de los pueblos orientales compartían un tronco lingüístico común: las llamadas lenguas semíticas de la que surgió la destinada a ocupar el lugar que antes tuvo el latín, y que hoy se conoce como árabe.

La Enciclopedia Encarta explica que la lingüística divide las diversas lenguas semíticas en cuatro grandes grupos:

El septentrional-periférico representado por el acadio o lengua asirio-babilónica, que es la lengua semítica más antigua, con una literatura igualmente alejada en el tiempo, y su norma escrita y literaria que se remonta hasta 6.000 a. de C. y se registra hasta el primer siglo de nuestra era.

El grupo septentrional-central que comprende el hebreo, antiguo y moderno, con los idiomas antiguos como el ugarítico y el fenicio, y el arameo que abarcaba el sirio o arameo cristiano.

El grupo meridional-central que consta del árabe culto o literario y los modernos dialectos que hoy forman el árabe, y el maltés.

El grupo meridional-central está formado por los dialectos del árabe meridional, que ahora se hablan al sur de la península Arábiga (antes lo hablaron otros pueblos como los mineos y sabeos); el ge'ez o etíope clásico, que hoy únicamente se mantiene en forma literaria y litúrgica; el amárico, que es el idioma oficial de Etiopía y las demás lenguas etíopes como el tigré, tigrínico o tigrinya y el gurage.

El hundimiento del Imperio Romano y la progresiva desaparición de su sistema político y administrativo, debilitó la fuerza que antes dispuso el latín, reforzándose la diversidad lingüística oral. En la Bética y en el resto de la Península, el latín se fue transformando en lenguas romances, reforzando sus formas lingüísticas autóctonas, lo mismo que ocurrió con otras lenguas en el norte de África como el berebere, o aquellas de origen semita. No es de extrañar que este aislamiento, o autarquía, provocara el debilitamiento del comercio y de los demás intercambios sociales y culturales, agravado por crisis económicas, porque era muy difícil poder establecer acuerdos y pactos sin tener una lengua común en la que escribir los tratados y acuerdos comerciales, ni de una fuerza defensiva.

De este modo, la búsqueda de un marco político y administrativo que restableciera la circulación mercantil en el amplio espacio del Mediterráneo se hace vital para los que vivían de esta actividad. Y precisamente las tendencias sociales, políticas y religiosas predisponían a todo lo contrario, reforzando los sentimientos de independencia de cada comunidad y de sus respectivos gobiernos, acrecentando la dispersión política en pequeños poderes locales, o *feudos*, en muchas ocasiones enfrentados entre sí. Como quiera que las leyes físicas impidan que exista el vacío, alguien debía ocupar el espacio dejado por Roma

Recordemos que ya hemos hablado de los sarracenos, pueblos nómadas y salvajes del desierto de Arabia, que de vez en cuando invadían las tierras de los sedentarios de Siria, Palestina, Persia o Egipto. Parece que su fama se remonta a los tiempos en que se enfrentaron a Roma, según nos lo explica Hilario Gómez Saafigueroa en un estudio titulado *“La conquista musulmana del Próximo Oriente bizantino”*:

Su caballería pesada y sus arqueros a caballo (una fuerza típica formada por 1.000 jinetes acorazados y unos 9.000 arqueros) le pusieron las cosas bastante difíciles a las legiones, aunque finalmente éstas se impusieron. Precisamente, tras la caída de Palmira comenzó a extenderse el uso de una palabra que ha llegado a nuestros días y que en un primer momento identificaba a las tribus nómadas árabes: *saraceni* (sarracenos).

Las razzias de bandas nómadas árabes en territorio imperial no comenzaron ni mucho menos en el siglo VII. Se sabe que en el año 373 hubo incursiones sarracenas en ermitas del monte Sinaí y que los ataques en distintas zonas de Palestina, Fenicia y Siria fueron recurrentes a lo largo del siglo V, aunque la acción e influencia de las

tribus árabes aliadas (salíes, gasánidas) se dejó sentir, de forma que los efectos de esas incursiones beduinas eran limitados.

Más adelante, este mismo autor, escribe: *que los romanos conocían a los árabes sedentarizados como sirios y eran muchos los reclutados para servir en los ejércitos imperiales. Incluso hubo un general romano de origen árabe que alcanzó la cima del poder imperial: Marco Julio Filippo, más conocido como Filippo el Árabe (244-249 d. C.).* También Amin Maalouf, en su libro *“Los jardines de la luz”* (pág. 199), nos dice que *“este emperador había nacido en el seno de una tribu nómada, en el lindero del desierto de Arabia. Una tribu que muy pronto se adhirió, según parece, a la del Nazareno. El obispo Eusebio de Cesárea, historiador de la Iglesia, afirma que Filippo fue, mucho antes que Constantino, el primer emperador cristiano que acudía en secreto a las catacumbas y se confesaba con el común de los penitentes”*.

Así que una cosa era desarrollar razias en busca de botín, y otra cosa era organizar un imperio, como el árabe. Esto no resta importancia al valor que tuvieron los nómadas del desierto — camelleros, mercaderes o guerreros—, pero esa importancia radica en la formación de un modelo ideológico, basado en una nueva religión destinada a lograr, en primera instancia, la unidad de todos los árabes, fuesen nómadas o sedentarios, artesanos o mercader.

Toda esta gente de origen semita se expandió por todo Oriente Próximo desde la más remota antigüedad, dispersándose en diferentes grupos y tribus —entre ellos los árabes— hablando una serie de lenguas muy emparentadas entre sí, como ocurre con las latinas y germánicas pertenecientes al tronco indoeuropeo. Será en el seno de esta gran familia árabe de la que surgirá un movimiento político y religioso que ocupará el vacío dejado por Roma. Ismael, hijo de Abraham, es considerado como el primogénito de las tribus árabes, unas dedicadas a la agricultura, la ganadería, el artesanado, otras al pastoreo nómada de camellos, cabras y ovejas, y también al comercio marítimo.

Los nómadas del desierto, o camelleros, transportaban en caravanas sus mercancías por los desiertos, transitando las rutas comerciales que le permitieron entrar en contacto con civilizaciones como la mesopotámica, egipcia, romana y persa. En una de estas tribus —de los Qurays (o Koreish) — verá la luz su líder político y guía espiritual: Muhammad —Mahoma para los latinos—. Nacido el año 570 del calendario gregoriano, su padre, Abd Allah, muere a los tres meses de su nacimiento quedando huérfano de padre, y su madre Amina lo dará en

adopción a una familia beduina que lo crió, y con la que recorrió los amplios espacios del desierto de Arabia, siendo todavía un niño. Cuando es devuelto a su familia, a los cinco años, fallece su madre, pasando a la tutela de su tío Abu Talib, quien lo hace pastor de su rebaño de cabras y ovejas que pastorea por los alrededores de la Meca.

Esta ciudad, la Meca, era el lugar de peregrinaje de diversas tribus árabes, y centro de encuentro de las caravanas que transitan por los desiertos, donde los mercaderes llevan sus especias, perfumes, tejidos, etc., adquiridas en Yemen o en Abisinia, y desde aquí las transportan a hasta Siria, Persia, etc., participando en ellas, desde muy joven, el propio Mahoma en compañía de su tío y tutor Abu Talib, pasando después al servicio de una rica mercader, Jadiya, con la que trabajó desde los doce años hasta los veinticinco. Esta rica mercader, observando la fuerte personalidad y el liderazgo que tenía entre los compañeros y mercaderes, depositó en él su confianza hasta el punto de pedirle que se casara con ella. Fue con esta mujer con la que emprendió los negocios, antes como caravanero, y después como esposo, desarrollando diversos viajes por los países del entorno: Siria, Palestina, Egipto, Persia, Abisinia, etc., y que no sólo sirvieron para transportar mercancías, sino que en ellos fue adquiriendo una rica cultura, el conocimiento de las diferentes religiones, y también de la profunda crisis económica y religiosa que azotaba a los imperios vecinos, y trabando importantes relaciones con los mercaderes cristianos y judíos procedentes de diferentes lugares, incluido el occidente Mediterráneo, como la Bética.

Cuando comenzó a difundir el mensaje de la nueva religión, ya había adquirido un detallado conocimiento de las debilidades que azotaba a los imperios vecinos, y también de la potencialidad guerrera de las tribus árabes nabateas al servicio de Bizancio y las tribus lajmíes al servicio de Persia.

Mahoma se vio obligado a emigrar hasta la ciudad de Yatrib (Medina) buscando refugio ante la persecución de la aristocracia de la Meca, y allí creó la primera comunidad de los creyentes, y germen político del estado musulmán, con el que comienza a contar su tiempo, el año 622 del calendario gregoriano, y primero de la Hégira.

Retornando de nuevo hacia la península Ibérica, estos acontecimientos coinciden con los años en que Isidoro de Sevilla escribe las *Etimologías* y la *Historia de los godos*, y el rey Suintilla (621-631) consigue la unificación territorial de la península Ibérica, tras vencer a los bizantinos.

Los primeros musulmanes, dirigidos por Mahoma, hacen patente la fortaleza de sus creencias e instituciones, y desde la ciudad de Medina (antes Yatrib), declaran la guerra a sus enemigos de la Meca y los primeros objetivos consisten en unificar a todas las tribus árabes, con independencia de su religión, siempre que reconozcan un principio radical del monoteísmo, basado en la concepción unitaria de un solo Dios, o Tawid. El año 630 derrota a la aristocracia de la Meca y, una vez dentro de la ciudad sagrada, manda destruir los símbolos del politeísmo árabe, proclamando su credo unitario: *No hay más Dios que Allah*. El año 631 conquista el Hiyaz y también somete a las tribus beduinas. Al siguiente año, 632, muere el Profeta dejando un sistema político conocido como *califato*, la institución política genuina de los árabes musulmanes.

Ya bajo el mando de Abu Bark, las tropas árabes deciden combatir a los caldeos (cristianos), tribu dominante en la Babilonia mesopotámica (Irak) y más tarde contra los sirios, atacando así a los dos poderosos imperios: Persia y Bizancio. ¿Cómo fue posible que unos rudos árabes fueran capaces de atacar a estos poderosos imperios y derrotarlos? Como ya hemos visto, para que esta empresa fuera posible se necesitaba una fuerte convicción religiosa, la cohesión guerrera de base tribal, y la experiencia militar para vencerlas, especialmente de aquellos que nada tiene que perder, pero mucho que ganar. También por el agotamiento bélico y financiero de los emperadores bizantino y persa tras las sucesivas guerras mantenidas entre ellos, y el empobrecimiento de Siria, Palestina y Mesopotamia, más la presión fiscal que empobrecía aún más a los pueblos, y las epidemias de peste entre los años 614, 628 y 638. Como explica Hilario Gómez Saafigueroa en el estudio comentado, nos explica:

A la muerte de Mahoma en 632 surgieron luchas intestinas en el flamante estado islámico que casi pusieron en peligro su existencia. Tras restaurar el orden, el primer califa, Abu Bakr (632-634) comprendió que sólo una política belicista podría unificar a las díscolas tribus árabes. Por aquél entonces eran muchas las tribus cristianas (en su mayoría monofisitas) antes controladas por el imperio bizantino y persa, que se habían convertido en tributarias del nuevo estado islámico de grado o por la fuerza. Las crónicas musulmanas nos dan muchos de los nombres de los jefes de esas tribus: Yuhanna bin D'obah, Ukaidir bin Abdul, Azruh... Como en el caso de los lakmíes, los gasánidas que ahora engrosaban las filas de los ejércitos musulmanes aportaban una invalorable experiencia militar, un gran conocimiento del terreno y, sobre todo, de la estrategia militar del imperio y de sus debilidades, pues no en balde llevaban décadas

combatiendo a su lado y habían estado presentes en la última gran campaña contra los persas. Además, según algunos estudiosos como Carole Hillenbrand o Geoffrey Regan, los árabes cristianos aportaron una idea nueva y revolucionaria nacida en el fervor religioso que acompañó a las campañas de Heraclio: la guerra santa o yihad, la idea del martirio en el campo de batalla como puerta para el Paraíso, concepto que, según estos especialistas, no existía en el mundo preislámico.

Abu Bakr falleció a finales de agosto del 634 y le sucedió Umar ibn al-Jattab. El mes de septiembre de 635 toman la principal ciudad de Siria, Damasco, y al año siguiente la ciudad de Jerusalén, considerada desde entonces la tercera ciudad sagrada del Islam, pues el profeta Mahoma había designado Jerusalén como la primera qibla (la orientación que adoptan los musulmanes cuando rezan), siendo sustituida, posteriormente, por la Kaaba, en ciudad de la Meca. La rapidez de todas estas conquistas solo puede explicarse teniendo en cuenta lo explicado dada por Sarafigueroa:

Sólo si se acepta la participación activa de gasánidas y lakmíes en la organización del ejército y en la dirección de las primeras campañas del califato, cobra sentido la repentina y sorprendente superioridad militar musulmana frente a bizantinos y persas. Por sí mismas, por muchos camellos que tuviesen y por mucho entusiasmo religioso que pusiesen en el empeño, las abigarradas milicias tribales beduinas de las que se valió Mahoma en sus primeras campañas arábigas nunca habrían podido derrotar a las experimentadas, profesionalizadas y bien organizadas huestes bizantinas, recién salidas de la larga y victoriosa guerra contra los sasánidas. Las tribus del interior de Arabia carecían de una estructura militar evolucionada, de una doctrina táctica y estratégica digna de tal nombre, de técnicas avanzadas de asedio..., en suma, de todo lo que configura una fuerza militar eficiente. Quizás habrían podido ganar alguna batalla, pero jamás una guerra, y menos hacerse con el control de un territorio tan amplio.

Los gasánidas y los lakmíes, modelados según las tradiciones militares de Bizancio y Persia, estaban en posesión de una sólida infraestructura sobre el terreno (fuertes, depósitos, pozos, puestos de vigilancia, etc.), tenían experiencia en conflictos recientes, estaban bien equipados y organizados y podían por ello ofrecer un dispositivo militar en el que encuadrar a las belicosas tribus árabes. Esto no era ninguna novedad: tanto nabateos como palmirenos habían organizado sus ejércitos sobre la base de un núcleo relativamente pequeño de tropas bien entrenadas y equipadas (clibanarios, catafractos, arqueros a caballo, infantería pesada) apoyado en

amplios contingentes tribales que aportaban la infantería y caballería (o camellería) ligeras. Durante el tiempo que sirvieron a Bizancio, y más tarde a los primeros califas, los gasánidas hicieron otro tanto.

El tercer califa, “Utman”, es asesinado accediendo al califato Alí, primo y yerno del Profeta, despertando en algunos sectores la sospecha de que el nuevo califa estaba implicado en el asesinato de `Utman. El gobernador de Egipto, Muawiya, perteneciente a la Tribu Omeya, clan de Abu Sufyan, y enemigo declarado de Mahoma, pretende vengar su muerte retando a Alí a dirimir sus diferencias por medio de las armas. Aunque Alí le lleva ventaja, Muawiya propone una estratagema para dirimir sus diferencias de acuerdo al Corán, que debía ser resuelta por una comisión nombrada por ambos. Un sector de los musulmanes, los jariyíes, ataca a ambos cuando se dirigen a la mezquita para realizar la oración del viernes, hiriendo gravemente a ambos; Alí muere a causa de las heridas, mientras que Muawiya se recupera y accede al liderazgo de las tribus árabes, inaugurando el Califato Omeya de Damasco, el año 660.

De este conflicto entre musulmanes, o fitna, surgen las tres corrientes principales que marcarán el devenir del Islam: los sunníes, los chiíes y los jariyíes. Los dos últimos enemigos públicos del califato Omeya. El suceso más conocido, y sangriento, del enfrentamiento entre los omeyas y los chiitas ocurrió el 10 de Octubre de 680, cuando un hijo de Alí, Husayn, acompañado de toda su familia, sus fieles y sirvientes (unas seiscientas personas) estando en la ciudad de Kerbala. Allí les espera un verdadero ejército comandado por un hijo de Muawiya, causando una masacre entre la familia y seguidores de Alí, convirtiéndose esta fecha en la más recordada y celebrada por los chiíes.

Una vez resuelto los problemas existentes de legitimidad, el califato Omeya hace de Damasco la capital del nuevo estado, en detrimento de Medina y de las tribus beduinas. Este cambio supone distanciarse de la gente que había protagonizado la génesis del Islam, en beneficio de aquellas tribus o poblaciones menos islamizadas de Siria, Palestina, Egipto, etc.

¿Cuáles son las claves de una expansión (tan rápida como eficaz) del dominio árabe sobre las tierras de los antiguos y poderosos imperios?

En primer lugar debemos observar la misma dinámica que con el inicio del Imperio Romano. De nuevo se constata la ruptura de los circuitos comerciales que se desarrollaban a lo largo y ancho del Mediterráneo por tierra, mar y los ríos. El hundimiento del Imperio Romano y la

desprotección de los circuitos mercantiles, empujan a que muchas poblaciones se dediquen a la piratería o al bandillaje, a veces amparados por hordas salvajes como los godos, los hunos, vándalos o sarracenos.

En segundo lugar, la sustitución de una lengua oficial y de poder, como era el latín, por lenguas locales que dificultaban los intercambios comerciales y los tratados por los que se regían, especialmente porque dichos tratados, o acuerdos, carecen de una autoridad común que los respalde, y obligue su cumplimiento. No es de extrañar, pues, que la falta de fuentes escritas en este periodo tenga su origen en estas circunstancias, y también a la falta de funcionarios de confianza (escribas y notarios) que dominaran las lenguas locales —pero no el latín— y esta carencia fue suplida por acuerdos y pactos verbales, con los que los intercambios tenían un carácter limitado y local.

La tercera causa, era que los viejos imperios como el Bizantino y el Persa, terminaron por ceder ante el empuje de los árabes, y ya no ejercían una autoridad común (civil y militar) entre los diversos países implicados en los intercambios, suponiendo una grave dificultad con la que regular el comercio, dirimir diferencias ante un posible conflicto de intereses, y haciéndose difícil la protección de la circulación mercantil. También, cómo no, la guarda y custodia de los sistemas de pesas y medidas, de una moneda común que facilitara las transacciones, y otras cuestiones menores que exige un sistema administrativo general. El espacio que antes fue dominado por aquellos imperios, fue poco a poco ocupado por los dueños del nuevo poder califal, por sus aliados y clientes.

Porque lo llamativo de todo esto es que las nuevas hordas guerreras nómadas, destinadas a constituir un imperio como el árabe, eran incapaces de resolver, por sí mismos, todos estos problemas, puesto que carecían de una lengua escrita, y de experiencia jurídica y administrativa con la que fundar y gestionar un estado. El propio Mahoma (Muhammad) era un iletrado, y la predicación de la nueva religión fue realizada de forma oral, memorizando al detalle cada *sura*, cada *aleyá* o cada palabra del Corán. El año 651, años después la muerte del profeta, se hizo la compilación del Corán en su forma original y sigue exactamente igual hasta ahora sin ninguna modificación, existiendo dos copias originales en los museos de Berlín e Istambul (Dra. Asma Lamrabet). Aún hoy el Corán es, antes que un libro de lectura, un libro para la recitación, gracias a la intensa musicalidad y su capacidad de transmitir los sentimientos poéticos de los creyentes por medio de la recitación.

Una de las claves sociológicas del éxito del Islam es comprender que, para triunfar ante el resto de las tribus árabes, era esencial el dominio y control de las vías de transporte. Por esta razón las primeras batallas contra la aristocracia Mequí consistieron en el control de los pozos donde abrevaban las manadas de camellos para atravesar los desiertos de Arabia con garantías. También era estratégico el control de los cruces de caminos o de las rutas por los que transitaban los mercaderes. Con el dominio y control sobre las rutas comerciales que llegaban desde o hacia las principales ciudades imperiales (Bizancio, Persia, Egipto, etc.) se impuso sobre los musulmanes otras necesidades estratégicas, como era el control político del espacio que ya habían conquistado. Y para ello debían dominar las artes de escritura y de los sistemas jurídicos y administrativos necesarios para fundar un estado propio. En los primeros momentos del Islam se impuso qué hacer con los prisioneros, y Mahoma mandó liberar a todos aquellos prisioneros letrados, a condición de que enseñaran cada uno de ellos a diez muchachos musulmanes en el arte de leer y escribir. Esta simple condición posee un significado simbólico, pero también un valor estratégico, en el desarrollo del nuevo poder. Sabían que el dominio de una lengua oral era válido para transmitir la religión, pero no para fundar y administrar un estado, y de esta forma el aprendizaje de la escritura era una forma de poder con el que controlar y administrar el flujo comercial, sus contratos, las leyes, etc.

La conquista árabe no obedecía tanto al principio del dominio territorial, como a su interés por el control de los circuitos mercantiles por el que fluía el comercio, ya que la revolución musulmana había sido protagonizada, principalmente, por los mercaderes y comerciantes árabes, defendida por los camelleros nómadas forjados en el combate y experto en el desierto. A cada ciudad conquistada se le impuso la necesidad de ejercer el control de los puertos y los mercados, dando prioridad a las agrupaciones militares asentados en los alrededores de las principales ciudades portuarias, antes que el dominio completo del territorio. Por esta razón los pueblos conquistados no se sentían amenazados, puesto que sabían que las prioridades militares de los árabes no consistían en la conquista de tierras para el cultivo, los talleres artesanos o la industria. Recordemos que los pueblos salvajes desprecian el trabajo manual, prefiriendo el botín, o los beneficios que da el comercio, antes que hacerse agricultores o trabajadores artesanos. Una conquista militar, en el estricto sentido del término, hubiese sido imposible, pues no disponían de la fuerza humana suficiente con la que ocupar un espacio tan extenso, y menos controlarlo eficazmente. Para este fin el califato de Damasco, bajo la dirección de la familia Omeya, tenía en sus manos una de las redes más poderosas del

comercio marítimo. En este sentido tendremos en cuenta la *Historia Universal*¹, tomo 9 (pagina 170-171):

Se ha repetido mucho que la civilización árabe, como antes la romana, era una realidad mantenida sobre la agricultura. Pero cerrar la observación del fenómeno económico musulmán sobre esta perspectiva no sería solamente una labor parcial, sino que impediría la comprensión de un dinamismo social y económico, en el que desarrollaron un papel fundamental algunos núcleos de población, islamizada o no, que tradicionalmente se habían dedicado a actividades mercantiles: sirios, persas y judíos... Dejando aparte otros factores, la inclusión de población mencionada abrían de por sí un campo importante al tráfico mercantil, animado por una navegación de envergadura y por una vía de negocios caravaneros de extraordinaria importancia. Así, animado especialmente por la acción de los sirios y judíos, el comercio desempeñó un papel importante en la vida económica del Islam, que controlaba, entre otras, la ruta que por Siria y Mesopotamia conducía al golfo Pérsico y de allí a la India y China. Del mismo modo se penetró en el interior de África, se intercambiaron productos con europeos y se crearon en las grandes ciudades emporios de comercio de legendario esplendor y de extrema importancia.

No se puede comprender la naturaleza de las sucesivas y rápidas conquistas árabes, sin tener en cuenta estas consideraciones. Además, si tenemos presente la red de relaciones comerciales, marítimas y terrestres existentes desde la existencia del Imperio Romano, relaciones que ya poseían las poblaciones andaluzas —de origen siria y judía— de la Bética, mucho antes del nacimiento del Islam, se puede comprender con claridad los sucesos históricos a que nos referimos.

El califato Omeya, fundado en el 661, estableció un estatuto de convivencia entre todas las creencias, tratando de acabar con los enfrentamientos. Ya hemos visto la división existente entre los cristianos, utilizando las armas del poder para perseguir a sus rivales. No hay que olvidar tampoco que el grueso de la estructura del estado califal y de sus funcionarios, en sus comienzos al menos, fue ocupado por cristianos de origen árabe, y también de judíos y griegos. Los cristianos monofisitas se convirtieron rápidamente al Islam, y con ellos el califato logró arabizar un poco su administración, así como reforzar y extender los vínculos comerciales que ya poseían a lo largo y ancho del Mediterráneo.

¹ *Historia Universal*, editada por Salvat y el diario el País.

En los años transcurridos desde el año 661 hasta el 711, fecha en la que se dice nos invadieron los árabes, probablemente las empresas comerciales bajo el poder califal debieron recuperar las relaciones que ya existían con la Bética, y seguramente por la misma gente que la habían mantenido durante siglos: los sirios y judíos. Es muy probable que estos contactos comerciales entre Damasco y la Bética permitieran el conocimiento del Islam mucho antes del 711, e incluso su expansión silenciosa, sobre todo por las relaciones existentes entre los cristianos monofisitas de la Bética y de Siria, y las comunidades judías en ambas orillas. Es probable que la afinidad de los monofisitas con el Islam y la conveniencia de integrarse en el nuevo poder, decidieran su conversión, reforzando de esta forma la solidaridad agnaticia árabe y el reforzamiento de los lazos clientelares. Durante estos cincuenta años, desde la fundación del Califato Omeya, tuvieron suficiente tiempo como para extender la nueva doctrina y organizarse en comunidades locales, creando pequeñas estructuras del nuevo poder emergente en el Mediterráneo, además de reforzar su propio poder económico y social en la Bética ¿no serán estos andaluces (de origen sirio) los verdaderos protagonistas desde el 711?

Así, Oriente y Occidente, que no dejan de ser dos conceptos geográficos, pudieron restablecer los vínculos que tradicionalmente ya habían existido. El fuerte desarrollo cultural en la Bética, representado por el obispo Isidoro de Sevilla, y en la Siria Bizantina y Omeya por el obispo Severo Sébekt, nos informan que a pesar de las diferencias raciales, lingüísticas y culturales, existían afinidades y vínculos muy profundos por su educación helénica. El obispo sirio Sébekt estudió (según la Historia Universal de las cifras, de Georges Ifrah, pág. 830) filosofía, matemáticas y astronomía en el monasterio de Keneshret, a orillas del Eufrates, un lugar que brilló con fuerza debido a su situación geográfica privilegiada, en el cruce de caminos de los sabios griegos, mesopotámicos e indios. Severo Sébekt llegó a escribir una rigurosa crítica acerca de la vanidad de los griegos, y en defensa de su propia lengua:

No voy a hablar de la ciencia de los hindúes, que evidentemente no son sirios, ni de sus sutiles descubrimientos en esta ciencia de la astronomía —más ingeniosos que los griegos [sic!]—, ni del método elocuente de sus cálculos, ni de su numeración, que va más allá de la palabra; Quiero referirme a lo que (han hecho) con nueve cifras. Si quienes creen haber llegado hasta los confines de la ciencia, simplemente porque hablan griego, hubieran conocido estas cosas, estarían convencidos —aunque algo

tarde— de que existen otras gentes que también saben algunas cosas, y no solamente los griegos, sino también los que hablan otra lengua.

Siguiendo con el mismo autor, Georges Ifrah, y su libro *Historia Universal de las cifras*, nos informa que:

El año 973 de los griegos (es decir, el 662 d. de C.), Severo Sébekt, molesto sin duda a causa del orgullo de los griegos, reivindica para los sirios la invención de la astronomía. Los griegos, en efecto, quedan adscritos a la escuela de los caldeos de Babilonia y estos son, según Severo, los sirios. Llega rápidamente a la conclusión, cargado de razón, de que la ciencia pertenece a cuantos quieran tomarla en cuenta; nos es privativa de los griegos.

Aquí podemos tener una prueba de que la expansión territorial de los árabes no significó el triunfo inmediato de la nueva religión, el Islam, sino que éste se debe —tanto en lo militar, en lo político, como en lo cultural— a la confluencia social entre árabes sedentarizados, los nómadas, árabes cristianos y árabes musulmanes y, lo que es más importante, que el capital acumulado por los sabios cristianos sirios, o árabes, fue la inversión más importante para el desarrollo de las ciencias y las técnicas de aquellos tiempos. Como buen ejemplo menciono a (san) Juan Damasceno (675-749) que fue alto funcionario del tesoro califal, *“miembro de una familia sarracena, que vivió en la corte musulmana en el siglo VIII, no veía en el Islam una nueva religión, sino que la consideraba una especie de cisma, de carácter análogo a las otras herejías precedentes. Los historiadores bizantinos testimonian muy poco interés por la revelación de Mahoma y el movimiento político que inició. El primer cronista que da algunos datos sobre la vida de Mahoma, "soberano de los sarracenos y pseudoprofeta," es Teófanos, que escribió en la primera mitad del siglo IX. (A.A.Vasiliev, Historia del Imperio Bizantino)*

Todas estas informaciones, saberes, creencias y pensamientos debieron llegar hasta las costas de la Bética por medio de los barcos que surcaban los mares que transportaban mercancías, y también que la gente de la Bética, los andaluces de entonces, debían entender y leer en la lengua en que se expresaban, y en la que fueron redactados, puesto que el árabe no se impuso en al-Ándalus como lengua de poder hasta muchos años después. Oriente y Occidente nunca fueron conceptos de separación, sino elementos de afinidad, amistad e intercambio. En el momento en que se trazó unas fronteras entre esos dos términos geográficos, insuflándole un concepto ideológico, se consagró que el Occidente fuese visto como el universo de la razón y el Oriente al de la irracionalidad. [Ir al Índice](#)

Capítulo IX. La gran matría

Los hijos son las anclas que atan a la vida a las madres.

Sófocles.

De vuelta a casa surcando las aguas del *Mare Nostrum*, volvemos con ancestrales recuerdos de dinastías y de imperios desaparecidos. Llevamos en las bodegas de nuestra memoria los últimos acontecimientos en las tierras de Bizancio, de Mesopotamia, Persia, Egipto, y Cartago. Las antiguas tribus sarracenas, nómadas del desierto desde los tiempos más remotos, han hecho de sus camellos un instrumento de transporte sobre el que cabalga una nueva civilización y un nuevo imperio. Hechos a sí mismos, han logrado romper las rencillas que los condenaban al silencio, y han logrado conquistar las tierras de los imperios que antes los mantuvieron como bárbaros salvajes.

Fueron los nómadas sarracenos los que con su arrojo guerrero y férrea solidaridad abrieron las compuertas de nuevos tiempos por las que entraron los árabes sedentarizados, muchos de ellos cristianizados y romanizados. Los antiguos sirios y los hebreos, herederos directos de los fenicios, habían tejido una extensa red comercial en las principales ciudades comerciales y portuarias por todo el Mediterráneo: Narbona en las Galias, en la Hispania Híspalis (Sevilla), Astigi (Écija), Gadir (Cádiz), Corduba, Cartago, etc., así como en las principales ciudades del norte de África, Mesopotamia, Siria, Bizancio, etc.

Martín Lozano (citado en el capítulo I de este libro) escribe en un estudio titulado: “*El nuevo orden mundial. Génesis y desarrollo del capitalismo moderno*”, escribe:

Ya en una fase tan temprana de la alta Edad Media como el siglo sexto, Gregorio de Tours narra que, con motivo de la entrada del rey Gontran en Orleans, acaecida el año 585, el monarca fue aclamado por la muchedumbre "en latín y en la «lengua de los sirios»". Poco después, en el 591, el rey Clotario concedía la sede episcopal de París a un acaudalado mercader sirio, tras el oportuno desembolso por parte de éste de una importante suma pecuniaria. No obstante, la numerosa presencia de mercaderes y negociantes sirios en la Europa medieval desapareció casi por completo, y por causas escasamente conocidas, hacia principios del siglo IX, momento a partir del cual su lugar sería ocupado por sus principales competidores, los comerciantes judíos.

Me van a permitir unas preguntas: ¿Cuál era esa lengua de los sirios? ¿El árabe?, o ¿porqué desaparecen (como se dice en el citado texto) los sirios a principios del siglo IX? ¿No se les habrá confundido, desde estas fechas, con los invasores árabes o sarracenos?

Los árabes que sirvieron a Roma y a Bizancio, los sirios, y quizás como herencia de los navegantes fenicios, fueron apreciados por su capacidad para el negocio y la navegación, muy lejos de aquellos otros árabes del desierto que conquistaron la Siria bizantina, que ignoraban los conocimientos para fundar un estado. Cuando Muawiya Abu Sufian — el famoso Moavia para los latinos—, conquista Damasco y requiere para su gobierno la colaboración de los árabes de Siria, lo hace con la finalidad de administrar y gestionar el nuevo estado al que se le denominó Califato Omeya.

Como ya se ha explicado, los árabes poseen, desde muy antiguo, una rica lengua oral poética y dada a la recitación, pero nunca tuvieron una lengua escrita como tal, y mucho menos como lengua de poder y para la administración de un estado, hasta que se instala en Damasco la capital del estado de los árabes, y en un principio lo hicieron sirviéndose de los funcionarios bizantinos, entre los que había árabes sirios, judíos y griegos y de la lengua propia de la administración bizantina, el griego.

No cabe duda que a medida que conquistaban territorios y ciudades se les plantearía la necesidad de disponer de una lengua propia, diferenciada del resto, tanto para sus necesidades religiosas como políticas. Abu Bakr, el primer califa después de Mahoma, dispuso la preparación de una copia completa del Corán en forma de libro (mas.haf). Pero fue con Abd al Malik (685-705) cuando fue declarado el árabe como lengua administrativa de todo el imperio, sustituyendo al griego, marcando definitivamente la inercia cultura y política de los árabes. A partir de este momento le ocurre a la lengua árabe igual que al latín: se impone por la fuerza de los hechos, y no de las armas, como la lengua usada en todo el territorio dominado, e igual que le ocurre al inglés en los tiempos actuales. Solo que el árabe posee una doble dimensión: la de ser la lengua sagrada de los musulmanes, y la lengua culta y de poder.

Las acusaciones más graves de los enemigos de los Omeyas fueron su comportamiento hipócrita en materia religiosa, la helenización del primer estado de los musulmanes bajo el califato Omeya, en detrimento de la religión del profeta Mahoma, y de la lengua de los árabes. No eran acusaciones gratuitas, ni hechas a la ligera, sino que reflejaban el malestar de una gran parte de las tribus árabes nómadas, compañeros del Profeta, quienes iniciaron un paciente trabajo intelectual recopilando los mensajes y consejos de los primeros musulmanes, marginados por el Califato Omeya, convirtiéndose en los más leales herederos del legado de Mahoma, y dando cuerpo escrito a sus consejos, la Sunna. Junto a esta labor de recopilación, surgieron las diferentes escuelas jurídicas: *malikí* (fundada por Malik b. Anas, 710-795),

hanafí (fundada por Abu Hanifa 696-767), *shafí* (fundada por al-Safí, 767-820), y *hanbalí* (fundada por Ibn Hanbal 780-855).

En el control de los flujos mercantiles desde los desiertos de Arabia, los circuitos marítimos, o las rutas terrestres, los mercaderes y comerciantes sustituyeron las lenguas precedentes, el latín y el griego, por el árabe para escribir y registrar todos sus contratos, negocios y convenios, y la administración de sus posesiones. Poco a poco transportaron esta lengua a donde quiera que llegaran sus mercancías, y las armas de sus guerreros las usaron para defender sus intereses, conquistar las principales plazas comerciales, y divulgando así la nueva ideología de su estado, el Islam. No fueron los guerreros los principales sujetos de la revolución musulmana, sino los mercaderes y comerciantes.

Y por todas esas razones, es impensable que las comunidades de origen sirio y judío dejaran de tener relaciones comerciales con el nuevo poder musulmán de Damasco. Fueron 76 los años transcurridos, entre la fecha de la conquista de Damasco en el año 635 y la pretendida conquista árabe en el 711, y menos aún si tenemos en cuenta que los sirios y los judíos formaron parte en la gestión del califato Omeya. Como es norma, los funcionarios sirios y judíos al servicio del estado Omeya debieron defender sus propios intereses, y para ello convinieron potenciar los contactos e intercambios con sus allegados y clientes, donde quiera que se localizaran, incrementando de esta forma su influencia y prestigio. Precisamente, cuando desde la península Ibérica el reino visigodo legisla medidas con las que se pretende prohibir a los judíos viajar al extranjero y negociar, muestra a las claras que estos viajes existían y que suponían un peligro político para su reino. Es curioso cuando se nos cuenta que en el 711 fuimos invadidos por los árabes, apoyados por los judíos, y traicionados por algunos sectores cristianos, todo bajo una espesa nebulosa de fatales circunstancias, traiciones y desastres inevitables, que nunca se han explicado razonadamente.

Vayamos por partes. Se nos dice que dicha conquista se desarrolla tras la Batalla del Guadalete, pero hay otras versiones que sitúan esta batalla en el río Guadarranque (*Historia Universal*, obra citada, tomo 9, pág. 382). Demos por verdadera cualquiera de ellas, pues aparentemente este detalle tiene poca importancia para lo que aquí nos importa. Se nos dice también que el ejército invasor está compuesto por siete mil hombres, la mayoría beréberes del norte de África (¿eran cristianos?) y unos trescientos árabes (¿eran sirios?), comandados por Tariq y Musa Ibn Nusayr. Estas tropas beréberes y árabes derrotan a un ejército mucho mayor y con más conocimientos del terreno (si nos atenemos a la historia oficial) en la que es

dado por muerto el rey Don Rodrigo. Y estos árabes solo necesitan tres años para conquistar casi la totalidad de la geografía peninsular, llegando a penetrar hasta la Narbonensis (Narbona, Francia), en la que ya vimos presentes a los llamados sirios, muy anterior a estas fechas.

Démoslo todo por verdadero. Pero son necesarias algunas preguntas ingenuas. La primera ¿eran estos árabes los sirios que habían llegado varios siglos antes? y ¿quién fue Musa Ibn Nusair? Si tenemos la molestia de consultar una enciclopedia se nos informa que Musa era un gobernador árabe que nace en el año 640. Echemos cuenta, y nos dará como resultado que este hombre tenía 71 años de edad. O sea, un hombre con 71 años, montado a caballo, es capaz de recorrer centenares, y hasta miles de kilómetros, pelear en diferentes batallas y ganarlas todas, como si fuese un chaval. Con ello no digo que no existiera tal personaje, sino que su protagonismo no debió ser tan activo como nos lo describen. Pero aún caben otras preguntas, al respecto. El historiador musulmán almohade del siglo XII, Ibn al Kardabus, nos informa que Musa Ibn Nusayr pertenecía a la escuela —o secta—chiíta. Fue destituido por Muawiya Abu Sufyan porque se negó a combatir en contra del cuarto califa, Alí Abu Talib, primo y yerno del Profeta, del que hemos hablado en el capítulo anterior. Pues bien, estamos en el año 711 y en estas fechas gobierna en Damasco el califa al-Walid I, y pregunto, ¿no eran enemigos declarados los chiitas y los Omeyas? ¿A quién representaba, pues, Musa Ibn Nusair en la Bética? ¿O participaba a título personal?

Otra cuestión. El historiador Pierre Guichard, en su *Historia de España*, editado por Historia 16, tomo 7 (pág. 17) nos dice lo siguiente:

“Diferentes propuestas se han hecho, como la de Joaquín Vallvé, para situar el desembarco de Tariq en Cartagena y la primera batalla con Don Rodrigo, no entre Algeciras y Cádiz como se sitúa tradicionalmente, sino en el campo de Sangonera, en las proximidades de Murcia. Esta hipótesis, que se apoya en referencias textuales efectivamente inquietantes y en coincidencias toponímicas suscita más problemas de los que resuelve”.

¿Con cuál versión nos quedamos finalmente? ¿Es que no son capaces las ciencias históricas actuales responder a estas cuestiones? Se es capaz de saber hasta la forma de vida de los más antiguos antepasados, que vivieron hace decenas de miles de años, pero no hemos resuelto lo que pasó hace menos de mil trescientos.

¿Alguna pregunta más? Pues muchas, pero para no hacer demasiado pesada esta lectura haremos una última, tras citar algunos párrafos del libro titulado *Qusayr `Amra*, y con el subtítulo: *Residencia y baños Omeya en el desierto de Jordania*, editado conjuntamente por Fundación el Legado Andaluzí, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y la Agencia Española de Cooperación Internacional, en el que recoge los trabajos llevados a cabo para la conservación y valorización cultural del monumento omeya *Qusayr `Amra* realizados por una Misión Arqueológica Española enviada a Jordania por el Ministerio de Asuntos Exteriores, explicando algunas de las pinturas restauradas. Citaremos los comentarios y descripciones de las páginas 110 y 111:

Ya sabemos que la decoración pictórica de “Amra” ofrece una serie de personajes en sus cuadros que hemos de considerar históricos. Resumiremos aquí su presencia y lo que hoy sabemos de su personalidad.

Ante todo se nos ofrece un personaje masculino cuyos rasgos fisonómicos son claros. Al parecer se presenta en el centro del testero de la sala del trono y en el fondo situado en la clave del arco que da paso a la nave izquierda. Es pues un personaje de categoría.

La presencia, por otra parte, de los reyes vencidos del Islam nos lo iguala automáticamente con ellos, pensando por tanto que ha de ser un monarca o califa y no un simple príncipe, de no tener que acudir a explicaciones bien de tipo familiar o político que, mientras no acudamos a una base documental, son más complicadas.

En la página siguiente se nos aclara de quien se trata cuando hablan de los personajes *vencidos por el Islam*, resultando ser:

Ya hicimos referencia a los reyes vencidos por el Islam: el emperador bizantino; Rodrigo, último rey visigodo; el emperador persa, Yazdagerdo III o Piruz III; el rey de Abisinia; y posiblemente el emperador chino y un rey turco o el rey hindú Dari.

En un punto seguido se aclara que “*lógicamente son retratos simbólicos y no reales*”, sin que sepamos a que viene esta puntualización. Sean reales o simbólicos, personifican una escena que de algún modo es representativa, e histórica, como reconoce el mismo libro.

Cabe preguntar ¿De qué fecha datan estas pinturas? Nos lo confirma a continuación:

Como ya sabemos, la fecha que nos ofrecen se sitúa en el primer cuarto de siglo VIII, entre los años 642 y 712; de entre ellos el más fijo es de 711, victoria del Guadalete sobre Rodrigo, el único monarca que se citó por su nombre propio, y por tanto el único sobre el que no existen dudas. A su vez esta fecha determinaría que el califa

representado sería posiblemente Walid I, que muere en 715, y que el edificio se habría construido entre el 711 y 715, como decimos en otro lugar.

Si este palacio fue construido entre el 711 y el 715 ¿cómo se representa en esas pinturas al rey Don Rodrigo, si éste se coronó en el 710 y murió en el 711? Eso es lo que la historia que nos cuenta, claro. No podemos olvidar, si la historia es cierta, que Don Rodrigo murió en la Batalla del Guadalete peleando, contra los árabes, precisamente. Entonces preguntamos ¿fue hecha esta visita (o visitas) antes del 711, o después? ¿Qué hacía Don Rodrigo en la corte del califa de Damasco? ¿Prestaba pleitesía, negociaba un tratado político, o estaba de vacaciones? Porque claro, si Don Rodrigo fue a Damasco antes del 711 significa que el reinado visigodo mantenía relaciones formales con el califato Omeya, lo que supone que el Islam y el poder árabe eran conocidos ya. O bien, si es posterior a dicha batalla, significa que Don Rodrigo no murió en la misma, y entonces cabe otra pregunta: ¿fue en calidad de rey vencido, o como rey aliado? Cuesta que fuese como rey vencido, porque está representado en un plano de igualdad al mismo Califa de Damasco, y si hubiese ido como aliado, entonces la Historia de España no se corresponde a los hechos.

Podría alguien puede preguntar, ¿a qué viene toda esta historia? Muy sencillo, porque fue en esta coyuntura, y en estos sucesos, cuando tiene su génesis la mitología que hace de España una nación *eterna* y *sagrada*. Como dijimos al principio, existen dos formas de concebir *España*, una derivada de la lógica geográfica e histórica, la otra del dogma mitológico que surge tras la derrota del reino visigodo y de las primeras escaramuzas de Don Pelayo.

España puede ser concebida como un espacio geográfico en el que se han asentado diversos pueblos, ha sido motivo de diversas invasiones o conquistas, y ha sido receptora de diferentes creencias, religiones y de saberes, con las que se ha fraguado su historia y culturas diversas. Y con estos mimbres hay que trenzar el tapiz de otra historia que nadie nos ha contado.

Pero existe otra idea de *España* que se nutre del dogma, y éste es, según le Enciclopedia Encarta, la *declaración de una doctrina religiosa formulada de forma autoritaria y precisa, que se expone no para ser discutida sino para creer en ella*. Como se dice en su propia definición, es un concepto totalitario que no es susceptible de discusión. Y esta *España* no puede ser concebida más que como poseedora de un aura de sacralidad, eterna, única e indivisible, que basa su ideología en la imposición de la única religión verdadera: la católica, apostólica y romana. Así nos han enseñado la historia de España, y así se nos ha explicado lo que es ser español.

Es necesario saber de dónde surge este concepto tan coercitivo de la libertad humana. Con el hondo resentimiento que se deriva de una derrota jamás digerida (en el 711), se crea una literatura mitológica que se nutre del resentimiento más profundo, en el prejuicio racial (contra árabes, judíos e infieles) y en el absolutismo religioso. Poco importa que los hechos y los personajes presentados en la historia gloriosa de España sean reales o no, lo importante es que deben ser aceptados como dogma de fe.

Pero la historia impone su propia lógica. Los tiempos (aquí tratados) no dan más tregua a aquellos que pretenden someter por la fuerza de las armas a los ciudadanos del reino visigodo, mientras que los avances de una nueva ideología llegan inexorablemente a las orillas de las costas Mediterránea y Atlántica.

Durante los setenta y seis años transcurrido desde la toma de Damasco en el 636, hasta el 711, ha dado tiempo para recuperar los intercambios comerciales de la Bética, no sólo con Siria y demás ciudades comerciales (ahora bajo hegemonía árabe), sino hasta de potenciarlos. El Califato mandó crear agrupaciones militares en torno a las ciudades portuarias, con el fin de proteger el abastecimiento de los barcos de transporte, bajo acuerdos o capitulaciones con los poderes locales. No es una conquista militar la que se va extendiendo, poco a poco, y de forma silenciosa, sino que son emporios mercantiles defendidas por agrupaciones militares. En estas plazas, los mercaderes y *clientes* deberán compartir momentos de charlas e intercambiando informaciones e ideas, y valorando el proceso que seguía el nuevo orden de los árabes. Los mercaderes, como la avanzadilla del nuevo poder divulgan su nueva religión, al mismo tiempo que comparten intereses y establecen acuerdos mercantiles con sus clientes.

Es llamativo que las sucesivas capitulaciones establecidas entre los conquistadores musulmanes y los poderes locales, reflejaron el respeto por las propiedades e ideas de los conquistados. Sobre todo contrasta con el incumplimiento de las capitulaciones que se establecieron tras la llamada *Reconquista*, ocho siglos después, como ocurrió con las *Capitulaciones de Granada*.

Vamos a citar las capitulaciones de tres ciudades que firmaron los árabes conquistadores y las poblaciones conquistadas: Damasco, Jerusalén y Cartagena bajo el reinado de Teodomiro o Tudmir:

Las dos primeras capitulaciones las podemos ver en la *Historia Universal*, citada anteriormente. La primera corresponde a la ciudad de Damasco, y a continuación la de Jerusalén:

Este es el tratado que Jalid, hijo de Walid, concede a los habitantes de Damasco al entrar en la ciudad. Les asegura sus vidas y posesiones, les permite retener sus iglesias y las murallas. A nadie se le quitará ni derribará su casa. Así lo asegura la misericordia de Dios y la protección del profeta, de su califa y de los creyentes”.

En el nombre del compasivo Dios:

Este es el tratado para las gentes de Jerusalén. El Servidor de Dios, el jefe de los Creyentes, el Comandante de los Fieles asegura a las gentes de Jerusalén la conservación de sus vidas y propiedades, sus iglesias, sus cruces, y todo lo que las rodea para honrarlas. Sus iglesias no serán destruidas, ni transformadas, ni confiscadas, ni las cruces ni las propiedades de los ciudadanos. Nadie será obligado a abandonar su religión ni molestado por ella. Los judíos habitarán Jerusalén y, lo mismo que los cristianos, sólo tendrán que pagar las contribuciones que pagan en otras ciudades, pero nadie tendrá que satisfacer estos tributos hasta que haya recogido una cosecha. Si algunos quieren marchar, llevándose sus bienes muebles y abandonando sus iglesias y cruces, recibirán un salvoconducto para que puedan llegar a lugar seguro.

La siguiente capitulación corresponde al reino de Teodomiro en la Cartaginense, sacada de la *"España musulmana"*, *Historia General de España y América*, de CHALMETA, P.: III. Madrid, 1988, p. 466.

Tratado de capitulación de Tudmir ante Abd al-Aziz:

"Abd al-Aziz escribió un pacto [ahd] donde se estipulaba [aqada]:

"En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso. Este es un escrito [concedido] por Abd al-Aziz b. Musa a Tud-mir b. Gandaris, cuando se acogió a la capitulación [sulh].

El reino de Tudmir queda cubierto por el pacto y la garantía [ahd wa mitaq] de Dios y las [normas] que envió mediante sus profetas y enviados.”

Adquiere la protección [dimma] de Dios (ensalzado y honrado sea) y la protección de Muhammad (Dios le bendiga y le salve).

No será destituido de su soberanía.

En nada será alterada [la presente situación] tanto suya como de cualquiera de sus compañeros [ashab].

No serán reducidos a cautiverio, ni separados de sus mujeres e hijos.

No saran muertos.

No serán quemadas sus iglesias, [ni tampoco despojadas de sus objetos de culto].

No se les obligará a renunciar a su religión.

Esta capitulación cubre siete ciudades: Orihuela, Mula, Lorca, Balantala, Alicante,
Ello y Elche.

[Tudmir] no dejará de observar el cumplimiento del pacto y no rescindirá lo acordado.

Ha de cumplir sinceramente lo que le impusimos y está obligado a [seguir] lo que le
ordenamos.

No ha de dar asilo a ningún siervo fugitivo nuestro, ni albergar enemigo nuestro, ni
dañar a nadie que haya recibido nuestro aman.

No ha de ocultarnos noticia alguna [acerca del enemigo], que llegue a su
conocimiento.

A él y a sus compañeros incumbe el pago de la yizya. Ello es que todo hombre libre
pagará [cada año]: un dinar [de oro], cuatro almudes de trigo, cuatro de cebada, cuatro
qist de vinagre, uno de miel y uno de aceite.

A todo siervo incumbe el pago de la mitad de estas cantidades.

Actuaron de testigos de este [pacto]: Utman b. Ubay-da al-Qurasi, Jabib b. Abi
Ubayda al-Qurasi, Sadan b. Abd Allah al-Rabii, Sulayman b. Qays al-Tuchibi, Yahya
b. Yamur al-Sahmi, Basar b. Qays al-Lajmi, Yais b. Abd Allah al-Azdi y Abu Asim
al-Hudali.

Fue escrito en rayab del año noventa y cuatro [abril, 713].

Hemos visto que el origen del Islam fue resultado de una revolución social desarrollada en las desérticas tierras de Arabia, protagonizada principalmente por los mercaderes y su sistema clientelar, además de los sirvientes y los esclavos a los que liberaban una vez convertidos a la nueva religión. Por la lógica de la razón, sus conquistas deberían perseguir el control de los circuitos comerciales, antes que la conquista territorial pues, ni les interesaban las tierras y, mucho menos, dedicarse al trabajo de la agricultura, o los oficios manuales. Repetimos, una vez más, que los pueblos salvajes o nómadas siempre rechazaron el trabajo manual, al que consideraban indigno para su rango.

La firma de las capitulaciones insistía en esa línea, precisamente, jurando respetar las formas de propiedad preexistentes (tierras, casas, cultos, etc.) a cambio del pago (yizya), o impuesto en especie como lo vemos en el punto diez de las Capitulaciones de Tudmir: *todo hombre*

libre pagará [cada año]: un dinar [de oro], cuatro almudes de trigo, cuatro de cebada, cuatro qist de vinagre, uno de miel y uno de aceite. Estas estipulaciones eran un tributo que serviría para financiar al Estado, pero más importante era el interés sobre el comercio mismo, cuyo control ya poseían los sirios y judíos y, por esta razón, sus intereses pretendían potenciar el desarrollo de una agricultura productiva y sus derivados —industria aceitera, textil, etc.—, la minería y la industria metalurgia, antes que hacerse con las propiedades ajenas, ya que obtenían del comercio mucho más beneficio que labrando la tierra, o practicando los oficios. Esta es la clave. Y así se puede entender el desarrollo que adquirió en al-Ándalus las ciencias, la medicina, las matemáticas, la filosofía, y cualquier otro saber o habilidad técnica.

La fecha del 711 solo marca el punto final de la política del reino visigodo, y el comienzo de otra que no se define con claridad hasta bastantes años después, concretamente a partir de Abd al-Rahman I en el 756. Con el tiempo se podrán contrastar estas dos grandes opciones (reino de Toledo y al-Ándalus) cuyas diferencias no se limitan al ámbito de la política, sino que abarcan todos los elementos del poder, ya sea la lengua, el derecho, la economía, las ciencias, la filosofía, etc.

Los primeros que sufrieron la derrota fueron los seguidores del credo trinitario, especialmente la iglesia católica, como institución. La razón va quedando meridianamente clara, pues tanto la aristocracia visigoda, conversos al catolicismo, como la misma Iglesia, se empeñaban en imponer un sistema político y religioso por la fuerza de las armas, forzando la conversión religiosa bajo amenazas y coacciones. Las persecuciones contra el paganismo, las herejías cristianas (arrianos y monofisitas) y los judíos, se convierten, por esta obstinación, en los mejores aliados del *poder árabe* que se dejaba ver. La guerra estaba servida, y la derrota fue inevitable, creando un profundo foso entre los que huyen hacia el norte, y los que se quedan. Los primeros mantendrán una fijación en la doctrina religiosa y el modelo político heredado del reino visigodo de Toledo, que divulgarán en los diversos reinos, a los que se les dará mucho más tarde el calificativo de *cristianos*. En estos reinos se impuso el sistema feudal con sus relaciones de vasallaje, en el que los súbditos estarán obligados a seguir la religión que decide cada rey y hablar su lengua oficial, una tendencia que seguirán todos los reinos feudales de Europa, y que servirá como fundamento al nacionalismo.

Como dice María del Carmen León-Sotelo Casado, en el trabajo *Los monjes españoles* (Cuadernos de Historia 16, pág. 119):

“A partir de entonces el poder de que gozaban las instituciones eclesiásticas se vino abajo. Las relaciones con la sede romana prácticamente desaparecen. Su poder, en todos los campos, dejó de existir. Necesitaría, por tanto, el apoyo del rey —con lo que esto supone de dependencia— para sobrevivir y para irse poco a poco engrandeciendo”

Esto no significó la desaparición — en al-Ándalus— del cristianismo como hecho social, pues la mayoría de la población andalusí siguió siendo cristiana. Muchos de los miembros de la aristocracia eclesiástica, acompañados de sus fieles seguidores y sirvientes, optaron por coger el camino del exilio refugiándose en las zonas montañosas del norte peninsular, cargando en sus carretas las numerosas bibliotecas monacales y catedralicias de la Bética, los instrumentos y artes musicales, los textos latinos y su gramática. Jacques Lafontaine, en su libro *Isidoro de Sevilla* (pág. 20) escribe: *"No se puede olvidar la gran importancia que tuvo la aportación de obras a los cenobios austur-leoneses, llevada a cabo por los mozárabes que marcharon de al-Ándalus hacia territorios nortteños"*

Las ingentes aportaciones que los andaluces (mozárabes) trasladaron no fueron sólo conocimientos religiosos, filosóficos o artísticos sino, sobre todo, el modelo político desarrollado en el Reino Visigodo de Toledo, elaborado en los sucesivos concilios que formó un completo cuerpo jurídico, administrativo y judicial, jugando un papel fundamental para el establecimiento de los reinos feudales en las zonas montañosas del norte. Y los monarcas de estos dominios, una vez constituidos sus reinos, mandaron crear o restaurar las diferentes diócesis, instituyendo monasterios que se regulaban con las reglas monásticas creadas por San Leandro y San Isidoro de Sevilla, entre otros.

Los habitantes de la Bética, ahora llamados andalusíes, conformaron un complejo mestizaje con su variedad religiosa, pero decididos a establecer alguna fórmula política que los integrara, pero hasta obtenerla se sucedió una crónica guerra civil, hasta la llegada de Abd al-Rahman I, quien puso la primera piedra en la construcción de un complicado edificio institucional, con la fundación del primer *Emirato Independiente* en la ciudad de Córdoba.

Los estados no son nunca modelos o estructuras ideales ni modélicas (mucho menos eternas o sagradas), sino la síntesis social y política de una determinada comunidad humana y en un espacio geográfico concreto, que se prolonga en el tiempo hasta que son derrotados, o disueltos, a favor un nuevo poder y una nueva ideología. A veces, estos estados, se expanden más allá de sus límites originales constituyendo imperios como el romano y el árabe. Las

etnias o tribus que las impulsan nunca tuvieron como finalidad crear dichos imperios, sino que ello forma parte de la dinámica de las cosas (leyes sociales e históricas) que lo elevan en esa categoría política, quizás como consecuencia de una necesidad de los tiempos. Isidoro Moreno, Catedrático de Antropología Social de la Universidad de Sevilla, en una conferencia sobre la identidad cultural de los andaluces expuso que, en el orden político, la superestructura de un estado —ideología, religión, lengua— siempre son hechos discontinuos, que desaparece con el hundimiento o destrucción de ese estado, mientras que la sociedad y su cultura se caracteriza por la continuidad en el tiempo, asimilando una parte de las ideas, creencias y lengua. De Roma, la Bética asimiló parte de su tolerancia pagana, los saberes y de la lengua latina; de Bizancio heredó las doctrinas cristianas y la cultura helenística; de al-Ándalus asimiló su sentido profundo de la espiritualidad individual, la tolerancia y la herencia lingüística. Toda esta gran herencia ha quedado grabada en la memoria histórica y el lenguaje colectivo.

Al-Ándalus fue el resultado de un complejo cúmulo de factores humanos, religiosos, culturales e históricos, propio de una encrucijada social y política, que se vio forzada a afrontar, y que tuvo la firme voluntad de sus habitantes de superarla. En este aspecto nada mejor que recurrir a las fuentes *oficiales*, como la *Historia Universal* editado por el diario el País, tomo 9 (pág. 386-87):

Abd al Rahman I logró constituir un estado independiente, cuya capital fue Córdoba, con la colaboración de todos, tanto de árabes como beréberes, esclavos, libertos de todos los orígenes, y los antiguos habitantes: ibero-romanos, judíos, germanos, que llevaron a cabo esta colaboración en un clima de auténtica tolerancia. Con Abd al-Rahman I además empezó lo que la historia ha denominado el Emirato Independiente (756-750). Sus bases hay que verlas en la obra política que llevó a cabo Abd al-Rahman I (756-788) durante los treinta y dos años de gobierno...

... Organizó la administración central, creando una burocracia palatina, un sistema monetario uniforme basado en el bimetalismo, fundado en el dinar, pieza de oro imitada del sueldo bizantino, y en el dirhem, moneda de plata calcada de la dracma persa.

La centralización político-administrativa afectó de una manera concreta al viejo status de la Península surgido a raíz de la conquista. Como vimos, ésta se basó principalmente en pactos de capitulación, por lo que más de la mitad del país era

prácticamente independiente de la autoridad central, eran como pequeños estados en uno mayor que, sin embargo, no poseía sobre ellos ninguna autoridad.

Al-Ándalus se comportó como una gran matría, albergando en su seno a una variada prole, cada cual con sus maneras, sus ideas y sus hábitos, pero todos accediendo a formar parte de un mismo hogar. Porque una madre no impone condiciones para amar a sus hijos, los ama porque son parte de su ser, cobijado en su matriz, y esa es la única condición. Incluso es capaz de adoptar a otros ofreciéndole cariño y protección como si fuesen propios. Algunos de ellos, presa de una sectaria concepción del mundo y de la espiritualidad, deciden coger sus equipajes yéndose lejos del hogar materno.

Los andalusíes (musulmanes, cristianos y judíos) lograron tejer este complejo tapiz político con el que construyó un verdadero Estado, mientras que los reinos del norte se encerraban aún más en sus particularidades. Aislados de las grandes aportaciones que la humanidad desarrollaba en aquellos tiempos, pero estando ojo avizor, ansiaron y ambicionaron todo lo que nunca fueron capaces de crear y desarrollar, como caracteriza a los depredadores y aves de rapiña, asaltando sobre la presa el momento más oportuno.

[Ir al Índice](#)

Capítulo X. Semillas del nacionalismo

La patria no es la tierra. Sin embargo, los hombres que la tierra nutre son la patria.

Rabindranath Tagore

Hemos visto cómo la península Ibérica en general, y la Bética en particular, sufrían los mismos problemas que todo el oriente: el hundimiento de Roma y el cisma cristiano, llevando a la proliferación de múltiples iglesias, cada una de ellas con su propia doctrina, sus ritos y jerarquías, quedando atrapada durante casi cuatro siglos en un círculo vicioso de divisiones y conflictos.

Las diferentes comunidades, con sus doctrinas, se habían adaptado a la realidad social y cultural de cada pueblo, tribu o nación; y así, los godos abrazaron la doctrina arriana, la iglesia donatista estaba integrada, principalmente, por beréberes; los árabes, o sirios, con su iglesia monofisita. La única que logró tener ambiciones universales fue la iglesia trinitaria, quizás respaldada en la fuerza que le dio el estado romano, con el que se llegó a confundir, pero a la vez estaban divididos en diversos reinos que luchaban, entre sí, por el mayor dominio territorial.

Para hacer valer este inmenso poder que le ofrecía el Imperio, ya en el occidente con capital en Roma, o en el oriente con capital en Constantinopla, la iglesia católica declaró al resto de las iglesias cristianas *heréticas*, una calificación que justificaba el uso de la fuerza. Es el modo que creía legítimo para construir el reino de Dios en la Tierra, y el resultado fue la dispersión social y religiosa, la aparición de múltiples reinos cristianos disgregados en todo el territorio del antiguo Imperio Romano, a veces enfrentados entre sí, bien bajo motivos religiosos o por la conquista territorial. Esta dispersión de poderes, y la implantación de fronteras, reales o ficticias, cerró muchos de los caminos por los que circulaban las mercancías, fragmentando y cegando las rutas del comercio y las ideas, arrastrando a la ruina a la agricultura, la industria y el comercio, reforzándose la vida rural en detrimento de la vida urbana.

El vacío dejado por Roma fue ocupado por otra fuerza capaz de dominar este amplio espacio y restablecer la dinámica social, económica y política anterior. Fue el Islam el que articuló un poder dispuesto a integrar a los diferentes pueblos, etnias, lenguas y creencias, recuperando e impulsando los intercambios comerciales, culturales e intelectuales a lo largo y ancho del mundo civilizado. El Islam y su modelo de estado, personificado en el Califato Omeya, fundado bajo los principios de respeto y tolerancia religiosa, rompieron la tendencia

autárquica que afectaba a gran parte de Europa. Ya se ha dicho en este libro que, esta tolerancia, es más el resultado de la necesidad, e incluso de los intereses, que de un voluntarismo idealista, puesto que fue la única forma de impedir el definitivo hundimiento de la civilización y del desarrollo económico, cultural y científico logrado con tantos esfuerzos.

En el oriente el Califato Omeya tuvo su capital en Damasco; el Califato Abasí en Bagdad; y en occidente el Califato de al-Ándalus tuvo su capital en Córdoba, un estado independiente que respondía a las necesidades de sus habitantes, con personalidad jurídica independiente y reconocida por el resto de los países del mundo civilizado. Hay que puntualizar que, si bien existía en aquellos tiempos un concepto de *nación*, este respondía más bien a un hecho natural, esto es, referido al lugar de nacimiento, sin más carga política e ideológica, que a una definición política. No fue hasta el nacimiento del nacionalismo cuando el concepto de nación adquiere un contenido político e ideológico fuertemente caracterizado por la uniformidad étnica, religiosa y lingüística.

Al-Ándalus fue un modelo de estado que logró integrar a diversos territorios (naciones) y diferentes religiones, bajo una cultura plural y tolerante, y a sus habitantes se les denominó *andalusíes*, una denominación que no distingue por las creencias religiosas de sus habitantes, sino al hecho de nacer o residir en su territorio. Por el contrario, la apuesta del reino visigodo de Toledo fue decretar e imponer la unidad religiosa, en el que la diferencia de credo era un riesgo cierto para la vida de los súbditos de ese reino.

La diversidad religiosa fue para al-Ándalus una bendición, antes que una maldición, y no hay que verla como resultado de un proyecto idílico, sino que era, sobre todo y ante todo, una necesidad social, económica y política. Una sociedad que basa gran parte de su esfuerzo humano y su economía en los intercambios mercantiles tanto en el ámbito local e internacional, como una tradición histórica, no puede más que aceptar a cualquiera que desee establecer intercambios y convenios comerciales, y para ello no puede discriminar a nadie por razón de su raza, creencia, ideología o lengua y, por tanto, la tolerancia y el respeto por lo ajeno es una garantía de supervivencia y del desarrollo material y cultural.

El contacto con otras cultura y otras creencias es un hecho que se ha dado en todas las épocas, como nos lo muestra la existencia de las peregrinaciones, como necesidad que tiene la humanidad, mediante el de abandono de su territorio de origen, o nacimiento, para buscar y conocer otras ideas religiosas, filosóficas, científicas, etc. Todas las religiones convierten el viaje que conduce a un lugar sagrado en un itinerario de purificación y encuentro con *su*

comunidad. El cristianismo medieval, igual que el hinduismo, el budismo o el islamismo propiciaron las peregrinaciones a sus respectivos *lugares santos*, o sagrados, permitiendo conocer mundos e ideas ignoradas. En los primeros años del cristianismo hubo peregrinos y peregrinas que siguieron los caminos de Tierra Santa, acudiendo a los santuarios donde eran venerados los apóstoles y los mártires. Carlos Barros profesor de Historia Medieval y Moderna de la Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Santiago de Compostela, escribe, acerca de este fenómeno religioso:

En latín clásico peregrinus es ‘extranjero’, primera acepción que jamás perderá cuando el término se cristianiza al devenir la peregrinación en parte esencial del ideal evangelizador y en metáfora del tránsito al más allá. San Isidoro de Sevilla, transmisor por excelencia de la cultura antigua al Medioevo, apunta por tanto, entre los siglos VI y VII, que “peregrino” es el que “se encuentra lejos de su patria”. Y durante la Plena Edad Media el peregrino será ya el que se expatría para hacer un viaje iniciático: *visitare loca sacra*”.

No ha de extrañar, pues, que los musulmanes tuvieran como uno de los preceptos religiosos la peregrinación a la Meca, pues no sólo era un principio religioso, sino un modo de entrar en contacto con el resto de la Umma (la comunidad musulmana en el mundo), compartiendo sentimientos, amistades y *negocios*. El Islam nunca separó el negocio de la espiritualidad, una actividad (el comercio) que consideró dignificante, siempre que su práctica fuese justa y equitativa: *Al-lâh ha autorizado el comercio y prohibido la usura* (Corán, 4:160-161). Y con la peregrinación se facilita en conocimiento y la amistad entre los diferentes pueblos, comunidades y tribus, dándose a conocer sus respectivas culturas y actividades, o negocian tratos y contratos mercantiles. No cabe duda que la existencia de las diferentes religiones posee cada una de ellas lugares de peregrinación, y de esta forma se diversifican los contactos, relaciones y negocios.

Al-Ándalus, como parte de un imperio regido por los principios del Islam, fue una potencia respetada y reconocida. Pero dentro de sus fronteras se manifestaba un intenso debate teológico e ideológico (como en su día ocurrió en tiempos de Isidoro de Sevilla), muestra evidente de su vitalidad y de la libertad de pensamiento adquirida tras años de oscuridad y persecuciones. También, cómo no, ese debate nos muestra las contradicciones entre diversos intereses en juego.

Como ya hemos visto, tras la batalla del 711 y las guerras civiles que le sucedieron, sólo la iglesia católica y su clero más intransigente optó por huir, antes que compartir el futuro de su comunidad. El debate entre los andalusíes fue especialmente intenso, y no se reducía a las cuestiones teológicas o filosóficas, sino que se reflejaba en todos los órdenes de la vida cotidiana de los ciudadanos. Uno de sus protagonistas, Álvaro de Córdoba (mediados del siglo IX), de quien nos habla Don Justo Fernández Urbel, O.S.B., en la Biblioteca de Autores Cristianos:

A diferencia de Eulogio, que abrazó el estado eclesiástico, Alvaro permaneció lego toda la vida: se casó con una sevillana y no tardó en verse enredado en la solicitud de las preocupaciones familiares. Su cuñado Juan de Sevilla le consuela con una carta de la muerte de tres hijos, y él nos dice, contraponiendo la vocación de su amigo Eulogio a la suya propia: "Ille sacerdotii ornatur munere, ego terra tenus repens hactenus trahor". Esto, no obstante, no le hizo olvidar su afición al estudio y en especial a las cuestiones teológicas. En todo momento, se nos presenta vigilando los intereses de la fe poniendo al servicio de la Iglesia su talento, su actividad, su prestigio y sus riquezas. Amaba la verdad integral de la Iglesia, esposa de Cristo: y era su anhelo, nos dice él mismo, que la doctrina santa derramase toda su claridad en las mentes de los hombres". Antes que nadie dio el grito de alarma contra una herejía antitrinitaria, de tendencias puritanas y hebraizantes, que empezaba a extenderse entre los mozárabes. Discutió con los herejes, pidió la ayuda de su amigo Eulogio, fue a ver al abad Esperaindeo y le indujo a refutar las afirmaciones de los sectarios, que fueron pronto condenados en un concilio que se celebró en Córdoba el año 839.

Poco después apareció en Córdoba un apóstata franco, llamado Eleázaro, que había huido de la corte de Ludovico Pío y se dedicaba en El Ándalus a hacer propaganda judaica y a predicar entre los musulmanes el exterminio de los cristianos. Con deseo de convertirle, Álvaro, que tenía sangre judía en sus venas, trabó con él correspondencia epistolar. No consiguió lo que se proponía, pero nos dejó algunas páginas caldeadas por el fuego de su amor a Cristo. A una carta en que Eleázaro termina invitándole despectivamente a quedarse con su Jesús, él contesta apasionadamente: "Amén y nuevamente amén. Amén en el cielo y en la tierra. Y que así como yo le abrazo libérrimamente con la fe por la virtud de la gracia, así sea yo asido por él de manera que nadie me arranque de sus brazos por ninguna violencia ni encantamiento". El apóstata cortó la polémica de una manera cómoda y vieja en el mundo, diciendo que no contestaba a los ladridos de perros rabiosos. Alvaro le felicitó

por su prudencia: "Verdaderamente es absurdo que la zorra chille cuando el perro ladra".

Al mismo tiempo trabajó, en unión con su maestro Esperaindeo y con su condiscípulo Eulogio, por estimular el renacer de las letras latinas y de los estudios teológicos, añorando los días de San Isidoro. Dolíase al ver que los maestros de lengua árabe arrebatában sus discípulos a los que enseñaban la lengua de la Iglesia. Le interesan, sobre todo, los autores eclesiásticos, y sólo con un íntimo recelo se acerca a las obras de la literatura clásica. Considera la gramática como un instrumento indispensable para conservar, según su expresión, "la santísima lengua de nuestros mayores", pero en su sentir, los cantares de los poetas son alimento de los demonios, y a los filósofos los llama filocompos, fabricantes de engaños: "Mis cartas, escribía, no buscan el favor de los paganos, ni se adornan con los colores del Ateneo. Su aroma es el de las Sagradas Escrituras y su sabor el de los Santos Padres". No obstante, nombra, y cita con frecuencia a Virgilio y otros poetas del Lacio, y sus versos abundan en reminiscencias mitológicas. Su estilo es abundante, violento, rebuscado, matizado de palabras griegas y de términos exóticos. Puede considerársele como un genuino escritor cordobés.

Llama la atención el que este autor cristiano destaque que el mayor peligro para la fe cristiana no proceda de los musulmanes (que ni los nombra) sino de las *herejías* cristianas o judaicas, quizás porque en un principio al Islam se le tenía por otra herejía, y no como una religión estructurada e independiente. La enseñanza de la lengua árabe, como se describe, indica el empuje que este había adquirido entre la población andalusí, especialmente entre la aristocracia —como en su tiempo la tuvo también el latín—, una lengua que debieron aprender muchos de los cristianos, los judíos y no digamos los musulmanes recién convertidos, conviviendo necesariamente con su lengua de comunicación social, que era conocida como *aljamía*. Hasta la misma jerarquía eclesiástica usaba el árabe en su vida cotidiana, como lo muestra algunos de los nombres usados por algunos de los obispos andalusíes: el de Córdoba se llamó Asbag b. 'Abd Allah., el de Sevilla Abbas b. Al-múndir, el de Pechina Yaqub b. Mahran, y el de Elvira (Granada) Abdalmalik b. Asan.

Además, como se comprueba, los cristianos católicos no tenían ningún problema para seguir sus ritos o celebrar concilios. Eulogio y sus seguidores radicales buscaban el martirio provocando e insultando a las autoridades, una actitud que rechazaban los jefes de las comunidades cristianas. La Historia de España (obra ya citada, en su página 400-401) nos dice que, ante este movimiento fundamentalista:

Abd al-Rahman II, con un espíritu conciliador, pretendió solucionar los problemas por el camino de la concordia, para lo cual convocó un concilio, que fue presidido por Recafredo, metropolitano de Sevilla, y al que asistieron todos los obispos de las sedes de al-Ándalus. Por una gran mayoría, los asistentes al concilio cordobés determinaron desaprobar el movimiento de los exaltados, dando paso a que se detuvieran a los principales cabecillas, con el irreductible Eulogio al frente.

Estos conflictos estaban suscitados por una minoría de iluminados. Por el contrario, las tensiones sociales, como en cualquier otro tiempo, respondían a problemas económicos y sociales como se puso de manifiesto en la conocida "*Revuelta del Arrabal de Córdoba*", una insurrección social afectó a todos los habitantes del barrio del Arrabal de Córdoba el año 818, llegando a extenderse por otras comarcas (coras), lo mismo que la represión. Los activistas musulmanes fueron desterrados, o huyeron hacia Marruecos, instalándose en las costas mediterráneas de África, preferentemente en Fez. Los rebeldes cristianos buscaron refugio en Toledo y en otras zonas de las Vardulias (antes de llamarse Castilla) y Asturias, repoblando y roturando amplias zonas de tierras baldías. Esta población represaliada se sumó a otros andaluces huidos antes que ellos, desplazados tras la derrota del estado visigodo. Toda esta población (mozárabe) servirá en los territorios del norte peninsular como germen cultural en los *Reinos Cristianos*.

Es curioso que teniendo a Castilla como el centro neurálgico de lo hispánico, en el genuino espíritu *nacionalista* español, los orígenes de esta Castilla pueden estar más relacionados con Andalucía, que con unos orígenes mitológicos. Al parecer, su nombre se relaciona más con una castilla granadina que con las edificaciones defensivas —los castillos—, según un estudio realizado por Francisco García Duarte, titulado: *La Castilla granadina en la Génesis de la Castilla burgalesa y del castellano*. Barcelona, 1994. En este trabajo se relata que, según la Crónica de Alfonso III, citada por Menéndez Pidal en "*Repoblación y Tradición en la cuenca del Duero*", sitúa el nacimiento del primer condado castellano precisamente en Amaya donde don Rodrigo, por orden del rey asturiano Ordoño I, repobló y fortificó esta ciudad en el año 860 con gentes "*parte de las suyas y parte venidas de Spania (mozárabes), colonizado principalmente por mozárabes cordobeses*, según un estudio de Eduardo Corredera Gutiérrez, en "*Padilla de abajo, una villa con raíz histórica*". Por la fecha citada coincide con el destierro de los represaliados en la "*Revuelta del Arrabal de Córdoba*", nos dice:

Este trabajo explica que, las primeras repoblaciones de la zona norte de Burgos se llevaron a cabo a mediados del siglo VIII, cuando la islamización de la sociedad

cristiana de al-Ándalus no había tenido gran efecto y seguramente que la mayoría de los nuevos repobladores provendrían de Castilla (Granada) si nos atenemos a la coincidencia en el tiempo entre la repoblación que efectúa Alfonso I en esta zona con mozárabes y la existencia de una fuerte tensión social en Castilla (Granada) como consecuencia de los fuertes impuestos que Abderramán I impone a sus habitantes. Pero la gran repoblación andaluza se produjo entre los años 860 y 912 fechas que curiosamente coinciden con el período de máxima tensión en al-Ándalus. Así, el 860 coincide con el máximo apogeo de la crisis cordobesa de los seguidores cristianos de Alvaro y Eulogio, y el 912 coincide con el inicio del reinado de Abderramán III que pacificó al-Ándalus. Entre medias están las revueltas de Ibn Hafsun y la rebeldía al poder cordobés de los habitantes, mayoritariamente cristianos, de las zonas de la Axarquía, la Alpujarra y de los alfoces granadinos.

Capital importancia tuvo para la emigración andaluza al norte -no sólo a Burgos sino a toda la franja que va desde el Duero hasta los montes de la cordillera cantábrica- las protestas de los cristianos de Eulogio y Álvaro en las que participaron activamente los granadinos, pues varios de los mártires eran de la cora de Elvira, según relata el propio Eulogio en su "Memoriale Sanctorum". Estas protestas, aunque disfrazadas de religiosas, en el fondo tenían un fuerte componente económico por las fuertes cargas impositivas que imponían las autoridades cordobesas a la población en general, y a los cristianos en particular. Las crisis de este período están perfectamente explicadas por Rafael Gerardo Peinado Santaella y J. Enrique López de Coca Castañer en la Historia de Granada, Tomo II, Editorial Quijote. 1987.

La forma de llevar a cabo la repoblación a través de "presuras" por el que se otorga a los repobladores un terreno vacío para poder cultivarlo y edificar en él sin ninguna contrapartida y sólo por el mero hecho de repoblar el territorio, sería lo suficientemente atrayente para las gentes del sur dispuestas a emigrar a unas tierras lejanas.

Con independencia de si el nombre de Castilla responde al origen a los repobladores andaluces, procedentes de la *Castilia* granadina, o bien a las edificaciones defensivas, la cuestión central aquí es que los reinos del norte se van a nutrir, para potenciar la *repoblación*, de los huidos y emigrados desde tierras andaluzas. Y como ya he dicho antes, en ella se va a destacar la aristocracia eclesiástica de la Bética, poseedora de una gran formación cultural y expertas en la administración política y eclesiástica. Barbero y Vigil nos da la clave de todas estas contradicciones al explicar el porqué surge el cristianismo en Asturias:

"El territorio habitado por los cántabro-astures fue cristianizado a partir del sur precisamente por el tipo de cristianismo monástico adaptado a las sociedades rurales, muy distinto no sólo del cristianismo episcopal urbano, sino también del monacato de tipo isidoriano o agustiniano muy subordinado a la jerarquía episcopal".

Por lo tanto, ahí está la clave para entender el surgimiento de un cristianismo tan acérrimo que nos manifiestan las crónicas en una tierra pagana con ninguna tradición cristiana, o la aparición de figuras jurídico-administrativas ajenas a las tradiciones de la zona, así como la aparición de un arte, un habla y, en general, una cultura que nada tiene que ver con la realidad anterior; es el traslado a estas tierras de gentes cristianas con un acervo cultural diferente al autóctono, procedentes mayoritariamente de Andalucía a causa de la inestabilidad política que se vive como consecuencia de la revolución islámica y que lleva allí no solo la religión, sino también su arte, su organización jurídico-político-administrativa y su forma de escribir y de hablar.

Por tanto, el modelo político e ideológico propio de aquellas instituciones que se fueron estableciendo, se realizó gracias al cuerpo teórico y legislativo derivado del reino visigodo, que tiene más de andaluz que de visigodo, por la participación de sus artífices, los hermanos Leandro e Isidoro de Sevilla, y que tuvo una trascendencia muy importante en el devenir de la historia del norte peninsular y de gran parte de Europa. Este *cuerpo teórico e ideológico* conformó lo que más tarde fue llamado como nacionalismo.

Jacques Lafontaine, en la obra ya comentada (páginas 288 y 290) nos dice que:

El éxito de las obras de Isidoro en la Península y su difusión, excepcionalmente rápida, por todo el Occidente, se vieron estimulados por la veneración de que fueron objeto enseguida su saber y su persona. (...) "Tajón, obispo de Zaragoza –obispado donde Braulio había llevado a cabo la propaganda y la propagación de las obras de Isidoro- emplea en gran medida la obra de Isidoro en los cinco libros de las Sentencias.

Serán estos monjes, clérigos y laicos mozárabes (andaluces) los que transportaron este legado, cuya propiedad intelectual le corresponde a la comunidad cristiana de la Bética. Sus bibliotecas y escuela, llevadas hasta tierras de Asturias, León y de Castilla, divulgó sus enseñanzas y los fundamentos del desaparecido reino visigodo, que se erigirá como el legítimo heredero de la cultura visigoda. De nuevo Jacques Lafontaine (291-92 y 296-97) nos ilustra que:

Al parecer, fue en estos medios mozárabes cultivados donde fueron copiados, en el siglo IX, alguno de los más antiguos ejemplares hispánicos de las «Etimologías», conservados hoy en El Escorial (los manuscritos &.I.14 y T.II.24).

Aportarán al reino de León, al Condado de Castilla y a la naciente Cataluña, las singularidades de su liturgia, de su arte de construir, de esculpir, de iluminar, pero, sobre todo, una parte de sus bibliotecas. Sobre este punto, podemos recordar un solo hecho acaecido como consecuencia de esta emigración: el legado testamentario por el que Cixila, abad mozárabe fundador del monasterio de Abellar (a 14 kilómetros de León), lega a su comunidad el año 927, ejemplares de la «Crónica», de las «Sentencias», y de las «Etimologías». Y fueron también en el siglo X cuando aparecieron, en los reinos cristianos del Norte, nuevos ejemplares de las obras principales del sevillano: el Ripoll y en la zona pirenaica de Aragón y en Navarra, en Galicia, y en la Rioja. En esta última región, los monasterios de San Millán de la Cogolla y San Martín de Albelda hicieron copiar, a finales del siglo X, los manuscritos conciliares iluminados que llevan el nombre de «Aemilianensis» y «Albendensis». Contienen estos, asimismo, fragmentos del libro cinco de las «Etimologías», de los «Varones ilustres» de los «Premios a los libros del Antiguo y Nuevo Testamento» y del «Libro de los oficios eclesiásticos»

Mayor importancia tiene aún, para la historia de la cultura europea, el hecho de que Isidoro fuera recibido, a través de sus obras, como el modelo y el garante de la reforma eclesial, política y cultural, programada en el reino de Carlos [¿Martel?] por la «Advertencia general» del año 789. Como ya ocurriera dos siglos antes en el III Concilio de Toledo reunido en el año 589, se trataba, tanto para el emperador como para sus consejeros, de restaurar, en la Iglesia y en el Estado, el orden turbado por la negligencia, la incultura, la anarquía: en pocas palabras, de «reformular» lo que había sido deformado, de unificar nuevamente lo que había sido dividido. La coyuntura carolingia del año 789 se parece en todos esos puntos a la coyuntura visigoda del año 589. No se trata, en efecto, de innovar, sino de restaurar y de rehabilitar, volviendo a la pureza de los orígenes. Se concibe fácilmente que ese ideal haya encontrado su diseño autorizado, incluso detallado, en las obras de Isidoro. No es extraño, por consiguiente, que el mayor número de copias antiguas conservadas pertenezcan al siglo IX

Dicen que en Asturias es donde se localiza la génesis del espíritu de lo español, proclamándose heredero del reino visigodo. Pero se nos oculta que entre los siglos IX y X se desarrolló una política de repoblación en el valle del Duero ¿fueron estos repobladores andaluces exiliados? En aquellas tierras se creó una sociedad de nuevo cuño en la que

abundaban los campesinos libres, quienes formaron entonces el reino de León, que permaneció independiente hasta 1230, fecha en la que se vincula a Castilla reinando Fernando III.

¿Cuál es la cultura que caracterizó a estos reinos? Veamos lo que nos dice, Enciclopedia Encarta, sobre el arte y la arquitectura en el prerrománico:

En España, conjunto de manifestaciones artísticas que se desarrollaron aproximadamente durante los siglos IX y X en la península Ibérica como resultado del nacimiento del reino asturiano y el establecimiento en zonas cristianas de mozárabes emigrados de la España islámica. El prerrománico español se divide en dos estilos: el asturiano y el mozárabe.

Andalucía aportó al nacimiento de los reinos feudales en la Península las bases para el nuevo orden político, religioso y cultural. Sin embargo, la sociedad andaluza de aquellos tiempos optó por otro orden político, religioso y cultural, al que se denominó andalusí. ¿Cuál es la causa de que teniendo un mismo origen la respuesta y los resultados sean tan diferentes? Porque no cabe duda que las diferencias entre al-Ándalus y los reinos cristianos son más que evidentes. El origen está en la respuesta que unos y otros dieron a la diversidad étnica, religiosa y cultural.

Como ya hemos expuesto extensamente aquí, la población andaluza de la Bética estaba compuesta por diversas comunidades de origen diverso, además de su población indígena: sirios, hebreos, beréberes, godos. A su vez, también seguían diferentes doctrinas religiosas (cristianos arrianos, cristianos trinitarios, cristianos monofisitas, judíos, paganos), por diferencias sociales y sus intereses: la aristocracia hispano-romana, los campesinos, los artesanos, etc. Así que para gobernar una sociedad tan compleja y diversa como la sociedad andaluza de la Bética, se perfilaban dos opciones: una la que trataba de imponer el Estado visigodo con la ayuda de la iglesia católica, y la que consistía en la búsqueda de un modelo que integrara las diversas sensibilidades, étnias e intereses enfrentados en conflicto.

No cabe duda que si todo el mundo aceptara voluntariamente la primera opción, sería la más rápida y menos costosa, pero es pedirle peras al olmo. ¿Cuál sería la reacción de los católicos de nuestros días si se les exigiera la conversión al Islam, o a otra doctrina cualquiera? ¿Y si se les pidiera a los comunistas que aceptaran la ideología libertaria? ¿qué posición adoptarían (católicos y comunistas) si alguien pretendiera cambiar sus creencias o sus ideologías por la fuerza?

Debe existir una coherencia natural entre una ideología dominante y la realidad social y cultural que la adopta, de lo contrario no podría triunfar. La ideología que se pretendía imponer en la Bética, defendida por la iglesia católica y respaldada por la aristocracia visigoda sólo podía triunfar en sociedades localizadas y poco desarrolladas, en la que la diversidad social, ideológica (o religiosa) y cultural es mínima, como lo eran las casi despobladas tierras castellanas, asturianas y, leonesas, una población eminentemente rural, y dedicada a la agricultura. La derrota del reino visigodo, el año 711, forzó a muchos religiosos y seculares andaluces, defensores del estado visigodo, a buscar refugio en las tierras montañosas y despobladas del norte peninsular, a los que fue agregándose aquella población mozárabe que huía de la represión o de los abusos del califato de al-Ándalus, del que ya hemos hablado. A este éxodo de habitantes de la Bética, o de al-Ándalus, se le sumó la aristocracia militar visigoda convertida al catolicismo. La conjunción entre lo mozárabe y lo visigodo con la población indígena, poco romanizada y poco cristianizada, permitió la génesis de un movimiento político militar y religioso, al que siglos más tarde se le denominó *Reconquista*.

La otra parte del conflicto suscitado en la Batalla del Guadalete, o de la Janda, lo componía la abigarrada y heterogénea población que decidió fundar un modelo político plural y tolerante, bajo el estado cordobés de al-Ándalus. Las sucesivas guerras civiles que tuvieron lugar a lo largo de más de cuarenta y cinco, hasta la creación del Emirato independiente de Córdoba, manifiesta que no fue fácil lograr una síntesis política de esta naturaleza, y por esta razón es aún más sorprendente la voluntad de llegar a una solución común. Se nos cuenta, a modo de leyenda, que en estas guerras civiles se enfrentaron diversas tribus árabes, enemistadas entre sí, de la que estuvieron ausentes los nativos andaluces, seguramente porque estarían durmiendo la siesta, al menos así lo pensaría Don José Ortega Y Gasset.

Estas explicaciones, poco lógicas, se realizan porque no se hace el esfuerzo de indagar un poco en la historia, y descubrir que los árabes, a los que durante siglos se les denominó *sirios*, eran andaluces como Isidoro de Sevilla, llegados a Andalucía muchísimo antes que los godos. No digamos ya de otros habitantes, tan andaluces como el que más, como eran los judíos o hebreos, asentados en nuestras tierras desde la más remota antigüedad. Y de los beréberes no hay mucho que hablar, pues son permanentes vecinos de las tierras andaluzas, desde que Dios las creó, y como es natural, han sido siempre habituales sus visitas.

¿Cómo no llegar a entender cosas tan elementales como estas? ¿Es que se nos va a seguir tratando siempre como si tuviéramos mentes infantiles, a los que se les puede dormir con cuentos, como decía el poeta castellano, León Felipe?

Si los andaluces fueron capaces de poner fin a tanto desastre, organizar su convivencia de acuerdo a la diversidad social existente, crear un sistema político adaptado a ella, generar las condiciones necesarias para que alcanzara los más refinados saberes, las artes y el desarrollo material que todos conocemos, ¿porqué se empeñan en hacernos ver que fueron otros (unas veces los romanos y otras los árabes) los que lograron estas metas? Un poco de respeto, por favor.

Los que perdieron la batalla en 711, también muchos de ellos tan andaluces como el que más (por mucho que les duela a algunos) hicieron una apuesta condenada al fracaso, porque la Bética no aceptó nunca al reino visigodo, ni el modelo de convivencia propuesto por ellos. Muchos católicos no sintieron la necesidad de huir a otras tierras, porque aquí podían y querían vivir. La herencia de los ilustres mozárabes, con el respaldo de los guerreros visigodos junto a la población autóctona, logró crear diferentes reinos, en los que sí pudieron imponer su modelo político y religioso, un proceso común a la Europa feudal.

En la medida en que las nuevas generaciones de la aristocracia y la nobleza ambicionaban conquistar el poder, organizaban la ocupación de nuevos territorios, pero a veces esos nuevos espacios conquistados estaban poblados por gentes que seguían religiones ajenas a ellos, y en este caso las ambiciones territoriales adquirían, además, una nueva categoría: eran llamadas guerras religiosas, recibiendo las bendiciones de la Iglesia y del papado. Unas veces, porque eran infieles a la *religión verdadera* (judíos y musulmanes), y otras porque las tierras estaban pobladas por doctrinas *heréticas*, como los cátaros o albigenses. Una vez conquistado y ocupado los nuevos territorios, se establecía la obligatoriedad de la conversión forzosa, si no querían acabar consumidos por las llamas de las hogueras.

Las sucesivas conquistas territoriales arrebatadas a al-Ándalus y a la Occitania, no fueron una peculiaridad hispánica, ni el fruto de los deseos de la reconquista del territorio sagrado, en manos de infieles, sino una dinámica general de la Europa feudal. Poco importaba que los ocupantes de las tierras deseadas y ambicionadas fuera cristiano, musulmán o judío, lo importante era la creación de reinos bajo la hegemonía nobiliaria, la casta militar y la jerarquía eclesiástica. Estos reinos quedaban bajo el influencia de la Roma papal y, uno de los primeros territorios a conquistar estaba poblado por doctrinas cristianas ajenas al papado, que

no eran ni judíos ni musulmanes, sino cristianos albigense o cátaros, que existieron en el sur de Francia, un territorio conocido como Occitania.

La palabra cátaro procede del griego y significa "puros". Estas comunidades se llaman a sí mismos los *Buenos Cristianos* que, procedentes de oriente, se localizaban principalmente en el Languedoc, u Occitania, donde se hicieron muy populares y queridos por la población. Se evidenciaría la fuerza adquirida por los cátaros ya en torno al año 1165. Y en el 1208, el Papa Inocencio III declaró que las tierras de Occitania, donde mayor arraigo tenían, fueran "*entregadas como presa*", llamando a la cruzada. Esto dio excusa a la monarquía francesa del norte para invadir las tierras del sur, más ricas y civilizadas. La capitulación de Montségur, y las diferentes acciones de guerra llevadas a cabo por el ejército cruzado, trajeron consigo la conquista de sus ciudades y castillos: Montreal, Fanjaus, Laurac, Saissac, Castres, Menerba, Termes, Cabares, Lavaur, Tolosa,..., víctimas de duros asedios y aquellos que no pudieron escapar, fueron quemadas vivas en diversas hogueras colectivas.

Es en esta cruzada contra los cátaros donde se encuentra el origen de la Inquisición, y quizás la idea de la *Reconquista*. El año 1233, el "*Inquisitio heretice pravitatis*" (función de investigación sobre la depravación herética), es instaurada oficialmente en la Occitania por decreto de Gregorio IX, e invistiendo del poder de este "*Santo Oficio*" a dominicos y franciscanos.

La cruzada contra los cátaros es la muestra palpable de que la pretendida *Re-conquista* no obedece a una razón *patriótica*, ni religiosa, sino territorial y económica. La experiencia contra los cátaros muestra el camino a seguir, y la Iglesia decide continuarla en los reinos de Hispania contra al-Ándalus, por ser el más rico y refinado de los estados existentes en la Edad Media. Y después de al-Ándalus vendrán las sucesivas conquistas de las Américas, Asia y África y la consolidación de una ideología muy particular: el nacionalismo y su derivado, el colonialismo.

En todos se dan las mismas características. Este nacionalismo tiene como objetivo la constitución del estado-nación, basado en la uniformidad religiosa y la hegemonía de la Iglesia católica, haciendo aquí oficial y obligatoria una *lengua nacional (el castellano)* o lengua de otro nuevo poder.

En los tiempos actuales, cuando la globalización impone modelos culturales ajenos a los pueblos, las culturas y las identidades sociales, se desarrolla una nueva cruzada en contra de los nacionalismos *periféricos*. Estos nacionalismos *periféricos*, diversos en sus principios, en

su ideología y métodos de trabajo y de lucha, cuestionan el viejo modelo existente del estado-nación. Pero la amenaza contra el estado-nación también les viene por la dinámica endógena del modelo político y económico por ellos impuesto, debido a la liberalización de capitales, la deslocalización de las empresas y la universalización de la cultura utilitaria y consumista, y el poder de estructuras políticas y económicas multinacionales.

El problema, pues, no es la nación como hecho social o colectivo, sino si es posible gestionar esa nación natural bajo otros principios que no sean los del viejo nacionalismo oficial, o estatal.

[Ir al Índice](#)

Capítulo XI. Andalucía, una nación

Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio: no lo digas.

Proverbio árabe

A estas alturas nos imaginamos a Andalucía fuera de todo orden lógico y de la razón. La historia y la geografía han sido muy selectivas con los andaluces porque, como hemos visto, las cosas que han sucedido en su tierra no forman parte de su historia, un hecho que no ocurre en ningún otro lugar del Mundo. Y el problema es que, esta parte de su historia, no se pueden ubicar en ninguna otra parte, y entonces, ¿qué ocurre con la gente que vivió aquí durante varios siglos? ¿A qué historia pertenecen? ¿a la historia árabe? ¿es que sólo hubo árabes en al-Ándalus?

La cultura occidental se vanagloria de la *Revolución Francesa* porque logró conquistar espacios de tolerancia y libertad religiosa, y la separación Iglesia-Estado. Pero hace muchos siglos que el estado andalusí ya alcanzó, salvando las distancias, mucho de esos principios cuyo fruto en las ciencias, la filosofía, matemáticas, etc., le sirvió a Europa para alcanzar los niveles de conocimiento que hicieron posible la modernidad europea. Sin embargo, para la historiografía oficial, Andalucía carece de historia y cultura propia.

Pero es más grave aún cuando se reivindica que Andalucía sea considerada una NACIÓN, despertándose atávicos y tenebrosos fantasmas de la historia que, si bien ya fueron derrotados y exterminados por la gloriosa *Reconquista* y por el *Santo Tribunal de la Inquisición*, las ánimas de los *sarracenos* (musulmanes), *marranos* (judíos) y herejes (cristianos no católicos), retornan oculta en nuestra memoria a pesar de que ya fueron barridos de suelo *patrio*. No se entiende que despierten tantos temores, a no ser que el temor consista, precisamente, en que esa parte de la historia sea tan nuestra como lo son sus monumentos, y se teme que algún día esos fantasmas despierten de su letargo secular reclamando la justicia que siempre se les negó.

A pesar de estos precedentes y condicionantes, preguntamos: ¿es Andalucía una nación? ¿Existe cultura nacionalista en Andalucía? Entiéndase por nacionalista los principios que ya hemos expuesto: uniformidad religiosa, lingüística y cultural.

España es, antes que una realidad unitaria, una realidad diversa en la geografía, la historia, cultura, lengua, etc. Para algunos, España, es un *unidad de destino en lo universal* llena de heroicas cruzadas contra infieles de todo pelaje y colores, acaudillados por mitos venerados que representan la *España unitaria, eterna y sagrada*, con Don Pelayo y Santiago Matamoros

erigidos en sus máxima simbología que impulsaron la *Reconquista*, con el dogma de la trinidad como bandera. Sin embargo estos mitos y dogmas temen a la ciencia, ya que de ser estudiados con sus certeros datos, la historiografía, el sentido común y el necesario espíritu de la razón, nos aclararían y explicarían muchas cosas. *Los mitos fundadores de la «nación española»* es el título de un artículo de Juan Goytisolo, acerca del origen de España:

«Covadonga es la esencia de España, el lugar en donde Don Pelayo derrotó al Islam, el altar mayor y una de las primeras piedras de la Europa cristiana» (Juan Pablo II).

Sabemos desde el siglo XVIII, gracias a la Ilustración y al empeño posterior de los historiadores críticos, que todas las historias nacionales y credos patrióticos se fundan en mitos: el prurito de magnificar lo pasado, establecer continuidades «a prueba de milenios», forjarse genealogías fantásticas que se remontan a Roma, a Grecia o a la Biblia, obedece sin duda a una ley natural de orgullo y autoestima, pues los hayamos en mayor o menor grado en el conjunto abigarrado de Estados y naciones que integra el continente europeo.

En un substancioso y aguijador ensayo sobre el tema, *Covadonga, un mito nacionalista católico de origen griego* (El Basilisco, Oviedo, 1994), el historiador Guillermo García Pérez no se limita a señalar los desatinos y absurdos en los que incurre la fábula, sino que se remonta al origen de ésta y la esclarece con brillantez.

Las Crónicas asturianas de Alfonso II el Casto y Alfonso III el Magno, muy posteriores a los hechos descritos, refieren en un lenguaje a la vez tosco y florido la aniquilación por Don Pelayo (722) de 127.000 invasores denominados primero «caldeos» y luego «sarracenos». La Virgen de la Cueva completa a continuación el inmisericorde exterminio al precipitar una avalancha de rocas o pedazo ingente de la montaña sobre los 60.000 fugitivos del desastre. La victoria del héroe y la subsiguiente intervención celeste son tanto más asombrosas cuanto, según otras crónicas, los invasores moros de Tariq (711) sumaban tan sólo siete mil y los de su jefe y rival Musa dieciocho mil. ¿Cómo podían haberse multiplicado en siete años de guerra, pillaje y devastación los culpables de la «destrucción de la España Sagrada», de 25.000 a 187.000, cifra a la que habría que añadir, para no desmentir la veracidad de los monjes y eclesiásticos francos, la de los 375.000 que perecerían diez años después en Poitiers (732)?

Con estas leyendas penetramos en las inseguras tierras pantanosas que llenan de monstruos imaginarios nuestra memoria, y en los que es imposible la razón, la lógica o la ciencia. De ahí lo difícil de discernir, reflexionar y debatir con quienes siguen manteniéndose cogidos a esta visión dogmática de la historia y de la *patria*.

Aquí vamos a tratar de razonar, y para este menester nada mejor que valerse de lo que nos dicen los textos más verídicos, al menos los que son aceptados oficialmente en cada materia. En primer lugar analicemos el concepto de *nación*.

Diccionario de la Lengua Española: *nación*.

(Del lat. *natio*, -onis). 1. f. Conjunto de los habitantes de un país regido por el mismo gobierno. 2. f. Territorio de ese país. 3. f. Conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común. 4. m. Arg. p. us. Hombre natural de una nación, contrapuesto al natural de otra. de ~. 1. loc. adj. U. para dar a entender el origen de alguien, o de dónde es natural.

Diccionario Enciclopédico Salvat (tomo 19):

Comunidad humana que posee un territorio, una lengua común, una actividad económica orgánica y unificada y unas características psíquicas determinadas, fruto de un proceso histórico que se traduce en una comunidad cultural, es decir, todos los elementos objetivos que constituyen una nacionalidad.

Ricardo Méndez y Fernando Molinero son autores del libro titulado *Geografía y Estado. Introducción a la geografía política* (Editorial Cincel, página 43), que recoge lo siguiente:

Las comunidades humanas que conforman los diversos estados no constituyen siempre un conjunto social homogéneo, sino que a veces aparecen configurando grupos nacionales con identidad propia, a pesar de permanecer integrados en la misma unidad política. Sucede este fenómeno principalmente en los estados grandes que cuentan con diversas minorías étnicas, lingüísticas y culturales; uno de los ejemplos más significativos lo representa la India, integrada por un mosaico de pueblos con gran disparidad de lenguas y de religiones; el caso africano resulta igualmente revelador

Vemos en las diferentes definiciones todo un amplio abanico de conceptos dispares y hasta contradictorios. Podemos destacar que existe una diferencia sustancial entre el concepto de *nación*, del que se deriva un hecho social, manifestado en su cultura, historia, lengua, con el concepto del estado, que es de naturaleza política.

Quizás no nos cansemos de insistir en lo que diferencia el concepto de *nación* con el de Estado. La *nación* es un hecho natural, resultado de la historia de las comunidades humanas que organiza su vida en común a lo largo de los tiempos, con sus formas particulares de comunicación (lengua, cultura, etc.), sus leyes, etc. Y ahora lo que queremos saber es si Andalucía, según la terminología citada, puede ser considerada una *nación*.

En el libro antes citado (*Geografía y Estado*, en su página 43), se dice:

“Si el espacio terrestre aparece como un conjunto de unidades territoriales diferenciadas, con una organización peculiar, los rasgos distintivos de esas unidades nacen de unos factores físicos singulares, al mismo tiempo que son consecuencia de la actuación de los grupos humanos que sobre ellas se asientan. La huella que las diversas comunidades humanas dejan sobre el espacio adquiere una nota distintiva en función del grado de desarrollo técnico que las caracterizan. (...) Es así como cada comunidad asentada sobre un espacio determinado y organizada políticamente constituyen un estado diferenciado”.

No cabe duda que Andalucía se definió con claridad (de acuerdo a estos parámetros) a lo largo de los milenios, y que se puede reconocer y distinguirse gracias a sus diferentes nombres: Tartessos, Turdetania, Bética, al-Ándalus o Andalucía. Sobre este asunto, la enciclopedia *Geografía de Andalucía* (tomo 1, pág. 11) dice:

“Andalucía no es sólo un espacio; es un pueblo, una historia, una cultura... pero, evidentemente, el territorio es previo y necesario para la vida de cualquier comunidad. De cómo sea aquél y de cómo haya sido su utilización a lo largo del tiempo dependen bastantes rasgos de la actualidad. Numerosos estudios coinciden en que las cordilleras béticas y el Valle del Guadalquivir forman una estructura geológica adosada a la meseta ibérica y claramente diferenciada”. (...) “Desde un punto de vista espacial, conviene reparar en que los ámbitos donde surgen y se desarrollan grandes civilizaciones antiguas (Mesopotamia, Egipto, Ganges...) son muy similares al Valle del Guadalquivir. Llanura con río, navegable en parte, tras país montañoso, salida al mar... y un clima más templado que los medios africanos y asiáticos citados, además de abundantes minerales”.

Si alguna de las comunidades humanas existentes en la península Ibérica puede ser definida como una nación (por razones naturales, históricas y sociales) esa es Andalucía. Los argumentos con los que hoy se quiere definir el concepto de una nación, basados en la lengua y la religión, se corresponden con una visión histórica e ideológica muy particular, la del nacionalismo, la misma que se niega para Andalucía. Ese es precisamente ese el error, o la manipulación intencionada, de concebir el concepto de nación, ateniéndose a lo definido para el nacionalismo, confundido con la organización política que deriva en el estado-nación.

Una sociedad puede existir sin Estado, como de hecho así ha sido durante gran parte de la historia humana, pero un Estado no puede existir sin la sociedad que le da su sentido y razón.

El Estado necesita para su existencia de tres elementos básicos: el hecho territorial, el social y el jurídico.

Las sociedades primitivas se organizaron bajo reglas naturales, como fue la tribu. Más adelante el descubrimiento de la agricultura y la ganadería, permitió organizarse bajo reglas sociales, dando como resultado la construcción de las ciudades, la aparición de diversos oficios, el establecimiento de un modelo de gobierno local (las polis griegas, o estados-ciudad), la escritura y las matemáticas, las leyes, y todo aquello que fuese necesario para la urbanidad o *civilización*.

Pero el *Estado* es una forma de organización que trasciende el ámbito local, y organiza de manera abstracta un territorio más o menos amplio, integrando a diferentes ciudades y tribus. Dice al respecto la Enciclopedia Universal Espasa (Tomo 22) sobre la soberanía del estado:

Del comentario que nos ha sugerido el concepto del Estado, hemos podido deducir que existe una sociedad (familia, gens, fratrías, curia, ciudad, nación) que integra orgánicamente el elemento personal característico. A mayor abundancia, hemos visto que a esa sociedad le sirve de soporte un territorio. Pero un pueblo en un territorio dado es, en último grado de su desenvolvimiento, una nación, refiriéndonos a esta forma social como podíamos haber tomado en consideración cualquiera de las otras en que el estado, aún cuando el principio de las nacionalidades vaya teniendo, desde que se inició, múltiples aplicaciones. Para que exista el Estado es preciso que la sociedad que constituye su infraestructura aparezca regida por un poder supremo e independiente.

Ya hemos visto en otros capítulos cómo se forman estos *poderes supremos* e independientes, al analizar el papel que han tenido los pueblos salvajes, semisalvajes o nómadas en la construcción de los estados y los imperios. Porque aquellas poblaciones dedicadas a sus trabajos en la agricultura, la ganadería, los oficios, el comercio, etc., no necesitan de esas formas de poderes políticos, más bien al contrario, la temen, porque son estructuras políticas que los someten y explotan. Quizás la única forma de gobierno aceptable para sus intereses y su libertad sea la más cercana, que se organiza en torno a su ciudad: el modelo de las *polis*.

Sin embargo, y a pesar de todas las razones que nos dan para negar la evidencia de que Andalucía sea una nación, se pueden comprobar que no sólo somos una nación, sino algo más importante, hemos sido capaces de organizar nuestro propio estado. La Geografía de Andalucía, en su tomo I (pág. 63-64) nos lo confirma:

Desde un punto de vista político, conviene recordar que al-Ándalus fue en principio un emirato dependiente de Damasco, manteniendo sólo un débil vínculo religioso, más ilusorio que real en opinión de muchos. El año 929 Abderrahman III se proclama califa y príncipe de los creyentes constituyendo al-Ándalus un estado totalmente independiente.

Alguien nos dirá inmediatamente (como si le faltara tiempo) que al-Ándalus era más que la Andalucía actual. Dejemos que responda por nosotros la misma enciclopedia (Geografía de Andalucía, pág. 63-64):

Ciertamente el reino cordobés sobrepasa los límites del territorio andaluz, pero el centro neurálgico del Estado residía en él, que, por primera vez, al menos de forma documentada, constituye un territorio con organización política propia.

Más aún parece que aquél estaba dividido en cuatro naciones: Al-Garb, u occidente, de donde procede el nombre de Algarve; Al-Xarq, u oriente, desde el sur de Cataluña a Murcia; Al-Musata en las actuales Extremadura y la Mancha; y Al-Ándalus en Andalucía. En las cartografías musulmanas aparece también el nombre de Al-Ándalus en nuestro territorio y más al norte, los de Asbania (¿Hispania?), Kastalia y Galikia (REPAZ, 1954).

¿Existe en Europa una nación que pueda reclamar más legitimidad política e histórica que Andalucía?

Considero que es más que suficiente la argumentación expuesta sobre el hecho nacional andaluz. Ahora debemos retomar la otra pregunta que hacíamos al inicio de este capítulo, ¿existe cultura nacionalista en Andalucía?

Pues veamos. La cultura y la ideología nacionalista, según el texto citado ya, parten del sentimiento de comunidad de una nación, derivado de unos orígenes, religión, lengua e intereses comunes.

Para juzgar críticamente al nacionalismo nos ayuda la propaganda oficial de los estados, y la de los partidos políticos, tanto de la izquierda, como de la derecha. Parece ser que el nacionalismo es el enemigo a batir, pero no el que corresponde a los estados-nación, sino el de las comunidades *nacionales* (o nacionalismo *periférico*), ocultando que los estados actuales europeos deben su forma, estructura e ideología al movimiento y la ideología nacionalista.

Porque no pueden negar que los inicios del nacionalismo moderno se remontan hasta la desintegración, al final de la edad media, del orden social feudal y de la unidad cultural (en

especial la religiosa) de varios estados europeos (Encarta). Los europeos occidentales seguían la doctrina católica, mientras otros adoptaron el protestantismo, y ambas doctrinas fueron reconocidas como religión nacional, o del estado (a semejanza del estado romano en sus últimos tiempos) actuando más como fuerza de coerción, que de cohesión social.

La revolución francesa significó el punto de inflexión del movimiento nacionalista europeo, tras la constitución de la Asamblea Nacional y un gobierno representativo, que sustituyó a los Estados Generales el año 1729. La administración territorial centralizada sustituyó a la precedente, muy regionalizada, imponiendo instituciones y leyes comunes a todos los ciudadanos. El nacionalismo coincidió con el desarrollo de la revolución industrial, que reforzaría los sentimientos e intereses nacionales, especialmente de la clase pujante, la burguesía. Y fue la burguesía la que impulsó las insurrecciones en diversos países europeos, a las que se les denominó las *Revoluciones de 1848*, por la resistencia de las monarquías y la nobleza a las reformas económicas y políticas. La alianza entre la burguesía, el campesinado y el proletariado industrial hicieron posible las reformas, con un componente profundamente nacionalista, liberal y democrático, que abrió las reivindicaciones de gobiernos representativos y democráticos, despertando así la conciencia *nacional* de los europeos.

Antes de proseguir debemos saber que estos *sentimientos nacionalistas* hunden sus orígenes en los primeros tiempos del Medievo.

El Imperio Romano garantizó una cohesión política, social y comercial entre los diferentes países y naciones. El hundimiento de este poder imperial rompió el marco mercantil establecido hasta entonces, con lo que en muchos territorios se impuso sobre sus poblaciones optar por sistemas económicos autárquicos. Coincidiendo con este fenómeno económico y social, el cristianismo adquirió un papel político y social decisivo, organizando la recaudación de bienes y redistribuyéndolo entre la población más necesitada. Para gestionarla se crearon hospederías y hospitales, dirigidos en cada zona urbana de importancia por un obispo. Estas formas básicas de poder se desarrollaron principalmente bajo el Imperio Romano de Oriente (Bizancio) y también bajo el Imperio Persa, localizadas en torno a las ciudades de las principales zonas agrícolas, que chocaban con los intereses de los imperios, pues se negaban a seguir pagando tributos a un poder que ni les protegía ni les ayudaba.

Este modelo se extendió al resto de territorios romanizados, principalmente entre las zonas de tradición agrícola y rural, impulsando la huida de muchos de los ciudadanos urbanos hacia el campo o el mundo rural. Los poderes y las clases nobiliarias y palaciegas experimentaron una

disminución drástica de sus ingresos, cuando no su ruina, buscando una salida digna a su rango. Para ello, recurrieron a los representantes de las instituciones con poder real sobre la gente: los obispados y las diócesis. Unos obispos aceptaron colaborar con el poder, mientras otros trataban de combatirlos, y estas diferencias se trasladaron a la filosofía y la teología, dando asiento a diversas corrientes (regionales o nacionales) de pensamiento, doctrinas y ritos: trinitarios, arrianos, donatistas, monofisitas, etc., como ya hemos visto en anteriores capítulos.

Cuando la Iglesia de la Bética, encabezada por Leandro e Isidoro de Sevilla, decide encauzar su doctrina hacia la consecución de un sistema político unitario, no tuvo más salida que dirigir su mirada a los visigodos, por el poder militar acumulado en sus guerreros. Una alianza estratégica de esta envergadura chocaba con el problema religioso, ya que los visigodos eran seguidores de la doctrina herética arriana. El gran legado cultural e intelectual de la iglesia cristiana de la Bética, fue finalmente respaldado por los visigodos, tras su conversión al catolicismo, elevando al reino de Toledo en la definición y elaboración de un modelo político unitario, tanto en lo territorial, lo religioso y la cultura latina. La búsqueda de la conversión a la religión católica de todas las doctrinas *heréticas*, se hace al principio por medios pacíficos y pedagógicos, con la fundación de las escuelas monacales, catedralicias y municipales, posteriormente se radicalizaron las posiciones y se adoptó la política de las persecuciones hacia aquellos que se resistían, derivando en el acoso contra judíos y cristianos heréticos.

El papado católico respondió a estas necesidades territoriales impulsando las *cruzadas* a partir del 1095 para la conquista de Tierra Santa en Palestina, pero éste mismo movimiento se producía en el interior europeo. Pedro II el *Católico*, rey de Aragón (1117-1213), protector de las órdenes militares del Temple y de San Juan de Jerusalén, organizó una cruzada contra los cátaros (albigense), siendo muerto en la batalla de Muret y sufriendo la pérdida de las posesiones en el Languedoc. Este mismo rey ayudó a Alfonso VII de Castilla en la cruzada contra al-Ándalus en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, con el apoyo de la nobleza europea, derrotando a las tropas andalusíes y provocando con ello la desintegración del califato y la aparición de los Reinos de Taifas.

Estas cruzadas, o *Reconquista*, tienen su origen en las necesidades de la población europea de tierras para cultivar, y en las ambiciones de la aristocracia nobiliaria, quienes las justificaban bajo razones religiosas, cuando la razón eran las ambiciones territoriales. En uno o en otro caso, el resultado y los objetivos fueron los mismos, las conquistas territoriales, el botín de

guerra y satisfacer las ambiciones nobiliarias y de la aristocracia guerrera. Más allá de las razones religiosas, todas las conquistas respondían a la misma ley, como la que enfrentaba a los pueblos guerreros o semisalvajes, con los civilizados.

No es casual que, tanto el Languedoc como al-Ándalus, fuesen conquistados bajo los mismos métodos y procedimientos, puesto que ambas naciones (el Languedoc y al-Ándalus) habían logrado alcanzar un elevado y refinado desarrollo económico, social, una cultura caracterizada por la tolerancia, cuyos pacíficos habitantes practicaban la agricultura, los oficios y el comercio. En ambos casos fueron los reinos feudales católicos, aliados del papado, con su aristocracia guerrera como punta de lanza, los que se lanzaron a la conquista de sus tierras, envueltos en el palio de la religión y bendecidos por el Papado, exterminando físicamente a todos los considerados herejes e infieles.

Esta es la génesis de las naciones europeas, y a ese movimiento político e ideológico se le denominó nacionalismo. La uniformidad religiosa, lingüística y cultural, junto al derecho de soberanía nacional y el trazado de fronteras marcaron los fundamentos de lo que se denominó el estado-nación. A partir de aquí, el concepto de comunidad nacional, o de nación, respondía más a un concepto territorial, político y jurídico, que a un concepto social. Y la misma dinámica que dio origen a estas naciones, impulsó las conquistas territoriales exteriores y la colonización, cuando reclamaban para sí el respeto a las fronteras y soberanía propia. Todo un ejemplo de coherencia.

Si bien el colonialismo se extiende a lo largo de la historia con las sucesivas conquistas territoriales, este concepto moderno se refiere *a los territorios ocupados y administrados por un gobierno anteriormente ajeno a éstos mediante la conquista o asentamiento de sus súbditos, y en el que por lo general se impone una autoridad extranjera. Puede hablarse de colonialismo cuando un pueblo o gobierno extiende su soberanía y establece un control político sobre otro territorio, o pueblo, como fuente de riqueza y de poder. Esta relación concluye cuando el pueblo subyugado alcanza su soberanía o cuando se incorpora a la estructura política de la potencia colonial en igualdad de condiciones* (Encarta).

El colonialismo de la Europa moderna comenzó en el siglo XV, una vez conquistada al-Ándalus y la destrucción de los últimos bastiones del poder andalusí, con la ocupación del territorio por una fuerza guerrera foránea. En los primeros tiempos, la colonización estuvo encabezada por España y Portugal y se extendieron por India y América. Después, la

conquista y colonización fue encabezada por Gran Bretaña quien conquistó amplios espacios territoriales de Asia, África y el Pacífico.

Tanto en el caso de la formación de los estados-nación, como en el proceso de colonización, se impuso la ideología que impregnaba al nacionalismo: la cristianización forzada y la imposición de la lengua y cultura del poder dominante.

Con la conquista de al-Ándalus se da el pistoletazo de salida en la génesis de los estados nacionales y, especialmente, del colonialismo, que los datos de la historia no hacen más que confirmarlo. El mismo año que es conquistada Granada, como último bastión del estado andalusí, se realiza el viaje que abre las puertas a la conquista de América, protagonizado por Cristóbal Colón. Al-Ándalus fue como un teatro en el que se ensayó una nueva estrategia de las conquistas territoriales, gracias a los conocimientos náuticos y la experiencia de los marinos andalusíes.

Si Andalucía, o al-Ándalus, *por primera vez, al menos de forma documentada, constituye un territorio con organización política propia*, ¿Por qué se le niega este rango histórico y político en la actualidad? ¿Por qué no instituímos, en su día, un estado confesional basado en una sola religión? ¿Fue porque logramos establecer un modelo político y social que logró integrar a las diferentes creencias religiosas? ¿No son esos principios en los que se basan los estados democráticos actuales?

El origen de tantos prejuicios y tanta manipulación intencionada se oculta en la propia historia. Cuando en el 711, en la batalla del Guadalete es derrotado el reino visigodo, queda en evidencia que el modelo político defendido por este reino fue rechazado por los andaluces, resistiéndose a la imposición religiosa y política, a pesar de que durante muchos años la guerra civil enfrentó a diferentes religiones, étnias, grupos sociales, tribus, etc. La llegada de Abd al Rahman I el año 756 estuvo precedida de numerosas negociaciones previas con facciones andaluzas en conflicto, mantenidas en la residencia temporal que el Omeya tuvo en el norte de África, donde se encontraba refugiado, datos que están recogidos en la historiografía, como la de Dozi⁹. Cuando Abd al-Rahman I desembarca en la Península, fue recibido por la población con una cálida acogida, muestra de que existía un acuerdo con los dirigentes, y que fue bien recibido por el pueblo.

⁹ Historia de los musulmanes de España, hasta la conquista de los Almorávide. DOZI,R..

Este estado ofreció a todos sus habitantes un estatuto de ciudadanía, con independencia de las creencias religiosas o su origen étnico. La lengua árabe se erigió, de nuevo, en la lengua del poder, como en su día lo fue el latín, no a una imposición militar, sino a la fuerza de los hechos. Como ya hemos dicho en otras ocasiones, la lengua oficial era hablada tanto por los musulmanes, como los cristianos de las diferentes escuelas o doctrinas, y la extensión del árabe no anuló las lenguas locales o de comunicación social, puesto que sólo las clases elevadas e ilustradas se sintieron atraídas hacia esta lengua culta y de poder. Con ella fueron traducidas y escritas las más importantes obras filosóficas, literarias, científicas, teológicas, etc., cuyos autores fueron tanto musulmanes, judíos como cristianos. No olvidemos que el califato Omeya heredó los saberes que ya poseían los cristianos bizantinos y persas, escritos en la lengua griega, persa, hindú y china.

A pesar de que el Califato de al-Ándalus hubiera podido realizar las conquistas territoriales que se hubiese propuesto, por su poder y organización, esta estrategia nunca fue una necesidad social ni política. Les bastaba con ordenar adecuadamente sus recursos naturales, la fuerza de trabajo y los conocimientos técnicos y científicos para vivir con dignidad, desarrollando en todas sus potencialidades los más elevados saberes, las artes, etc. Los andaluces nunca fueron un pueblo guerrero ni bárbaro. No vamos a idealizar tiempos pasados, pero tampoco vamos a olvidarlos, porque son parte de NUESTRA HISTORIA, pese a quien le pese.

Ahora, en el año 2.005, tras la muerte de Juan Pablo II, cuando las profecías de San Malaquías nos anuncian el fin de los tiempos, y, los andaluces, aún tenemos pendiente nuestro porvenir, todavía debemos decidir cuál es el futuro que queremos para nuestros hijos y nietos.

En primer lugar debemos decidir si el nacionalismo representa el modelo a seguir, y si este es compatible con la historia, la cultura y el espíritu andaluz. Nuestra historia y cultura está más próxima al espíritu de la Ilustración y de la democracia, que al del absolutismo, el totalitarismo o la dictadura. Ya nos negamos a seguir la uniformidad religiosa pretendida por el reino visigodo, que fue retomada por las fuerzas invasoras denominada *castellanas*, y rematada por los Reyes católicos, que sólo mediante el uso de la violencia pudieron imponer, suprimiendo nuestra libertad de pensamiento, de culto, de lengua, costumbres, etc. Y después de la mal llamada *Reconquista*, se sintieron forzados a implantar el Tribunal del Santo Oficio, o Inquisición, para aplastar cualquier expresión diferente y divergente a la que imponía el nuevo poder. Todavía sufrimos sus efectos.

No nos vale el argumento de quienes pretenden negar nuestro derecho a la soberanía, como nación, al decir que los andaluces no poseemos cultura nacionalista, porque es consustancial con nuestra personalidad como andaluces. Pero a renglón seguido, los mismos que dicen esto, reclaman para el andaluz el nacionalismo español. ¿Cómo es eso posible? ¿No dicen que el andaluz no posee conciencia ni cultura nacionalista? Y esta es una argumentación que explota, con igual descaro y desvergüenza, tanto la derecha como la izquierda. Se niega este concepto para una cosa pero se afirma para la contraria.

Otra cosa aún más grave e indignante es negar al andaluz, no ya esa pretendida conciencia nacionalista, sino que le consideran incapaz de construir su propio bienestar, como lo dejó escrito el filósofo Ortega y Gasset:

Vive el andaluz en una tierra grasa, ubérrima, que con un mínimo esfuerzo da espléndidos frutos. Pero además el clima es tan suave, que el hombre necesita muy pocos de estos frutos para sostenerse sobre el haz de la vida. Como la planta, solo en parte se nutre de la tierra, y recibe el resto del aire cálido y de la luz benéfica. Si el andaluz quisiera hacer algo más que sostenerse sobre la vida, si aspirase a la hazaña y a la conducta enérgica, aún viviendo en Andalucía, tendría que comer más, y para ello, gastaría mayor esfuerzo. Pero esto sería dar a la existencia una solución estrictamente inversa de la andaluza. Mientras creamos haberlo dicho todo cuando acusamos al andaluz de holgazanería, seremos indignos de penetrar el sutil misterio de su alma y cultura.

Se dice pronto «holgazanería», aunque es una palabra bastante larga. Pero el andaluz lleva cuatro mil años de holgazán, y no le va mal. En vez de afrontar el hecho con pedante ademán de maestro de escuela y atribuir a este pueblo viejísimo la nota de pereza como una calificación escolar, mejor será que abramos bien los ojos y agucemos la mente a fin de entenderlo. Corremos si no el riesgo imprevisto de enaltecer la holgazanería, puesto que ha hecho posible la deleitable y perenne vida andaluza.

Unas palabras que no merece más comentario. Por el contrario este intelectual aplica para sí mismo, en su propio trabajo, el mismo método que, según él, realiza el andaluz: la holgazanería. No se molesta lo más mínimo en analizar e investigar las posibles causas de esta pretendida *holgazanería*, recurriendo a la historia, la psicología o la sociología. Se basta con su sola opinión... y sus prejuicios. Y debe ser un andaluz precisamente (tan holgazanes ellos)

el que nos dé la respuesta de los defectos *congénitos* del andaluz. Nos referimos a Ibn Jaldún, un intelectual que ya conocemos y que, en diferentes capítulos de su *Almuqaddimah*, nos dice:

XXIII El pueblo vencido tiende siempre a imitar al vencedor en sus aliños, su manera de vestir, sus inclinaciones y costumbres. ... Debido al temor reverencial que impone el dominador; ven en él la perfección.

XXIV Un pueblo vencido y sometido pronto desaparece. Cuando un pueblo es vencido, pasa a un estado de abatimiento que lo convierte en siervo del vencedor. Las esperanzas de prosperar se debilitan y, por ende, su procreación; además, pierden el *asabiya* (solidaridad agnaticia) y toda capacidad de reacción.

Cuando Ibn Jaldún escribió esto, no estaba pensando sólo en los andaluces, sino que describía una dinámica general en determinadas circunstancias comunes a los pueblos conquistados y, especialmente, a determinadas formas de poder, basadas en la opresión y el despotismo, la falta de libertades, y la sobreexplotación de aquellos pueblos dedicados a vivir de su trabajo en la agricultura, la ganadería, la industria, o el comercio.

VI.- La sumisión a las autoridades daña al valor de los ciudadanos y hace desaparecer en ellos la idea de valerse por sí mismos. Todos los ciudadanos están sometidos a una autoridad excepto unos pocos. Si la autoridad es justa y benevolente, los ciudadanos actuarán con autonomía y arrojo. Pero, si la autoridad emplea con frecuencia la opresión, destruye la fortaleza moral de los ciudadanos, porque se sienten humillados.

Podemos concluir que el mal de los andaluces no es *congénito* sino que es *epidémico*. Una epidemia que nos contagió la *Reconquista* con la imposición del modelo más totalitario desarrollado en Europa. Por esa razón, el *reino de España* se sintió —y se siente— heredero del reino bárbaro de los visigodos, aplicando los mismos métodos de persecución religiosa que ya había experimentado bajo en Reino Visigodo de Toledo. Solo que después, como venganza, se reguló una nueva institución que velara por la *pureza de la sangre*, en un combate definitivo contra las herejías, persiguiendo cualquier pensamiento herético o heterodoxo. Andalucía pagó con creces la derrota sufrida por los visigodos en el 711. La persecución de judíos y musulmanes primero, seguida del acoso a que fueron sometidos los moriscos o *falah-mengu* (campesinos expulsados), masacrando las insurrecciones de los jornaleros andaluces y sus organizaciones, quienes fueron considerados enemigos a la religión católica y a la *patria*.

El triunfo del estado-nación a lo largo y ancho de Europa no hizo más que hundirnos más en la situación de dependencia y sometimiento. Con la implantación e institucionalización de la uniformidad religiosa, étnica y lingüística, como ideología representativa del nacionalismo,

los andaluces fuimos además de sometidos, ridiculizados y marginados. Y a pesar de triunfar en Europa un nuevo nacionalismo basado en los principios de la libertad y la soberanía nacional, con la que se redactaron las diferentes constituciones democráticas, o burguesas, en España el nacionalismo español reforzó la tendencia absolutista, sucediéndose mediante dictaduras y monarquías antidemocráticas.

En la II República se impulsó una incipiente reivindicación de los derechos nacionales de Andalucía con la participación de Blas Infante, retomando el testigo dejado por las *Asambleas Regionalistas de Ronda* (1918) y Córdoba (1919), con Blas Infante presidiendo la *Junta Liberalista Andaluza* (JLA), elaborándose un anteproyecto de Estatuto de Autonomía, que fue aprobado por los diputados andaluces y, cuando estaba pendiente de su debate en las Cortes Españolas, se produjo la insurrección franquista. El resultado fue que a Blas Infante se le fusiló en los primeros días de la Guerra Civil de 1936, mientras la aprobación del *Estatuto de Autonomía* fue aplazada *por nunca... jamás*. Célebre frase con la que se redactó las *Capitulaciones de Granada*, un texto firmado por los *Reyes Católicos* que obligaba a los sucesivos herederos del trono, comprometiendo al mismísimo Don Juan Carlos de Borbón, rey de la España Constitucional, y a su heredero, el príncipe Don Felipe de Borbón, a su cumplimiento.

Todavía estamos esperando a que se cumpla lo pactado.

[Ir al Índice](#)

Capítulo XII. Civilización o barbarie

Protegedme de la sabiduría que no llora, de la filosofía que no ríe y de la grandeza que no se inclina ante los niños.

Khalil Gibran

Dice Nietzsche: *la guerra vuelve estúpido al vencedor y rencoroso al vencido*. No es, precisamente, el rencor lo que nos mueve en nuestra reflexión, sino la incompreensión ante tanta ignorancia, tanta falsedad y ruindad.

Con demasiada frecuencia se suele confundir la identidad nacional, como hecho social o colectivo, con el nacionalismo como ideología y movimiento político. La sola reivindicación de los derechos históricos y sociales de una comunidad humana es inmediatamente asociada al nacionalismo, una ideología que ahora, una vez ha dado todos sus réditos y beneficios, resulta condenable. Quizás una táctica de los estados nación para invalidar las reivindicaciones de los conquistados y dominados.

Que Andalucía es una nación es una evidencia contrastada por la realidad social, por la historia y por el derecho político, a pesar del empeño de muchos en negarlo y combatirlo. Incluido los *bienintencionados*.

Ahora bien, el reconocimiento de Andalucía como nación sólo puede ser una constatación de algo que es objetivo y contrastable. Dicho esto, debo puntualizar que no es consustancial el concepto de *nación* y la existencia automática de su movimiento nacionalista correspondiente, como se puede constatar en la historia de nuestra tierra, como ya se ha demostrado en este trabajo.

Aclaremos las cosas. La identidad puede referirse tanto al plano individual como colectivo. En una comunidad pueden existir particularidades individuales muy definidas (color de la piel, por ejemplo), e incluso de grupos (por su ideología, creencias, etc.), sin que ello vaya en detrimento de la identidad común. La uniformidad religiosa siempre ha sido la visión de ideologías totalitarias, como hemos visto ya. La identificación de rasgos comunes a una comunidad, no significa una uniformidad interna de tipo étnico, religioso o ideológico. Pongamos dos ejemplos ilustrativos. Primero: si viajaran varios andaluces juntos —cada uno de ellos procedente de diferentes provincias— a cualquier parte de España o de Latinoamérica, seguro que serían identificados inmediatamente como andaluces, nada más pronunciar las primeras palabras, pero entre sí se diferencian en su forma de habla particular,

según su lugar de origen. Segundo ejemplo: Ante la creciente arabización de la población de al-Ándalus, los más radicales de los mozárabes de Córdoba manifestaron la intención de preservar su identidad, como la lengua, mediante el martirio voluntario (¿integristas suicidas?), mostrando así la existencia de dos lenguas al menos, el propio árabe y la lengua que mantenían los mozárabes (la aljamía o andaluz), sin embargo todos ellos se consideraban andalusíes.

¿Se puede decir, pues, que los andaluces carecemos de identidad? Sería absurdo negar la evidencia, o más bien, sería fruto de la mala intención, del prejuicio o de la obcecación en negar su identidad. Precisamente, unas veces se niega la identidad de los andaluces, y otras veces se usan los elementos identitarios más nítidos para presentarlos como lo más genuino de España ¿no es esto un síntoma de esquizofrenia?

Dicho todo ello, echémonos a la arena donde nos espera el morlaco. Nueva pregunta ¿es nacionalista la cultura andaluza? Si por cultura nacionalista se entiende la aspiración de un pueblo en la consecución de su soberanía nacional basada en la unidad religiosa, lingüística y territorial, a imagen y semejanza de la nación-estado, entonces mi respuesta es negativa. En Andalucía solo ha prevalecido la unidad religiosa y lingüística cuando se ha impuesto con la fuerza de las armas, y no por la opción voluntaria de los andaluces. El primero que lo intentó fue el reino visigodo, y por ello fue derrotado en el 711, fracasando en el intento.

Con la destrucción del último reducto del estado andalusí de Granada, bajo mando de los Reyes Católicos, se impuso sobre los andaluces la cultura de la uniformidad religiosa y lingüística en una unidad territorial (sagrada) que fue llamada España. Es verdad que la única ideología (que no es igual a identidad) nacionalista reconocida y tolerada en Andalucía es la española, y ya hemos visto a lo largo de varios siglos los resultados que hemos obtenido. Es gracioso que cuando decimos que los andaluces no somos nacionalistas, algunos no pueden disimular su satisfacción, pero a renglón seguido cuando se le especifica que no somos ni nacionalistas andaluces, ni españoles, entonces cambia de color, en un acto de soberbia o de un chovinismo irascible. Y este chovinismo tan generalizado es, según los diccionarios, *un nacionalismo excesivo y enaltecido que suele ir acompañado de una actitud beligerante y agresiva*. El término procede del nombre de un soldado francés, Nicolas Chauvin, que continuamente ensalzaba los logros de Napoleón, incluso después de su derrota en Waterloo en 1815. La admiración de Chauvin por su ídolo le convirtió en el blanco de las burlas.

Considerado el chovinismo, por lo general, un fenómeno social moderno, ha sido asociado con frecuencia al imperialismo y al militarismo exacerbado.

Sigamos toreando al morlaco, puesto que este sigue dispuesto a cornearnos en cuanto nos descuidemos. Preguntemos de nuevo: ¿Sólo se puede administrar una nación bajo el modelo del nacionalismo, y su estado-nación?

Si echamos una mirada al pasado nos podemos encontrar con los estados imperiales, que no se parecen en nada a los estados-nación, o bien nos encontramos con las llamadas ciudades-estado de las que ya hemos hablado. Esta cuestión, la del estado, es motivo de análisis y controversias no superadas aún. Desde la antigüedad clásica se ha venido discutiendo sobre la verdadera naturaleza y los fines reales de los Estados, desde la Grecia Clásica... un debate que aún hoy perdura. Con el paso de los siglos, y en la medida en que la tecnología y la evolución administrativa lo fueron permitiendo, las ciudades-estado (sobre las que escribieron Platón y Aristóteles), fueron sustituidas por entidades territoriales cada vez mayores.

La Enciclopedia de la Antigüedad Clásica (pág. 238 y 249) nos explica que:

La Polis no era una concepción territorial ni nacional. Por otra parte no era una concepción abstracta, sino algo muy concreto: la Polis era la comunidad de los ciudadanos. (...) Los romanos habían tenido un equivalente de la idea griega de polis, «civitas», muchas veces traducido también por Estado y que usaban preferentemente para definir las ciudades griegas.

El desarrollo de los sistemas productivos, los medios de transportes, de los sistemas comerciales (pesas y medidas, la moneda, etc.), la protección y defensa del transporte marítimo y terrestre, etc., hicieron necesarios crear entidades cada vez mayores que aglutinaran la totalidad de las ciudades estado con vínculos o tratados comerciales.

De este modo los requisitos militares de crear y mantener entidades cada vez mayores se inclinó hacia el desarrollo de sistemas autoritarios, y algunos autores enfatizaron acerca del necesario sacrificio de la libertad individual en beneficio de las necesidades del orden colectivo. A partir de los siglos XVI y XVII, la tendencia a identificar al Estado con pueblos dotados de un cierto grado de identidad cultural común corrió pareja con una búsqueda de la legitimidad derivada de la voluntad e intereses de esos pueblos, o más bien de los intereses de la aristocracia guerrera (militares) dirigente. Así, la aparición de facto del nacionalismo, identificado con la consecución del Estado nacional fue fundamental durante la Revolución Francesa. La contribución ideológica en este aspecto de Jean-Jacques Rousseau, Georg Wilhelm y Friedrich Hegel produjo

a su vez una cierta sacralización de la nación como entidad moral capaz de conferir legitimidad tanto a sí misma como a sus acciones (Encarta. El Estado).

Fue así como se justificaron la dominación de muchas comunidades nacionales en el interior de los estados, bajo una cobertura moral y legal, en nombre de la libertad individual y la soberanía nacional. También sirvió para limpiar las conciencias ante las barbaridades del colonialismo y del imperialismo. Claro que, en algunas naciones, carecieron hasta de esa justificación moral, quedando por mucho tiempo anclados en el absolutismo, como es el caso de la España sagrada, en la que apenas penetró las reformas democráticas, prevaleciendo la monarquía absolutista junto a dictaduras militares. Y las pocas experiencias republicanas, o democráticas, ya sabemos cómo acabaron.

Pero los cambios más decisivos que nos afectan hoy están determinados por la globalización de la economía a escala mundial. Esta globalización se caracteriza por la movilidad de personas y capital, la penetración mundial de los medios de comunicación, la internacionalización de poderes multinacionales con el propósito de limitar la libertad de acción de los propios estados, generando un vivo debate sobre si el Estado puede retener algo de esa libertad de acción que se asociaba en otros tiempos a la soberanía nacional. Estas limitaciones informales a la independencia vienen acompañadas en algunas áreas, especialmente en Europa occidental, de proyectos de integración interestatal, caso del proyecto de Unión Europea, considerado por unos como una alternativa al Estado nacional y por otros como la evolución de nuevos y mayores estados.

Pero igualmente importante es la tendencia hacia el acercamiento de la gestión política al ámbito local y la administración de los recursos, cuya competencia siempre estuvo en manos del estado, o porque es necesario para la prestación de los nuevos servicios sociales, tanto desde el ámbito público (escuelas, hospitales, medio-ambiente, etc.), como desde el privado.

Sea como sea, la cuestión planteada es que el modelo tradicional del estado-nación está a debate, por decirlo suavemente. Claro que como es normal hay muchos intereses en juego. Por un lado están los grandes intereses de las multinacionales, quienes pretenden despojar de competencias exclusivas a los estados nacionales (los bancos centrales, por ejemplo) para acercarlos a su área de influencia, cuando no directamente bajo su control. Por otro lado están las comunidades locales, con sus economías y recursos naturales cada día más dependientes de los intereses de las multinacionales, quienes diseñan planes de especialización territorial a gran escala y debilitan su independencia desarticulando las economías locales. La fragilidad

de sus economías puede traer en el futuro grandes carencias y conflictos sociales. ¿Ejemplos? La desarticulación de una frágil economía autosuficiente en África por los países coloniales, y sus consecuencias en la actualidad.

Pues bien, ante tamaña perspectiva, y como quiera que no proponemos un modelo ideal de futuro, necesitamos saber cómo rematar al morlaco. No nos queda más remedio que mirar al origen, y descubrir la raíz del problema.

Como ya se habrá visto, no nos cuestionamos, pues, si Andalucía es o no una nación, que para nosotros es más que evidente. Lo que aquí se cuestiona es si el modelo *nacionalista* es válido para gestionar Andalucía. Y especialmente si este modelo nacionalista tradicional puede jugar algún papel decisivo en el bienestar social. Este es el debate crucial para nosotros los andaluces. Lo que está sobre la mesa no es una definición política e histórica de Andalucía, sino el modelo necesario con el que abordar su gestión como ente político y como realidad social.

Se nos definirá como nacionalistas a los que defendemos el derecho de soberanía de Andalucía, a pesar de que no sería la mejor definición que nos podría corresponder, pero démosla por buena si nos ayuda en nuestras reflexiones. Lo verdaderamente crucial es saber, en primer lugar, si el modelo político derivado del nacionalismo responde a la cultura y a las necesidades de Andalucía y de los andaluces. Y en segundo lugar, tener en cuenta que, tanto desde la realidad económica como la política, el estado-nación es ya más un obstáculo que una solución, según los cambios económicos y políticos, el desarrollo de las ciencias y la tecnología —especialmente en el ámbito de las comunicaciones, la televisión, etc.—, la irrupción del capital multinacional y su derivado, la globalización. Las grandes fortunas y los grandes poderes económicos pretenden tener cada día menos obstáculos a la hora de decidir cómo explotar los territorios, en función de sus intereses particulares, y no de las necesidades de la población que la habita.

Sería un error creer que teniendo un *modelo* social y de estado, como muchos pretenden, la cosa está resuelta. Son demasiados —y poderosos— los intereses en juego, y los colectivos humanos afectados, y por esa razón se imponen aceptar que la salida es compleja y difícil. Al final del camino no nos espera el *paraíso terrenal* sino la realidad pura y dura. Cada cual debe saber cuáles son sus intereses materiales (recursos naturales, redistribución de los recursos, salarios, pensiones, etc.) e inmateriales (valores morales, religiosos e ideológicos, culturales, etc.) y aglutinar a los afectados para la defensa de sus intereses. Es, como decía Ibn Jaldún,

fortalecer la *assabiya* (solidaridad común) para ser fuerte ante los poderosos: guerreros, depredadores y usureros varios están siempre al acecho de los ingenuos. Nunca ha sido bueno jugar a manso cordero, y menos a orillas del camino, pues suele ser la manera más sencilla de terminar degollados por el primer salvaje que se cruce en nuestro camino.

Y para saber cuál es nuestro propósito no cabe más que aprender de los errores, de los tiempos pasados y del pensamiento de los sabios que nos precedieron.

Solo los puros y perfectos han sido capaces de superar la ley del cambio y de la degradación que afecta a la naturaleza, sean animales, plantas o minerales. El resto, los que admitimos la imperfección y los defectos connaturales, enfrentamos la existencia con un espíritu de superación, ya que nada en la vida es definitivo ni concluyente. Todo es relativo, y del otro mundo no decimos nada porque ignoramos si existe. Como escribía Omar Khayyan¹⁰ en su *Rubayyat*:

¿Trataré aún durante mucho tiempo de llenar de piedras el Océano?

No siento más que desprecio por los libertinos y los devotos.

Khayyam, ¿quién puede afirmar que tú iras al Cielo o al Infierno?

Primero, ¿qué es Cielo o Infierno? ¿Conoces a algún viajero que haya visitado territorios tan singulares?

Aristóteles, Platón, San Agustín, Tomás Moro y Carlos Marx, entre otros muchos, dejaron escrito lo que para ellos era el modelo ideal de ciudad y el orden político y moral justo y perfecto por el que se debía regir la humanidad.

Tomás Moro, con su obra titulada *Utopía*, inauguró una forma de concebir ese modelo social y su organización, situándolos en una isla imaginaria, a la que llamaba *Utopía*¹¹, gobernada por medio de la razón y bajo la más profunda tolerancia religiosa. A esto, Carlos Marx le llamó filosofía idealista, oponiéndole la suya a la que autodenominó *materialista*, de cuyos principios se derivó un detallado análisis de la realidad económica, social y política de su

10 Omar Jayyam, o Khayyam, (1050-1122), matemático y astrónomo persa, autor de uno de los libros de poemas más famosos del mundo titulado *Rubayyat*. Nació en el Khorassan, cerca de Nishapur (Irán), el año 1040 de la era cristiana.. Su nombre significa 'Omar el tendero' en honor a su padre que fue tendero de alfombras persas.

¹¹ Tomás Moro no sólo creó una nueva palabra (utopía, 'lugar que no existe'), sino que inauguró un género literario y filosófico basado en la planificación ideal de una forma de gobierno perfecta, a la cual se la ha añadido (Encarta).

tiempo (*el Capital*), y un modelo social y político denominado *comunismo*, dándole el rango de *científico*, y este debía ser liderado por el proletariado industrial que, a su vez, tendría que estar dirigido por la *vanguardia revolucionaria*, o movimiento comunista.

Pero la realidad es tozuda, y lamentablemente el mundo es como es, y todos estos proyectos, *idealistas* o *materialistas*, se han quedado como lo que eran, en modelos ideales. Personalmente he tenido la oportunidad de participar de este movimiento y he debido sacar las consecuencias con mi propia experiencia, si no quería ser devorado por el turbulento cauce del desencanto, del que fueron víctimas algunos de mis compañeros y amigos. No cabe ninguna duda que si hubiese sido posible ese *mundo ideal* lo habría apoyado con todas mis fuerzas y deseos, como así lo hice durante gran parte de mi vida. Pero los seres humanos hemos heredado el orden genético que nos caracteriza, con nuestras virtudes, pero también con nuestros innumerables defectos.

Nadie es eterno y debemos aceptar el *existir* vital, diario y cotidiano, sabiendo distinguir entre el tiempo y el espacio existencial, que se concreta en el *aquí y ahora*, de la primera persona del singular. Y este *existir* se realiza en la realidad de las cosas materiales u objetivas que nos rodea, y que inevitablemente no puede ser vivido ni en pasado ni en futuro, solo es posible en el *aquí* (lugar en el que habitas) y *ahora*, o sea el preciso momento percibido por los sentidos (la vista, el olfato, el oído, el sabor, el tacto, etc.). Es en esa compatibilidad entre el existir vital (la subjetividad), y la existencia de las cosas en el tiempo, el espacio y la sociedad (objetividad), desde el que necesitamos crear una coherencia con nuestras propias ideas, los deseos, necesidades, intereses, creencias, etc.

Todos sabemos, a la hora de satisfacer un deseo o una necesidad, que entre ese deseo (o necesidad) y su consecución, existen claras diferencias y, en ningún caso, nos sentimos plenamente satisfechos. Siempre pensamos que lo podíamos haber hecho mejor, o nos hubiese gustado que fuese de otra forma. Ni las mismas ciencias son capaces de realizar una predicción con certeza para sus propios proyectos, y que estas tengan el carácter de infalibles. Eso, refiriéndonos a la realidad de las cosas materiales y objetivas, no digamos ya en el mundo de las personas, o de la sociedad, en la que intervienen las subjetividades de cada ser humano, los intereses y creencias de cada colectivo, los poderes logrados, y así una infinidad de factores que influyen nuestra realidad individual y colectiva.

Es cierto que se pueden diseñar las ciudades, las infraestructuras, instalaciones, y todo cuanto sea necesario para el bienestar social, haciendo diseños urbanísticos de futuro, pero jamás

pueden diseñarse formas ideales para hacer de cada ser humano un ser feliz y satisfecho. También incluso al estudiar el cuerpo humano, sus propiedades, formas, defectos, carencias y muchas otras cosas, se puede llegar a poseer un conocimiento acertado de sus enfermedades y sus tratamientos, pero... ¿qué médico puede garantizar que una persona sea feliz, aún estando plenamente sana?

Definitivamente, al menos como opinión personal, ese pretendido mundo ideal solo es eso, una idea. Quede constancia que puedo estar equivocado, y que mis ideas sólo son fruto de una experiencia vital muy particular, como son todas, pero no puedo dejar de ser coherente con mí existir y con mí pensar.

Dicho esto, debo retomar el asunto que traemos entre manos: ¿qué hacer aquí y ahora? Difícil solución. Cuando Isidoro de Sevilla especulaba en el *reino ideal* (o Reino de Dios en la Tierra) deseaba el bien para su gente en su tiempo, y seguro que no pensó jamás en causar sufrimiento humano, muy al contrario, creía que lograría un mundo mejor a imagen y semejanza de *Dios*. Lo mismo le pasó a Carlos Marx, a Lenin y a tantos pensadores *marxistas* que especularon que un mundo justo, igualitario y libre era posible. Y ellos tampoco tuvieron la intención de provocar sufrimiento en los seres humanos, todo lo contrario, creían que con su proyecto abolirían la injusticia, la esclavitud y la miseria.

Ya lo he dicho, el mundo es tozudo y siempre se ha empeñado en seguir sus propios cauces, negando ponerse al servicio de visiones particulares o de ideologías religiosas, filosóficas o políticas. A no ser que, este pretendiendo modelo *perfecto*, sea impuesto a costa del sufrimiento colectivo, a veces incluso con el exterminio masivo de herejes y disidentes: los *genocidios*.

Cada vez que alguien pretende forzar al resto de los humanos a cumplir unos designios sagrados o ideales, o forzándolo a seguir una religión determinada, acaban creando el desastre. Las creencias espirituales, ideológicas, filosóficas o políticas, en el momento en que dejan de ser el ámbito personal o de una colectividad humana, para convertirse en una ideología de poder, se corre el riesgo de crear nuevos dioses, los cuales exigen sacrificios humanos colectivos. ¿Quiere ello decir que la ideología o las creencias, por sí mismas, son nefastas o perversas? Personalmente no lo entiendo así. Todos nosotros, como seres humanos, no podemos existir sin un pensamiento, ideología o creencia, pues necesitamos una coherencia vital que armonice el mundo del pensamiento, de los deseos, aspiraciones e intereses con el mundo real y material. Incluso podemos tener nuestras propias ideas sobre

cuál sería un modelo social ideal, pero es necesaria la modestia y aceptar que cada cual posee una idea particular, y que jamás estas ideas pueden prevalecer o imponerse por la fuerza de las armas o del poder económico. Esta es la sutil fortaleza de una cultura civilizada.

A lo largo de este libro hemos opuesto dos conceptos, el de civilización y el de barbarie. Y también que Andalucía ha sido uno de los lugares donde han nacido y se han desarrollado las civilizaciones más avanzadas de la antigüedad. Es una herencia a la que no debemos renunciar.

Ya dijimos que los bárbaros tienen cultura, pero carecen de civilización. También hemos explicado el origen y desarrollo de las civilizaciones, pero ahora nos importa saber en qué medida se han modificado los principios que determinaron la génesis de las civilizaciones y sus consecuencias. Recordemos, una vez más, que el origen de la civilización tuvo su génesis en la ciudad, y esta debía poseer ciertas características para permitir la civilización. Echemos una mirada al pasado. Luís Racionero explica en su libro *El Mediterráneo y los bárbaros del norte* (página 54):

Los tamaños de las polis griegas revelan una característica fundamental: están construidas a escala humana; para ellas el hombre es la medida de todas las cosas, según la fórmula de Pitágoras. Los griegos sabían que una diferencia de tamaño, cuando es lo suficientemente grande, produce una diferencia de cualidad; o como lo representaría Marx siglos después, cambios cuantitativos producen cambios cualitativos, y, por lo mismo, dimensionaron sus territorios a escala humana y diseñaron las ciudades con vistas al hombre y a su acomodación al paseo y ágora, negocio y tertulia, asamblea y mercado. En las concepciones griegas de la ciudad se detectaban dos juicios de valor: que las ciudades deben constituirse a la medida del hombre y que debe promover el conocimiento mutuo entre los ciudadanos y su participación en la comunidad; la finalidad de la polis fue resumida por Sófocles: la ciudad es la gente. Cuando se dice que el hombre es un animal político se está aludiendo a la polis y no a las burocráticas democracias modernas. Por eso la democracia de las polis, no funciona en la metrópolis»

La ciudad, pues, es el resultado de la voluntad humana de vivir en comunidad, ordenando para ello la edificación de las casas, el diseño de sus calles, el mercado, y en ellas establecer sus hogares y realizar los intercambios y las relaciones sociales, concertar matrimonios, establecer gobiernos, etc. Todo ello teniendo como centro y medida al ser humano. Esta condición de centralidad, como ya lo definía Pitágoras, ha dejado de tener validez en las sociedades

modernas, por la sencilla razón de que el centro, o la medida de las ciudades, ya no son el propio ser humano, sino el automóvil como representación simbólica y fetichista de la tecnología.

Podemos comprobar que el diseño de la ciudad, y hasta del hogar, se hace teniendo en cuenta las múltiples aplicaciones de la tecnología a la vivienda moderna, estudiados previamente en sofisticados laboratorios, para acercar al consumidor los productos mediante elaboradas y sutiles estrategias mediática y de márketing en televisión, radio, etc., invadiendo la centralidad que antes pertenecía al ser humano y a su hogar. La figura iconográfica de la tecnología, además de física, está representado por el automóvil, y es este objeto el que marca el diseño de las infraestructuras urbanísticas, particularmente las calles y avenidas por las que deberá circular, y sus aparcamientos, desplazando al ser humano a los ámbitos privados del hogar, o bien creando espacios diseñados de antemano por el que canalizar sus necesidades inmateriales y sus deseos y de ocio: Discotecas, cines, etc., en los cuales la espontaneidad no es posible... ni recomendable, por subversivas.

Pero el punto al que se dirigen todas las miradas mediáticas y todos los intereses de las grandes empresas multinacionales es el hogar. Una vez que hemos sido aislados de la comunidad urbana, somos contemplados como el mejor reproductor de la ideología del poder, y consumidor de sus productos y servicios. La calle, la plaza y el mercado han dejado de ser los lugares en el que los niños y los mayores realizan sus juegos o en las que pasear tranquilamente, mantener conversaciones distendidas, realizar intercambios o desarrollar cualquier otra actividad libre y espontánea que conforman la vida civilizada.

Los niños en nuestros días desconocen por completo (excepto en las pequeñas poblaciones) lo que es jugar en las calles de forma espontánea, libre y diaria. Eso sí, se les reserva ciertos espacios acotados por la administración para el juego (parques infantiles), pero no dejan de ser lugares coercitivos y limitados, porque con frecuencia están lejanos del hogar, debiendo los críos estar acompañados por sus padres o tutores. De esta forma nos asemejamos más a los animales de granja que al ciudadano libre. Pero aún es más grave el sucedáneo de los juegos que ofrecen a nuestros hijos la televisión y las consolas de los videojuegos, o el acceso a Internet con el uso de los ordenadores, que no hacen más que enclaustrar, aún más, a los niños y jóvenes.

Estas condiciones urbanísticas y sociales están alejando a los niños y jóvenes de uno de los lugares de la educación cívica espontánea destinada a la socialización: la calle. No es

suficiente con poseer amplias plazas en los que jueguen (vigilados), pues se sienten observados y coartados a la hora de expresarse libremente, o realizar sus juegos y sus complicidades de forma espontánea forjando así su carácter y la sociabilidad.

Todo ello porque la tecnología ha invadido la calle (el automóvil) y ocupado el hogar (los medios de comunicación y los juegos audiovisuales) por el que nos transmite valores ajenos a una cultura civilizada que se aprende y transmite en la calle con el fluir diario, el contacto y la convivencia.

Y la tendencia no hace más que favorecer el diseño de ciudades cada vez más grandes y, una vez agotado el espacio para su crecimiento, se le agregan los pueblos próximos creando las grandes áreas metropolitanas. Este diseño urbano está impulsado por la presión de los grandes grupos de intereses económicos (fabricantes de automóviles y petrolíferos, grandes grupos multinacionales de distribución comercial, medios de comunicación, inmobiliarias, etc.) con la finalidad de disponer de grandes bolsas humanas para el consumo que se estimula mediante anuncios directos o subliminales. A ello se ha sumado la industria moderna del ocio, con sus grandes parques temáticos, la concentración de cines y lugares de consumo y pasatiempo. De este modo se está configurando un sistema urbano que antes que potenciar la civilización, potencia los comportamientos y actitudes bárbaras y salvajes, un campo abonado para una cultura utilitaria y consumista.

Pero volvamos a ver lo que nos dicen los antiguos griegos, recordemos el libro Luís Racionero (*El Mediterráneo y los bárbaros del norte*, página 53):

Platón con su República nos dice que «el tamaño óptimo de la ciudad como el número de gente que puede oír simultáneamente la voz de un orador y contestarle, participando activamente en la vida política; da para ello la cifra de 5.000 ciudadanos, lo cual, con familias y deudos, supone unas 50.000 personas; Aristóteles, en la Política, dice que el tamaño de la polis debe ser tal que cada ciudadano conozca el carácter de los demás, pues en caso contrario, las elecciones y pleitos no serían correctos; el territorio debe ser tal que pueda contemplarse por entero desde la cima de una montaña; Para Aristóteles una polis de diez ciudadanos sería imposible porque no podría ser autosuficiente y unos 100.000 ciudadanos (o 1 millón de habitantes, el tamaño de nuestras ciudades medias) sería absurda por no poderse gobernar adecuadamente. Hipodamo, el urbanista, que trazó el perímetro de El Pireo, consideraba que el número ideal de ciudadanos era 10.000 habitantes, equivalente a una población de 100.000 personas»

En las ciudades modernas, la delincuencia se organiza en grupos cada día más violentos y fanatizados, bajo ideologías racistas y xenófobas y violentas, estimulados por las condiciones sociales y económicas, la falta de empleo, etc. E incluso ha penetrado en el ámbito escolar, desde los más pequeños a los adolescentes. Incluso los barrios acomodados no escapan a esta dinámica, y en ellos las causas no son de orden económico, sino a condiciones sociales y culturales, especialmente a la privatización de la infancia y del juego en el hogar y la competencia individualista. Por diversas razones, el niño cada vez disfruta menos de los juegos colectivos libres y espontáneos de la calle, reforzándose la tendencia al enclaustramiento, teniendo en los videojuegos, la televisión o el ordenador como únicos compañeros de juego, ya que también proliferan las familias con un solo hijo, e incluso con un solo cónyuge. El resultado es el refuerzo de los comportamientos individualistas, competitivos, salvajes y bárbaros. No debería extrañarnos, en este contexto, que los terroristas suicidas procedan de familias acomodadas, y que su comportamiento no refleje una demanda concreta, ni una reivindicación propia. Es el resultado de nihilismo más puro y duro.

La civilización, pues, siempre ha sido el fruto del fluir espontáneo y la libre concurrencia de los ciudadanos por las calles y plazas, transmitiéndose toda clase de saberes, de informaciones, complicidades, disidencias, discusiones y debates mediante la comunicación oral, los gestos y las miradas, los olores, etc., porque la comunicación social no es sólo oral, ni mucho menos escrita.

Es verdad que el acceso a la educación escolar ha elevado la formación y los conocimientos, pero la vida social está retrocediendo en los valores de la civilización. El hecho de saber leer y escribir, e incluso de haber concluido una carrera universitaria no significa que haya adquirido cultura, y mucho menos unos modos y valores civilizados. Sócrates, que fue hijo de un picapedrero y de una comadrona, nunca dejó escrito nada y sus saberes fueron transmitidos oralmente en las calles y plazas atenienses. La Enciclopedia de la Antigüedad Clásica. (en la página 269), nos lo describe de la siguiente manera:

Sus enseñanzas fueron orales, acercándose en las calles de Atenas a toda clase de gente y discutía con ellos; escogía preferentemente a individuos considerados como «expertos» en un oficio cualquiera, fingiendo no saber nada (ironía socrática); hundía enteramente a la sabiduría de los que estaban demasiado seguros de sí, para construir, partiendo de la nada, una nueva idea. Así irritaba, conscientemente, a sus compatriotas. El mismo Sócrates decía que su método era una técnica de “comadrona”: llevaba a la gente a descubrir la verdad al fondo de sí misma.

Es la ciudad, por excelencia, el núcleo generador de civilización, y no la *patria*. Samuel Johnson decía que “*el patriotismo es el último refugio de los canallas*”.

Hemos tenido ocasión de estudiar el papel de los pueblos bárbaros, salvajes o semisalvajes en la creación de los estados y de los imperios. Y también el papel de los pueblos sedentarios dedicados a sus trabajos en la agricultura, la industria, el comercio, etc., generadores de las civilizaciones más antiguas, entre las que se encuentra la andaluza, por mucho que se empeñen algunos en negarlo.

Hemos visto, además, que las ventajas obtenidas por los pueblos bárbaros sobre los civilizados se derivan de su espíritu guerrero y su dedicación a las armas y al arte de la guerra, pero desconocen la civilización. Sus beneficios y privilegios lo obtienen de las conquistas territoriales, de la monopolización del poder, del reparto del botín de guerra, de la imposición de sistemas recaudatorios e impositivos y de extraer la plusvalía que generan los que trabajan. Pero necesitan de los dominados para sobrevivir, y para elevarse en el refinamiento cultural e intelectual que ellos desconocen. Generalmente son los impulsores de las más bastas conquistas territoriales, pero incapaces del refinamiento cultural, los saberes, las ciencias y las artes.

Si tenemos en cuenta la reflexión de este andalusí, cabría preguntar ¿quién impulso entonces la creación de un estado y unas leyes que protegieron la diversidad religiosa, permitiendo el desarrollo de las ciencias, la técnica y la filosofía? ¿Quiénes fueron los que fundaron el estado andalusí que protegió e impulsó tales principios?

No se nos puede decir, como lo hace José Ortega y Gasset, que *el andaluz lleva cuatro mil años de holgazán*, porque entonces ¿quién diseñó y, sobre todo, quien se encargó de construir todas las obras de ingeniería (puentes, acueductos, carreteras, anfiteatros...), las artes y demás saberes de la época romana y andalusí? ¿quién fabricaba los ladrillos, quien los transportaba, quienes perfilaban las piedras, quien las subía y las colocaba? ¿eran los aristócratas romanos o árabes, o los albañiles andaluces? ¿Quién cultivaba los olivos, molturaba las aceitunas y las envasaba en vasijas de barro para transportarlas hasta Roma? No se puede ser más desalmado, cruel e inhumano con los andaluces.

No nos dejemos impresionar por las apariencias. Llevamos varios siglos sobreviviendo a tanta injusticia, tanta mentira y despotismo, sin haber logrado, hasta hoy, que dejemos de ser lo que somos ni hablar como hablamos, y eso sólo es ya todo un mérito. Especialmente importante es el valor que para nosotros ha adquirido siempre la llamada *patria chica*, nuestro pueblo o

ciudad, cada una de ellas la *mejor del mundo*. Puede verse esta actitud en un sentido negativo y *chovinista*, de una división cainita entre los andaluces, pero puede ser también visto desde una óptica positiva, el último lugar donde resiste nuestra identidad y cultura telúrica.

Porque de nuevo reivindicamos nuestro derecho a ser *matriotas* (que no patriotas), porque para nosotros la patria es el espacio cercano al hogar y su ámbito natural, la *civitas*, ciudad o polis. Desde este espacio se debe impulsar un doble combate: contra la barbarie y por la recuperación de nuestra cultura e identidad, retomando en cada uno de los pueblos de Andalucía las reflexiones que se hicieron nuestros antepasados, con las que recapacitar sobre los tiempos actuales y los retos que esperan a nuestros hijos y nietos. No sería justo dar la espalda a las próximas generaciones para satisfacer nuestro ego individualista, consumista y materialista. No existen metas, pero si caminos, y eso es lo importante, el camino, como decía Antonio Machado: *caminante no hay camino, se hace camino al andar*. Y no es el camino lo importante y gozoso, sino el andar, el vivir y otear el paisaje, la amistad de los compañeros de ruta, el trago de amistad que refresca nuestra alma y la sombra en la que nos cobijamos... para echar una buena siesta.

Terminemos con un recuerdo de nuestra historia como la mejor manera de manifestar el respeto que se merece nuestra Madre Tierra, la gran *Matria*, citando para ello a algunos de nuestros antepasados:

Averroes, (Ibn Rush), o el hijo de Ruiz, un andalusí nacido en Córdoba, decía:

"La medicina, la astronomía, todas las ciencias. Siempre me pedís que os explique lo que ha dicho Aristóteles sobre el saber de las cosas terrenales, pero nunca me preguntáis por las cuestiones últimas.

Hoy, como siempre, nuestra filosofía no serviría de nada si no supiera enlazar estas tres cosas, que yo he tratado de unir en mi libro «La Armonía entre Ciencia y Religión».

Una ciencia, fundada en la experiencia y en la lógica, necesaria para descubrir las causas de los fenómenos.

Una sabiduría, que reflexione sobre los fines de toda búsqueda científica, para que esta contribuya a hacer nuestra vida más hermosa.

Ibn al- Arabi, andalusí nacido en Murcia dejó escrito:

Esto escribí en un poema de amor:

Mi corazón se ha hecho capaz de revestir todas las formas,
es pradera para las gacelas y convento para el cristiano,
templo para los ídolos y peregrino hacia la Kaaba,
las tablas de la Tora y el libro del Corán.

Mi religión es la del amor,
donde quiera se encamine la caravana del amor,
allí van mi corazón y mi fe".